

A woman in a white lace dress stands in a textile factory. The background is filled with rows of spinning machines, each with a large spool of white thread. The woman's dress is intricately detailed with lace and has a long, flowing skirt. The overall atmosphere is one of traditional craftsmanship and industry.

amor

de humo

y

algodón

Natalia Sánchez Diana

Amor de humo
y algodón

NATALIA SÁNCHEZ DIANA

Copyright © 2018 Natalia Sánchez Diana

Portada :Photo by Esther Wiegardt on Unsplash

Portada: Photo by Janko Ferlič on Unsplash

Contraportada: Photo by Daniel Hansen on Unsplash

Diseño: Natalia Sánchez Diana

Código de registro Safe Creative: **1712205152215**

Todos los derechos reservados

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Poema

The cry of the children

¿Oís a los niños llorar, oh, hermanos míos,
antes de que lleguen las penas con los años?
Ellos están apoyando sus jóvenes cabezas contra sus madres,
y eso no puede parar sus lágrimas.
Las jóvenes ovejas están balando en los prados,
los jóvenes pájaros están gorjeando en los nidos,
los jóvenes cervatillos están jugando con las sombras,
las jóvenes flores están soplando hacia el oeste.
Pero los jóvenes, jóvenes niños ¡Oh, mis hermanos!
Están llorando amargamente.
Están llorando en la hora de recreo de los otros.
En el país de la libertad.
(...)

Miran hacia arriba,
con sus caras tristes y hundidas,
y sus aspectos son horribles de ver,
porque te observan
desde sus angélicos lugares en lo alto
con los ojos vueltos sobre la deidad
— ¿Cuánto tiempo — dicen — cuánto tiempo,
Oh, nación cruel, te apoyarás,
para mover el mundo,
sobre el corazón de los niños,
sofocarás con el talón su palpitación,
y lo arrojarás a tu trono en medio del mercado?
¡Nuestra sangre salpica hacia arriba,
Oh, amontonadores de oro,
y su púrpura muestra vuestro camino!
Pero el llanto del niño en el silencio
maldice más profundo
que el hombre fuerte en su odio.

ELIZABETH BARRETT BROWNING. 1842

Contenido

Poema

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

Personajes:

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[Curiosidades](#)

[Sobre la autora](#)

AGRADECIMIENTOS

A mi madre, por despertar en mí el amor por la lectura.

A mi hermano Luis, amigo y mecenas.

A Jorge, por cuidar del hogar que hemos construido mientras yo pasaba tantas y tantas horas en otra época.

A mis hijos, Aidan y Aura, porque cada vez que oigo vuestra risa, me dais fuerza para seguir mis sueños.

INTRODUCCIÓN

Cuando hablamos de la época victoriana nos referimos al extenso reinado de Victoria I (20 de junio de 1837—22 de enero de 1901), años que supusieron el máximo esplendor de la Revolución Industrial y del Imperio Británico.

Esta novela, tomando como trasfondo esta época, tiene su trama en Manchester.

El crecimiento de esta ciudad en esos años se debió en gran medida a la industria del algodón, y para mediados de siglo la ciudad era conocida como "Cottonpolis" o "taller del mundo".

Hombres y mujeres jóvenes llegaron de las zonas rurales, con ganas de encontrar trabajo en las nuevas fábricas. Los molinos pagaron salarios relativamente altos para la época, aunque tampoco lo eran tanto como para que los trabajadores ahorraran en el caso de huelgas, accidentes o despidos.

Además, las familias de emigrantes se encontraron con que los aspectos de la vida en las fábricas no eran agradables:

Los recién llegados eran hacinados en viviendas reducidas sin las comodidades mínimas y carentes de higiene, en barrios donde la delincuencia y el peligro eran frecuentes (los conocimos como slums o "nidos de cuervos"). A ello se sumaban jornadas de trabajo, que llegaban a más de catorce horas diarias, en las que participaban hombres, mujeres y niños con salarios miserables y carentes de protección legal frente a la arbitrariedad de los dueños de estos molinos.

Incluso el Gobierno tuvo que intervenir, con las famosas Labor Acts para limitar las jornadas laborales.

1841- Actas mineras: No se permite el trabajo bajo tierra de mujeres, niñas y niños menores de 10 años. Los niños menores de 15 años no pueden trabajar con maquinaria.

1844 - Acta de Fábrica: Los niños menores de 13 años no pueden trabajar más de 6 horas y media al día. Las mujeres y niños entre los 13 y los 18 años no pueden trabajar más de 12 horas al día.

1847- Acta de Fábrica: Se limita el trabajo de mujeres y niños menores de 18 años a 58 horas semanales.

1850- Acta de Fábrica: Se establece el horario diurno como único.

Como centro del capitalismo, Manchester fue también el escenario de disturbios entre patronos y obreros. Y, de hecho, fue el lugar donde Friedrich Engels fundamentó su obra "The Condition of the Working Class in England in 1844" y fue en la Librería de Chetham donde se encontró con Karl Marx.

Manchester tuvo luces y sombras, como toda la época victoriana.

En cuanto a los molinos de algodón, llegaron a alcanzar el nada desdeñable número de 108 en 1853, año en el que se sitúa esta novela.

Todos los personajes de este libro son inventados. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Personajes:

Sophie Hastings

Doctor Samuel Hastings (padre)

Doctor Byron Hastings (tío) dueño del MOLINO HASTINGS (fallecido)

PATRONOS:

Molino 1:

Aaron Wright (dueño de la mina Wright)

Helena (madre)

Catalina (hermana)

John y Andrew (hermanos gemelos)

Molino 2:

Robert Cauldwell

Victoria (Vicky) Cauldwell (hija)

Molino 3:

Frederick Morgsten

Julia Morgsten (esposa)

Molino 4:

Jeremy Brumel

Molino 5:

Erik Phillipson

Molino 6:

Edric Danvers

Laura Danvers

Anna Danvers (hija mayor)

TRABAJADORES:

Gabriel Newton

Ivette Newton

Ezra Newton

Lucian Monroe, líder sindical del molino Hastings-Wright.





1

La pesada aldaba golpeó con fuerza la puerta del hogar de los Hastings. Cayó otra vez sobre la madera y luego otra, con impaciencia y una brusquedad a la que no estaban acostumbrados en el número treinta y cuatro de la calle Victoria, en el West End londinense.

Pasaban seis minutos de las cinco de la tarde cuando el mayordomo de la familia abrió.

Al otro lado del umbral, se encontró con un hombre joven, vestido con modestas ropas oscuras propias del trabajo de fábrica. Estrujaba entre las manos un pequeño gorro de lana y miraba en derredor con nerviosismo. Cuando ladeó el rostro hacia el mayordomo, el viejo Horatio, que servía a la familia Hastings desde su temprana juventud, se mostró visiblemente sorprendido.

—Busco al conde de Hastings —dijo el recién llegado.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Gabriel.

El conde Samuel Hastings, que hojeaba un libro de medicina en la salita contigua a la entrada, sintió que el corazón se le aceleraba al oír ese nombre. Se puso en pie con rapidez, olvidando el latigazo de dolor de su rodilla, y sin ayuda de su bastón, salió al recibidor.

—Ya me ocupo yo, Horatio. Gracias.

El mayordomo, cuya discreción había sido su seña de identidad, asintió con la cabeza y desapareció en la oscuridad del vestíbulo. Pero su jefe se había percatado de que su rostro lleno de arrugas había perdido el color.

—¿Es usted el conde de Hastings? —preguntó Gabriel.

—Así es—dijo el aludido, al tiempo que acercaba un pequeño candelabro para iluminar sus facciones.

Gabriel se sintió inquieto. Era la viva imagen del hombre que le había enviado allí, al corazón de Londres.

—Le envía Byron, ¿verdad? Pase, por favor.

Cuando Gabriel accedió a la salita, se acercó a la chimenea, buscando el calor de las llamas. Había viajado desde Manchester, con su ropa de trabajo y sin abrigo. Estaba hambriento, congelado hasta los huesos y desconcertado.

—¿Quiere una taza de té? Horatio acaba de prepararlo.

Gabriel asintió, mientras volvía a apretar su gorra de lana y se fijaba en el espacio en el que se encontraba. Algunas velas en las esquinas iluminaban aquella habitación. Era pequeña en comparación con lo que parecía el resto de la casa, pero del mismo tamaño que el precario piso que había dejado en el norte.

El doctor le tendió una taza de té. Cuando Gabriel agarró la porcelana, se dio cuenta de que hacía años que no veía nada tan fino. Era hermosa y frágil. Le recordó a su amada Ivette, antes de los años de trabajo en la fábrica y las enfermedades. Se bebió el té con fruición. Era lo único que había tomado caliente desde... No podía ni recordarlo.

Al dejar la taza sobre la mesa, se fijó en sus manos sucias y ásperas.

Se sentía fuera de lugar con sus manos negras y sus dedos cubiertos por callos que arañaban; y su ropa arrugada que apestaba a sudor y a humo.

Al mirar al doctor, la vergüenza asomó a sus orgullosos ojos de hombre del norte. A él, que nunca se había sentido inferior a nadie, ni siquiera a los que dirigían con displicencia su vida y la de sus compañeros, lo había derrotado una ridícula taza de té.

Y el descubrimiento que le había empujado hasta aquel lugar.

—¿Tiene algo para mí? —preguntó el conde.

—Sí, señor. —Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo el sobre, arrugado por el largo viaje, pero con el lacre intacto.

El conde de Hastings agarró la misiva y tomó asiento en su escritorio. Después de reconocer que la letra era de su hermano, abrió la carta y leyó las palabras escritas en el papel:

Querido hermano:

Si recibes esta carta es porque me han matado. Hay un asesino que me ha estado envenenando. Cuando leas esto, ya será demasiado tarde.

He de ponerte en antecedentes: hace años adquirí un molino de algodón aquí, en Manchester. Pertenecía a un hombre que antaño fue acaudalado, pero una serie de malas decisiones le despojó de la mayoría de sus bienes. Yo, que aún conservaba la herencia de nuestros padres, conseguí la fábrica y así aseguré el bienestar y el trabajo de cien almas. Los últimos tiempos han sido complicados, y amigos míos han fallecido en mis mismas circunstancias. Por eso te pido que me hagas un favor. Gabriel y yo hemos trazado un plan para descubrir a mi asesino, pero necesito tu ayuda. Viaja a Manchester y hazte pasar por mí. Tu sagaz inteligencia te llevará ante las manos que me han dado muerte. Pero no te fíes de nadie, excepto del dueño de la mina Wright y de Gabriel, que te ha hecho llegar esta nota con mi última voluntad. Es un hombre fuerte y orgulloso, pero su corazón es noble. Tiene fuertes convicciones morales y es un gran defensor de las causas perdidas, como tú. Me temo que también corre peligro. Cuida de él, como yo he hecho todos estos años.

Le he confesado la verdad sobre sus orígenes.

Un abrazo final de tu querido hermano gemelo.

PD: Perdóname por aquellas horribles palabras que te dije hace ya veintiséis años.

Firmado: Byron H.

Samuel Hastings dobló la carta con cuidado y se cubrió el rostro con las manos. Lloró amargamente.

La desazón que le había invadido a lo largo de todo aquel día acababa de verse explicada.

Su hermano había muerto. Por eso, aquella misma mañana había notado un extraño dolor en el pecho. No había dejado de pensar en Byron a lo largo de aquel día.

Llevaban más de veinte años sin hablarse, pero la conexión aún permanecía. En el pasado, estuvieron muy unidos, hasta que Samuel hizo algo que decepcionó a su familia y Byron, el hermano mayor por apenas unos minutos, se había hecho cargo de la situación y había arreglado el problema.

Su cuerpo se agitó en trémulos sollozos que rompieron el silencio de la sala.

Alertada por el viejo Horatio, Lady Sophie Hastings entró en la habitación.

Gabriel Newton la observó por espacio de unos instantes. Era hermosa, no demasiado alta, pero se movía con elegancia innata, que denotaba que había sido criada bajo el título de conde que habían otorgado a su padre. Lucía un vestido color malva, de seda, que parecía cobrar vida a la luz de las velas.

—¡Papá! —dijo, acercándose a él. Sus ojos dorados repararon en el hombre que aguardaba junto a la chimenea. Vio su ropa sucia y desgastada. Y luego, su mirada, tan extrañamente familiar —. ¿Qué sucede?

—Mi hermano ha sido asesinado.

Las palabras cayeron sobre Sophie con la crueldad que conllevan las verdades sin retorno.

—Tengo que viajar a Manchester —empezó a decir su padre con rapidez—. Mañana tomaré el ferrocarril. Dile a Horatio que prepare el equipaje.

Sophie no comprendía qué sucedía. Su padre se movía, farfullando algo sobre la última voluntad de su hermano.

—Pero, papá, ¿qué vas a hacer allí? ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Hasta que cumpla la última voluntad de mi hermano. Hasta que descubra quién le ha asesinado.

Su padre no podía estar hablando en serio. ¿Cómo había tomado esa decisión unilateralmente y sin consultárselo a nadie? ¿Acaso había perdido la cabeza?

—¡No! —protestó ella, enérgica—. Puede ser peligroso.

—Yo iré con él, señorita—habló Gabriel—. Yo le ayudaré.

Sophie puso los brazos en jarras, en un gesto muy típico de ella y alzó el mentón.

—¿Y usted, quién es? ¿Cómo sabemos que podemos fiarnos de sus intenciones? ¿Cómo sabemos que no es una trampa y que usted está implicado?

—Sophie... —comenzó a decir su padre.

—¡No puedes ser tan confiado! Déjame ver esa carta. —Le arrebató el papel y leyó con ansiedad las palabras que contenía.

Y entonces llegó a la frase más críptica: "Le he confesado la verdad sobre sus orígenes".

Sophie alzó la cara hacia el extraño que se removía, inquieto, cerca de la chimenea. Entrecerró los ojos y le observó con más detenimiento.

Era un hombre delgado pero fuerte, con músculos que se insinuaban debajo de la deteriorada ropa. Se notaba que no comía demasiado, sobre todo por las mejillas hundidas y los huesos de los hombros, que se marcaban como aristas puntiagudas.

No carecía de atractivo, a pesar de la suciedad que cubría su piel y su pelo.

Y después, estaban sus ojos. En un tono dorado, del mismo color que el fuego que crepitaba en la chimenea.

En el mismo tono poco común que los ojos de su padre.

Y que los suyos.

Le he confesado la verdad sobre sus orígenes.

Esa verdad relampagueó en la cabeza de Sophie, justo un instante antes de que su padre añadiera:

—Sé que puedo confiar en él, cielo. Y tú también puedes, porque Gabriel es tu hermano.



2

A sus veinte años, Lady Sophie Hastings acababa de descubrir que no era hija única. Sintió la fuerza de la traición enardecer su sangre. Su padre había permanecido demasiados años escondiendo ese secreto.

Gabriel, que así se llamaba aquel extraño con parte de su sangre, lo sabía. Y Sophie quiso saber desde cuándo, pero de repente, no era capaz de articular palabra.

Los leños continuaban crepitando en la chimenea. Eran el único sonido, ya que hasta las respiraciones parecían haberse silenciado.

Fue el doctor Hastings quien habló, acercándose a su hija.

—Sé que debes estar dolida. He intentado decírtelo miles de veces, pero nunca encontraba las palabras.

—¿También es hijo de mamá? —La rabia la impulsó a hablar, sin medir las consecuencias.

—No. Gabriel fue fruto de una relación... Anterior.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó Sophie, mirando detenidamente a su hermano.

—Veinticinco años, señorita.

—¡Por aquel entonces ya estabas prometido con mamá! —Sophie miró a su padre. —. ¿Cómo es posible?

—Sabes que el matrimonio con tu madre fue arreglado y que llegó en cuanto me nombraron conde... Y aunque luego la amé, no fue así desde el principio.

—¿Amaste a otra? —Sophie ya no controlaba el volumen de su voz.

—Más que a nada en este mundo.

—¿Qué? —Sophie se sentía furiosa, porque aquello era indignante —.

¡No puedo creerlo! Tú que siempre me has dicho que no pensara en esas tonterías del amor...Que no existía... ¡También me mentiste en eso!

—No quería que sufieras como yo lo hice. Era un amor imposible, Sophie. Mi familia no lo aprobaba. Y ya estaba prometido...

—¿Y qué hiciste?

—Me enviaron a Londres y mi hermano se quedó en Manchester, ejerciendo como médico recién titulado para cuidar de Julieta y de nuestro hijo.

—¿El tío Byron se casó con ella?

—No. Mi madre murió en el parto —aclaró entonces Gabriel—. Su tío me acogió. Me crio como a un hijo. Hasta que cumplí los catorce y discutimos y me marché de su casa. Hace unos años adquirió un molino que estaba en quiebra y dio trabajo a mucha gente. Incluso a mí, que he tenido algún problema por mis ideas revolucionarias... Volvimos a estrechar lazos y hace unos meses... me enseñó la carta con las amenazas.

—¿Dónde está esa carta?

—Byron lo dejó todo en su caja de seguridad. Me dijo que usted sabría cómo abrirla. Le ha dejado todo, las escrituras del molino, de su hogar...Todo, ahora le pertenece a usted. Es dueño del molino Hastings-Wright, el más boyante de Manchester.

—Le han matado por ese molino, ¿verdad?

—Sospecho que sí... Me dijo que viniera... Cuando le encontré, moribundo. Me quedé a su lado hasta que murió.

—Entonces... ¿No murió solo? —preguntó el conde.

—No, señor. Yo le enterré también. Tal y como él me pidió.

—Bien. Bien. Eso está bien. —La tristeza que había en el rostro de Samuel Hastings era demoledora—. Debo partir cuanto antes. Antes de que le echen de menos. Voy a avisar a Horatio.

Sophie no podía permitirlo. ¿En qué momento su vida había cambiado

tanto? Había descubierto que su tío había sido asesinado, que tenía un hermano secreto y que su padre iba a embarcarse en una peligrosa aventura que lo llevaría al norte del país, donde al parecer tenían un molino de algodón de su propiedad...

—Papá...Déjame ir contigo.

—Pero Sophie...

—Sabes que soy muy inteligente —rogó ella, tomando las manos de su padre entre las suyas—. ¡Puedo ayudarte! Y no quiero que estés solo en esto. Por favor...

Hubo unos instantes de silencio, en los que Sophie creyó que su padre se negaría, pero el conde habló, con la voz apagada, diciendo:

—Está bien. Avisa a Henrietta y a los demás. Saldremos a primera hora de la mañana hacia Manchester, la ciudad donde mataron a mi hermano.



3

Primero viajaron el conde, parte del servicio y Gabriel. Días después lo hizo Sophie, acompañada de Henrietta y de Cloti, puesto que, por encargo de su padre, tuvieron que dejar cerrados muchos asuntos en Londres. También aprovechó para despedirse de sus amigas, a las que la noticia del viaje de Sophie pilló tan desprevenidas como a ella misma.

Poco a poco, a medida que preparaban el equipaje, hablaban con el banco y con algunos conocidos para cerrar la clínica de su padre durante una temporada, Sophie fue más consciente de que su vida ya no era igual.

Tenía un hermano. Siempre lo había deseado... Y ahora, un chico con sus mismos ojos había llegado a Londres para desbaratar su perfecta vida.

Perfecta a los ojos de los demás, porque Sophie se sentía insatisfecha con ella. Por esa razón, la idea de marcharse al norte con su padre, aunque fuera para encontrar a un asesino y hacerse cargo de un molino, le parecía aceptable...Incluso, esperanzadora.

¿Y si por fin encontraba su lugar en el mundo? ¿Y si descubriría quién era en realidad Lady Sophie Hastings y qué esperaba de la vida?

Tenía que haber algo más que matrimonio e hijos. Algo más que bordar cojines y tocar el piano.

Y con esa esperanza, subió al ferrocarril y emprendió el viaje.

En cuanto abandonaron la estación Victoria, llamada así en honor a su Majestad, descubrieron que Manchester era una ciudad vibrante y llena de vida, aunque oscura, maloliente, húmeda y laberíntica. El ruido de los molinos y de los talleres se escuchaba en todas partes, como si toda la ciudad fuera una fragua enorme que no descansaba.

El hollín flotaba en el aire, proveniente de las chimeneas que Sophie podía ver, a través del humo y la niebla, clavándose en el cielo. El sol no parecía conocer aquella ciudad, por la que se cruzaban carruajes y peatones que andaban con prisas y sin disculpas.

Henrietta no tardó en quejarse del olor a estiércol y del mal estado de las calles. Pero Sophie no estaba sorprendida. Sabía lo que iba a encontrarse. Era una mujer formada, que prestaba atención a lo que acontecía a su alrededor. Conocía lo que había sucedido en las ciudades del norte del país; sabía cómo habían crecido hasta desbordarse y como habían ido improvisando soluciones para acoger a todos los que habían abandonado el campo para trabajar en las fábricas, ya que Londres también había cambiado mucho a lo largo de las últimas décadas.

Era el progreso. Los nuevos tiempos. El futuro.

Sus amigas, sin embargo, seguían en sus burbujas de cristal, con sus vidas perfectas en las que tomar té y bordar cojines eran sus únicas aspiraciones antes de encontrar marido. Una vez que lo habían conseguido, sus preocupaciones eran otras.

Que tampoco eran las de Sophie.

Y mucho menos ahora, que había viajado a la ciudad del algodón para descubrir quién había asesinado a su tío.

En ese momento, notaron un olor nauseabundo envolviéndolas. Miraron a su alrededor. Se fijaron en unos hombres ataviados con ropas de fábrica que transportaban un cuerpo inerte. Otros dos hombres, levantaban unas tablas que cubrían el suelo.

Sophie se detuvo para contemplar la escena.

Los hombres colocaron el cuerpo en un ataúd de madera que parecía estar hecho con restos de otros. Lo cerraron sin miramiento y lo arrojaron al agujero, que era una mezcla de agua pantanosa que pudría la madera y ataúdes apilados, unos sobre los otros, de los que escapaban miembros en estado de descomposición.

No era un enterramiento digno ni cristiano y Henrietta comenzó a santiguarse y a rezar una oración por todos aquellos muertos.

—¿Qué clase de ciudad infernal es esta? —preguntó Cloti, cubriéndose la nariz con un pañuelo, como si eso pudiera contener el olor de la muerte.

—¿Cuándo regresaremos a Londres? —le preguntó Henrietta, con el horror en sus ojos oscuros.

—Cuando mi padre lo considere... —respondió Sophie, reanudando la marcha.

Tenían un plan que seguir. Un plan que podía salir mal o funcionar a la perfección.

Su padre parecía tenerlo claro. Le había dicho que cuando ella llegara, se lo explicaría con detalle. Y Sophie tenía ganas. Sabía que su padre suplantaría la identidad de su tío, dado el enorme parecido entre ellos. Y sabía que ella se haría pasar por su sobrina, que había decidido pasar unos meses en Manchester, para cambiar de aires.

El nuevo hogar de Sophie, cuya localización estaba explicada en una nota que su padre le había dejado, estaba en el oeste, en la mejor zona de la ciudad, alejado de los barrios más conflictivos y de las fábricas, por lo que el aire era ligeramente más respirable en ese vecindario, en el que se hallaban las casonas de los molineros, de los dueños de las minas y de los empresarios más importantes de la ciudad.

El lugar era acogedor y majestuoso, con una decoración ostentosa y cara. Era un pequeño paraíso que parecía fuera de lugar en aquella ciudad terrible de la que aún desconocían gran parte de su miseria.

Sophie nunca había visto a su tío. Lo que sabía de él era gracias a su padre, a las breves ocasiones en las que se dejaba llevar por la nostalgia y hablaba de su niñez o de su juventud. Aunque ahora ella se sentía engañada, y ya no sabía qué pensar sobre su padre ni sobre el hermano secreto al que acababa de conocer y con el que apenas había hablado la noche en la que se habían conocido.

No sabía si Gabriel tenía familia. No sabía nada.

Por primera vez, sentía que los cimientos de todo lo que había sostenido los pilares de su vida no eran tan sólidos como creía.



4

La casa resultaba fría y desconcertante porque su tío Byron había vivido solo y sin sirvientes ni ayuda de cámara. Sophie recorrió todas las habitaciones y decidió cambiar algunas cosas para otorgar algo de calidez. Por suerte, con la ayuda de Henrietta, a la que consideraba una madre y de Cloti, una experta ama de llaves, pronto aquel lugar parecería un hogar. Después de distribuir las habitaciones para el servicio que había viajado con ellos, llegó a su dormitorio, en la planta superior. No era un espacio tan grande como el de su hogar en Londres, y hacía frío. Por la ventana, que no tardó en abrir, no entraban rayos de sol, así que tendría que encender velas incluso en pleno día para iluminar la estancia.

Una parte de ella, acostumbrada a los lujos de su vida londinense, quiso quejarse. Pero si Henrietta o Clotilde, a las que una sombra de miedo y tristeza las había invadido desde que habían salido de la estación, notaban sus dudas, se vendrían abajo. Y ella no podía permitirlo.

Era algo provisional. Y ella era fuerte. No podía desanimarse a la primera.

Dispuso lo que tendrían que hacer con las cortinas y con algunos muebles mientras esperaba la llegada de su padre.

Una hora más tarde, los nervios la devoraban. ¿Y si le había sucedido algo? ¿Y si habían descubierto que era un impostor y le habían dado muerte?

Horatio trató de tranquilizarla, diciéndole que su padre estaba en el molino que ahora era de su propiedad, atendiendo un asunto. Pero Sophie no pudo esperar más y salió a buscarle, desoyendo las voces del servicio.

Se adentró en la ciudad y tras pedir unas indicaciones, se encontró frente a un molino gigantesco. En la pared frontal podía leerse: HASTINGS-WRIGHT MILLS.

Junto a la fábrica, un enorme edificio de tres plantas con ventanas cubiertas de rejas y monótonas paredes de ladrillo rojizo, que la vista de

Sophie no lograba abarcar en su totalidad, había más de un centenar de trabajadores que se movían frenéticamente. Algunos cargaban sacos mientras otros los apilaban construyendo montañas grises y blancas.

Un carro tirado por dos caballos apareció por una calle lateral. Portaba una pesada carga con más sacos.

En ese instante, Sophie se dio cuenta de la presencia de un niño, de no más de diez años, que se agachaba continuamente. Prestó atención a sus acciones. Recogía pequeños copos de algodón y los guardaba en una bolsa de tela que colgaba de su hombro.

Nada escapaba a sus ágiles manos. No dudó en meterse debajo del carruaje ni en pasar cerca de las patas de los caballos.

Un ruido fuerte se produjo en el interior del molino y uno de los dos caballos se sobresaltó. Se removió con nerviosismo y un hombre fornido trató de tranquilizarlo, tirando de las correas que lo sujetaban. Por el contrario, el animal se puso más nervioso y perdió el control. Se encabritó, de manera que su cuidador cayó. El otro animal no tardó en contagiarse del mismo estado de terror, moviéndose hacia atrás.

Sophie gritó, pues estaba a punto de aplastar al pequeño niño.

Un hombre alto y pelirrojo se interpuso y apartó al pequeño de un empujón que lo desplazó un par de metros. El caballo giró el lomo y golpeó con fuerza desmedida al hombre, haciéndolo caer. Se dio con la cabeza en el suelo y comenzó a brotar sangre de una herida cercana a la sien.

Una vez que los caballos fueron controlados, Sophie se acercó corriendo hasta el hombre. Se arrodilló a su lado. La herida era un profundo corte desde la oreja hasta la frente y sangraba profusamente.

—¿Se encuentra bien?

El hombre, cuyos cabellos despeinados eran de color canela con brillos rojizos, no respondió.

—¿Puede oírme?

—¡Lucian Monroe está herido! —gritó alguien.

Varios hombres se arremolinaron junto a Sophie, preocupados por el estado del herido, que no abría los ojos.

—¿Puede oírme? —preguntó de nuevo, al tiempo que le tocaba. Con sus manos enguantadas le zarandó suavemente y el hombre abrió los ojos de golpe.

Sophie contempló con sorpresa aquellos ojos verdes, en el tono de la hierba fresca, adornados por unas pestañas del color del cobre.

—*Aye, aye*. Estoy bien —dijo con voz suave, aderezada por un fuerte acento irlandés—. Estoy bien.

—Su cabeza sangra, señor —Ella sacó un pañuelo de seda de su bolso de mano y lo colocó sobre su herida, ante lo que él no se opuso.—. Coloque su mano aquí, por favor.

—¿Quién es usted? —preguntó él, intrigado—. Sus ojos me resultan familiares.

Era un hombre muy apuesto, a pesar de los rasgos hoscos y masculinos, de la nariz ancha y alargada, de la frente amplia y del rostro cuadrado picado por la viruela y cubierto de suciedad.

—Me llamo Sophie Hastings.

—¿Como el dueño?

—Sí, de hecho, él mismo debería atender esa herida.

—No, señorita. Está equivocada si cree que el doctor Hastings perderá su tiempo con un trabajador del molino —soltó con brusquedad, apartándose de ella—. ¿Dónde está Ezra?

—Estoy aquí, Lucian —respondió el niño.

—¿Estás bien?

—*Aye*.

Sophie se fijó en las manos del pequeño. Temblaban por el miedo, pero el chico trataba de aparentar coraje. Miró sus ojos. Eran dorados. Como los de

Gabriel, como los de su padre, como los suyos.

¿Quién era ese niño? ¿Y si su hermano...tenía hijos?

—¿Qué pasa aquí? ¡Todos a trabajar! —ordenó una voz fuerte.

Los hombres que les rodeaban se escabulleron con rapidez.

—¿Otra vez causando problemas, Monroe? —Un hombre mayor con barba se acercó con aire amenazador.

—No, señor —dijo Lucian, poniéndose en pie.

Sophie se quedó en el suelo, sorprendida por todo aquel trato descortés.

—Vuelve a tu trabajo.

—Sí, capataz.

—¡Pero está herido! —protestó ella enérgicamente.

Lucian Monroe la miró y ella distinguió una emoción confusa en sus ojos verdes.

—Estoy bien, señorita Hastings, gracias por su consideración. —Él le tendió su pañuelo ensangrentado y ella no dudó en agarrarlo.

—¿Hastings? ¿Como el dueño? —preguntó el capataz.

—Sí —contestó ella, alzándose con orgullo—. He venido a ver a mi tío. ¿Dónde está?

—Creo que está atendiendo a la señora Wright. La madre del socio de su tío.

—¿En serio? ¿Y dónde puedo encontrar a ese caballero?

—En su despacho, señorita. ¿La acompaño?

El caballo que había generado tantos problemas volvió a relinchar y después cayó fulminado al suelo, captando la atención de los presentes. Sophie aprovechó la distracción para dirigirse al interior de la fábrica sin compañía del horrible capataz. Antes de entrar, buscó con la mirada al niño de los ojos dorados. Lo encontró con Lucian Monroe, que lo agarraba de los

hombros y le dedicaba lo que parecían palabras de ánimo.

Como si este fuese capaz de percibir su mirada, ladeó el rostro y pilló a Sophie mirándole. Ella se ruborizó y se giró para entrar en el molino.

Oyó el ruido de las máquinas viniendo de su izquierda detrás de unos portones cerrados. Era un traqueteo molesto, que en algunas zonas resultaba ensordecedor. Sophie ascendió los tres pisos y recorrió un pasillo, hasta una puerta cerrada. A un lado, leyó un cartel que decía:

Aaron Wright.

Dueño de Minas Wright, socio de B. Hastings

—Perdone, ¿quién es usted?

Se giró hacia la voz. Era una dama de cabello oscuro, de baja estatura y rostro regordete, que lucía un vestido de seda azul demasiado caro como para estar allí.

—Soy Sophie Hastings.

—¿Como el dueño, el doctor?

—Sí.

—Se marcharon hace rato a la mansión Wright. No lo encontrará aquí.

—De acuerdo. Gracias —Sophie alzó el mentón y agarró el picaporte.

—¿Qué hace? —preguntó la dama con sorpresa.

—¿Es este el despacho del socio de mi tío?

—Sí, pero no puede entrar. Aaron está trabajando.

—Es para tratar un asunto importante.

—Pero...

—No necesito que me acompañe —la interrumpió Sophie con brusquedad —. Gracias.



5

Sophie giró el pomo de la puerta y entró en el despacho del patrono sin previo aviso. Sus ojos pronto evaluaron el lugar. Era un espacio sobrio, con maderas oscuras en tonos rojos. En el centro, sentado al otro lado de un escritorio, había un hombre concentrado en la escritura en un gran cuaderno repleto de cifras.

Frente a él, unos frascos con tinta en los que mojaba la pluma. Ni siquiera levantó los ojos del papel cuando dijo:

—Estoy ocupado ahora, Vicky. No tengo tiempo para tus tonterías.

Sophie se fijó en que no llevaba chaqueta y que se había arremangado las mangas de una camisa blanca que destacaba en aquel oscuro lugar. Observó el chaleco negro, el cuello alto y el pañuelo de seda bien anudado.

—Me temo que no vengo a hablar de ninguna tontería, señor Wright.

Alzó la cara y dirigió sus ojos al origen de la voz por primera vez. Y la vio. Orgullosa como si descendiera de una diosa, con un vestido en tonos azules con rosas blancas, alzando el mentón con petulancia.

—¿Quién es usted? —dijo él, fascinado ante la imagen que mostraba. Su cabello, rojo como la cera lacrada, estaba peinado en un moño sencillo y dejaba escapar dos mechones que enmarcaban su rostro alargado. Sus ojos dorados le miraban con enojo.

—Soy Lady Sophie Hastings.

—¿Hastings?

—Soy la sobrina de su socio —mintió ella sin amilanarse.

—Su tío está atendiendo a mi madre. Es el mejor médico de la ciudad.

—Lo sé, pero vengo a hablarle de otra cosa. Ha habido un accidente en la entrada. Un caballo se ha descontrolado y ha herido a uno de sus trabajadores, que se ha interpuesto para salvar la vida de un pobre niño.

—Nadie me ha informado —dijo él con sorpresa.

—Creía que usted era el dueño de una parte de este molino.

—Y lo soy —replicó él, frunciendo el ceño—. Poseo el cuarenta y nueve por ciento. Pero a todos los efectos, soy el patrono y dirijo este lugar.

Sophie miró la sala. Había grandes ventanales que daban tanto al interior como al exterior del molino.

—Y me imagino que, desde aquí, nada escapa a su control. O no debería escapar...

—¡Señor! —dijo entonces el capataz, que respiraba atropelladamente, al entrar en el despacho.

Cuando Aaron Wright se puso de pie, Sophie se dio cuenta de que medía mucho más que ella. Probablemente, Sophie le llegaría a la altura del cuello, siempre que llevara tacones.

Fue entonces cuando apreció lo atractivo que resultaba. Alto, ancho de hombros y de pecho y con fuertes brazos que tensaban el tejido de la camisa.

Llevaba el cabello castaño y rizado peinado hacia atrás y recogido en una pequeña coleta, lo que despejaba su frente y mostraba las marcadas facciones de su hermoso rostro, algo endurecido por el aire autoritario de su expresión.

La nariz era estrecha en el puente, equilibrada y un poco respingona y estaba cubierta por pecas. La boca la formaban unos labios estrechos, pero bien delineados. Unas pobladas patillas cortaban sus mejillas, cubiertas por una barba espesa.

Y luego estaban sus ojos, los más extraños que Sophie había visto en su vida, porque cada uno tenía un color. El derecho, azul; el izquierdo, marrón.

«Qué hermosos», pensó.

—Ha habido un problema con uno de los caballos. Al parecer estaba enfermo y ha caído. No ha aplastado a un niño por poco, jefe.

Aaron cruzó los brazos sobre el pecho y miró a Sophie.

—La señorita acaba de informarme.

—Uno de los hombres ha resultado herido en la cabeza. Esta señorita se ha ocupado de él.

—¿En serio? —El patrono la miró, con incredulidad.

—Tengo conocimientos de medicina—dijo ella, con orgullo.

—¿Y qué hay del niño?

—Se encuentra bien pero asustado —respondió el capataz.

—Pues que todos vuelvan al trabajo —Hizo un gesto despectivo con la mano.

—¡Sí, señor! —dijo el capataz, abandonando el despacho.

—¿Ha dicho que deben volver al trabajo? —Sophie no tardó en hablar cuando volvieron a encontrarse a solas.

—Así es, señorita.

—Pero si... ¡Ni siquiera ha visto cómo se encuentran sus trabajadores!

—¿No ha dicho que usted, que tiene conocimientos de medicina, se ha ocupado del único que ha resultado herido? —Él la miró, con la arrogancia en la voz.

—Sí, pero solo superficialmente...Necesitaría un examen de mi tío y, además, el pobre niño...

—¿Qué pretende que haga? ¿Que lo envíe a casa? ¿Y quién hará su trabajo?

—No me puedo creer sus palabras, señor Wright.

—Así es como funcionan aquí las cosas —Bajó los ojos.—. Lamentablemente.

—¿Así es como tratan a un niño de nueve o diez años, al que casi le cae un caballo encima?

—Sí. Y estoy francamente ocupado como para encargarme de estas

tonterías —dijo él, con voz férrea.

—Pero ¿qué clase de hombre es usted?

—Soy el que da de comer a más de doscientas personas en esta fábrica y a otras cien en la mina de mi propiedad, Lady Sophie Hastings, así que como comprenderá no tengo tiempo para cursilerías. Ahora, la acompañaré hasta donde se encuentra su tío.

—No necesito que me acompañe.

—Insisto.

—No —dijo ella tajantemente.

—¿Qué clase de mujer es usted?

—¿Cuánto cobra ese pequeño por hora, señor Wright? —Sophie puso los brazos en jarras y avanzó hacia él.

—No es de su incumbencia.

—Sí que lo es. Estoy dispuesta a poner de mi bolsillo el sueldo de ese chico si usted le deja marcharse a casa.

—No.

—¿Por qué no? ¿Es que acaso no le importa solo el dinero? Yo se lo ofrezco. ¿Cuánto?

—¿Va a encargarse usted del sueldo de cada trabajador que enferme o se caiga?

—Yo...

—Puede que entienda de medicina, milady, pero no entiende de negocios.

—Al parecer, de lo que usted no entiende es de personas.

—¿Eso cree? Pues se equivoca. Esas personas tienen que comer, para ello tienen que trabajar para mí. No hay mucho más que entender.

Antes de que Sophie pudiera replicar, una voz de mujer habló:

—Aaron, querido, ¿qué sucede?

Cuando Sophie se dio la vuelta, se encontró con una señora elegante, aunque de aspecto autoritario. Llevaba recogido su cabello rubio en un moño sencillo, que resaltaba las facciones de su rostro y, sobre todo, sus ojos, tan parecidos y peculiares como los de su hijo.

—Madre, esta dama es Lady Sophie Hastings.

—Soy la señora Wright. Su tío me ha dicho que estaba de camino a Manchester para pasar aquí una temporada.

—Así es —dijo Sophie, tratando de parecer tranquila y educada—. ¿Dónde está mi tío?

—Se ha marchado a casa. Nadie le había dicho que usted se encontraba aquí.

—Me imagino. Pues tendré que marcharme entonces.

—Aaron, acompaña a la joven.

—No es necesario —dijo Sophie.

—Insisto —se apresuró a responder él—. Soy el patrono, milady. Y voy a acompañarla.

Sophie reprimió una respuesta maleducada y asintió con la cabeza. Salió del despacho después de despedirse de la señora Wright, que era paciente de su padre, por lo que no quería causarle una primera impresión demasiado desagradable. La joven dama de antes aguardaba en mitad del pasillo y dedicó una mirada hostil a Sophie, que siguió caminando, seguida de cerca por el señor Wright.

Una vez en el exterior, Sophie se dio cuenta de que todo el mundo había vuelto a sus quehaceres, olvidando el incidente con los caballos.

—Avisaré a mi capataz para que llame a mi cochero. Manchester es una ciudad grande y resulta confusa para los recién llegados.

Sophie ladeó el rostro hacia él y con una calma fría y elaborada, respondió:

—No, gracias.

—¿Cómo?

—Tengo un gran sentido de la orientación y seguro que podré llegar a la casa de mi tío sin su cochero.

—¿Está rechazando mi ayuda?

—Sí, señor Wright. Ocúpese de dominar la vida de todos sus empleados en la mina y en el molino, pero no la mía.

Se dio la vuelta y echó a andar en la primera calle que encontró. Trató de controlar su respiración y sus piernas, que temblaban como nunca lo habían hecho.



6

Al cabo de un rato, Sophie comprendió con horror una cosa. Se había perdido. Aquel laberinto de calles lúgubres y estrechas la había confundido y ni siquiera sabía dónde se encontraba.

Miró a su alrededor. Había edificios de ladrillo que debía ser rojo, pero estaba cubierto de hollín negro. Todas las construcciones le parecían iguales a las que acababa de dejar atrás. El suelo estaba cubierto por una mezcla de barro y charcos verdes que desprendían un olor desagradable. Vio montañas de trastos apilados, cuerdas en las que había prendas de ropa colgadas y un par de fuegos improvisados en las esquinas. Pequeños copos de algodón de algún molino cercano revoloteaban en el ambiente. En las puertas, personas delgadas y harapientas la miraban con la acusación silenciosa en la mirada.

Ella no pertenecía a aquel lugar.

La noche estaba a punto de cubrir la ciudad y Sophie se echó a temblar ante el destino que le aguardaba.

—Por favor —dijo a una mujer —...Me he perdido. ¿Puede indicarme cómo...?

La mujer miró detrás de Sophie y ésta se giró. Había un par de mujeres, con las cabezas muy juntas, cuchicheando sobre ella. Y una dijo:

—La hemos visto en la fábrica, con el señor Wright.

—Sí, pero yo...

—Usted es como ellos, como la señora Wright. Márchese de aquí.

Sabía lo que parecía. Por eso comprendió que las mujeres se dieran la vuelta y desaparecieran en el interior de sus casas. Sophie reemprendió la marcha. Se internó en otro laberinto sórdido y apestoso. Cada ruido la sobresaltaba. Se abrazó a sí misma, bajó la cabeza y aceleró el paso.

No se dio cuenta de que la seguían hasta que fue tarde.

Una mano grande la agarró del brazo y tiró de ella, de manera que su espalda topó violentamente contra una pared. En cuanto se recuperó del breve instante de dolor, alzó los ojos y miró a su asaltante. Vio dientes podridos y el hollín sobre su cara. Y luego estaban sus ojos, que la miraban con repugnante lascivia.

—No suelen venir criaturas tan...finas por aquí. —La contempló de arriba a abajo.

El tono de su voz provocó un miedo visceral en Sophie, que aumentó en cuanto se dio cuenta de que había otro hombre más a su izquierda, que la agarró por la cintura.

Su aliento era agrio y se mezclaba con un hedor corporal que le dio arcadas.

Sophie comenzó a luchar, retorciéndose y dando patadas. Alguna alcanzó al tipo que la sujetaba, lo que hizo que el otro acudiera en su ayuda. Pronto se vio llevada en volandas, sujeta por la cintura y las piernas. Gritó y se revolvió. Se sintió poseída por el pánico cuando el que la sujetaba por los pies comenzó a subirle la falda, dejando a la vista los tobillos y luego las piernas cubiertas por las medias. Luchó con más fiereza, gritando, pidiendo ayuda.

Oyó una voz masculina.

—Dejadla en paz.

Los dos hombres se quedaron quietos y miraron hacia el origen de la voz, del mismo modo que lo hizo Sophie.

Entre las lágrimas que comenzaban a inundar sus ojos, pudo ver la figura que acababa de hablar. Era alta y delgada. Enfocó la vista y distinguió su melena despeinada y las ropas del molino Hastings-Wright. Era el hombre que había sido herido esa misma mañana, al que ella había auxiliado.

—No te metas en esto, Lucian.

—He dicho que la dejéis en paz.

Los asaltantes saltaron a Sophie, que cayó de bruces contra el suelo, que

estaba húmedo y viscoso.

—Luego me ocuparé de ti —dijo uno de ellos.

Cuando se alejaron, ella gateó por el suelo. Llegó hasta una pared cercana y se apoyó para ponerse en pie. Estaba aterrada y temblaba de pies a cabeza. Y entonces miró.

Su salvador estaba peleando contra aquellos salvajes. Era más rápido y ágil y luchaba con furia. En cada puñetazo había cólera y pronto uno de los asaltantes cayó al suelo.

Y él la miró.

—¡Corra! ¡Huya, señorita! ¡Vamos!

En el momento en que asimiló las palabras, Sophie obedeció. Tomó la primera calle que encontró y echó a correr sin mirar atrás. Lo hizo una única vez, para asegurarse de que no la seguían. Topó contra algo duro. Alzó los ojos con terror y se encontró con el señor Wright.

—¡Milady! —dijo él, al darse cuenta de su estado—. ¿Qué ha sucedido? Su tío la está buscando y... —Sus ojos repararon en el vestido roto y sucio y en sus cabellos despeinados.

—Me he perdido —logró decir ella —. Tiene que ayudar a una persona.

—¿Qué?

—Me ha salvado. Está ahí abajo. Son dos contra él, por favor... Ayúdele.

—¿Dónde está?

—Por aquí.

Bajaron a toda prisa por la misma calle. Pronto oyeron los gritos y los golpes. El señor Wright le dijo que se quedara quieta y avanzó hasta la pelea, en la que había cambiado las tornas y Lucian estaba recibiendo una paliza de aquellos salvajes. Sin dudar, el señor Wright se inmiscuyó en la refriega, asestando puñetazos certeros.

—¡Es el jefe! —dijo uno de ellos —. ¡Vámonos Paul!

Pero el señor Wright lo tenía agarrado del cuello de la camisa y lo empotró contra una pared cercana.

—¿Qué hacéis, escoria? ¿Qué ibais a hacerle a la dama? —Soltó los puños, con una exhibición de furia que no parecía pertenecer a alguien de su posición. Pronto, el tipo quedó inconsciente.

—¡Señor Wright! —gritó Sophie.

Su nombre le hizo reaccionar. Soltó la mole inconsciente y se giró hacia el otro, que se había quedado congelado en medio del callejón.

—No vuelvas por la mina —le advirtió.

—Pero, señor Wright, mi familia... Mis hijos...

—¡Largo de mi vista!

Y echó a correr, tambaleándose por los golpes recibidos. Aaron Wright miró a Lucian, que estaba en el suelo, con el rostro ensangrentado. Fue a levantarlo, pero Lucian hizo un ademán brusco y se apartó.

—¡No necesito su ayuda! ¡Váyanse de aquí!

Aaron se acercó a Sophie, que no podía dejar de contemplar a Lucian, y le tendió la mano enfundada en un guante.

—Milady... ¡Tenemos que irnos!

Ella asintió y dedicó una última mirada a Lucian, que se levantaba del suelo con visibles muecas de dolor. Pronto abandonaban el barrio. Las farolas de gas se encendieron y ella pudo ver que se hallaban en una plaza menos lúgubre. Había un carruaje esperándoles. El conductor brincó del pescante para ayudarles a subir.

Una vez que estuvieron encerrados en el espacio oscuro del interior del vehículo, ella se miró las manos. Los guantes estaban rotos y cubiertos de una suciedad pegajosa. Se los quitó.

«Ya ha pasado», se dijo, «ya estás a salvo».

El vestido estaba sucio y desgarrado y el olor se le había metido en la

nariz. Supo que nunca podría librarse de los recuerdos que aquel olor traería a su memoria.

Tembló, pero no iba a derramar ninguna lágrima. Al menos, delante del señor Wright. Le estudió con atención y vio que apretaba la mandíbula.

—¿Tiene frío? —preguntó él, con un matiz de dulzura en la voz.

—No.

—Póngase mi abrigo, por favor.

Sophie no tenía ganas de discutir, porque él también la había salvado de aquel destino tan horrible, así que solo asintió.

Aaron se quitó el abrigo y se lo colocó sobre los hombros, procurando no tocarla.

—Gracias.

Ella miró sus guantes. Estaban empapados a la altura de los nudillos por la sangre de uno de sus agresores.

—Sus guantes...

—Lo sé.

—¿Se encuentra bien?

—¿Y usted?

—Sí —Sophie tragó saliva, tratando de controlar los nervios que aún la atenazaban —...Le agradezco que haya ayudado al joven que me ha encontrado.

—Trabaja en nuestro molino —Sophie apreció que la había incluido, a ella y a su apellido y sintió un cosquilleo en el estómago. —... Y, además, si es tan honorable como para impedir que hagan daño a una dama, se merece mi apoyo. Aunque no lo quisiera, tal y como me ha demostrado.

—Esta mañana también ha ayudado a un niño. Debe de estar en su naturaleza.

—Parece deslumbrada por el señor Monroe. Pues déjeme darle un consejo. No toda la gente es como él.

—Lo he comprobado por mí misma.

—Exacto. Ya ha visto que los de su posición son variables y traicioneros.

—Creo que también hay gente así entre los de *nuestra* posición, señor Wright. Gente ruin capaz de cometer actos crueles.

—Así es. Pero le pido que no idealice a gente como el señor Monroe.

—¿Ha tenido algún problema con él? —preguntó ella con curiosidad.

—No es de su incumbencia, señorita Hastings.

—Porque no entiendo de negocios, ¿verdad?

—Lady Sophie...Honestamente, no deseo discutir. No lleva ni un día en Manchester y ya se ha metido en un problema. Muy serio, además. Y eso que no se ha extraviado en Angel Meadow, que entonces no podría ni contarlo. Así que como socio y amigo que soy de su tío, le pido que no sea ingenua. Ni tan terca como para rechazar que la acompañen a su hogar.

—¿No cree que ya he pagado por la terquedad de la que me acusa?

La realidad que subyacía en las palabras de Sophie hicieron que Aaron cambiara de actitud.

—¿Le han hecho daño? —preguntó mirándola.

—No. Solo ha sido un susto, por lo que le pido que no se lo cuente a mi tío.

—No puedo hacer eso —respondió él con sequedad.

—No es para que no me reprenda —respondió ella, con voz serena—. Es porque no quiero que se preocupe por mí. Por favor, señor Wright... Seré más cuidadosa, pero por favor, no le diga que han intentado hacerme daño.

A aquella distancia, pudo ver que las sienes de ese hombre tenían canas, como hebras de algodón que aportaban una elegante madurez a su semblante.

Era la primera vez que se miraban sin acusaciones ni reproches en los ojos. Ella apreció el color. En el ojo derecho, un tono gris que no había visto nunca antes. En el izquierdo, un tono marrón oscuro salpicado de motas doradas. Eran hermosos y profundos. Emanaban autoridad y auto-exigencia. Pero Sophie podía apreciar que había cierta bondad bajo la frialdad que se empeñaba en mostrar.

El carruaje se detuvo.

—Ya hemos llegado, señorita Hastings —dijo Aaron, inclinándose para abrir la puerta.

En el interior del nuevo hogar de Sophie, su padre estaba en medio del salón, corroído por el nerviosismo.

—¡Sophie! ¡Por fin! —La abrazó con fuerza y la pierna le falló cuando se acercó a toda prisa. —. ¿Qué ha pasado?

Ella aguardó a que el señor Wright la delatara. No lo hizo.

—Solo se ha desorientado. Manchester es una ciudad que creció muy rápidamente y se construyeron barrios que resultan muy parecidos.

—¿No ha pasado nada más, Sophie? —Su padre era muy perspicaz y nada se le escapaba.

—No, me he caído, pero eso es todo.

—De acuerdo —Si se dio cuenta de que ambos le habían mentado, nada en él lo indicó—. Ve a darte un baño. Henrietta está a punto de sufrir una crisis nerviosa. Y no encuentra las sales, así que date prisa.

—Me retiro, entonces.

Antes de abandonar el salón, giró la cabeza y miró al señor Wright. En ese momento, éste alzó levemente el rostro y sus miradas conectaron.

—Buenas noches, señor Wright y gracias por todo.

Él asintió con la cabeza de manera abrupta y le apartó la mirada. Cuando Aaron abandonó el hogar de su amigo el doctor, no sabía qué pensar. Era una mujer irritante y odiosa.

Esa misma mañana había entrado en su despacho con la altivez de una aristócrata, como si fuese invencible. Y cuando se había marchado, sola, le había dado la sensación de que lo había derrotado, pisoteando su orgullo. Pero luego la había encontrado, huyendo por ese maldito callejón. No podía ni imaginar el miedo que debía haber pasado, sin embargo, solo se preocupaba del bienestar del agitador Monroe. Y en la intimidad del carruaje ni siquiera había llorado, alzando el rostro como si nada pudiera hacerla flaquear. Podría admirar su fortaleza si su belleza no le hiciera querer alejarse de ella a toda prisa.



—¿Una cena? ¿Aquí? ¿Por qué, papá? —preguntó Sophie, a la mañana siguiente, cuando su padre le había explicado el primer paso del plan que iban a seguir.

—Porque necesitamos conocer a todos los posibles asesinos. Verás, tu tío me dejó diarios escritos con sus vivencias aquí. Los he leído. Pero no tengo ni una pista. ¡Ni una sola!

—Algo habrás descubierto, ¿no?

—No, no lo sé. Hay demasiado orgullo y demasiada ambición. Comportamientos pueriles, desde luego.

—¿De quién?

—De los fabricantes de algodón. Hay muchos en Manchester, pero son seis en total los más poderosos. Y al parecer, mi hermano los trataba a todos. Hay quien juega a las cartas, quien empina el codo, quien es un adúltero depravado... Ni siquiera se salvan sus esposas. Al parecer, comprar aquel molino no fue la decisión más sabia de mi hermano.

—¡Qué lugar tan horrible! —añadió Henrietta, la doncella.

—¿Dice por qué se hizo cargo del molino? —preguntó Sophie.

—Sí. Al parecer, el anterior dueño lo perdió en una partida de cartas. Mi hermano pensó en los trabajadores que serían despedidos y se puso en contacto con el señor Wright, un hombre que era ya rico por su mina. Le propuso ser socios y llevar el molino juntos, aunque fue delegando en Aaron, que ha resultado ser muy capaz, a pesar de que no tuvo demasiada formación académica porque su padre era un constructor que le arrastraba a sus obras desde niño. Pasó un tiempo fuera y luego descubrió que había una mina en sus tierras. Con una inversión inicial, la puso en marcha. No tardó en hacerse rico por el carbón.

—Y ¿qué dicen los diarios de él como persona?

—Es un hombre inteligente y estricto. Y justo.

—No —soltó ella—. Ayer en la fábrica fue estúpido y prepotente.

—Te traje a casa —La bondad de su padre afloró al momento. —. Fue a buscarte. Recorrió media ciudad. Creo que solo por eso puedo concederle un par de días de mi buena opinión y de la de mi hermano, que por algo lo eligió como socio.

—De acuerdo, padre. Dígame: ¿Qué debemos preparar para esa cena en la que voy a conocer a la flor y nata de Manchester?

Elaboraron un menú asesorados por Henrietta y Cloti y planearon hacer una salida al centro de la ciudad al día siguiente. Su padre, que desde que había perdido a su hermano estaba distante y taciturno, se retiró a su dormitorio. Henrietta y Cloti acabaron algunas tareas en la cocina y Sophie se quedó sola.

Los primeros pensamientos que ocuparon su mente la sorprendieron. ¡Estaba pensando en un hombre!

Un caballero arrogante, altivo y que miraba a los demás por encima del hombro con unos ojos extraños...Que no podía quitarse de la cabeza. Eran intensos, hermosos y desprendían bondad. Ella solía calar a las personas y no se había equivocado con demasiadas. Sus primeras impresiones eran acertadas e inequívocas. Así había sido en Londres y ahora, le sucedía lo mismo en aquella ciudad tan distinta... Como él.

Nunca había conocido a un hombre así y eso que apenas había compartido unos minutos en su presencia. Minutos tensos y repletos de acusaciones y reproches... Excepto en la soledad del carruaje, cuando se habían mirado después de que él la hubiera encontrado huyendo y asustada... Y ella se había sentido atrapada por su belleza, por su fuerza y por su presencia apabullante. No era como los aburridos petimetres que había dejado en Londres. Era un hombre masculino, un poco burdo, de movimientos pesados, pero eso hacía que se sintiera más atraída por él. Era lo que debía ser. No era artificioso ni redundante. Nada en él resultaba impostado ni falso.

Y eso hacía que le temblaran las piernas.

«Desde luego, Sophie, eres tonta», se dijo a sí misma. «¡Que te tiemblen las piernas por un hombre!»

Se rio en voz alta. Era absurdo. Ella no era de esas mujeres que se dejaban impresionar.

Pero lo estaba. Y, sobre todo, se sentía curiosa. Quería saber más cosas de él.

Por eso, aprovechando que todos dormían, se dirigió al despacho de su tío, una salita en la primera planta que su padre había tomado como "cuartel general" y en el que hablaban sobre los pasos que iban a dar para descubrir al asesino que los había llevado hasta allí.

Sobre el escritorio, unos cuadernos de cuero se apilaban unos sobre otros desordenadamente.

Desde luego, el fuerte de su padre nunca había sido el orden. Encendió un quinqué y lo depositó sobre el escritorio.

Se sentó en el sillón y comenzó a hojear los cuadernos, para conocer a los seis patronos que su padre ahora trataba personalmente y de los que recibía unos honorarios desorbitados y que a cualquiera podrían parecerle insultantes.

El primer cuaderno que tomó era el de Robert Cauldwell, que poseía el segundo molino más próspero de Manchester. Era viudo y padre de una hija, Vicky.

Recordó las palabras de Aaron cuando entró en el despacho: «No tengo tiempo para tus tonterías, Vicky».

Pensó en la dama que se había cruzado en el molino. ¡Esa debía de ser Vicky Cauldwell!

Se preguntó qué relación tenía con Aaron Wright. Cuando creía que se trataba de ella, la había tuteado, así que eso significaba que eran cercanos, pero... ¿En qué medida?

Sacudió la cabeza y apartó esos pensamientos de su cabeza. Leyó las palabras manuscritas de su tío, tan parecida a la letra de su padre que no tuvo dificultad en comprender los diarios.

Había un listado de enfermedades que había sufrido y descripciones de su carácter. Lo mismo se repetía en todos los diarios.

Su tío era meticuloso e inteligente y había dejado constancia de todo lo que había considerado relevante. Las pistas estaban ahí, dispuestas a ser reveladas. Solo necesitaban tiempo...

Y un plan. Que exigía que se acercaran a los seis patronos más poderosos de Manchester y a sus familias.

Incluido el señor Wright.

Cuando Sophie alcanzó el tomo de cuero que versaba sobre aquella familia, dudó. Quería saber cosas sobre él... Pero en cierto modo y de una forma sorprendente, temía encontrar algo negativo. ¿Y si era un canalla?

No lo parecía desde luego...Pero ella sabía muy bien que existía una doble moral extendida entre los que querían parecer más nobles...

«Ábrelo, ya», se reprendió.

Se obedeció a sí misma. Y comenzó a leer los datos sobre su familia:

Su padre, uno de los grandes constructores de Manchester, había fallecido en 1842, después de las protestas contra las Leyes del Maíz.

Su madre, Helena Wright sufría "largos períodos de desánimo y cansancio" en los que experimentaba "cambios de humor y crisis nerviosas", así que recurría a las sales con facilidad y debía proteger su cuerpo del frío y del exceso de calor, y evitar toda emoción que pudiera alterarla. Lamentablemente, tenía dos niños pequeños, los gemelos John y Andrew de diez años, que consideraba demasiado agotadores para su estado y que se criaban con niñeras. Tenía también una hija mayor, Catalina, que sufría asma pero que tenía grandes ganas de vivir.

Y entonces comenzó a leer todo lo que ponía sobre Aaron Wright.

"Aaron Wright Dunne, de 33 años de edad, nacido en Manchester en 1820. Altura, 1,85. Peso, 92.

No presenta patologías concretas. Posee una salud excelente y apenas ha sufrido unos resfriados leves durante los últimos inviernos. En cuanto a su carácter, es un hombre serio y trabajador, respetado y admirado por los demás molineros por su capacidad de hacer fortunas en poco tiempo, aunque hay cierta sombra sobre el pasado que nubla su presente. A pesar de ello, es un caballero íntegro y decidido, dispuesto a mejorar la vida de los que le rodean..."

¿Una sombra de su pasado? ¿A qué podía referirse su tío? Tenía que descubrirlo, por si tenía algo que ver con la muerte del verdadero doctor Hastings.

¿Y si eso era así? ¿Y si Aaron Wright, con sus ojos tan extraños y hermosos y ese aire autoritario pero bondadoso no era lo que parecía? ¿Y si era un asesino?

Fuera lo que fuera, ella tenía que descubrirlo. Y para eso, nada mejor que una cena en la que expondrían los defectos de todos los invitados.



8

Al día siguiente, después de ir con Henrietta al mercado para adquirir más alimentos, ya que ahora eran más en la casa del doctor y había otras necesidades que cubrir, decidió acercarse al molino del señor Wright a devolver el abrigo.

Solo tenía que acercarse al capataz, entregarle la prenda y despedirse. No era tan difícil.

—Señorita Hastings, el jefe está en la parte de atrás. ¿Me permite acompañarla a su despacho?

O sí. Tal vez era más difícil de lo que había pensado en un principio.

—Solo he venido a devolverle esto.

El capataz se miró las manos, sucias y ennegrecidas por el duro trabajo, por lo que no quería agarrar el abrigo de su jefe y mancharlo.

—Si no le importa, yo la acompaño y usted lo deja en el despacho.

—Está bien —accedió ella a regañadientes, cuando comprendió que tendría que enfrentarse de nuevo a Aaron Wright.

Mientras subía por las escaleras siguiendo al capataz, dirigió la vista al interior del molino. Había máquinas en toda la sala, con conos cubiertos de algodón blanco, ruedas que operarios hacían girar y girar y cintas que recorrían el espacio y que no dejaban de moverse.

Enseguida vio a Lucian, con la cara hinchada y cubierta de moratones. Quería agradecerle lo que había hecho, pero no podía llegar hasta él. El capataz no le permitiría descender hasta el corazón del molino y mezclarse con los trabajadores, que no apartaban la vista de la maquinaria.

Pensó en como lo haría para acercarse a él, más tarde.

Después de subir las tres plantas, se encontró de nuevo en el despacho del señor Wright. El capataz se marchó a toda prisa, dejándola sola.

Sophie dio un par de vueltas por el despacho. Había un perchero en una esquina, así que colgó el abrigo para que no se arrugara. Ya lo había devuelto, de modo que podía marcharse sin necesidad de ver a ese hombre tan arrogante. Oyó voces y agudizó el oído.

—Lo sé, señor Cauldwell. Vicky es una joven formada y está en edad casadera. Pero...

—Es una buena chica. Sumisa y obediente. Y es bonita.

—Señor Cauldwell, conozco a su hija desde que éramos niños.

—Lo sé. Y por eso te digo que no encontrarás otra mejor, Aaron. Sé que hay muchas mujeres persiguiéndote. Las hijas de Edric y Laura, por ejemplo. Las cinco.

—No estoy interesado.

—Pero algún día tendrás que casarte. Eres un exitoso hombre de negocios hecho a sí mismo. Eres listo. Por eso tienes que tener en cuenta que el mejor negocio que puedes realizar es casándote con mi hija.

—Le agradezco sus consejos. Lo reflexionaré.

—Asistiremos a la cena del doctor Hastings, por si te interesa.

—¿Cena? ¿Desde cuándo el doctor hace cenas en su casa?

—Pues la celebra mañana. Seguro que estás invitado. Nos vemos, Aaron.

Se despidió cortésmente de Robert Cauldwell y abrió la puerta del despacho. Solo una vez que se hallaba sin compañía en su refugio particular, soltó todo el aire que estaba reteniendo. Percibió el aroma a lilas, lo que le hizo alzar el rostro con determinación. Vio la esbelta figura de Sophie recortándose contra la ventana, por la que se colaban algunos rayos de sol, que parecían desafiar a la continua niebla. Aaron pensó que Sophie Hastings debía haberlos traído con ella desde Londres.

—Buenos días, señor Wright. He venido a devolverle su abrigo —dijo ella con voz sosegada, aunque notaba el corazón acelerado.

—Buenos días, ¿cómo se encuentra?

—Muy bien. Gracias.

El silencio se instaló con rapidez entre ellos, porque eran dos extraños cuya relación no había empezado con buen pie.

Aunque Sophie no olvidaría nunca cómo él la había ayudado y en ese momento, apreció cómo los signos de los golpes que había impartido para defender su honor eran visibles en sus manos, desprovistas de guantes.

—Está invitado.

—¿Perdone?

—A casa de mi tío. La invitación estará a punto de llegar, supongo.

—Gracias —dijo él con sequedad, al tiempo que avanzaba hacia ella—. Así que... Ha oído la conversación.

—Es posible —dijo Sophie, encogiéndose de hombros—. Aquí no había mucho que hacer y bueno... No hablaban en susurros.

—Le agradecería su discreción, milady —dijo él, sentándose en la silla y clavando su atención en unos papeles sobre la mesa.

—¿A quién le voy a contar que las mujeres en edad casadera y sus padres le persiguen, señor Wright? —había un matiz de diversión en la voz de Sophie que ella no trató de ocultar—. Soy nueva en la ciudad.

—Aun así —masculló él entre dientes.

—Puede estar tranquilo. Además, le debo un favor. No le contó a mi tío todo lo sucedido, con lo que evitó que se preocupara inútilmente... Eso hace que estemos en paz.

—No me parece un acuerdo justo. —Aaron alzó los ojos y la miró.

—Supongo que se debe a que no se me dan bien los negocios. Que pase un buen día, señor Wright —Y diciendo esto, se marchó del despacho.

Aaron Wright tardó un buen rato en volver a concentrarse, porque ella le despojaba de cualquier pensamiento racional y lo volvía primitivo y burdo.

Porque su cercanía, su olor a lilas, su boca provocativa y, sobre todo, su

ingenio, despertaban en él lo que más temía.

El deseo.



9

El tropel de trabajadores comenzó a abandonar la fábrica. Era una marea gris que vociferaba y reía, a pesar del cansancio en sus rostros y en sus cuerpos.

Al cabo de un rato, observando y siendo observada, distinguió a Gabriel.

Su hermano no tardó en localizarla, ya que lucía un vestido blanco con flores amarillas y un sombrero. No pudo evitar sonreír. Sophie llamaba la atención con rotundidad. Una joven mimada de Londres, ¡una aristócrata nada más y nada menos! que había ido a parar a la ciudad del algodón y del humo. Todo desentonaba en ella: sus modales, su acento, pero, sobre todo, su carácter decidido e indómito.

Por eso estaba a las afueras del molino, sin carabina y con una cesta de mimbre entre las manos, comportándose de una manera inapropiada para una dama de su posición.

Gabriel sabía la razón. Durante esa mañana, no se había hablado de otra cosa. Una señorita se había perdido en uno de los *slums* de la ciudad, en Deansgate, en su barrio. Lucian Monroe y el señor Wright habían impedido que sucediese algo terrible.

Gabriel había sabido que se trataba de su hermana desde que había escuchado las primeras habladurías. Desde que la había conocido en Londres, había visto destellos de ese carácter problemático que al parecer era herencia familiar. Sonrió y se acercó a ella.

Sophie se sintió nerviosa de repente. ¿Era buena idea llevarle a Lucian un pudín, pan y fruta para agradecerle lo que había hecho? ¿Y si se sentía ofendido?

Incluso su hermano se dio cuenta de la inquietud que la embargaba.

—Eres la mujer de la que todos hablan.

—¿Qué quieres decir?

—Sé lo que te pasó, Sophie. ¿Estás bien?

Ella miró a su hermano, que parecía francamente preocupado por su estado de salud y le sonrió con ternura. Apenas se conocían, pero de repente, lo sentía más cercano.

—Sí. —Sus ojos buscaron a su salvador y no tardaron en localizarle saliendo de la fábrica, riéndose junto a dos jóvenes hilanderas. —. Gracias a él.

—Ya veo que conoces a Lucian.

—Sí. ¿Y tú?

Gabriel miró con dulzura a su hermana.

—No me queda más remedio que conocerle. Es mi cuñado.

—¿Tu cuñado?

—Es el hermano mayor de mi esposa Ivette.

—No sabía que estabas casado.

—Tengo un hijo también. Todo ha sucedido tan rápido que apenas hemos podido hablar entre nosotros.

Sophie se sintió más nerviosa. ¿Y si no solo le ofendía a él, si no también a su cuñada y a su hermano?

—¡Lucian!

El aludido se acercó, acompañado de dos chicas que debían ser de la misma edad que Sophie y que le miraban embelesadas mientras hablaba.

—¿Conoces a la señorita Hastings? ¿La sobrina del doctor?

Sophie se quedó sin habla, mirando a su salvador. Las jóvenes hilanderas la miraron, deteniéndose en su vestido de flores y en su sombrero, ante lo que ella se sintió fuera de lugar.

Se recompuso y dijo:

—Quiero agradecer su gesto...

Pero aquel hombre de cabello revuelto y ojos rasgados, la miró, chasqueó la lengua y se alejó, dejando a Sophie con la boca abierta y las palabras de agradecimiento flotando en el aire sin llegar a su destinatario.

Gabriel sintió de nuevo ternura por su recién descubierta hermana, que no sabía con qué hueso duro de roer había topado. Por algo la fama de su cuñado le precedía.

Era un tipo noble, que defendía sus creencias con devoción. Era también un luchador, el líder del sindicato de Hastings-Wright Mill y por ello, todos los trabajadores le respetaban. Los molineros, sin embargo, le temían y le despreciaban por su carácter indomable y decidido. No se asustaba fácilmente y había hecho del desprecio hacia la clase adinerada su forma de vida.

Eso había visto en Sophie. A una niña consentida de la aristocracia.

Si supiera que era su hermana... Tenía que decírselo. Pero aún no había reunido el valor para hacerlo. Su esposa Ivette lo sabía y le había rogado encarecidamente que le guardara el secreto hasta que él viera el momento oportuno para convencer a su cuñado de que les ayudara.

Le necesitaba para descubrir al asesino del verdadero doctor Hastings.

—No te preocupes, Sophie. Lucian es un perro ladrador, pero es poco mordedor.

—No me dan miedo los que son como él. Y no pienso rendirme tan fácilmente.

—Entonces, ¿quieres venir a mi casa y conocer a mi esposa? ¿Y a mi hijo Ezra?

Sophie comprendió la escena que había contemplado cuando había llegado al molino. El niño que recogía hebras de algodón y al que Lucian había salvado de aquel caballo encabritado... ¡Era el hijo de Gabriel! ¡Su sobrino! ¡De igual modo que era el sobrino de su salvador, el tipo que acababa de ignorarla por completo!

—Por supuesto. Iré encantada a tu hogar, hermano.

—Lucian vive con nosotros.

—Perfecto. Allí no creo que pueda ignorarme.



10

En el Distrito Deansgate, un barrio formado por decenas de edificios para obreros, habitaban Gabe, su mujer y su hijo, junto a Lucian. El edificio era de cuatro plantas contando con un sótano que quedaba por debajo del nivel de la calle. Unas escaleras estrechas servían para ascender hasta el tercer piso, donde Gabriel y su familia vivían. La habitación era de tan solo diez pies por doce y Sophie vio dos camas pegadas, una silla y una mesa y útiles para cocinar. Aquel lugar era estrecho, estaba mal ventilado y se hallaba cerca del canal, por lo que un olor nauseabundo lo impregnaba todo.

Sophie nunca había visto unas condiciones así, ni siquiera en las zonas más deprimidas de Londres que había visitado junto a su padre.

Aun así, Ivette lo tenía limpio y ordenado. Y no había ratas, al menos a simple vista, como los grandes ejemplares que se habían cruzado en la escalera.

—No tengo demasiado que ofrecer a una invitada —dijo Ivette, visiblemente azorada. Era una mujer muy hermosa. Alta, demasiado delgada por el trabajo duro y con la piel un poco cetrina, pero podían apreciarse rasgos elegantes y delicados en su rostro. Y sus ojos, en el mismo tono verde que los de su hermano Lucian, eran risueños y brillaban con intensidad.

—¡No te preocupes! No es necesario —Sophie sonrió, de esa manera que ella sabía, que no mostraba compasión, sólo cercanía.

—No sabes cuántas ganas tenía de conocerte...

—Apuesto a que en Londres no has visto a nadie tan hermosa como a mi esposa.

La sonrisa de Sophie se amplificó ante el dulce halago de su hermano a Ivette. Se les notaba enamorados, a pesar de los años y de las dificultades.

—Es preciosa. No sé qué vio en ti —bromeó Sophie.

—Sin duda, sus ojos...Tan parecidos a los tuyos. Ahora veo que viene de

familia. Ezra los tiene igual.

Desde que Sophie había descubierto que tenía un sobrino, se moría de ganas de conocerlo.

—¿Dónde está, por cierto?

—Haciendo horas extras. Nos viene bien el dinero y ahora que Ivette no se encuentra bien...

—¿Qué te sucede? —miró a su cuñada.

—Me mareo mucho. Y el trabajo en el molino es demasiado peligroso si no estás en perfectas condiciones.

—¿Y has...reconsiderado cambiar de trabajo?

En ese momento, Lucian entró en la habitación. Saludó con un gesto de cabeza y se encaminó al cesto que Sophie llevaba colgado del brazo.

Sophie se sobresaltó cuando él agarró el asa y tiró de ella, pero no se opuso a que le arrebatara la cesta. Pronto, ésta estaba abierta sobre la mesa y Lucian Monroe rebuscaba en su interior.

Agarró una manzana y se la tiró a Gabe, que la alcanzó al vuelo.

—No sabía qué podía traer.

—Comemos tan poco que cualquier cosa es bien recibida —dijo Lucian mientras masticaba el pan.

Sophie le observó. Llevaba la camisa grisácea de la fábrica sobre su torso amplio y podía verse el vello del pecho, en un tono rojizo que a ella le pareció gracioso. A pesar de las circunstancias, poseía hombros anchos, brazos largos con músculos marcados que fluían con facilidad, y que le otorgaban una fuerza evidente.

Sus cabellos eran ondulados, rojos y enmarañados como los de un perro salvaje. Sus ojos, sin embargo, en un tono verde como la hierba, eran despiertos y repletos de desconfianza, como los de un gato.

—Perdone a mi hermano, en algún momento olvidó los modales.

—No te preocupes Ivi, seguro que la señorita de Londres ya se ha hecho una idea de nosotros, así que podemos ser tan groseros como deseemos. Es lo que cree que somos. Animales que trabajan de sol a sol al servicio de los que son como ella —dijo con brusquedad, con el acento irlandés imponiéndose en cada palabra.

—Veo que usted también se ha hecho una idea sobre mí —dijo ella sin amilanarse—. No le tomaba por alguien que se dejara llevar por los prejuicios, señor Monroe.

Lucian tragó el último trozo de pan y miró a Sophie. Ella alzó la cara, tan atrevida como siempre y le mantuvo la mirada. A esa distancia, comprobó de nuevo que era muy apuesto, a pesar de la suciedad que le cubría. En su rostro, bellamente cincelado, se apreciaban muescas de la viruela en las mejillas, y destacaba una prominente nuez de Adán, que le confería un aire muy masculino.

—No sé si me dejo llevar por los prejuicios, pero sé una cosa. Usted y yo no somos iguales, señorita. O debería decir, milady.

—¿A los ojos de quién no somos iguales?

—De todo el que quiera mirar.

—El que quiera mirar con la intención de despreciar a los demás no me interesa —sentenció ella.

—¿Qué pasa, Lucian? Hacía tiempo que no tenías una contrincante tan rápida, ¿eh? —dijo Gabriel, sonriente.

—No soy su contrincante —se defendió ella.

—¿Qué es usted entonces, milady? —preguntó Lucian, con un tono ligeramente más suave.

—Puedo ser su aliada. Siempre que no me desprecie sin conocerme. Usted me salvó la vida. Sé que una cesta con pocas cosas no es suficiente para agradecerse y lamento si eso le ha ofendido.

—No me ha ofendido —confesó él—. Me ha sorprendido.

—¿Y se pone a la defensiva con todo el que le sorprende?

—Estar a la defensiva forma parte de mi naturaleza. Y cuando lleve algo más de tiempo en esta ciudad, comprenderá por qué. O tal vez no, porque no bajaré del pedestal en el que vive.

—Por favor, Lucian, déjalo —rogó Ivette.

—No se preocupe, Ivette.—dijo Sophie, poniendo los brazos en jarras —. No suelo amedrentarme tan fácilmente. ¿Cree que vivo en un pedestal?

—No lo creo, lo sé. De igual modo que sé que no tardará en convertirse en la adinerada esposa de algún molinero.

—¿Eso es lo que piensa sobre las mujeres de mi posición? ¿Que vamos a la caza de un marido rico?

—¿Qué otras pretensiones pueden tener en la vida? No necesitan trabajar mientras son jóvenes y hermosas, pero sí un futuro asegurado, así que, ¿qué mejor que cazando a un hombre que las mantenga y les proporcione todos sus caprichos, para no verse mendigando por una cesta de comida?

—Vaya. No le tenía por alguien tan corto de miras, señor Monroe —dijo ella, que sentía en su corazón punzadas de rabia y que se había decidido a contraatacar —... Para alguien que se interesa por la obra de Marx y Engels, su visión del mundo es bastante pobre.

Sophie vio como los ojos de Lucian Monroe se abrían por la sorpresa.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Asoma por debajo de la almohada. Y me pregunto cómo lo ha conseguido.

—Lucian... —musitó su hermana.

—¿Cómo lo conoce? —preguntó él, con los ojos abiertos como platos.

—Ya sabe, mientras cazo un marido, suelo interesarme por el mundo que me rodea. Es una versión en alemán... ¿Quién se la ha dado?

—El doctor Byron.

—Vaya —dijo Sophie, mientras miraba sutilmente a su hermano —. ¿Y no es algo arriesgado?

—¡Oh, por favor, Lucian! —dijo Ivette, claramente preocupada —. ¿Cuántas veces te he dicho que no te metas en líos? Ya no somos unos críos.

—Luchar por los derechos nunca ha sido algo de niños para mí. Y, además, hay anotaciones, pero no entiendo alemán, así que ese libro entre mis manos es tan inofensivo como los panfletos de la iglesia.

Sophie se acercó y agarró el ejemplar.

—No hay nada inofensivo en los panfletos que emite la Iglesia, señor Monroe, ya debería saberlo. Y en cuanto a esto...Yo estudié alemán en Londres, cuando quería irme a trabajar como enfermera allí. Podría ayudarle...

—¿Lo haría? —preguntó Lucian, con una luz de esperanza bailando en sus ojos —. ¿Me ayudaría a traducirlo?

Sophie alzó un hombro con aparente desinterés.

—Siempre puedo ayudarle...A cambio de algo, claro está.

—¿De qué? —Lucian se acercó a ella, mirándola con intensidad.

Ella le devolvió el ejemplar y alzó los ojos, para clavarlos en los suyos con decisión.

—¿Qué puede querer alguien como usted de alguien como yo, milady?

—Por ahora...Me conformo con que me llames Sophie. Nada de títulos, por favor.

—¿Por ahora? ¿Me pedirá algo más adelante? —preguntó él, con ojos divertidos.

—Tal vez. O tal vez para entonces ya nos hayamos convertido en amigos y disfrutemos de nuestra mutua compañía. Sin prejuicios ni ideas preconcebidas.

—Me parece que eres una persona que se empeña en desmontar cualquier

primera impresión que causas y que, además, tienes éxito, Sophie.

Ella sonrió con dulzura y añadió:

—¿A qué no ha sido tan difícil?

A raíz de ese momento, la atmósfera fue más relajada. Incluso se permitieron bromas y pronto, las risas llenaron aquella habitación estrecha.

Su hermano y su nueva familia se merecían algo mejor. No quería ofenderles, porque sabía del orgullo con el que defendían todo lo que habían conseguido con sus propias manos, pero deseaba estar más cerca de ellos, que no sufrieran si ella podía evitarlo, así que, al cabo de un rato, y aprovechando el ambiente más distendido, Sophie dijo:

—Creo que si Ivette no se encuentra bien... Yo podría ayudaros.

—¿Cómo?

—Permíteme que te lleve a la consulta de mi...Tío. Él valorará tu estado de salud y yo te ayudaré a buscar otro empleo.

—No suele haber demasiadas ofertas para alguien como yo —dijo Ivette, con voz apagada.

—Bueno...Hay unas vacantes en el hogar del doctor Hastings, ahora que he venido desde Londres. Necesitamos un cochero y una aprendiz de ama de llaves... Y bueno, un jardinero también.

Se hizo el silencio. Sophie se preguntó si lo había estropeado, si consideraban que aquella propuesta era un acto de caridad estúpido e innecesario y si había herido el orgullo de su familia.

—Tengo que preguntar por el salario, hermanita.

Cuando Sophie vio la sonrisa chispeante en el rostro de su hermano, soltó el aire que estaba conteniendo.

—Cinco chelines más al día de lo que cobráis en el molino, comida y alojamiento incluido.

—¿Dónde? —preguntó Ivette, con los ojos muy abiertos.

—En el hogar Hastings, por supuesto. Sé que es una oferta que no esperabais. Si no estáis de acuerdo con el salario, podríamos hablarlo.

Volvió a hacerse el silencio y Sophie se puso muy nerviosa de nuevo.

—Si me dejas consultarlo con la almohada, pronto tendrás una respuesta.

—¡Sí, sí! Por supuesto. Tómame el tiempo que necesites para pensarlo, pero sí que me gustaría que pronto Ivette acudiera a mi casa para que el doctor revise su estado de salud.

—¿Desde cuándo el doctor Hastings atiende a pobres proletarios? —inquirió Lucian, entrecerrando los ojos con sospecha.

—Desde que ha acogido a su sobrina —dijo Sophie, deslizando sus ojos hacia Gabriel—. Que ha venido decidida a cambiar las cosas.



11

Antes de que la noche se cerrara sobre Manchester, Sophie se despidió de su familia y decidió volver a casa. Aún tenía muy reciente el episodio anterior y temblaba de miedo ante la idea de volver a perderse. Pareció que Lucian leyó sus pensamientos, puesto que se ofreció a acompañarla. Sophie no lo rechazó.

Caminaron en silencio un buen trecho, hasta que Sophie, que odiaba esas pausas incómodas sin palabras, se adelantó un poco, se colocó frente a Lucian y habló con soltura:

—¿Crees que me he excedido, Lucian? ¿Al ofrecerles trabajo en mi casa?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por tu silencio.

—Lo cierto es que no sabía cómo romper el hielo. Tal y como me he comportado contigo antes...Me siento avergonzado.

—No te preocupes. —Sophie sonrió. —Todo está olvidado. Pero ¿crees que me he pasado? No ha sido por caridad ni nada de eso. No quiero que pienses que les he ofrecido limosna. Sé que sois personas orgullosas, aquí en Manchester.

—Lo somos, es cierto. Pero tú no has estado mal —dijo él, con una mirada intensa y divertida.

—¿Que no he estado mal? Menudo halago.

Lucian esbozó una sonrisa sincera.

—Mi hermana y Gabriel sabrán qué es mejor para ellos y para su hijo. No te preocupes.

—Gracias, supongo... Es que no quiero fastidiarlo porque son mi familia. Aún me cuesta asumirlo. Más de veinte años sola... Y ahora tengo un hermano, una cuñada y un sobrino.

—¿Y cómo llevas eso de que sean medio irlandeses?

—¿Habéis tenido algún problema por vuestro origen, Lucian?

—No siempre trabajamos en el molino. De hecho, cuando llegamos a Manchester con mis padres, fue para trabajar como servicio doméstico con los Wright.

—¿Y qué pasó? —preguntó ella, intentando disimular el interés que el señor Wright y todo lo que le concernía despertaban en ella.

—Mis padres murieron por una neumonía que se complicó, con apenas unos meses de diferencia. Y a pesar de que nos habían formado para trabajar en el hogar, la señora Wright temía nuestra sangre irlandesa y nos echó a la calle. Tuvimos que buscar trabajo. Primero entramos en Cauldwell Mill, pero las condiciones eran pésimas. En una reunión del primer sindicato, conocimos a Gabe. Y él nos ayudó a entrar en el molino de tu tío, que acababa de hacerse cargo de él y necesitaba algunos trabajadores. Poco después, el señor Wright se quedó la mitad y se convirtió en el patrono. Pensé que nos echaría, pero no lo hizo. A pesar de que su madre se lo exigió.

—¿En serio? ¿Esa mujer es así?

—Es mucho peor. La conozco bien. Su marido era un hombre honesto que hizo dinero con la construcción. Y ella se convirtió en una mujer rica con un afán desmedido por desprestigiar a los que consideraba inferiores.

—¿Son así todos los miembros de esa familia?

—¿Todos o el señor Wright? —La sonrisa de Lucian se hizo burlona.—. ¿Qué quieres saber, Sophie?

—¿A qué te refieres?

—Creo que ella no te rechazará siendo hija de un conde, por si estás interesada en que sea tu suegra. Aunque Aaron es harina de otro costal... Es un tipo frío que parece que no tiene emociones. Las tuvo un tiempo, pero... Cambió y se volvió así. Aunque todas las mujeres solteras en Manchester con cierta posición social desean casarse con él o con algún otro patrono soltero. Son adinerados y poderosos.

—¡A mí nunca me ha importado nada de eso! —soltó ella, haciendo aspavientos—. ¡Y desde luego, él no me interesa! ¿Por qué piensas algo así?

Lucian se echó a reír por haberla incomodado de esa manera. Luego, la miró, evaluándola.

—Lo cierto es que pareces distinta. Trabajé en la mansión Wright y tengo experiencia al tratar damas de tu clase social.

—¿A quién te refieres?

—A Catalina Wright, que es la hermana de Aaron y a la señorita Victoria Cauldwell. Y he de decir que nunca se han preocupado de algo que no fuera la moda en Londres o los vestidos de los escaparates de la calle Portland.

—No es su culpa, Lucian. Yo es que más bien soy un bicho raro. En Londres, mi padre tiene un consultorio médico privado. Por la mañana atiende a gente rica: duques, marquesas... Pero por la tarde, coge su maletín y recorre los barrios más desfavorecidos, como el East End, del que se alejan los ciudadanos que se consideran a sí mismos respetables. Pero a mi padre nunca le dio miedo y a pesar de que le asaltaron varias veces, hasta dejarlo malherido, se dio a conocer en la zona y se hizo un nombre, porque atendía a todo el que lo necesitara sin cobrarles. Al tiempo, y después de mucho rogarle, me dejó acompañarle. Atendíamos a trabajadores, a niños e incluso a prostitutas. Y luego, me convertí en institutriz en un modesto orfanato. Pero me gustaría ser enfermera...

—¿Y por qué no lo has conseguido aún?

—Mi padre no estaba entusiasmado ante la idea de que abandonara Londres para formarme. Por eso estudié alemán, como te he comentado.

—Pero ahora... Estás en Manchester.

—Las cosas han cambiado.

Sophie se preguntó cuánto sabía Lucian sobre los verdaderos motivos que la habían llevado allí. ¿Estaba al corriente de que el doctor Hastings no era quién decía ser? Al fin y al cabo, era cuñado de Gabriel, pero si éste aún no le había contado la verdad...

Sophie quería contárselo a alguien. Echaba de menos su vida en Londres, las amigas que tenía allí, con las que podía hablar y reírse... En ese momento, se dio cuenta de lo sola que se sentía, del enorme peso de la mentira que sostenían para averiguar quién estaba asesinando impunemente.

—¿Va todo bien, Sophie?

—Sí. Solo es que mi vida es complicada. Se ha vuelto complicada.

—Sé que no soy exactamente lo que una dama entiende como amigo, pero estoy aquí para escuchar.

—La amistad no entiende de clases sociales.

—No todos piensan lo mismo.

Sophie siguió con la mirada la dirección en la que miraba Lucian y pronto lo vio. En la puerta de su casa, de pie y con el ceño fruncido, estaba el señor Wright, que claramente, desaprobaba la compañía de Sophie.

—Como ya has llegado a tu destino, me marchó.

—Gracias por todo, Lucian.

Lucian asintió con la cabeza, esbozó una sonrisa radiante y se marchó.



12

A Sophie le costó bastante reunir el valor de encaminarse a su propia casa. No tenía ganas de discutir, pero conforme avanzaba, su cuerpo y su cabeza se ponían a la defensiva, para contraatacar en cuanto Aaron Wright abriera la boca. Las escasas dos ocasiones en las que se habían encontrado habían sido tensas y habían acabado enzarzados en discusiones.

Y lo que fastidiaba a Sophie era que ella no era alguien que juzgaba a la ligera. Se tomaba mucho tiempo en conocer a las personas, esforzándose por agradar más allá de su aspecto físico. Sin embargo, con ese hombre, todo parecía complicado.

—Buenos días, señor Wright —dijo, cuando llegó a su altura—. ¿En qué puedo ayudarle?

—He venido para hablar con su tío sobre el tratamiento que está recibiendo mi madre. Lo ha cambiado de repente y no sé muy bien la razón.

Sophie sí que la sabía. Su padre tenía conocimientos de la medicina más moderna que se estaba practicando en Londres y al parecer, había decidido aplicarla allí, contradiciendo lo que su propio hermano había estado haciendo durante años... Tendría que hablar muy seriamente con su padre si quería que su plan no empezara a hacer aguas.

—¿Tiene usted conocimientos de medicina? —preguntó Sophie, alzando una ceja.

—No.

—Entonces, ¿cómo le sentaría a usted que fueran a su trabajo a decirle como dirigir un molino?

—¿No es eso lo que hizo usted la mañana que nos conocimos? ¿Acaso no entró en mi despacho con exigencias, cuando apenas llevaba unas horas en la ciudad?

Sophie abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera hacerlo,

escuchó la voz de Henrietta, que aparecía por detrás de ellos.

—¡Por fin estás aquí! ¡Con todo lo que hay que preparar y tú desaparecida!

—Henrietta, éste es el señor Wright.

Henrietta, que había criado a Sophie desde que era un bebé, no era una persona que perdiera el tiempo. Llevaba un hogar con la exigencia de un soldado y atesoraba cada segundo del día para ser más eficiente. Había dejado en el suelo varias bolsas de papel con lo que parecían víveres que aún había que cocinar para la cena y por la mirada que había en su rostro, no había encontrado todo lo que deseaba en el centro de la ciudad.

—Sí, sí, el dueño de la mina. Veo que tiene brazos fuertes, así que puede coger las bolsas y llevarlas dentro.

Tanto Sophie como Aaron se quedaron sorprendidos ante la orden que Henrietta acababa de dar. Sophie miró a su acompañante, y por la expresión de sorpresa e indignación que vio en sus ojos, a punto estuvo de echarse a reír.

—¿No me ha oído, señor Wright?

Aaron asintió lentamente, antes de agacharse y recoger todo lo que Henrietta había comprado.

—Y tú, niña curiosa, ponte un delantal y ven conmigo a la cocina. ¡Veinte personas! ¿Te lo puedes creer? Si ni siquiera hay un salón lo bastante amplio. ¡Si ni siquiera hay copas para todos! Cómo pretende que la cena sea un éxito, ¿eh? ¿Cómo?

—Tranquila, Henrietta. Todo saldrá bien. Aún quedan unas horas. Y no hay nadie tan eficiente como tú en todo el país, así que...

Las palabras de Sophie parecieron apaciguar a Henrietta, que se escabulló con rapidez al interior de la casa. Sophie y Aaron la siguieron.

Una vez que llegaron a la cocina, Aaron echó un vistazo al lugar. Descubrió que era un sitio agradable, porque a pesar de las veces que había estado allí, nunca había estado en ninguna otra estancia que no fuera el salón

principal.

—Señor Wright, deje de cotillear, quítese el abrigo y comience a pelar patatas —dijo Henrietta.

—¿Perdone?

—¿Sabe pelar patatas? No será tan difícil como dirigir un molino, así que póngase a ello.

Aaron miró a Sophie, que estaba poniéndose un delantal sobre el vestido.

—El señor Wright no está acostumbrado al trabajo de cocina, Henrietta. Ya sabes que suele ser un territorio asignado a nuestro sexo. Las mujeres, dueñas de los espacios lúgubres e interiores, mientras los hombres dominan el exterior.

Aaron no quería caer en la provocación de aquella exasperante mujer.

—Perdone, milady, pero aquí en Manchester nos vanagloriamos de que muchas mujeres han abandonado esos espacios para ganarse la vida por sí mismas. Tengo más de cien mujeres en mi molino, así que el problema debe de estar en su querido Londres y en la clase social de la que usted viene. Ya se sabe que la aristocracia no suele trabajar para vivir.

—Debes reconocer que tiene razón, Sophie —murmuró Henrietta.

—¿De qué lado estás? —preguntó Sophie, indignada.

—Del que se deje de tonterías y me ayude a preparar la cena.

—Yo lo haré —dijo Aaron, al tiempo que se quitaba la chaqueta, los guantes y el sombrero—. Si no disponen de copas suficientes podrían acercarse a la tienda y encargar más. Yo correría con los gastos.

—Me parece muy buena idea. Sophie, avisa a Cloti y que te acompañe. Necesitaremos más de una docena. Y estaría bien que adquiriéramos también una cubertería. Si no le importa a usted, señor Wright.

—Claro que no, señora...

—Llámame solo Henrietta. Si vamos a pelar patatas juntos, sobran las

formalidades.

En ese momento, Aaron Wright sonrió. Sophie sintió que el mundo se detenía en ese instante. Sabía sonreír y la expresión de su rostro y sus ojos cambiaban de manera radical. Cuando su ceño fruncido desaparecía, Aaron Wright era un hombre hermoso, de facciones masculinas pero elegantes. No poseía la clase de los dandis londinenses, que resultaban demasiado artificiales, demasiado pomposos. Aaron Wright era real. Un hombre hecho a sí mismo, con las facciones de hombre de Manchester, pero sin el desgaste que suponían las duras condiciones laborales en las fábricas o el deterioro por las enfermedades.

—Venga, Sophie, muévete. Hay mucho que hacer.

No sabía si había sido pillada regodeándose en la contemplación del señor Wright, pero se dio la vuelta a toda prisa y abandonó la estancia, notando que las mejillas se le teñían de rojo.



13

Todos los invitados llegaron a la hora exacta que indicaba la tarjeta. Al parecer, Manchester y Londres también tenían en común la exquisita puntualidad británica.

La gran mesa del salón, alrededor de la cual se sentaron los hombres y mujeres más pudientes de la ciudad, estaba cubierta con un mantel y servilletas de un blanco immaculado.

La vajilla que Sophie había adquirido, era de porcelana, estaba bellamente decorada, al igual que las copas de cristal. Cloti había adornado la mesa con cestas de plata de las que sobresalían racimos de uvas naturales mezclados con varias rosas.

Los candelabros llenos de tintineantes velas completaban la decoración, otorgando a la estancia un brillo dorado.

El menú que había elaborado Henrietta constaba de consomé, carne estofada con patatas asadas, coles de Bruselas y repollo.

Los postres habían sido elaborados por Cloti, ya que era una experta pastelera. En una mesa auxiliar podían hallarse varias tartas a la francesa que no pasaron desapercibidos para la señora Wright.

Aquella cena resultaba una novedad, ya que el verdadero doctor era un hombre discreto y solitario, que se limitaba a trabajar atendiendo a los grandes patronos y a sus familias, pero no establecía más relación con ellos fuera de la consulta.

Sin embargo, todos pensaron que la llegada de su sobrina había generado aquel cambio en el doctor. Por el momento, nadie sospechaba. Cuando Sophie había encontrado los retratos de su tío, había descubierto con sorpresa que era exactamente igual que su padre. Al parecer, también se movían igual y hablaban del mismo modo.

Era curioso cómo a pesar de los años en los que habían estado separados, nadie era capaz de distinguirlos.

Lo único que podía hacer que alguien sospechara era la ligera cojera del padre de Sophie, resultado de un ataque en el temible barrio de Whitechapel, cuando había empezado a atender a los desfavorecidos y por esa razón, el doctor Samuel había dejado su bastón en Londres para evitar la tentación de apoyarse en él.

Desde que habían llegado a Manchester, Sophie había pillado varias veces a su padre con una mueca de dolor en el semblante cuando caminaba. Sabía que sin el punto de apoyo que suponía el bastón, sufría de un terrible dolor en la rodilla. Se preguntó cuántos sacrificios más serían necesarios para descubrir al asesino de su tío.

—Querido doctor Hastings, menuda novedad. Esta cena, la decoración, la compañía de su sobrina —dijo Robert Cauldwell, el segundo molinero más poderoso de la ciudad, de cabello cano y ojos negros —...Han tenido que pasar años para que nos reunamos en una ocasión así.

—Tantos años volcado en el trabajo me habían convertido en un caballero aburrido —respondió su padre—. Menos mal que mi querida Sophie ha llegado para alegrar este hogar.

Sophie sonrió a su padre y a los invitados, que la miraban con curiosidad y sin reparo.

—Soy la señora Wright. Nos conocimos el otro día.

—Es cierto.

—Llámeme Helena. Y esta joven —dijo señalando a una chica que no llegaría a los diecisiete años, y que lucía un elaborado vestido de muselina y sarga en tonos níveos—. Es mi hija, Catalina.

—¡Encantada! —dijo Sophie, ante lo que la joven hizo una reverencia.

Las presentaciones continuaron. Había dos molineros solteros, llamados Jeremy Brumel y Erik Phillipson. Eran treintañeros, apuestos y pedantes.

Los más mayores eran el señor Edric Danvers y su esposa Laura. Tenían cinco hijas y todas lucían vestidos y peinados iguales.

Luego estaban Frederick Morgsten y su esposa Julia, que parecían enamorados y se miraban con complicidad. Sophie notó que ella tenía un tono cetrino en la piel y que sudaba demasiado. Y también se percató de que el señor Morgsten tenía ojos para el resto de las mujeres del salón. Incluida ella misma.

Todos estaban ya sentados a la mesa y aún no había aparecido Aaron.

La conversación era interesante y Sophie era sin proponérselo el centro de atención. Estaba charlando con Catalina Wright sobre los bailes en Londres cuando Horatio informó de que el señor Wright había llegado.

Todos dirigieron sus miradas hacia la entrada. Justo por detrás de Horatio, Sophie lo vio. Iba vestido de manera impecable con un conjunto de chaqueta granate de terciopelo y pantalones de color crema. El pañuelo de seda, en un tono blanco, estaba perfectamente anudado en su cuello y se apreciaba porque se había recortado un poco la barba.

Sophie tuvo que reconocer para sí misma lo apuesto e interesante que resultaba.

Saludó a todos los invitados, que se levantaron para recibirle. A Sophie, apenas la miró.

Ella se sintió un poco disgustada. ¿Es que era tan maleducado que iba a ignorarla en la casa de su propio tío?

Bueno, ya se vengaría de él. En cuanto tuviera ocasión.

—Tal vez le parezca un atrevimiento, señor Hastings, pero su sobrina es

una mujer ciertamente hermosa. ¿Cómo es que no ha contraído matrimonio a su edad? —dijo el señor Morgsten, de cabello rojo y aire pícaro, cuando ya iban por los postres.

—Es una chica joven. Solo tiene veinte años, querido Frederick —replicó el doctor.

—Lo sé, pero si no me equivoco... Fue presentada en sociedad en Londres... ¿Cómo es que no halló marido?

—No estoy interesada en hallarlo —contestó Sophie.

—Todas las mujeres lo están, Lady Sophie —añadió la madre de Aaron—. Y deberían estarlo.

—Sophie rechazó todas las proposiciones —dijo el doctor—. Se ha vuelto una misión imposible para mi querido hermano, a pesar de su título de conde, me temo.

—Pues con su belleza no le será difícil. Incluso aquí en Manchester puede encontrar un buen partido. Dígale a su hermano que no se desanime —dijo Laura Danvers.

—Espero que se me valore por algo más que mi belleza —añadió Sophie.

—La belleza la regala el diablo, señorita Hastings. Lo dice el reverendo Abe —apuntó Vicky Cauldwell.

—¿En serio? —Sophie alzó una ceja—. Qué enseñanza tan interesante. ¿Y qué más dice el reverendo?

—Que, en sitios como Londres, la belleza conlleva a la perdición, que la vida es banal y frívola, lo que aboca a los hombres al pecado más imperdonable. Ya saben del que hablo...

—¿La lujuria? —Sophie trató de no reírse cuando habló.

—Sophie... —advirtió el doctor.

—Solo quería cerciorarme, querido tío.

—Me imagino que en Londres la moral es más laxa... —dijo Phillipson.

—No. No lo es. También tienen muy presentes los siete pecados capitales, pero no cuentan con un reverendo tan entregado a la palabra de Dios como Abe —apostilló el padre de Sophie.

—Demasiado entregado, diría yo.

—¡Morgsten! —le recriminó su esposa.

—Oh, por favor, Julia. Ese reverendo demoniza hasta la simple contemplación de la belleza. Tenga entonces usted cuidado, señorita Hastings. Se encontrará con un gran enemigo.

Sophie miró al señor Wright, sentado frente a ella al otro lado de la mesa. Iba a pagar por haberla ignorado a lo largo de toda la cena así que dijo:

—¿Y qué hay de la belleza masculina? ¿También induce al pecado?

—Me parece, mi querida sobrina, que el reverendo piensa que la belleza en una mujer empuja al hombre al infierno, pero no al revés.

—Ninguna mujer decente perdería la cabeza por un hombre bello. Solo debe perder la cabeza por su esposo —dijo Vicky.

—Esa es la clase de devoción que yo espero en la futura mujer de mi hijo —dijo Helena Wright.

—Tengo entendido que hay muchas damas que anhelan ese puesto —dijo Sophie, mientras sonreía burlonamente a Aaron, que se removía incómodo en su silla.

—Por supuesto, ¿cómo no iba a haberlas? Mi hijo dirige uno de los mayores molinos de Manchester, es inteligente, disciplinado, formal...

—E íntegro—apostilló Vicky.

—Y también es un hombre atractivo —soltó Sophie—. Usted, como madre, tiene que admitirlo.

La mirada de incredulidad mezclada con indignación que Aaron le dedicó por su osadía estuvo a punto de hacer reír a Sophie.

—Claro. Se parece a mí difunto esposo. Y yo he de admitir que alababa

su belleza.

—¡Mamá! —exclamó Catalina Wright, visiblemente ruborizada.

—No se preocupe, señora Wright, el reverendo no la castigará por ello. Solo se siente obligado a perseguir a las mujeres que cultivan la vanidad. Nosotros estamos a salvo —dijo Robert Cauldwell—. No podemos decir lo mismo de la señorita Hastings...

—¿Me consideran vanidosa? —preguntó Sophie, sorprendida.

—Ese vestido y esas joyas nos dan la respuesta—soltó Vicky.

—Oh, vaya. Entonces les aconsejo que no visiten Londres. Los grandes bailes y los paseos a caballo por Hyde Park son una muestra de la vanidad más aberrante. Y eso por no hablar de las tiendas de Bond Street, donde elaboraron este vestido —dijo Sophie, sin que la sonrisa de su rostro desapareciera.

—Pues yo voy a ir con mi mujer allí. Seguro que luciría tan radiante como usted vestida de rojo —dijo Morgsten.

—Qué atrevido, querido.

—Acabaremos ardiendo en el infierno por nuestros pecados así que...disfrutemos entonces —añadió mientras besaba la mano de su esposa, aunque Sophie notó que su mirada viajaba sutilmente a otra parte de la mesa: a la mayor de las hijas del matrimonio Danvers.

—Pues yo no pienso acabar en el infierno. He llevado y llevaré la más correcta de las vidas. Y cuando contraiga matrimonio, con un hombre tan íntegro como yo, mi conducta será intachable —Vicky reclamó la palabra y la atención.

—Mi pequeña Victoria ha tenido siempre las ideas muy claras. Se ha esforzado mucho por convertirse en la mujer perfecta. Es lo que cualquier caballero espera —dijo Robert.

Sophie recordó la conversación que había escuchado cuando estaba en el despacho de Aaron. El señor Cauldwell estaba muy interesado en que su hija contrajera matrimonio con él.

—Pero un hombre no debe elegir a una mujer por lo que se espera de ella, si no por quien es realmente —añadió Sophie.

—Por eso no se ha casado aún, señorita Hastings. Su visión sobre lo que quieren los hombres de una esposa está equivocada. No buscan mujeres frívolas que los arrastren al pecado. Buscan sumisión y nada pasional. Por eso los padres y madres debemos procurar que nuestros hijos elijan sabiamente —respondió Robert Cauldwell.

—Tal vez, pero tengo claro que mi padre no me impondrá un esposo. No concibo una vida más triste que la de alguien que renuncia a su verdadero ser por un hombre —Sophie se sentía acorralada por cómo había evolucionado la conversación. Y la sonrisa de petulancia de Aaron Wright la inundaba de rabia.

—No todas renunciamos a lo que somos por casarnos. Al contrario, encontramos lo que nos faltaba —dijo la señora Wright.

—Entonces, son unas afortunadas. Y mi querida Sophie, algún día, también lo será y nos reiremos de sus reticencias y de sus ideas descabelladas.

Sabía que esas no eran las palabras de su padre. Sabía que estaba imitando a su tío Byron, pero, aun así, se sintió dolida.

Era diferente, siempre lo había sido. No encajaba entre sus amistades de Londres, que anhelaban el matrimonio desde que eran niñas. Y una vez que lo habían conseguido, su mayor preocupación había pasado a ser convertirse en madres. Así que Sophie se sentía desplazada. Tenía demasiadas aspiraciones, demasiados sueños en su cabeza.

Buscaba su lugar en el mundo y dudaba que ése estuviera condicionado por un anillo y por el apellido de un hombre.

Bajó los ojos y continuó cenando en silencio...Hasta que el tema de conversación se enfocó en Aaron Wright, que era el único hombre de la sala que había llegado al mundo del algodón de casualidad, gracias a su tío, que le había facilitado la adquisición de la mitad de su molino.

—En su día, la llegada de su hijo a nuestro círculo, solo hace dos años,

fue muy comentada, señora Wright —dijo Laura Danvers—. Aún no sabemos cómo llegó a amasar su fortuna con la mina.

—No es de buena educación hablar de dinero en la cena —le riñó la aludida.

—¿No es de eso de lo que se habla, al fin y al cabo? —dijo el señor Danvers, mientras apuraba el contenido de su quinta copa—. De lo que ganamos en los molinos, de lo que nos cuestan nuestros trabajadores o mantener a nuestras hijas.

—El dinero mueve el mundo —afirmó el padre de Sophie.

—Así es. El dinero es el motor de nuestras vidas y del Imperio Británico hasta sus más remotos confines —dijo Jeremy, alzando la copa—. ¿Verdad, Aaron?

Sophie levantó la vista de su plato y le miró. Aaron Wright estaba serio, con un músculo que palpitaba en su mandíbula tras aquella interpelación.

—¿A qué se refiere? —preguntó Sophie, con demasiada premura, sin ser consciente de como aquella pregunta había escapado de sus labios.

—Hace años...Estuve en África.

—¿En qué parte? —Sophie lanzó otra pregunta, con sus ojos dorados fijos en él, que sentado al otro lado de la mesa, también la miraba.

Los comensales que les rodeaban pasaron a ser borrones difuminados para Sophie. Los colores de los vestidos de las damas, las luces de las velas, los tejidos de seda y muselina se convirtieron en manchas, pues toda su atención se centró en él cuando comenzó a hablar.

—En la África Occidental. En una colonia llamada Granville Town. Era un lugar hermoso, fundado para acoger a los esclavos repatriados. Todos eran ya libres. No se parecía en nada a esta ciudad y durante un tiempo pensé que podría haberme quedado a vivir allí.

La memoria de Aaron retrocedió a aquellos casi dos años, en los que por fin encontró un alivio para su corazón roto; veintitrés meses en los que el clima, las luces y el calor de aquellos hombres y mujeres libres le hicieron

sonreír de nuevo.

—¿Y entonces, por qué regresó?

Otra pregunta lanzada al aire, con el aliento contenido, como si la respuesta que él diera, todo lo que dijera, fuera una información crucial que Sophie necesitaba.

—Volvió para hacerse rico —bromeó Phillipson.

La risa se extendió por el salón, como pájaros que revoloteaban entre ellos, sin tocarles.

Sophie no sonrió. Y Aaron tampoco.

—Una noche, unos oficiales ingleses bebieron demasiado e hicieron estragos por la ciudad. Traté de impedirlo y me dieron una paliza que me dejó feas cicatrices de recuerdo. No sé cómo sobreviví. El asunto se silenció y en cuanto estuve lo bastante fuerte para mantenerme en pie, me enviaron de vuelta a Inglaterra —No sabía por qué se lo estaba contando a toda aquella gente, cuando ni siquiera su hermana o su madre lo sabían, pero la mirada que Sophie Hastings le estaba dedicando le empujaba a seguir hablando —. Aquí teníamos unas tierras sin explotar. Invertí el dinero de un diamante que conseguí en África y abrí la mina.

—¿Volviste con un diamante de África? —preguntó Vicky Cauldwell.

—Se me hace difícil creer que, en una tierra de joyas preciosas y diamantes, solo regresaras con uno —añadió Robert Cauldwell.

—Pues lo cierto es que solo volví con un diamante y bueno, con esto... — Se desanudó el pañuelo de seda y se desabrochó unos botones de la camisa, ante lo que Sophie tuvo que reprimir el suspiro, que Vicky Cauldwell no fue capaz de contener. Mostró una piedra pequeña y negra, que llevaba en un colgante de cuerda rudimentaria. — Cuando desperté de la paliza, tenía esto en la mano. Y me ha acompañado desde entonces.

—Así que es su amuleto de buena suerte.

—La suerte no lo es todo —respondió Aaron, apartando la mirada de Sophie —. Todo lo que tengo es cuestión de trabajo duro. Me he ganado cada

penique.

—¿Y por qué, si ya tenía dinero, se convirtió en el socio de mi tío?

—Cuando el doctor Hastings vino a verme, había habido un accidente en la mina. Varios trabajadores murieron. Trató inútilmente de salvar a un joven...Y al cabo de unos días, me dijo que había adquirido un molino y que no tenía nociones para dirigirlo. Me ofreció la mitad. Y acepté. Así es como pasé a formar parte de este exclusivo club.

El silencio se extendió. Aaron le mantuvo la mirada a Sophie, que no podía dejar de hacerse preguntas sobre África. Quería saber más cosas porque había leído mucho pero nunca había conocido a nadie que hubiera estado en persona y que pudiera transmitir cosas personales sobre sus vivencias allí. ¿O tal vez era porque se trataba de Aaron Wright? ¿Le habría resultado tan interesante si algún otro de los asistentes a aquella cena hubieran vivido lo mismo?

Sophie supo la respuesta en cuanto la pregunta se formuló en su cabeza.

Aaron Wright, con su espalda ancha, sus ojos extraños, sus manos grandes, su barba poblada y su forma brusca de hablar...le resultaba interesante.

Demasiado.

—Y cuando te cases, te unirás a otro exclusivo club —intervino Helena Wright, tomando la mano de su primogénito—. Rezo a Dios para que llegue ese día, hijo mío.

Aaron esbozó una sonrisa dulce, pero Sophie pudo ver que no era sincera, no era como la que había esbozado con Henrietta en la cocina y que había hecho detener su corazón.

—Todos deseamos que su hijo contraiga matrimonio —dijo Robert Cauldwell—. Entonces sí que tendrá un auténtico golpe de suerte.

Sophie contempló como Aaron ocultaba el colgante debajo del tejido de su camisa. No pudo evitar fijarse en como introducía los tres botones en los ojales y se colocaba con precisión el pañuelo.

Una parte de ella, deseó cosas que nunca había imaginado.



14

Un rato más tarde, Sophie se disculpó y se levantó. Necesitaba un poco de soledad, así que se encaminó a la cocina. Se metió en la despensa y tomó unas cuantas galletitas de jengibre. No hacía ni cinco minutos que estaba allí, cuando oyó una voz detrás de ella.

—No era necesario que se burlara de mí, milady.

¿Qué hacía el señor Wright allí? Sophie sintió que se atragantaba con una galleta.

—¿Perdone? —dijo ella, tras unos segundos en los que acabó de masticar el último trozo.

—Entiendo que se sintiera acorralada, pero no tenía que fingir que le interesaba mi vida ni recurrir a la burla para salir airosa.

¿Estaba teniendo lugar esa conversación? Sophie estaba sorprendida e indignada. ¿De verdad la había seguido hasta su escondite para echarle en cara cosas de la cena?

Sophie se dio la vuelta para enfrentarle.

—¿Cree que no me interesaba lo que he preguntado? ¿Y en qué momento me he burlado de usted? —preguntó, colocando los brazos en jarras.

—Lo sabe perfectamente —masculló entre dientes.

Sophie resopló, provocando más indignación en el señor Wright.

—De verdad tiene un problema con la belleza. Incluso con la suya.

—¿Perdone?

—¿Es duro de oído, señor Wright? Su belleza es más que evidente. Y su falsa modestia sí que es insultante.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? —Aaron apenas podía contener la furia en sus palabras.

—Debe de ser porque soy una mujer frívola.

Aaron bajó los ojos y tardó un rato en añadir:

—Reconozco que esa parte de la conversación no ha sido apropiada —La miró, todo seriedad y arrogancia.

Sophie sintió ganas de golpearle con algo.

—Me parece indignante que la considere inapropiada. ¿Quién se ha burlado de quién esta noche?

—No he sido yo.

—Puede que no con palabras, pero sí con esa mirada suya tan engreída, aprobando en silencio cada ofensa — Sophie sentía la furia en cada nervio de su cuerpo, instigándola a atacar.

—No es así.

Oyeron unas voces que se acercaban. Fueron conscientes del lugar donde se encontraban: a solas en una despensa y de lo que podía parecer.

Sophie actuó rápido. Se llevó el dedo a los labios reclamando silencio. Acto seguido, sopló y apagó la llama de la vela que iluminaba la despensa y se quedó quieta.

Aaron tampoco se movió.

—Está equivocado. Eso es todo.

—No podemos permitirnos cambios.

—Le conozco desde hace años. No nos traicionará. No será tan tonto, después de lo que le sucedió a su propio padre.

—Si lo hace...

—No.

—Tendremos que darle un aviso.

¿Estaban amenazando a alguien? Sophie decidió que tenía que averiguar de quién se trataba y enfrentarse a ellos, pero antes de que pudiera abandonar

la despensa, Aaron la agarró de la mano y la atrajo hacia él. Al alzar los ojos para pedirle explicaciones, le vio negando con la cabeza.

—¿Sabes quién puede encargarse?

—Sí. Yo me ocupo.

Cuando abandonaron la cocina, Sophie alzó la cara y se encontró con que Aaron estaba rígido. A pesar de la poca luz que había entre ellos, un escaso resplandor proveniente de las velas de la cocina, pudo comprobar la tensión en su mandíbula, lo que le hacía asemejarse a una escultura tallada en piedra.

—¿De quién hablaban?

—No, Lady Sophie —le advirtió él.

—¿Por qué? Puede ser peligroso. Estaban amenazando a alguien —dijo ella, al tiempo que colocaba su menuda mano en el centro de su pecho, que resultó ser una pared de músculos acerados. Notó bajo los dedos el colgante de piedra que había mostrado en la cena.

Fue un roce breve, pero resultó incendiario.

Tal vez fuese por el lugar en el que se encontraban: la diminuta despensa apenas iluminada, o porque había una intimidad inapropiada en aquel contacto. Ambos fueron conscientes de que nunca habían estado en esa situación con alguien del sexo opuesto. Ella no retiró la mano y apreció el calor que desprendía el pecho de Aaron.

—Usted es problemática —dijo él y a pesar de que intentaba sonar airado, lo que Sophie notó fue como contenía el aliento—. Y tiene el mismo concepto del peligro que una niña de dos años.

—Amenazaban a alguien. ¿Cómo puede consentirlo?

—No es de mi incumbencia. Ni de la suya. Y le aconsejo que evite los problemas en lugar de correr directamente hacia ellos.

Dio un par de pasos hacia atrás. Sophie convirtió la mano que había tocado su pecho (y que quedaba ahora suspendida en el aire) en un puño y la pegó a su costado.

—No estaré ahí para ayudarla la próxima vez.

—No aceptaría su ayuda ni aunque me lo pidiese la mismísima reina — dijo ella, alzando el mentón.

Aaron sintió que la furia le invadía. ¿Cómo podía ser tan insensata? ¿Es que no apreciaba lo que acababa de hacer por ella, evitando que se enfrentara a los canallas de Jeremy Brumel y Erik Phillipson?

—Además, me ha decepcionado que alguien que demostró tanto valor en África, ahora se haya vuelto un cobarde.

—¿Eso piensa? —dijo él, pero sus ojos viajaron hasta los labios de ella, mirándolos por primera vez desde que se conocían. Los vio articular la respuesta, pero lo que sintió, las ganas, el deseo, le hizo apretar los dientes hasta que chirriaron y darse la vuelta.

Salió de la despensa y cruzó la cocina a toda prisa. Se despidió torpemente del resto de invitados y urgió a su madre y a su hermana para que se marcharan, alegando que había olvidado algo en la mina. Vicky y su padre se unieron a ellos.

Solo una vez que su madre estaba fuera subiendo al carruaje, miró de nuevo hacia el interior de la casa. Por detrás de su tío, estaba Sophie mirándolo con ira mal disimulada.

«¡Qué mujer más irritante!»

Ya en el interior del carruaje, su respiración volvió a la normalidad. Ojalá pudiese decir lo mismo de la piel de su pecho, que ardía como si Sophie lo hubiese tocado con fuego.

El doctor Hastings no se alarmó ante el relato de Sophie, más allá del hecho de que había estado a solas con el señor Wright en la despensa.

—Eso puede ser un escándalo, Sophie. Tienes que ser cuidadosa. No puedes estar con él a solas, como si estuvieras en una cita de amantes.

Sophie cruzó los brazos sobre el pecho. No podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿En serio, papá? ¿De todo lo que te he contado...? ¿Eso es lo que te preocupa?

—No, claro que no. Pero no quiero obligarte a casarte con alguien que puede ser uno de los asesinos de tu tío.

—¿Ahora sospechas de él?

—No, pero está claro que sabe más de lo que dice. Por eso evitó que te enfrentaras a los que hablaban en la cocina. Habrá que vigilarle. Por si comete un error y descubrimos alguna pista. Por eso es buena idea lo del colegio.

—¿Qué colegio?

—El señor Wright y yo hemos hablado sobre tu futuro... Cerca de la fábrica hay un edificio antiguo que podría usarse como colegio. Para los niños que trabajan en el molino. Podrías enseñar ahí, impartir seis horas a la semana para los niños mayores de diez años. Si quieres...

—¿Podría trabajar como institutriz para niños desfavorecidos? —Sophie sintió que el corazón se le llenaba de ilusión—. ¿...Como en Londres?

—Sí.

—¡Es increíble, papá! —dio un par de saltitos por el cuarto—. ¡Gracias!

—Mañana iremos a ver el lugar. Henrietta y las demás te ayudarán a ponerlo en funcionamiento.

—Pero... ¿Quién lo va a costear?

—El señor Wright, por supuesto.

Sophie frunció el ceño.

—Pequeña —Su padre la tomó de las manos y la miró a los ojos—...Los niños no mienten. Si te los ganas, tendremos información de primera mano de las condiciones en los molinos. Estaremos más cerca de saber la verdad. No

me fío de los patronos. No son sinceros y me siento lejos de esclarecer la muerte de mi hermano.

—Está bien, papá. Te ayudaré.

—Supongo que sabes que eso implica estar cerca del señor Wright, ¿verdad?



Cuando visitaron el lugar al día siguiente, descubrieron que era necesario mucho trabajo para adecentar aquel sitio, que no era más que una nave con cuatro paredes y un tejado. Estaba cubierto de suciedad, de ese "algo" negro que cubría Manchester y que era una mezcla de hollín y polvo. Además, hacía un frío que helaba hasta los huesos. Pero Sophie no estaba dispuesta a desanimarse tan pronto. Organizó a Henrietta, a Clotilde y a otra doncella llamada Sonia y las cuatro se pusieron a limpiar, tratando de eliminar el polvo acumulado. Trabajaron hasta que la luz del día desapareció.

Al día siguiente, cuando regresaron, parecía otro lugar. Había un aula espaciosa, con grandes ventanales por lo que la luz, tibia y lejana, podría colarse cuando el humo se desvaneciera. Sophie no había perdido la esperanza de volver a ver los rayos del sol. Colocaron los muebles después de que varios hombres de la ciudad, entre ellos el carpintero y un ebanista, llevaran sillas y pupitres, así como estanterías y un par de pizarras.

—¿A cuánto asciende todo? —preguntó Sophie.

El carpintero la miró como si hablara en otro idioma. Como si ninguna mujer le hubiera preguntado algo así.

—La factura, digo.

—El señor Wright se ocupa de todo, señorita Hastings.

—Supongo que entonces se lo tendré que preguntar a él.

Ahora el carpintero la miró como si estuviera loca.

—¿Desea algo más?

—Sí. Unos tablones de madera. Uno grande, como esa pizarra. Y una docena cuadrados, de unas 30 pulgadas. Y pintura negra. Si es posible.

—Claro. Lo tendrá mañana.

A la jornada siguiente, Sophie volvió sola. Eran las cuatro de la tarde, y

los tablones ya estaban allí, junto a la pintura encargada.

Dejó los libros que había traído con ella en la estantería. Luego, anotó en un pequeño cuaderno pedirle a Henrietta que fuera al centro a por flores y que encargara una pila con agua.

Colocó uno de los tablones grandes en el suelo, abrió el bote de pintura, lo removió y hundió la punta de un pincel que había llevado con ella.

Se sentó sobre la parte inferior de la madera y comenzó a pintar el abecedario, mayúsculas y minúsculas. Cinco letras por cada fila.

Aa Bb Cc Dd Ee

Acababa de pintar las haches cuando escuchó un crujido. La estantería estaba a punto de caer sobre ella. Gateó hacia atrás antes de que la estantería se venciera a escasos centímetros de sus pies, desperdigando todos los libros y derramando el bote de pintura.

—¿Se encuentra bien, Lady Sophie? —la voz de Aaron Wright venía de la puerta.

Sophie ni siquiera le miró.

—Sí, perfectamente. —Antes de que se pusiera de pie, él ya estaba a su lado, ayudándola a levantarse —. Gracias.

Miró a su alrededor. La pintura derramada había formado un charco enorme.

—Vaya desastre.

Se agachó a recoger los libros, ignorando al señor Wright. Pero apreció que él también se agachaba para recoger ejemplares caídos. Se fijó en sus manos. No llevaba guantes. Como ella.

—No necesito su ayuda. Gracias.

—Aun así, voy a ayudarla.

—No corro un peligro inminente.

—Casi la aplasta una estantería, pero no está en apuros. Claro que no —

respondió él con ironía.

—No va a volver a caer. ¿Qué probabilidades habría?

—Yo mismo la colocaré, así que le aseguro que no se caerá sobre usted ni sobre ningún niño.

—Debería hablar con el carpintero. Él y sus hombres la colocaron.

—Lo haré, no se preocupe —Entonces se quitó la chaqueta y la dejó sobre una silla. Ella admiró en silencio sus brazos, su porte imponente mientras ponía en pie el mueble. —. La anclaré a la pared. Así no caerá. Y creo que una de esas baldas está torcida. Voy a por herramientas. Regreso en unos minutos.

Pasó por su lado a toda prisa, sin ni siquiera mirarla. Sophie decidió ignorar lo mucho que le había gustado verle sin chaqueta, ya que sin duda era un pensamiento absurdo, y decidió recoger la pintura derramada con paños.

El suelo iba a quedar manchado, al igual que su vestido. A Henrietta iba a darle un ataque por el estado en el que iba a quedar el tejido. Pero Sophie no podía esperar a que su doncella, que no tardaría en llegar, limpiara aquel estropicio.

Sophie Hastings no se amedrentaba ante el trabajo físico. Nunca lo había hecho.

Se dispuso a levantar el tablón para apartarlo a un lado y evaluar si la zona de atrás se había manchado cuando se cortó con la madera.

—¡Ay! —Se llevó el dedo índice a la boca y lo lamió. Notó el sabor de la sangre y de la suciedad.

—¿Qué decía hace un momento sobre el peligro inminente?

Cuando Sophie se giró hacia él, Aaron no se fijó en que sus ojos trataban de aniquilarle con la mirada. Solo reparó en que Sophie tenía un dedo en la boca, en un inocente gesto que hizo arder su sangre. Se quedó quieto y las palabras se perdieron en su cabeza.

—No es nada. No es la primera vez que me corto —dijo ella, mirando el

corte de su dedo, que se abría de nuevo y sangraba.

—¿Puedo verlo?

—No es nada.

—Por favor —pidió él, pero ya se acercaba a ella, que retrocedió y topó con una mesa.

Tenía que aprenderse la distribución de la clase para huir en caso necesario.

Porque quería escapar. Sobre todo, cuando Aaron le tomó la mano con una dulzura que no parecía propia de alguien tan imponente como él. Luego, contempló con detenimiento el corte, se deshizo el nudo del pañuelo y rodeó la herida con la seda.

Ella había olvidado respirar. Si lo hubiera hecho, habría percibido las mismas notas del perfume que la había abrumado en la despensa.

—Sus manos están frías.

—Sí. Aquí una se queda helada.

—Ahí hay un hueco para una chimenea. Me encargaré. No se preocupe.

—Gracias —dijo ella, alzando los ojos hacia él.

—¿Por qué está haciendo usted todo el trabajo sucio, milady? Tiene doncellas que podrían haber preparado esto.

—La edad media de esas doncellas ronda los cincuenta años y están muy machacadas por el duro trabajo. Además, no voy a quedarme en casa mientras ellas trabajan. Este es mi proyecto.

—Nuestro proyecto.

Sophie tuvo que reconocer que era cierto.

—Sí, nuestro proyecto porque usted lo financia. ¿Cómo he tenido la desfachatez de olvidarlo y de implicar a mis propias doncellas? Usted también tiene trabajadores, pero aun así viene todos los días y también trabaja. ¿Es que se supone que debo quedarme en casa haciendo labores?

—Es lo que hacen las damas.

—¿Es eso lo que espera de su futura esposa? Usted aquí, dueño y señor de doscientas almas y ella en casita, tocando el piano y bordando cojines. Y por supuesto, dispuesta a acatar su voluntad en cuanto cruce el umbral de su hogar.

El ambiente entre ellos se volvió eléctrico. Habían bastado pocas palabras para que la mente de ambos se revolucionara, creando imágenes escandalosas y prohibidas. Sophie le imaginó en un dormitorio oscuro, quitándose la chaqueta y después, se vio a sí misma, con sus pequeñas manos marfileñas, desabrochando los botones de la camisa, con lo que dejaría al descubierto la piel de su pecho, que ella ya sabía que estaría caliente y podría acariciar ese colgante que él consideraba su amuleto de la suerte...

Notó el sonrojo en sus mejillas cuando el pensamiento caló, pero no se apartó de él, que la miraba fijamente, mientras evaluaba qué responder a las provocativas palabras de Sophie.

—Normalmente ésa es la definición de matrimonio, sí.

—¿Con una esposa dócil y sumisa doblegada a sus caprichos?

—¿Son diferentes los matrimonios de sus conocidos en Londres?

—Me temo que no.

—¿Por eso no se ha casado?

—Creo que es una pregunta demasiado personal. Yo podría hacérsela a usted.

—Yo he preguntado primero.

Le parecía justo, porque él tenía razón, así que respondió:

—No quiero someterme a ningún hombre.

—Lo deja claro cada vez que habla, Lady Sophie.

—¿Me toma por una mujer frívola?

—No he dicho eso.

—¿Lo piensa?

—Una mujer frívola no se preocuparía por habilitar aulas para enseñar a los niños del molino.

—Podría considerarlo un halago, si no viniera de usted.

—¿Cómo quiere que me tome eso? —dijo él, levantando una ceja.

Dos golpes en la puerta les interrumpieron. El capataz asomó con timidez la cabeza.

—¿Señor Wright?

—Sí, Alfred, pasa.

—Esto ha llegado. Es para usted. Muy urgente.

Cuando llegó la nota, Sophie pudo ver como se paralizaba. Y ella, que estaba dispuesta a averiguar qué había sucedido a su tío, ideó un plan.



16

No había sido la más inteligente de las ideas. Sophie lo supo en cuanto descendió del coche de alquiler en el que había seguido por media ciudad al señor Wright hasta llegar a aquellos muelles de aspecto lóbrego.

Olía fatal y sintió arcadas. Se arrebujó en la capa, cubriéndose la cabeza con la capucha y le siguió, tratando de mantener una distancia que le permitiera no perderle de vista, porque el humo estaba bajando y lo cubría todo.

El señor Wright giró y se detuvo. Desde los metros que les separaban, ella vio que había un bulto oscuro a sus pies. Trató de enfocar la vista, para ver si lograba descifrar de qué se trataba. Aaron se dejó caer de rodillas y se cubrió el rostro con las manos.

Sophie aceleró el paso y a medida que los metros entre ellos desaparecían, pudo comprobar que el cuerpo del señor Wright se agitaba por el llanto.

Lo que yacía en el suelo era un cadáver rodeado por un charco de sangre.

No era el primero que veía, por lo que no gritó.

Sin embargo, Aaron se dio cuenta de su presencia.

—¡Milady! —dijo él, con el dolor bañando su expresión, otorgándole una vulnerabilidad que conmovió a Sophie—. ¿Qué demonios hace aquí?

—¿Quién es? —preguntó ella, señalando el cuerpo inerte. Sus ojos no pudieron evitar analizar la escena. El cuerpo, desmadejado, con el rostro en un rictus antinatural que daba a entender el sufrimiento y la agonía de su muerte. En el pecho, justo en el corazón, había una daga clavada con una nota.

—Lady Sophie, la acompañaré al carruaje. —Aaron se puso de pie y se acercó a ella.

—Se ha marchado, pero ¿quién es?

—La acompañaré a *mi* carruaje.

—¿Quién es?

—Milady, de todas las tonterías que ha hecho desde que llegó a Manchester, esta se lleva la palma. Su tío debería encerrarla y tirar la llave. ¡Por su propia seguridad!

—¿Y su seguridad qué? La nota de su capataz le ha traído hasta aquí. ¡Menuda imprudencia!

—He venido porque era una nota que me pedía ayuda. Pero he llegado tarde.

—¿Le conoce?

—Sí.

La mente de Sophie especuló a toda velocidad, atando cabos.

—¿Es consciente de que puede que alguien esté tratando de inculparle? Si le encuentran aquí...

—Yo no creo que...

En ese instante percibieron el ruido de unas voces y distinguieron las formas de unos farolillos que se aproximaban.

—Creo que vienen a por usted.

—No es posible.

—¡Vámonos, señor Wright! Esto es una trampa que alguien ha orquestado contra usted. ¿Está dispuesto a arriesgar su mina y el molino y todo por lo que ha luchado?

Aaron no sabía qué hacer. Se sentía confuso, pero las voces que corrían hacia ellos parecían amenazadoras y peligrosas.

Vio como Sophie se agachaba y arrancaba la nota, guardándola en su capa.

—¿Dónde está su carruaje?

—Por allí...

Echaron a correr en esa dirección, aprovechando que la niebla se había mezclado con el humo y les permitía ocultarse.

Aaron llegó al punto exacto donde había descendido del carruaje. No estaba. ¿Cómo era posible? ¿Acaso no había dado instrucciones claras al cochero de que le esperara allí?

Se volvió hacia Sophie, que lo contemplaba todo con la misma incredulidad que él.

—No está aquí.

—¿Todavía duda de que todo esto ha sido una trampa, señor Wright?

Aaron negó con la cabeza. Se sentía confuso. ¿Por qué le habían hecho algo así?

Las voces y las luces de los farolillos seguían acercándose.

—¿Conoce la zona, señor Wright?

—Sí.

—Pues o encontramos un carruaje o tendremos que buscar donde escondernos.

—Una conocida vive cerca de aquí. Ella nos ayudará.



—¡Señora Bradsheet! ¡Abra la puerta, por favor!

Unos instantes después, Sophie pudo ver una mujer de avanzada edad que abría la puerta con timidez mientras sujetaba una pequeña vela con la que iluminaba las facciones de su rostro.

—¿Aaron?

—Sí, Vivien, soy yo. ¿Podemos pasar?

—Claro.

La mujer dio un par de pasos hacia atrás, que Aaron aprovechó para entrar al interior. Le hizo un gesto a Sophie para que hiciera lo mismo.

Una vez que estaban a salvo, Sophie se permitió mirar a su alrededor. A pesar de la oscuridad reinante, el diminuto inmueble olía a flores y a limones.

La mujer abrió un cajón y sacó un par de velas, que le tendió a Aaron. Las encendieron y la tintineante luz volvió cálido el pasillo, en el que Sophie pudo distinguir muebles y cuadros que adornaban con gusto las paredes.

La mujer comenzó a caminar y ambos la siguieron hasta una pequeña salita. Aaron se encaminó a los candelabros y encendió las velas.

Las paredes estaban cubiertas por un papel con motivos florales y había una mesita con varias sillas en el centro de la estancia. Se sentaron después de quitarse el abrigo y la capa y fue Aaron quien habló en primer lugar:

—Siento haberme presentado así en su casa, Vivien. La dama se llama Sophie Hastings, es la sobrina del doctor. Se ha trasladado desde Londres.

—¿La hija de Samuel?

Sophie se mostró sorprendida.

—Sí, señora.

—Conocí a su padre. ¿Cómo está?

—Está bien, gracias.

Vivien Bradsheet la miró enigmáticamente, como si fuera conocedora del gran secreto que Sophie y su padre ocultaban.

—¿Qué os ha traído hasta mi puerta a estas horas? —La atención de la señora volvió a Aaron y Sophie soltó el aire que contenía —. No sueles venir a esta parte de la ciudad. Bueno, más bien dicen que apenas sales del molino salvo para ir a la mina. ¿Es eso cierto?

—Trabajo mucho —reconoció él.

—Lo sé. Has ascendido pronto y has cambiado cosas. Te has granjeado enemigos desde que te hiciste socio del doctor. ¿Por eso estás aquí?

—Eso creo, Vivien. Han matado a Cornelius Brandon, el líder sindical del molino Cauldwell.

—¿Cómo le han matado?

—Con una daga en el centro de su pecho, al igual que a Hugh y a mi padre.

Sophie abrió mucho los ojos.

—Pero... ¿Y el veneno?

—Lo encontrarán.

—¿Veneno? —preguntó Sophie.

—Adormidera. ¿Lo conoce, señorita Hastings?

—Sí. Es una planta de la que se extrae el opio. Ingerirla causa que pierdas el apetito, que vagues erráticamente y luego caigas dormido, para siempre.

—Mi padre, que construyó los molinos más grandes de la ciudad y el señor Hugh Bradsheet fueron envenenados durante semanas hasta que alguien les clavó una daga en el corazón. Vivien es la viuda del mejor amigo de mi padre, que fue capataz en el molino Cauldwell durante muchos años antes incluso de que yo me marchara a África.

Sophie se sintió conmovida. Por eso su tío sabía que iba a morir. Alguien lo había ido envenenando poco a poco, durante mucho tiempo. Él, como doctor, había detectado los síntomas, pero ya era demasiado tarde. Por eso había trazado el plan para que su hermano gemelo se ocupara de todo en Manchester. Por eso había dejado las notas, los diarios y las pistas... Y por eso había sido él mismo el que había ingerido una última dosis... Para evitar que el asesino le encontrara y le clavara una daga en el pecho.

—Lo hemos encontrado hace una media hora, cerca del canal. Me había enviado una nota pidiéndome ayuda. Ya estaba muerto, mi cochero ha desaparecido y había gente demasiado cerca del lugar de los hechos. Como si todo hubiese sido orquestado para pillarme junto al cadáver, que no llevaría muerto ni dos horas, Vivien...

—¿Tienes idea de quién podría haber planeado algo así?

—No. Todavía no sé quién mató a mi padre y a Hugh. Y han pasado once años.

—Pues debes saber algo... Si han intentado que cayeras en una trampa.

—No lo sé. Le he dado mil vueltas. Cada noche, cuando me acuesto, pienso y pienso en las pistas que dejaron... En las últimas palabras de mi padre antes de morir. Pero nada. ¡No he avanzado nada!

—Tenía una nota clavada en el pecho —dijo Sophie. —La tengo aquí.

Acercó el papel a una vela, para leer lo que ponía.

Para sorpresa de todos, no había palabras. Solo un dibujo de una daga realizado con tinta.

—¿Qué significa esto?

Unas voces les sorprendieron. Venían del exterior y estaban cerca de la puerta. Agudizaron el oído y percibieron tres golpes en la madera.

—¿Señora Vivien Bradsheet? Policía. Abra, por favor.

—Escondeos.

—¿Qué? ¡No! ¿Y si no son policía? —preguntó Sophie, alarmada—. ¿Y

si le hacen daño?

—Yo sé cuidarme sola, jovencita. Tomad el pasillo hasta la última habitación. Hay una pequeña buhardilla oculta a simple vista. ¿La recuerdas, Aaron? Solías meterte ahí y nos dabas unos sustos terribles.

—La recuerdo.

—No salgáis hasta que yo dé cuatro golpes. ¿Está claro?

Aaron la tomó de la mano y tiró de Sophie, conduciéndola por el pasillo con rapidez. Llegaron a la última habitación, Aaron abrió la puerta y la cerró tras ellos. Conocía exactamente la ubicación del escondite y dirigió allí a Sophie. Había un armario en una de las paredes. Sin embargo, al abrirlo, el interior estaba vacío y había un hueco oscuro por el que escapaba frío y olor a humedad.

Aaron le pidió a Sophie que fuera delante de él y ella obedeció. La luz de la vela que Aaron llevaba justo detrás de su espalda iba mostrándole el camino: unas estrechas escaleras que crujían a cada paso.

El espacio superior no era mucho más amplio. Era claustrofóbico, olía a polvo y a suciedad y hacía un frío húmedo.

Sophie comprendió que la única forma de que los dos cupieran era abrazarse. Aaron tomó asiento en el suelo, pues era demasiado alto y corpulento para aquel sitio. Alzó los ojos y la miró.

—Espero que no le moleste lo que voy a hacer —dijo ella, antes de sentarse sobre su regazo.

Notó su calor envolviéndola, junto a su aroma masculino. Luego, sintió su respiración en el cuello, acariciándole el nacimiento del cabello. Sophie notó que el vello de su cuerpo se erizaba por debajo de las capas de ropa. Cerró los ojos. Adoró la sensación de estar entre los brazos de Aaron. Nunca había experimentado nada parecido. Lo que le habían contado sus amigas de las relaciones con sus esposos le había parecido desagradable. Sin embargo, lo que ahora recorría su cuerpo era algo desconocido y que la dejaba anhelando...Más.

Por eso, colocó sus brazos sobre los de Aaron. Notó que él contenía el aliento.

Sophie se regodeó en la satisfacción que le provocaba aquella reacción de él. Le afectaba de igual modo que a ella. La intimidad en aquel cuarto, a pesar del frío y del olor a humedad, era lo más apasionante que Sophie había experimentado en su vida. Y quería más.

Se echó para atrás, buscando más contacto contra el cuerpo de Aaron. Lo notó tenso, musculoso. Encajaban perfectamente.

Si después Aaron le reprochaba su conducta, ella alegraría que estaba asustada.

No pensaba admitir que algo en ella se estaba despertando de una manera irracional e instintiva.

—Sophie.... —la voz de Aaron fue un gruñido bajo en su oreja derecha, lo que hizo que ella se echara a temblar.

¿Qué le estaba pasando? ¿Qué le estaba haciendo aquel hombre?

Abrió los ojos. La llama de la vela temblaba en el suelo, junto a ellos. Sophie giró la cabeza, buscando los ojos de Aaron. Encontró su rostro cerca, a apenas unos centímetros.

Miró su boca, con los labios entreabiertos. Ella abrió la suya y su respiración escapó en un jadeo, que acarició la piel de Aaron.

Qué cerca estaban... Bañados por apenas una luz tintineante, abrazados, sus aromas mezclándose, sus cuerpos calentándose...

—Aquí no hay nadie, señor —percibieron una voz masculina que provenía del cuarto de abajo. Guardaron silencio, conteniendo la respiración, mientras se miraban a los ojos. Captaron también pisadas, más voces e imaginaron que estaban revolviendo la casa buscando algún indicio de su presencia allí.

Cuando Aaron cerró los ojos, abrumado ante la certeza de que la trampa había sido claramente preparada contra él, Sophie se deleitó en las bellas facciones de su rostro. Desde que se habían encontrado en la fábrica, todo en

él había sido altanería y prepotencia. Había hecho de la frialdad y de la distancia su manera de relacionarse con todo el mundo, ya fueran trabajadores o patronos como él. Pero ahora lo veía vulnerable. Esa noche había descubierto que su padre había sido asesinado de la misma forma que su tío y eso había ablandado el corazón de Sophie. Ahora, los brazos de Aaron, su aroma y su calor estaban transformando más cosas en Sophie...volviéndola dúctil.

No podía permitírselo, así que se dijo a sí misma que en cuanto abandonaran el escondite, volvería a imponer una fría y amplia distancia entre ellos.

Sin embargo, los minutos parecían eternizarse... Y aquella intimidación estaba haciendo mella en ambos. Fue entonces cuando Sophie notó que él estaba más afectado de lo que había creído. Su cuerpo había reaccionado a la cercanía de Sophie y cuando ésta lo comprendió, sintió un cosquilleo en el vientre.

Era la manifestación más primitiva del deseo... Y ella la había despertado en él. Sintió una oleada de poder y anheló más. ¿Hasta dónde podía llegar aquello si ambos cedían? Sabía lo que sus amigas le habían contado de la noche de bodas y había estudiado los procesos físicos y anatómicos que influían en las relaciones entre un hombre y una mujer... Pero lo que estaba imaginando ahora, lo que despertaba en su interior, parecía imparabile.

¿Qué pasaría si ella se daba la vuelta del todo y posaba su boca sobre la de él?

¿Cómo reaccionaría Aaron? ¿Le devolvería el beso?

Por suerte, cuatro golpes secos arrancaron los pensamientos de la mente de Sophie.

—Ya podemos bajar.

Sophie asintió y se levantó a toda prisa. Aaron agarró la vela y se puso de pie también. Pronto, ambos descendían los escalones y abandonaban el escondite.

Se encontraron a Vivien al otro lado y en cuanto la vela iluminó sus

facciones, comprendieron que la habían golpeado.

—Vivien... ¿Qué te han hecho?

—No son policías, Aaron. Son matones irlandeses. Alguien los ha reclutado. Te hubieran golpeado si te hubieran encontrado junto al cadáver.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sophie, que no entendía nada.

Vivien y Aaron se miraron entre ellos, guardando un silencio cómplice.

—Será mejor que paséis la noche aquí. Siguen ahí fuera, detendrán cualquier carruaje o a cualquier viandante... Al amanecer os ayudaré a llegar al puerto sin ser vistos.

—No es posible, Vivien. La señorita Hastings no debe pasar la noche fuera. Su tío estará preocupado y...

—No. Me he asegurado de que no se entere de mi ausencia.

—¿Qué?

—Sí. Mi doncella se encarga de todo. Le he contado que tardaría en regresar y ella se ha ocupado.

—Pero no toda la noche —asumió Aaron.

—No se preocupe de esas minucias, señor Wright. Después de todo lo que ha sucedido esta noche, mi situación no es importante.

—Tengo un dormitorio de más, señorita Hastings. La acompaño. Tú, Aaron... ¿Vas a dormir con ella?

Sophie abrió la boca para protestar, pero Aaron se adelantó a sus palabras.

—El diván será suficiente, Vivien. Gracias.



Aaron llevaba una copa de whisky en la mano cuando Sophie entró al salón. Se preguntó cuánto había bebido en el momento en que se sentó junto a él en el diván y apreció el brillo de sus ojos.

—¿Tampoco puedes dormir?

—No debería estar aquí, Lady Sophie Hastings.

—Quiero que me llames Sophie. Solo Sophie, ni milady, ni Lady.

—No es apropiado.

—Después de todo lo que hemos pasado juntos esta noche, no me importa lo apropiado.

Aaron la miró, con una expresión desolada.

—A una dama siempre debería importarle.

—Si me importara, no te hubiera seguido esta tarde.

—¿Se arrepiente, milady?

—No. No me arrepiento. Y por favor, llámame Sophie.

Aaron dio un largo sorbo a su copa, apurando el contenido. Acto seguido, se levantó y se acercó a una mesa cercana, donde alcanzó una botella de whisky. Volvió a rellenar el decantador y luego su copa y dio un par de sorbos antes de regresar junto a Sophie.

—Hablaban de ti, ¿verdad?

Aaron no respondió. Se limitó a darle vueltas a la copa, haciendo bailar el líquido de su interior.

—Cuando estábamos en la despensa... Te amenazaban a ti, ¿verdad?

—Sophie, por favor...

—Ahora me llamas Sophie... Eso es un avance. Pero preferiría que me dijeras la verdad. A estas alturas, ya sabes que no soy estúpida. Y que ya sé que lo que oí era una amenaza. Hacia ti.

—Eres... muy inteligente. Demasiado, para tu propio bien.

—No eres el primero que me lo dice. Por eso te pido que me lo cuentes tú mismo...

Aaron ladeó la cara y la miró.

—No quiero implicarte.

—Ya estoy implicada. Más de lo que imaginas.

—¿Por qué?

Quiso decirle la verdad. Que su tío había muerto en las mismas circunstancias que su padre y que antes de fallecer había urdido un complejo plan para que descubrieran a su asesino. Pero no podía hacerlo. Aún no.

—No han preparado una trampa en la que ha muerto alguien por mí, Aaron. Y tampoco han intentado cazarme unos matones...

—Estabas conmigo. Podrían haberte...

—Pero no ha pasado. Todo está bien.

—¡No, no lo está, Sophie! No solo yo estoy en peligro. ¿Y mi madre? ¿Y mis hermanos? Mis decisiones pueden hacer daño a los que amo.

—¿Qué decisiones son esas, Aaron?

—Uno no puede cambiar lo que ya está establecido.

—No te entiendo...

—Para ciertas personas... Los trabajadores de nuestros molinos no valen nada, no son más que animales. Si enferman o si mueren, si pueden o no comer, da igual, mientras trabajen y no cuestionen nuestros métodos como jefes. Yo he hecho cambios. Y he pensado en otros que aún no he aplicado. Y eso me ha granjeado enemigos.

—¿Iban a matarte esta noche por eso?

—No. Solo iban a darme una paliza. Como en África. Para darme una lección. Toda esta noche ha sido planificada para que recuerde lo que me pasó allí, para que no mejore la vida de los trabajadores.

—¿Por qué?

—Porque las mejoras suponen un coste económico, que no todos están dispuestos a asumir... Y eso puede dar lugar a motines y a las tan temidas huelgas. Mi padre y el marido de Vivien murieron porque también hicieron cambios. Fueron asesinados después de unas huelgas que arrasaron la ciudad. Yo pensaba que la historia no volvería a repetirse. He intentado ser duro como patrono. Ser cruel incluso. Cuando entraste en mi despacho y me acusaste de no apiadarme del sobrino de Monroe, pensé que estaba actuando como debía... Aunque en mi interior, deseara todo lo contrario. Y luego surgió la idea de la escuela y me di cuenta de que hay pequeños cambios que son necesarios para el futuro de Manchester y que yo puedo contribuir...

—No te habrán hecho esto por haber abierto la escuela, ¿verdad?

—No es la única razón.

—Entonces esto también es mi culpa. Yo he participado.

—No. Tú no has hecho nada. Ni siquiera has dado una clase aún, Sophie. Todo ha empezado porque he subido el sueldo a mis empleados. Ganan más que en el resto de los molinos y creo que Cornelius ha muerto porque estaba instigando a la gente de Cauldwell Mill para que hicieran una huelga, para conseguir el mismo salario que yo pago. Y aún no he podido implantar el resto de ideas que tenía pensadas...

—Pero vas a ponerlas en práctica, ¿verdad?

—No, Sophie. No puedo permitir que me den una paliza o me maten. Hay mucha gente que depende de mí...

—Así que vas a rendirte.

—A veces es la mejor opción.

—Hay otras opciones, Aaron.

—¿Cómo cuáles?

—Tú sabes quién estaba en mi cocina... Los que hablaban de ti. Vayamos a por ellos.

—¿De verdad crees que son los únicos? Hay más gente implicada. Pero no sé quién. No sé quién está al mando. Ni a quién contratan para asesinar. No sé qué significa el dibujo de la nota. Todos son sospechosos.

—Entonces, investiguemos.

—¿Juntos?

—¡Claro! Mi tío conoce y trata a todos los molineros. Y yo estaré en el colegio... Con niños que comentan todo lo que oyen en un lado y en otro. Son dos fuentes de información que pueden llevarnos a la verdad. Además, Gabriel puede ayudarnos también.

—No voy a implicar a nadie más.

—Tú no. Yo lo haré. Gabriel es de confianza.

—¿Gabriel Newton? ¡Ni hablar! No confiaré en él ni en Ivette...

—¿Por qué? ¿Qué tienes en su contra?

—No es de tu incumbencia...

—Pues creo que me merezco una explicación a tu reticencia. ¿Has tenido algún problema en el molino con alguno de ellos?

—No.

—¿Entonces?

Aaron apartó la mirada y se removió en el diván.

—¿Es por Ivette?

Ante el silencio de Aaron, algo se activó en Sophie. Su cabeza empezó a especular y pronto dio con la respuesta.

—¿La...amabas?

Aaron se envaró visiblemente y no se atrevió a mirar a Sophie. Pasaron unos segundos, que parecían eternizarse, en los que Sophie obtuvo la respuesta que buscaba sin que las palabras de confirmación escaparan de la boca de Aaron.

—Amabas a Ivette... ¿Aún la amas?

—No. Eso pasó hace mucho... Yo no era más que un crío ingenuo.

—¿Es esa la razón por la que desprecias la belleza?

—Yo no desprecio la belleza. Pero tampoco quiero caer en las redes de una mujer que la utilice con frivolidad.

—Entonces no estamos hablando de la misma persona. Es dulce y frágil, cariñosa y sencilla. No es nada frívola.

—No la has conocido siempre, Sophie.

—Pues cuéntame lo que pasó.

—No.

Decepcionada ante su negativa, Sophie bufó. De nuevo se instaló el silencio entre ambos y Sophie sabía que no obtendría más información al respecto. Le hervía la sangre. Estaba tan enojada que sentía un cosquilleo febril por todo el cuerpo, así que se levantó, se acercó al mueble donde había unas copas, agarró una de ellas y la llenó de whisky directamente del decantador, ante el desconcierto de Aaron.

—No te atreverás.

Sophie se giró hacia él, alzó la copa con aire desafiante y añadió:

—Coraje líquido a su salud, señor Wright.

El líquido dorado era demasiado fuerte y Sophie no estaba acostumbrada. Le pareció desagradable y le dejó una sensación de quemazón en la garganta, pero, aun así, apuró el contenido de la copa. Luego, miró a Aaron.

—Está asqueroso.

—Pues es un gran whisky. Mi padre le regaló esa botella al marido de Vivien.

Sophie vertió más alcohol en su copa, aunque no tardó en sentirse mareada.

—Uy.

—¿Uy? ¿Te encuentras bien, Sophie?

—Eh, sí. Eso creo.

La sensación que la invadió fue confusa. Estaba aturdida, la cabeza le daba vueltas, pero se sentía increíblemente lúcida y valiente. Por eso, se plantó delante de Aaron y le dijo:

—Eres un iluso si crees que no voy a averiguar todo eso que te empeñas en ocultarme. Soy una mujer con recursos y por mucho que te moleste, soy una mujer inteligente.

—Como he dicho, demasiado inteligente.

—Ese “demasiado” anula cualquier cumplido, Aaron. O espera... Tú no eres de hacer cumplidos. Espero que tu futura esposa no espere demasiados.

Aaron se recostó cómodamente en el diván y la observó.

—No te tenía por una mujer que los necesitara.

—Y no los necesito. Sé bien quién soy y lo que valgo. ¿Qué más me da si me consideras o no demasiado inteligente? Además, sé qué buscas en una mujer.

—Ah, ¿sí? Lo sabes.

—Tú mismo lo has dicho. Una mujer simple, sumisa, sin aspiraciones. Que se entregue a ti con total devoción. Y que por supuesto, no sea lo que tú consideras hermosa. Como Ivette.

—Tú también eres hermosa, Sophie.

Ante esas palabras, Sophie calló. La jugada le había salido mal. Quería volver al tema de Ivette, atacar a Aaron sin tregua hasta que él claudicara y

revelara la información, pero ese cumplido la había dejado sin palabras. Y el alcohol estaba empezando a nublar su cabeza.

—No soy el único que te considera así. Tendrías que oír lo que opinan el resto de patronos solteros sobre ti. Me extraña que un par de ellos no hayan aparecido ya en casa de tu tío para pedir tu mano.

—Pues diles que no se molesten.

—Porque no quieres doblegarte ante ningún hombre.

—Y mucho menos, ante alguien que me quiera como trofeo.

—¿Qué quieres entonces, Sophie?

—Quiero a alguien que no tema a mi inteligencia, que no le importe mi belleza y que no viva preocupado por si me comporto como se espera de una dama o no.

Aaron se sintió dolido ante aquellas palabras. Eran la definición de un hombre absolutamente opuesto a él. Y enseguida brilló en su cabeza el nombre de alguien que sí que encajaba.

Una extraña sensación parecida a los celos le invadió, espoleándole con fuerza para que hiciera a Sophie desistir de esa idea.

Se puso de pie con rapidez.

—Él no, Sophie.

—¿Qué?

—No puedes estar enamorada de Lucian Monroe.

Sophie parpadeó. El alcohol le había robado su habitual concentración y ahora su mente iba despacio.

—¿Lucian? Es mi amigo.

—Pero encaja en lo que has dicho.

Sophie alzó el mentón y le plantó cara a Aaron.

—Sí, así es. Pero ya te he dicho que es mi amigo. Y veo que tienes un

grave problema con los Monroe. Deberías ir empezando a superarlo.

—¿Estás enamorada de él, sí o no?

—¿Acaso te importa?

—¿Lo estás?

—¿Estás tú enamorado de la perfecta Vicky Cauldwell, con sus modales exquisitos, su aire sumiso, su moderada belleza y su absoluta devoción hacia ti?

—No busco el amor. ¿Quieres saber por qué? Ivette es la culpable. Me rechazó porque yo no era más que un niño rico hijo de un constructor. Buscaba a alguien hecho a sí mismo. Alguien como Gabriel Newton, que no vivía de sus padres, tal y como yo hacía. Alguien atrevido, que encabezaba huelgas y revueltas junto a su hermano Lucian, sin miedo a perder la vida. Años después abrí la mina y me hice rico. Pensé que, si lo hacía bien, que si me veía convertirme en un hombre hecho a mí mismo, dejaría a Gabriel y me amaría. Pero nunca fui lo bastante bueno para ella. Entonces decidí que, si algún día me casaba, lo haría con alguien que no me importara. Un matrimonio sin amor. Sin riesgos, una simple transacción. Alguien como Vicky. Y su padre... me ha ofrecido su molino si acepto. Si me caso con ella y me hago cargo del molino, tendré poder... Y podré hacer cambios, sin poner en peligro a mi familia. No volverá a pasar lo de esta noche.

—¿Ella lo sabe? ¿La razón por la que estás barajando la idea de casarte con ella?

—No.

—Pues deberías ser sincero. A lo mejor ella espera amor, Aaron.

—No. Vicky no es de esas.

—¿Es que no has visto cómo te mira? Estás equivocado. Y creo que deberías decirle la verdad, para que ella pudiera elegir... Aunque ambos sabemos lo que elegirá.

—¿Te importa?

—¿Sabes lo que me importa? Que los hombres podéis elegir con quien casaros, aunque sea por las razones más egoístas del mundo y nosotras no podemos oponernos. También podéis ser inteligentes, demasiado incluso y no hay problema con eso... Podéis beber whisky, flirtear con mujeres, tenéis vuestros clubes privados y podéis llegar al matrimonio sin ser vírgenes...Y nadie se opone. Actuáis sin medir las consecuencias y eso solo os da más poder. Más fuerza.

—¿Crees que actúo sin medir las consecuencias? Después de lo que ha pasado esta noche, tengo que ser cauto, más inteligente todavía y meditar cada paso que doy. ¿Qué tienes que hacer tú, Sophie, además de lucir una belleza que hace que los hombres se arrodillen para después despreciarlos con tu inteligencia?

—¿A quién he despreciado yo?

—Sé que rechazaste varias ofertas en Londres, cuando te presentaron en sociedad. No era ninguno tan contestatario y aguerrido como Lucian Monroe, ¿verdad? Y si pensaras con la cabeza en lugar de con el corazón, elegirías mejor.

—Yo no he elegido a nadie. A diferencia de ti. Pero no creas que envidio a la perfecta Vicky, que te entregará un molino a cambio de que hagas el amor con ella cada noche.

En cuanto las palabras escaparon de sus labios, la vergüenza cubrió a Sophie tiñendo de rojo sus mejillas y su cuello. ¿Qué acababa de decir? ¿En qué momento había encadenado todas esas palabras?

—Lo siento, yo no quería...

Dio un paso hacia atrás, pero Aaron la cogió del brazo con delicadeza.

—Estás celosa.

—No.

—Tan valiente para seguirme por medio Manchester en plena noche y tan cobarde para admitir que me deseas. ¿O crees que no me he dado cuenta hace un rato, cuando estábamos escondidos? Como te movías, tu respiración...

Todo decía a gritos que me deseas.

—¿Y tu cuerpo qué decía?

—Yo no la deseo, milady.

—No, claro que no. El perfecto Aaron Wright no se sentiría atraído por una mujer, porque eso sería casi como arder en el infierno.

Se quedaron en silencio, desafiándose con la mirada hasta que Aaron bajó los ojos y los detuvo en la boca entreabierta de Sophie. Quería besarla. Nunca había deseado nada con la misma fuerza. Todos sus pensamientos viajaron a los labios de Sophie, para imaginar cómo sabrían, cuál sería su textura y, sobre todo, si ella le devolvería el beso. Ella se dio cuenta de ello y acercó su rostro al de Aaron. Quería tentarle, ver hasta dónde era capaz de contenerse. No la deseaba, eso había dicho, pero su cuerpo y sus ojos revelaban otra cosa. El plan de Sophie era amedrentarle. Estaba segura de que no era capaz de quebrar la distancia entre ellos, porque era un hombre recto que se caracterizaba por el autocontrol. Lo haría huir, apartarse bruscamente. Ella tendría entonces la última palabra, habría vencido, pero en ese momento...

Todo su plan se desmontó cuando Aaron la besó.



19

No fue un beso gentil ni dulce. Aaron la besó con urgencia, con desesperación y con hambre. Y ella se rindió, porque sentía las mismas ganas que él, porque el sabor y el calor de su boca resultaron ser un elixir del que no podía cansarse. Pronto, notó que Aaron la estrechaba contra él. Apreció como encajaba entre sus brazos, como su pecho rozaba el torso de Aaron, por debajo de los pectorales. Era una sensación abrumadora y cálida.

Nunca había besado a nadie, pero sabía qué tenía que hacer. Respondió a la ferocidad de Aaron y aportó más. Incluso en un beso, luchaban por imponerse. El corazón le latía con desenfreno, las manos necesitaban más caricias, así que las colocó en sus brazos, en su cuello, las hizo perderse en su cabello rizado.

Las manos de Aaron tampoco se detuvieron. Subieron y bajaron por la espalda de Sophie hasta plantarse en su nuca, para ceñirla e incrementar la fuerza del beso. Hubo un instante en el que se separaron para recuperar el aliento. La miró, con el rostro tan cerca, la boca enrojecida... Y antes de que la cordura volviese a él, Sophie se puso de puntillas y deslizó la punta de su lengua por el labio inferior de Aaron, aniquilando cualquier ápice de sensatez.

Tomó la cara de Sophie entre sus manos y volvió a besarla, haciendo que sus lenguas se encontraran y jugaran.

Alguno tenía que detenerse, pero los besos continuaban, aumentando el deseo en sus cuerpos.

La ropa que cubría sus cuerpos molestaba. Sophie fue la que dio el primer paso, la que con manos temblorosas comenzó a desabrochar la camisa de Aaron. Él no la detuvo, perdido en las sensaciones que aquellos besos le producían.

Sin embargo, cuando notó las frías manos de Sophie en su pecho, algo le hizo despertar del trance.

Se echó para atrás.

—Sophie...No podemos seguir. No debemos seguir.

—¿Por qué no?

—Hemos bebido demasiado y esto... No está bien. No es apropiado. Tú eres una dama y te mereces mucho más que esto. Lo siento.

—¿Qué sientes? Te he besado libremente. Porque lo deseaba.

—No. Ha sido un error, pero... —Tragó saliva y luego la miró intensamente—. Pero puedo enmendarlo. Casémonos.

—¿Qué?

—Te he comprometido y quiero compensarlo. Casémonos.

—¡Por favor, Aaron! —exclamó ella, disgustada—. Menuda tontería.

—No es ninguna...

—¿Quién sabe que acabamos de besarnos? Sólo tú y yo. Y nadie más lo sabrá.

—Yo lo sabré. Y no quiero odiarme a mí mismo por haber hecho algo inadecuado.

—Y yo no quiero que me odies al verte obligado a casarte conmigo. Y no quiero odiarte al verme forzada a casarme contigo. No soy la mujer que tú quieres. Y yo no necesito ningún hombre en mi vida.

—Entonces... ¿Qué iba a suceder entre nosotros esta noche? ¿Hasta dónde habríamos llegado?

—Supongo que ahora ya nunca lo sabremos.

Se dio la vuelta y salió del salón, aparentando la dignidad de una reina, aunque no se sentía así. Su orgullo estaba herido. Se sentía rechazada. Y, además, estaba enfadada.

«Casémonos», le había dicho él, como quien otorga limosna a un

indigente.

Y lo peor era que una parte de ella, durante unas fracciones de segundo, había sopesado la idea e imaginado el resultado.

Nunca había pensado en el matrimonio hasta que él lo había sugerido, porque podía imaginarse con él. Se deseaban mutuamente y eso ya era mucho más de lo que los matrimonios de sus amigas tenían en común. Pero sabía que eso no era suficiente. Ella era demasiado valiente, nada dócil y no le gustaba obedecer. Y él era exigente y serio. Y emocionalmente distante. Con sus normas y su rígida moral, necesitaba una esposa que acatará su voluntad de manera ferviente.

Sophie no era lo que Aaron buscaba.

Llegó al dormitorio y se dejó caer sobre la cama. Estaba mareada por el whisky y con todas las emociones enmarañando su corazón y su cabeza.

A la mañana siguiente, lo vería todo más claro y podría centrarse en resolver el asesinato de su tío. Eso era lo que la había llevado a Manchester y era lo único que la mantenía allí. Cuando todo acabara, abandonaría esa ciudad de humo, miseria y niebla y regresaría a Londres.

Y no volvería a pensar más en Aaron Wright.

Sin embargo, cayó dormida imaginando que estaba entre sus brazos.

A la mañana siguiente, cuando se despertó y salió al salón, la cabeza le dolía. No iba a tomar whisky nunca jamás. Mientras se masajeaba las sienes para mitigar el malestar, se dio cuenta de que Aaron no estaba.

—Se ha marchado en cuanto ha amanecido —le informó Vivien.

—No sé ni qué hora es —respondió Sophie con una sonrisa.

—Son las ocho de la mañana. Hay un carruaje de alquiler esperándola. Lo ha enviado Aaron.

Vaya. Así que Aaron se había marchado con premura y había preparado todo para que Sophie llegara a su hogar con la máxima discreción posible.

Podía agradecerérselo, si no se sintiera tan confusa en cuanto los recuerdos de la noche anterior acudieron a su mente.

Se habían besado... ¡Con qué pasión!

Todavía se le aceleraba el corazón al recordarlo.

La señora Bradsheet la acompañó al carruaje y una vez que Sophie ya estaba en el interior, le dijo:

—Aaron es un gran hombre.

—Apenas le conozco.

—Pues no se miran como si fueran extraños.

—¿Y cómo nos miramos?

Vivien Bradsheet sonrió y tomó la mano de Sophie.

—Si tiene ocasión de hablar pronto con su padre, el doctor Samuel Hastings, pregúntele cómo miraba a una joven doncella llamada Julieta.

—¿Lo sabe? —preguntó ella, parpadeando por la sorpresa—. ¿Todo lo que sucedió?

—Sí. Y veo que usted también, señorita. Y puedo decirle que puede confiar en Gabriel Newton con la misma devoción y lealtad que puede confiar en Aaron Wright.

—Todo es demasiado complicado, Vivien. Sé que puedo confiar en mi hermano, pero...No puedo bajar la guardia con los demás. Ni siquiera con el señor Wright.

—Pero lo desea.

—Tengo otras prioridades en la vida. Y él también. Somos como una llama en un molino de algodón. No debemos estar juntos.

—Es una bonita definición de amor —Sophie quiso argumentar algo más, pero Vivien hizo un gesto al cochero para que emprendiera la marcha—. Suerte en sus aventuras por esta ciudad, señorita Hastings. Y recuerde, que cuando hay una pequeña chispa, ya es imposible apagar el fuego.



Días después, Sophie se sentía agotada de tanto trabajo preparando la inauguración de la escuela, pero estaba satisfecha. Y no pensaba en Aaron Wright. Ni en la chispa, ni en el fuego, ni en sus ojos, ni en los besos.

Una mañana, después de que el doctor realizara un examen de salud a Ivette, en el que dictaminó que estaba embarazada de nuevo y que no podía volver a la fábrica, Sophie decidió que tenía que estrechar lazos con su cuñada. Después de comerse unos ricos pasteles elaborados por Cloti, se acercaron a Portland Street, el centro comercial de Manchester, para encargarse de todo lo necesario para la inauguración. Aunque no pudo evitar detenerse frente a una tienda de vestidos para comprarse algunas prendas más cómodas para ella y para Ivette, tratando de convencerla de que aceptara el trabajo en su casa, sobre todo ahora, que se iba a convertir de nuevo en madre.

Gabriel no lo sabía todavía e Ivette desconocía cómo se tomaría la noticia.

—Seguro que se alegra mucho, ya verás. Entremos aquí.

No tardó en ver a Vicky Cauldwell, acompañada de la madre de Aaron y de su hermana.

—¡Señorita Hastings! —dijo la matriarca de los Wright, antes de mirar con desprecio a Ivette—. Qué sorpresa tan inesperada.

—Buenos días —respondió Sophie, colgándose del brazo de su cuñada, para protegerla de esos desplantes—. ¿Están disfrutando de una mañana de compras?

—Así es, querida —dijo Helena Wright, arrugando la nariz con disgusto—. ¿Y puedo preguntar qué les ha traído hasta aquí?

—Lo mismo que a ustedes: vestidos.

—Dudo mucho que sean del mismo estilo —afirmó Vicky, mirando sin disimular su desagrado a Ivette—. Los que nosotras buscamos son para

celebrar buenas nuevas.

—¿Buenas nuevas?

—Sí, milady. Mi hijo ha decidido cortejar a la señorita Cauldwell. Si todo va bien, pronto se prometerán.

Sophie sintió que el corazón se le encogía. No debía extrañarse... ¿O tal vez, sí? Sabía que había interés en ambas familias para que aquello sucediera, pero...

¿Qué habían significado para él los besos de la otra noche?

Antes de que Sophie pudiera añadir algo más, se sorprendió escuchando una voz que se dirigía a ella.

—¡Si no lo veo, no lo creo!

Se giró y se encontró con Lady Amanda Rousette, ayudante de la modista más famosa de Londres.

—¿Lady Rousette? ¿Qué hace aquí? —exclamó Sophie.

—Trabajo aquí. Soy la modista.

Sophie miró a su alrededor y vio el nombre por todos lados.

—¡Oh, vaya! ¡Qué despistada soy!

Amanda sonrió con calidez.

—¿De qué se conocen? —exigió saber Helena Wright.

—De Londres. Lady Sophie Hastings es amiga de la duquesa de Arlington. He tenido el placer de ayudar en la confección de vestidos para ambas.

—¿Eres amiga de una duquesa? —preguntó Catalina Wright con admiración.

—Sí. Mi amiga Emma contrajo matrimonio con el duque de Arlington tras su primera Temporada.

—Y el duque no escatima en regalos para su esposa.

—Es cierto. Es un hombre muy generoso —añadió Sophie.

—Tengo entendido que otro duque le pretendió intensamente, milady.

—¿De verdad? —preguntó Catalina Wright.

Sophie se sentía incómoda. Se mordió el labio inferior y se miró los botines. Era cierto. Había sido un cortejo incesante que ella había detestado. Hasta que decidió ponerle fin, con más brusquedad de la que el duque estaba acostumbrado.

—Son cosas del pasado. Hace más de un año que sucedió.

—Casi el tiempo que llevo en Manchester. La anterior modista Calpurnia enfermó y me trasladé aquí.

—Tiene unas manos maravillosas y un gran sentido de la moda.

—Gracias, señora Wright. ¿En qué puedo ayudarles?

—Queríamos vestidos de noche para el teatro. Para mi hija Catalina y para la señorita Cauldwell, que, si todo va bien, se convertirá en mi nuera.

—¡Enhorabuena!

—Gracias. De hecho, mi hijo va a costear los tres vestidos, así que no quiero que escatime en calidad.

—Lo entiendo, señora Wright. Mis ayudantes les tomarán medidas. Pasen... —Señaló la zona interior y cuando las tres desaparecieron, se giró hacia Sophie y añadió —. ¿Y qué puedo hacer por usted, Lady Sophie?

—Por favor, llámeme señorita Hastings. Necesito unos vestidos sencillos para mí y para mi querida Ivette. Para el trabajo.

—¿Trabajo?

—Soy institutriz en un colegio cerca del molino Hastings-Wright.

—Oh, he oído hablar de él. Es una iniciativa del señor Wright, ¿verdad?
—Sophie asintió, sin querer dar más detalles —. De acuerdo. Algo cómodo y funcional.

—Así es. Y algo para mi querida Ivette, que va a ser madre de nuevo. Mi tío correrá con los gastos.

—¡Oh, qué maravilla! Entonces, debo tomarles medidas, a las dos.

Tras una gruesa cortina de terciopelo había otra estancia con los probadores. A un lado, había rollos de sedas que Sophie no pudo evitar acariciar.

—¡Qué hermosos! Me recuerdan a Londres. A las tardes de compras con mis amigas.

—¿Las añoras? —le preguntó Ivette, con dulzura.

—Se casaron muy pronto pero siempre tenían tiempo para su amiga solterona.

—Tú no eres una solterona, Sophie.

—No es tan malo serlo.

—Solo tienes veinte años.

—Pero no creo que a corto o medio plazo aparezca un hombre en mi vida, así que voy asumiendo mi futuro.

—Creo que te engañas a ti misma.

—¿Qué quieres decir, Ivette?

—Señorita Hastings —Se acercó la modista. —, perdóneme, pero tengo que pedirle un favor. Tengo un escaparate que montar y he creado un vestido a la última moda en Londres, pero las damas de Manchester lo consideran demasiado atrevido. ¿Sería tan amable de probárselo para que lo vean?

—¿Quiénes?

—La señora Wright y su hija. Además, ya han visto a Victoria Cauldwell y contamos también con la señora Danvers y sus cinco hijas.

—Cuánto público —dijo Sophie, con una risita nerviosa.

—Le hago el diez por ciento de descuento en todo lo que adquiera si me

hace ese favor.

—Está bien. Nunca hay que rechazar un buen descuento.

Se metió en el probador con Ivette y con una ayudante de Lady Amanda que era muy hábil tomando medidas.

El vestido era precioso, en un tono rojo.

Estaba a punto de salir cuando escuchó una voz masculina y gritos de niños en el exterior. Se tensó visiblemente.

—¡Aaron, querido! ¿Qué haces aquí? —dijo la señora Wright.

—Estos dos granujas han vuelto loca a su institutriz, madre, y se ha marchado.

—¡No puede ser! ¡Es la quinta este año!

—Me los ha traído al molino y se ha marchado, llorando. Yo me paso el día trabajando y no puedo educarles. Ya tienen diez años, madre...

—Lo sé, lo sé...

Sophie miró a Ivette y se dio cuenta de que sonreía.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Estás conteniendo la respiración.

—¿Qué dices?

—En cuanto le has reconocido, has dejado de respirar.

—Es que es un hombre irritante —Miró a la costurera, buscando la confirmación de sus palabras. —. ¿A qué lo es?

La joven se limitó a encogerse de hombros.

—No te interesa, ¿verdad? —preguntó Ivette, con curiosidad.

—Claro que no.

—De acuerdo —Ivette le dio un empujón a Sophie, expulsándola del probador.

Estuvo a punto de perder el equilibrio, pero se recompuso, elevó el rostro y miró hacia él...Que se había quedado con la boca abierta, mirándola.

—¡Es maravilloso! —chilló Lady Amanda—. ¡Sabía que le quedaría como un guante! Venga, por favor.

Sophie dio un par de pasos, sin apartar la mirada de Aaron, que se había quedado congelado. Subió a la tarima central ayudada por la modista y entonces se contempló en el espejo.

En efecto, el vestido, el color, el corte... Todo era maravilloso. Espectacular.

—¡Es increíble! —dijeron a la vez varias hijas de Laura Danvers.

—Demasiado escotado —sentenció Vicky.

—Eso puede arreglarse, señorita Cauldwell.

Aaron apenas podía respirar. Sobre todo, cuando observó como Sophie se llevaba la mano a la altura de su pecho, por encima de la línea del corte del vestido.

¿Se estaba cubriendo? ¿Por qué? ¿Si en ella el resultado era magnífico! Resaltaba su figura y resultaba elegante y sensual sin ser chabacano.

Nunca la había visto ataviada así, puesto que prefería vestidos cómodos y más funcionales para su vida diaria, para sus insensatas aventuras llenas de peligro y para el trabajo en la escuela. Pero supo con certeza que habría rechazado a más de un pretendiente en Londres. ¿Vestida así, quién no caía a sus pies?

—¿Qué le parece, señor Wright? —Oyó la voz de la modista.

—¿No crees que Vicky estaría hermosa con ese vestido? —dijo su madre a continuación.

—No creo que sea del gusto de Vicky, pero a mí me encanta —dijo Catalina—. ¡Cómpramelo, hermano!

—Tal vez lo desee la señorita Hastings —dijo él y por primera vez desde que la conocía la vio incómoda.

—No creo que...No creo que tenga ocasión de ponérmelo —dijo ella, y se dio cuenta de que las palabras se tropezaban unas con otras y se enmarañaban en su cabeza.

—¿Es que no va a asistir al teatro? —preguntó él, tratándola de nuevo con formalidad, delante de la gente.

—No lo sé —Sophie se encogió de hombros y bajó los ojos.

—Por favor, acérquense y miren la tela, el corte de la falda... —comenzó a decir Lady Amanda.

Aquello se alargó más de lo que Sophie esperaba. Se sentía como un espécimen observado y analizado. Y sabía que él la miraba. Hubo un par de ocasiones que le buscó en el reflejo del espejo y ahí estaban sus ojos, pendientes de ella, de su semblante.

El recuerdo de los besos en la casa de Vivien flotaba entre ambos, uniéndolos con un hilo invisible.

«Casémonos», había dicho él.

Y ella había huido, enfadada. Aaron no había conciliado el sueño ni esa noche ni las siguientes. La había evitado, aún a sabiendas de que estaba en el colegio, a unos cincuenta metros de su molino y de su despacho. De hecho, la había estado observando a través de la ventana, con sus doncellas, levantando cajas y metiéndolas en el interior sin ayuda.

La había admirado. Independiente y fuerte, segura de sí misma.

Tanto, que el reverendo Abe había acudido a su despacho para cerciorarse de lo que había escuchado de la boca de Vicky.

—*¿Una mujer que rechazó el matrimonio en Londres? —le había preguntado, informado tras la cena en la casa del doctor Hastings —. ¿Es eso cierto, Aaron?*

Y Aaron había asentido, mientras por su cabeza surcaba la triste proposición con la que él había tratado de borrar el pecado de los besos.

¡Como si algo tan maravilloso pudiera ser obra del Diablo!

Desde ese momento, tenía dudas. Todos los sermones del reverendo Abe que había escuchado cada domingo desde que tenía memoria, de repente parecían ridículos.

No se sentía más inclinado a la perversión ni a adorar al enemigo de la Iglesia. Sólo sentía deseo. Como algo natural, propio del hombre.

Y de la mujer. Porque si algo le había echado en cara Sophie era que ella le había besado libremente. Porque así lo deseaba.

¿En qué estaría pensando en ese momento? ¿Recordaba los besos? ¿La patética petición de mano, con sentimiento de culpa y sabor a whisky?

Esperaba que no. Aunque era imposible olvidarlo.

—Puedo confeccionarlo en el color que deseen —seguía diciendo la modista.

—Ese color es muy atrevido —dijo la señora Wright.

—Es el color de la pasión, del fuego.

—¡Oh, qué inapropiado! —dijo Vicky, santiguándose.

Aaron pensó que ya tenía algo más que ir a contarle al reverendo Abe.

—¿Y usted, señorita Hastings, cree que es un color inapropiado? —preguntó la modista.

Sophie se miró en el espejo. Sabía que estaba sonrojada, pero la iluminación de las velas y el tono del vestido lo disimulaban, por lo que dijo:

—Creo que es un color perfecto. Hablaré con mi amiga la duquesa de Arlington y conociendo la devoción que el duque siente por su esposa, se desplazarán a Manchester para encargarle una docena de vestidos —añadió, ayudando con sus palabras al negocio de la modista, que esbozó una gran sonrisa.

—¡Mamá, por favor! —dijo Catalina Wright—. ¡Quiero un vestido de duquesa!

Hubo una gran excitación en la tienda por parte de las damas más

jóvenes. Aprovechando ese momento, Sophie bajó de la tarima y se encaminó al probador, donde Ivette la esperaba.

Cuando se halló en la intimidad, soltó el aire que estaba guardándose. Su cuñada sonrió.

—Estás metida en un lío, Sophie —le dijo al oído.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ninguno de los dos respiraba.



21

El doctor Hastings salió del despacho y bajó a la cocina, donde vio como Sophie devoraba a escondidas galletitas de jengibre, como solía hacer cuando había tenido un mal día.

—Buenas noches, papá —dijo ella, con la boca llena—. ¿Dónde vas?

—He recibido una nota urgente del señor Morgsten. Su mujer ha enfermado y voy a visitarla.

—De acuerdo, ten cuidado.

—Y tú también.

—¿Yo? No sé qué cuidado tengo que tener de aquí a la cama.

—¡Sophie! ¿No recuerdas la invitación al teatro en el que se celebra un concierto?

—Es obvio que no.

—Estoy invitado. Te lo dije.

—¡Ah, es verdad! ¿Y?

—Que tienes que ir en mi lugar.

—¿Por qué? —se quejó Sophie.

—Tenemos que descubrir todo lo que podamos. Los asesinos de tu tío están en ese concierto esta noche.

Sophie sabía que tenía razón. Se comió la última galletita, se levantó, abrazó a su padre y dijo:

—Está bien, no te preocupes. Volveré sana y salva.

—Sé que sí.

Un carruaje de alquiler la llevó al centro de la ciudad, a Former Free Trade Hall, en Peter Street. Aquel lugar había sido construido para conmemorar la derogación de las Leyes del maíz en 1846. Y en su interior habían comenzado a representarse obras de teatro y conciertos. Sophie miró por la ventana del carruaje y se fijó en la fachada. Parecía un palacio de estilo italiano, con dos plantas y nueve ventanas. El piso superior tenía columnas, un friso ricamente decorado con figuras talladas que representaban el libre comercio, las artes, la fabricación y los continentes.

Se vio sorprendida por la belleza y elegancia de aquel lugar.

En cuanto descendió del carruaje, distinguió caras conocidas que no tardaron en saludarla.

—¡Señorita Hastings! —Al girarse vio a Catalina Wright—. ¿Ha venido sola?

—Sí. Mi tío estaba invitado, pero la señora Morgsten ha caído enferma y he venido en su lugar.

—¡Oh qué lástima! Espero que no sea nada.

—Yo también lo espero —respondió Sophie.

Justo entonces oyó la voz de Vicky a sus espaldas, saludando efusivamente a Catalina. Al girarse, vio que venía acompañada de su padre y de la madre de Aaron.

—¿Su tío no ha podido asistir? —dijo Helena.

—No, se disculpa sinceramente, pero la señora Morgsten ha enfermado.

—Bueno, de todas formas, siéntese en el palco con nosotros.

—No es necesario —Sophie declinó la invitación con amabilidad.

—Insisto, querida amiga —dijo la señora Wright, acostumbrada a que sus órdenes se cumplieren—. No es adecuado que una dama asista sola al teatro. ¿Dónde iba a sentarse?

—Pues...

—Nosotros tenemos sitio libre en nuestro palco —Se acercó Jeremy Brumel.

—Por favor, señorita Hastings, no nos rompa el corazón con su rechazo —añadió Erik Phillipson con una sonrisa juguetona.

Antes de que ella pudiera rechazar esa otra invitación, se vio interrumpida por una voz masculina que conocía muy bien.

—La señorita Hastings se sentará en nuestro palco —dijo Aaron—. Le he prometido a su tío que velaría por ella.

¡Así que a eso se había referido su padre cuando le había dicho que volvería sana y salva! Le había encargado a Aaron su protección. Si su padre supiera lo que había pasado en casa de Vivien y lo mucho que ella deseaba que volviera a suceder...

—¡Pero, Aaron, ni que fuéramos a devorarla! —bromeó Erik.

—No somos ogros —añadió Jeremy, con una mirada que decía lo contrario.

—El único ogro que hay por aquí es mi hermano.

—¡Catalina, no seas grosera! —le riñó su madre.

Aaron miró a su hermana y su gesto se volvió serio. Luego, miró a Sophie. Era un hombre que estaba acostumbrado al control, a ser un líder respetado, entregado a la disciplina y al trabajo duro.

Podría admirarle, si eso no hiciera que se sintiera más atraída por él, sobre todo, después de esos malditos besos que no se quitaba de la cabeza.

El señor Danvers y sus cinco hijas aparecieron, llamando la atención de los presentes, así que Sophie se obligó a no recordar más lo que había sucedido con el señor Wright. Después de un rato saludando y siendo saludados, accedieron al interior del teatro, que no era tan modesto como Sophie imaginaba. Comerciantes y vendedores ocupaban las sillas frente al escenario, que eran las localidades más modestas, mientras que los patronos y sus familias y los grandes banqueros, se situaron en los palcos superiores. Los Cauldwell tomaron asiento junto a los Wright, de modo que en la esquina

más apartada de la zona central quedó libre una localidad, donde se sentaría Sophie.

Justo al lado de Aaron.

Sophie resopló con discreción. Casi habría preferido sentarse junto a Catalina, que seguro que llenaría los silencios con sus conversaciones triviales sobre sociedad y cotilleos. Sophie podía aguantar dos horas así, pero sentarse junto a Aaron le parecía una tortura innecesaria, de la que, al parecer, no podía escapar.

Se desanudó la capa y se la quitó. Debajo lucía un vestido de seda, de corte francés, con un escote cuadrado cubierto por una puntilla realizada a mano.

Un lacayo vestido con una librea granate se acercó para recoger la capa. Ella se lo agradeció, se dio la vuelta para tomar asiento y se percató de que Aaron le estaba mirando. Fijamente.

Sabía que el vestido le favorecía, pero lo que vio en los ojos de Aaron hizo que sus piernas temblaran. Lo mismo le había sucedido en la modista, cuando él la había contemplado, haciéndola sentir inalcanzable y hermosa.

Alzó la cara y se sentó muy tiesa, tratando de ignorar todo lo que su cuerpo estaba experimentando en ese momento. Se sentía estúpida. Durante los dos años que participó en la Temporada Londinense, había sido mirada y alabada por importantes aristócratas, pero ella no se había sentido impresionada. Sin embargo, cuando Aaron la miraba, se sentía torpe, con el aliento retenido, como si él fuera un hábil ladrón.

No pensaba mirarle. Le ignoraría. No debía ser tan difícil. A pesar de que notaba como su pierna rozaba contra la falda de su vestido.

Aaron sentía que el corazón se le había atascado en la garganta. ¿Cómo podía llevar ese vestido y afectarle de ese modo?

No era la primera mujer hermosa que veía. Y, aun así, nunca se había sentido tan desbordado. En el momento en que se había desprovisto de la

capa, él había ladeado la cara hacia ella y el vestido celeste le había deslumbrado, vibrante bajo las luces de las velas. ¡Y cómo le quedaba! Se ceñía a la cintura, alzaba el pecho y marcaba el cuello y los hombros. No mostraba más de lo permitido, pero en ella todo resultaba pecaminoso.

Deseó marcharse de allí, volver al trabajo, esconderse de todo el deseo que ella despertaba en él.

Por suerte, el concierto comenzó y Vicky reclamó su atención, comentando algo sobre las piezas de Bach que iban a interpretar.

Al cabo de una hora, llegó el descanso. Todos abandonaron el palco y salieron al pasillo principal. Algunas damas se escabulleron al tocador, mientras que la mayoría de los caballeros salieron a fumar.

—¿Qué le ha parecido el concierto? No es una orquesta tan brillante como las que pueda encontrar en Londres...

—Ha sonado maravillosa.

Aaron pronto descubrió que Sophie era el centro de atención de los solteros más respetados de Manchester, algunos de ellos, grandes fumadores, que aguantaban sus ganas con tal de presentarse y entablar conversación con la joven.

—Aaron, vamos al tocador —Oyó que le decía Vicky.

Masculló algo en voz baja y se acercó al nutrido grupo que rodeaba a Sophie. La vio esgrimir inteligencia y desprender seducción sin proponérselo. Aaron odió lo que vio. Apreció cómo la miraban otros hombres, todos tan impresionados como él por cómo el vestido lucía sobre su piel y por como Sophie se movía con la elegancia de la aristocracia.

Jeremy interrumpió sus pensamientos, colocando una mano en su hombro con una familiaridad que Aaron detestaba.

—¿Es cierto, Aaron, que estás pretendiendo a la señorita Cauldwell?

Aunque los separaban unos metros, Sophie lo oyó y ladeó el rostro hacia él.

—Si te casas con ella, serás el molinero más rico de Manchester. Menuda jugada. ¿Por eso la has traído al concierto?

—La señorita Cauldwell y yo somos amigos desde niños —dijo él, manteniéndole la mirada a Sophie.

—Ya. Pero nunca frecuentas estos actos. ¿O has venido con la señorita Hastings?

—No —se defendió ella—. Mi tío era el que estaba invitado, pero le ha surgido una emergencia médica y no ha podido asistir.

—Ah. ¿Entonces usted no está siendo cortejada por nadie?

—Pues... Es que estoy demasiado ocupada.

—No se debe estar ocupada para el amor— dijo el señor Morgsten, con su aire seductor.

—¿El amor? —preguntó Sophie, con una sonrisa—. ¿Aquí en Manchester se casan por amor?

—Somos más libres que en Londres. Podemos elegir. ¿No cree que eso es una suerte, señorita Hastings? —dijo Morgsten, que había acudido al teatro mientras su esposa era atendida por el doctor y parecía más fresco que una rosa.

—No creo que mis amigas piensen eso.

—¿No? ¿Y eso por qué?

—Porque prefieren tenerlo todo bajo control y el amor es locura, frenesí... En definitiva, caos.

Aaron sintió que cada palabra le atravesaba. ¿No era eso lo que había sentido junto a ella en la casa de Vivien? Pero esa definición no era sobre el amor, era sobre la pasión, sobre los placeres mundanos que arrastran a los hombres íntegros hacia su perdición.

—No creo que eso sea el amor —intervino Aaron.

—¿No? ¿Y qué es para usted? —preguntó ella, alzando una ceja.

—El amor nace de la serenidad y de la convivencia después de contraer matrimonio.

Sophie no supo si reírse o indignarse ante esa definición.

—¡Oh, Aaron! Se nota que no estás casado. Te lo dice el que lleva treinta años con su mujer y tiene cinco hijas —dijo el señor Danvers.

—Tenía entendido que tu matrimonio fue acordado —dijo Aaron, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Lo fue. Y a veces pienso que si hubiésemos dejado algo al azar habría sido diferente. Más real, más sincero. Sé que el matrimonio de conveniencia extermina el amor o cualquier sentimiento parecido. Y te pasas los años navegando entre el rencor y la indiferencia.

—Según eso, ¿espera que sus hijas contraigan matrimonio por conveniencia? —preguntó Sophie.

—Soy realista, señorita Hastings. Sin un heredero varón, mis hijas tienen que lograr buenos matrimonios que las mantengan, así que han de olvidar cualquier idea inconveniente sobre el amor.

—Pero eso las condena al rencor y a la indiferencia, tal y como usted ha dicho —replicó Sophie.

—La vida es injusta para las mujeres, señorita. Sé que usted es consciente de ello —Había una triste ternura paternal en la forma de hablar del señor Danvers que llegó al corazón de Sophie.

Pensó que se trataba de un buen hombre, preocupado por el futuro de sus hijas y resignado ante lo que éste les deparaba.

La conversación giró hacia otros temas y Sophie se desconectó. Se sentía una extraña, diferente al resto de damas que mantenían conversaciones superficiales sobre moda y futuros esposos. Y luego estaba Aaron Wright, que se mantenía a una distancia de varios metros, como si fueran dos desconocidos más, como si no hubieran estado besándose apasionadamente.

Como si no le hubiera propuesto matrimonio.

Aaron la miraba. Notaba sus ojos extraños deslizándose sobre ella, con una mezcla de desaprobación y deseo que hacía que su cabeza diera vueltas. Giró el rostro y miró a su alrededor. Había varios grupos conversando y entonces percibió dos voces masculinas que no tardó en reconocer.

Eran las mismas que había escuchado en su cocina, cuando amenazaban a Aaron. Parecía que hubiera transcurrido una eternidad desde aquello, sobre todo, por cómo se sentía con respecto a él.

Quería alejarse de Aaron y se decía a sí misma que le detestaba, pero luego había descubierto que estaba cortejando a otra y había sentido celos, como una oleada de frío que aguijoneaba su cuerpo y que solo podía calmar de una forma... Cerca de él, provocándole, tentándole, haciéndole claudicar y abandonar esas ideas rancias sobre el matrimonio.

Pero no podía hacer eso. Tenía que descubrir al asesino de su tío, porque eso la había llevado a Manchester. Ladeó el rostro y vio a quienes pertenecían las voces.

Eran Jeremy Brumel y Erik Phillipson.

¿Cómo era posible? Parecían dos molineros más, sin demasiadas aspiraciones ni inteligencia, mujeriegos y consentidos, que habían heredado las fábricas de sus padres y que no parecían demasiado capacitados para urdir una serie de asesinatos tan complejos.

Aunque estaba claro que sabían algo. Sophie los vio hablar con los rostros muy cerca, con aire conspirador, así que se propuso averiguar qué tramaban. No los perdió de vista y en cuanto se apartaron de los grupos que charlaban, ella los siguió, tras excusarse preguntando por la ubicación del salón de damas.

Los vio internarse por un pasillo y echó a andar detrás de ellos.

Aunque otros la siguieron a ella.



Estaba loca. No había otra explicación posible a su comportamiento. A esa conclusión llegó Aaron Wright en cuanto la vio excusarse torpemente y dirigirse en dirección contraria al salón de damas.

Sabía lo que se proponía. Y tenía que reconocer que era una mujer inteligente. Había reconocido a los canallas de Brumel y Phillipson y los estaba siguiendo, dispuesta a cometer algún tipo de locura peligrosa e insensata. Y encima, el depravado de Julius Ryder, el banquero más poderoso de Manchester, se había ido detrás de Sophie, dispuesto a asaltarla aprovechando los muchos rincones oscuros del teatro. Por suerte, él los conocía bien, ya que había financiado las reparaciones del edificio y había seguido el proceso, se había empapado de los planos y recorrido cada pasillo y recoveco. Nada de eso había cambiado. Incluidas las puertas secretas que daban a habitaciones conectadas que solo usaban los actores en las grandes representaciones y que ahora estaban vacías, pero constituían valiosos atajos si se deseaba salvar el honor de una muchacha demasiado intrépida para su propio bien. La alcanzó antes de que se adentrara en el pasillo más apartado. La agarró por la muñeca y tiró de ella, hasta ocultarla con su cuerpo en un rincón oscuro.

Antes de que gritara, cubrió su boca con la palma de su mano y musitó:

—Soy Aaron.

Notó el aliento de Sophie contra su piel. A unos metros, había unos candelabros con velas que lanzaban tímidos destellos en su dirección. Sophie adaptó los ojos a la oscuridad y relajó los hombros. Aaron la soltó y ella se giró, para enfrentarle. Pero antes de que pudiera exigirle una explicación, vieron que una figura rechoncha atravesaba el pasillo en la misma dirección que ella debía haber tomado. Hasta que no la perdieron de vista, no hablaron.

—Ese era Julius Ryder, el banquero.

Sophie recordó lo que había leído sobre él en los informes de su tío. Lo había tratado varias veces por enfermedades de contagio sexual.

Se estremeció de asco al recordarlo.

—Hay rumores de que asalta a mujeres, Sophie. Y luego compra su silencio o las lanza por un balcón.

Sophie sintió el terror en cada célula de su cuerpo.

—Ha salido detrás tuya. ¿Te das cuenta del peligro que has corrido? ¡Después de lo que te sucedió en Deansgate! Si no llega a ser porque conozco este sitio como la palma de mi mano y he podido adelantarme... ¿Crees que no me he dado cuenta de que seguías a Brumel y a Phillipson?

—Porque son ellos, ¿verdad? Los que hablaban en mi cocina.

Aaron guardó silencio, confirmando sus sospechas.

—Lo sabía.

—¿Y qué pretendías? ¿Preguntarles?

—Están tramando algo. Quería saber el qué.

—¡Por favor, Sophie!

Oyeron unas voces que se acercaban, así que callaron. Percibieron el sonido del frufú de las faldas de un vestido, el ruido de unos pasos y unas voces que susurraban. Pronto, dos figuras aparecieron a unos metros, cerca del candelabro, lo que permitió que Sophie les reconociera.

Eran Frederick Morgsten y Anna Danvers, la hija mayor del matrimonio, abrazándose.

Era algo escandaloso y prohibido, una cita furtiva de amantes.

—El descanso está a punto de terminar. Deberíamos volver.

—Si no hubieras tardado tanto en el tocador...

—Quería estar hermosa para ti, mi amor.

—Siempre estás hermosa, querida, recuérdalo la próxima vez.

—Es que es difícil estar al nivel de la señorita Hastings. Sé que todos están locos por ella. Me he dado cuenta de cómo la miras, de cómo flirteabas

con ella, preguntándole sobre el amor.

—Sólo jugaba, Anna. Ya sabes cómo soy. Y sí, es cierto que casi todos están locos por esa mujer...

—¿Casi?

—Todos menos Aaron Wright, que es un témpano de hielo. Sentado a su lado en el palco y ni la miraba, dedicado a la mojigata de Vicky Cauldwell. Aunque claro, dudo mucho que supiera qué hacer en la intimidad con una mujer como la señorita Hastings.

—Eso es muy cruel, Frederick.

—Es la verdad. Si es cierto lo que dicen y ha elegido a la hija de Cauldwell es porque ella no le exigirá fuego entre las sábanas.

—Yo tampoco conozco ese fuego...

—Todavía, Anna... Pero dame tiempo...

El sonido de los besos reemplazó a las voces. Sophie miró al hombre que la acompañaba en aquel escondite. La cubría con su cuerpo sin tocarla. Notaba su aroma, una mezcla de hierbas aromáticas que le caracterizaba y que ella ya era capaz de reconocer en cualquier parte.

Aaron estaba cabizbajo, con los músculos tensos como alambres mientras el murmullo de los besos no cesaba. Sabían que no podían salir de allí, porque si les descubrían, se arruinarían muchas vidas de golpe. Aaron alzó los ojos y miró a Sophie. Había en ella una mezcla de diversión y sonrojo. ¿En qué se había visto envuelto por culpa de esa mujer?

Si el miedo a que los descubrieran no le superara, podría haber apreciado lo cómico de la situación e incluso, podría haber disfrutado de aquel erotismo improvisado, sintiendo tan cerca el cuerpo de Sophie, apreciando su respiración alterada, como si pretendiera escapar de ese maravilloso escote, que mostraba las curvas de los senos, la piel suave, los huesos de los hombros y el cuello, largo y blanco como el de un cisne. Y no pudo controlarse. Con una de sus manos enguantadas, rozó la piel, a la altura de la garganta. Ella tragó saliva. Alzó la mirada y se encontró con sus labios entreabiertos, como

si le esperaran.

¿Y si le robaba otro beso? Ella parecía desearlo, por la expectación en su mirada, por como sus ojos viajaron a la boca de Aaron. Y la confirmación llegó cuando Sophie agarró las solapas de la chaqueta de Aaron a la altura de su pecho y lo atrajo hacia ella.

Con la mano que le quedaba libre, se agarró a la pared de madera, tratando de contenerse para no tocarla, para no sucumbir de nuevo ante... La mujer que había rechazado su propuesta de matrimonio.

Sintió que jugaba con él. Y Aaron tenía mucho más que perder que Sophie, sobre todo ahora, que había decidido cortejar públicamente a Vicky.

Las palabras que había escuchado de Morgsten volvieron a su cabeza.

¿Que no sabía qué hacer en la intimidad con una mujer como Sophie? Lo que no sabía era cómo demonios contenerse ante ella, como vencer las ganas de tocarla, de despojarla de todas y cada una de las capas de ropa...

Tenía que apartarse de ella. Y rápido. Por suerte, el timbre que anunciaba el fin del descanso sonó. Los amantes dieron por finalizada su cita y tras un tiempo prudencial, le dijo fríamente a Sophie:

—Ve delante. Yo me ocuparé de que llegues sana y salva.

Ella alzó la cabeza, le miró desafiante y salió de su escondite.

Hasta que no volvió al palco, a la luz, a la serenidad de su vida, Aaron no volvió a respirar.

Aunque no podía obviar ni por un momento que ella seguía, hermosa como una diosa, sentada a su lado, sin mirarle.



23

Cuando el concierto acabó, Sophie se escabulló con rapidez a la calle. Escuchó unos cascos que se acercaban, ladeó el rostro y vio un carruaje. Subido al pescante, vio a Gabe, que le sonreía.

Había aceptado el trabajo, lo que significaba que tanto él como su esposa y su hijo habían decidido cambiar de vida y se habían mudado a la casa del doctor.

—Buenas noches, señorita. Su tío me envía para llevarla a casa.

—Me imagino que entonces tengo que darte una doble enhorabuena— Sophie esbozó una sonrisa de satisfacción que iluminó sus facciones.

Gabe la ayudó a subir al carruaje y cuando se disponía a cerrar la puerta, vio con sorpresa que Aaron estaba saltando al interior.

—¿Qué hace? —preguntó ella, con la voz demasiado aguda.

—La acompaño a casa. Le he prometido a su tío que velaría por usted.

—No es necesario —dijo ella con brusquedad.

—Insisto —dijo él, cerrando la puerta.

Instantes más tarde, el carruaje se puso en marcha.

Sophie estaba enojada. No solo lo había aguantado en el teatro, ahora, se había subido en su carruaje y tenía que estar con él en la intimidad de ese espacio tan pequeño.

—Creo que deberías superar tu pasado con Ivette. Gabe es de fiar. No te necesitaba.

—¿Gabe? —Aaron alzó una ceja. —. ¿Así te refieres a tu empleado?

—¿Tanto te molesta que hayan dejado el trabajo en tu fábrica y se hayan mudado a casa de mi tío?

—¿La oferta de trabajo incluía alojamiento?

—Por supuesto.

—Qué generosa. ¿Y no has ofrecido también un trabajo al señor Monroe?

—Sí, pero lo ha rechazado. Prefiere seguir en el molino y ayudar a los suyos.

—Otra vez el mismo tono de admiración hacia él. Y todo porque te salvó en Deansgate. ¿Dónde estaba cuando has cometido tus últimas imprudencias, Sophie?

—No estaba. Pero tú sí. Y sé que debo darte las gracias.

Aaron se quedó perplejo. No esperaba ese tono dulce y amistoso en ella, tan acostumbrado como estaba a batallar con Sophie por todo.

—Gracias.

—De nada.

El silencio cayó entre ellos. Al cabo de unos instantes percibiendo solo el sonido de los cascos de los caballos, Sophie habló.

—Aunque si no hubiera sido tan inapropiado, habría sido divertido lo de esta noche.

—No —soltó Aaron bruscamente.

—¡Oh, venga! Reconócelo.

—Ese sinvergüenza está casado y Anna es la mayor de cinco hermanas. Si se descubre, arruinará la reputación de todas.

—Lo sé, Aaron —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. Y tienes razón. Pero ha sido divertida la situación en la que nos hemos visto envueltos.

—No entiendo tu sentido del humor.

—Está claro que no.

—Voy a hablar con él. Acabará con esa relación.

—¿Estás seguro de que te conviene buscarte más enemigos? No es tu problema. Ella no es tu familia.

—Creía que eras de las que se moría por ayudar a los demás. Podemos evitar que muchas vidas se arruinen. El deseo y la pasión solo conducen a errores. Como lo que pasa y ha pasado entre nosotros.

—¡Ah! Ya ha salido el tema. Pensaba que nunca saldría.

—Pareces aliviada.

—Lo estoy, porque me das la ocasión de preguntarte algo.

—¿Debería estar asustado?

—Puede —Ella esbozó una sonrisa traviesa.

Ahora fue Aaron quien puso los ojos en blanco.

—Habla.

—A ver... —Sophie tomó aire y habló —La sociedad concede a las mujeres dos papeles en lo que concierne al deseo: O son las pecadoras que arrastran al hombre al infierno o son las víctimas de caballeros seductores y lujuriosos como Morgsten. ¿Qué papel me otorgas a mí? ¿Te arrastré al infierno o tú me engañaste? Porque recuerdo que tú me besaste primero.

Aaron palideció y se envaró visiblemente.

—Por favor... Perdóname.

—Sabía que lo harías. Pero quiero decirte algo, Aaron. No soy ninguno de esos dos casos. Yo te besé libremente. Me dejé llevar porque quise. No tengas cargo de conciencia por ello.

Se hizo el silencio. Sophie esbozaba una sonrisa tranquila, pero en su corazón empezó a crecer la inquietud ante la reacción de Aaron.

Seguramente él estaba preparando las palabras para alejarse de ella porque ya había elegido a otra y era un hombre demasiado íntegro y tradicional como para seguir jugando con Sophie de esa manera peligrosa e inadecuada.

La sonrisa desapareció y se mordió el labio inferior con nerviosismo, esperando el rechazo. Nunca la habían rechazado, pero podía encajarlo.

Casi lo deseaba. Él le estaba complicando la vida, la alejaba de su misión y despertaba sentimientos confusos que la arrastraban como un anzuelo.

—Vamos, dilo ya.

—¿Qué?

—Recházame. Acaba con esto. No es tan difícil.

—Sabes que es lo que debemos hacer: terminar.

—Lo sé, así que ¡dilo ya!

—Pareces nerviosa.

—Es que nadie me ha rechazado antes.

—¿Crees que te rechazaría? Eso implicaría que deseas tener algo más conmigo, Sophie.

—¡Oh, por favor! ¿Es que acaso no es obvio que sí? ¿No es obvio que te deseo?

En cuando las palabras escaparon de su boca y fue consciente de lo que revelaban, se arrepintió. Pero ya era tarde. Muy tarde.

Aaron sintió que las palabras de Sophie inflaban su orgullo. ¡Ella lo deseaba!

La mujer más hermosa, inteligente y peligrosa de todo Manchester le deseaba. A él. En ese carruaje.

Sintió que toda su fuerza de voluntad saltaba por la ventanilla.

Tenía que rechazarla. Ella le había dado pie, pidiéndoselo. ¡Exigiéndoselo! Y Aaron no podía.

Se estaba ahogando en el deseo por ella desde que habían estado escondidos en el teatro y ahora, la intimidad en el carruaje le robaba el aliento.

Que Dios le perdonara por lo que iba a hacer.

—Quítate la capa.

—¿Qué?

—Desabróchate y quítate la capa, Sophie.

El calor envolvió a Sophie ante aquella petición. No se negó. La desanudó y la apartó de sus hombros. Él la alcanzó y la dejó a su lado sobre el asiento. Y la miró. Había determinación y algo primitivo en la forma en que Aaron la miró. Sophie sintió que su cuerpo temblaba. Se le escapó un jadeo, que resonó en el silencio del carruaje por encima del sonido de los cascos de los caballos.

Y entonces, Aaron se quitó los guantes.

Una sensación lujuriosa se extendió por el cuerpo de Sophie ante lo que aquello significaba. Apretó las piernas y se puso muy rígida.

Aaron se sentó a su lado y pronto notó el calor que irradiaba su cuerpo aun cuando él no la tocaba. Se tomó su tiempo, observándola, calentándola con una serie de miradas lentas y calculadas que recorrían su boca, sus ojos, su cuello y la línea del vestido a la altura del pecho.

Cuando la mano de Aaron, tan amplia y caliente la tocó, Sophie se sintió mareada. Los dedos, levemente callosos, se posaron sobre la barbilla de Sophie, agarrándola y levantándole el rostro para dejar al descubierto la curva del cuello. Aaron hundió ahí la cara y Sophie notó la humedad de la lengua de él en su garganta. Luego sintió el mordisco de sus dientes, con dulzura, apenas un pellizco que la excitó y le hizo cosquillas. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, dándole a él más espacio para jugar con su piel. Aaron no lo desaprovechó. Lamió y mordió la piel de su cuello y cuando se detuvo, ella solo pudo mirarle. Estaba a apenas unos centímetros, mirándola con una intensidad audaz que prometía demasiado. Sophie se inclinó hacia delante para besarle, pero él la detuvo. Colocó sus dedos sobre los labios de Sophie, que abrió mucho los ojos, sorprendida y desconcertada. Los dedos se deslizaron, dejando solo el pulgar, que abrió la boca de Sophie. El calor descendió por su columna y se le erizó el vello de los brazos.

¿Quién era ese hombre y qué hacía con ella? La estaba derritiendo, transformándola en agua y ella estaba encantada.

—¿No tienes nada que decir ahora, con esta boca tan irreverente? ¿No vas a provocarme y a volverme loco?

Ella no respondió. Se limitó a mirar sus ojos, mientras el dedo de Aaron recorría su labio inferior.

—No te hace falta, ¿verdad? Ya lo has hecho...con ese vestido. Me has pillado con la guardia baja y sin defensas y una parte de mí se muere porque me digas que lo has elegido pensando en mí.

—¿Y para qué quieres que confiese algo así?

—Porque no quiero ser el único que no deja de pensar en la otra noche.

—¿Y por eso estás cortejando a otra?

—Tengo que olvidarme de ti.

—Pues recházame. Dime que no quieres volver a verme. Que vas a casarte con otra...

Cada vez tenían los rostros más cerca y hablaban en susurros. Aaron negó con la cabeza y depositó un dulce beso en los labios de Sophie. Luego fue ella quien le besó. Había suavidad, dulzura, fragilidad y tristeza en la forma en la que sus labios se unían una y otra vez.

—Déjame que vuelva a proponértelo, Sophie —Su voz era dulce, cadenciosa. Una súplica llena de promesas.

—No, por favor, Aaron.

—Sé que podrías decirme que sí.

—No me conoces.

El carruaje se detuvo. Habían llegado a su destino. Se separaron con brusquedad y Sophie alcanzó la capa y se la puso. Cuando Gabe abrió la puerta, ella ya estaba lista para descender, pero Aaron se adelantó. Bajó de un brinco y le tendió la mano para ayudarla, como si supiera lo mucho que sus

piernas temblaban.

Gabe se dio cuenta de que el señor Wright no llevaba guantes y cuando se fijó en su hermana, supo sin lugar a dudas que algo había sucedido entre ellos.

—Buenas noches, señor Wright —dijo ella, sin mirarle—. Gabriel le llevará a casa.

—No es necesario. Iré andando.

Ella asintió en un gesto brusco. Se sentía sonrojada y expuesta. Subió con rapidez los escalones que conducían a su casa y no se giró cuando le oyó decir:

—Buenas noches, Sophie.

Entrar a su hogar le pareció atravesar las puertas del cielo. Se quitó la capa y respiró hondo un par de veces, tratando de tranquilizarse. Contempló su reflejo en el espejo del recibidor y a pesar de que solo había una vela que lanzaba algo de luz en su dirección, se dio cuenta del aspecto que lucía.

¡Estaba sonrojada! Por eso, esperó a que el rubor abandonara su semblante. Una vez que se sintió recuperada, entró al despacho de su padre, donde éste le esperaba.

—Papá...

El doctor alzó la cara, ya que estaba concentrado en la lectura de un libro de medicina y la miró.

A Sophie le pareció que estaba exhausto. Más que de costumbre. Desde que su hermano había sido asesinado, a su padre le faltaba algo: como si le hubieran arrebatado una parte de sí mismo, de su alma.

—¿Cómo está la señora Morgsten?

—Pues me temo que la han envenenado también.

Sophie rememoró la conversación que había escuchado entre el señor

Morgsten y Anna Danvers en el teatro.

«Dame tiempo, Anna» le había pedido el canalla de Frederick a la joven muchacha, después de haberse besado en ese escondite umbrío.

—Está condenada, ¿verdad?

—La he enviado en un carruaje a Londres para que la visite mi amigo el doctor Frank, que ya sabes que es especialista en venenos.

—¿Crees que han usado adormidera?

—No. Por los vómitos y el dolor, creo que ha sido estriknina. Y creo que ha estado probando la dosis para que la mujer enfermase paulatinamente.

—Tenía mal aspecto la noche que cenaron aquí —recordó Sophie.

—Se me dispararon las alarmas. Sobre todo, porque en el historial médico que me dejó Byron, la dama en cuestión no aparece. Estaba sana...Hasta hace poco.

—Creo que sé por qué —dijo Sophie y procedió a relatar toda la noche en el teatro.

Su padre la escuchó en silencio, asimilando cada dato aportado: incluidos los que tenían que ver con Aaron y el escondite secreto.

—No he podido llegar hasta Phillipson y Brumel, así que no sé qué tramaban.

—Al menos sabemos que son sospechosos. Y también sabemos que el señor Morgsten está tratando de matar a su esposa. Por suerte, vamos a encargarnos de que eso no suceda. Mañana, me acompañarás a varias farmacias, Sophie.

—¿Para qué, papá?

—Vamos a descubrir si tal y como me temo, Frederick ha estado comprando estriknina.

Una semana después, el señor Morgsten fue detenido por la policía, con

las pruebas que el doctor y su hija aportaron y con el informe del especialista londinense.

Ya habían eliminado a un sospechoso. Pero aún quedaban cinco.



Después de aquella detención, los ánimos cambiaron. Sophie podía notarlo. Había un clima de sospecha entre los patronos y su círculo más cercano.

El doctor había sido tajante en cuanto a ciertas medidas de seguridad que debían tomar en la casa. Los alimentos se conseguirían en el mercado, pagando más por su precio y asegurándose que nadie se había acercado a ellos para contaminarlos. No aceptarían obsequios. Nada de botellas, dulces, bombones o frutas. Y no acudirían a ninguna cena hasta que la lista de sospechosos fuera más reducida.

Mientras, Sophie siguió con los preparativos, ayudada por Ivette cuando esta no se sentía indispuesta por el embarazo.

Tal y como habían planeado, la inauguración del colegio tuvo lugar el lunes, 22 de septiembre de 1853. Los molineros más cercanos a la familia Wright asistieron, aunque no era algo que deseaban. En sus rostros y en sus conversaciones a media voz podía detectarse la desaprobación porque era la primera vez que se reunían desde la detención de Morgsten y, además, la escuela era una medida que les colocaba en una situación difícil.

Fue Phillipson el que se acercó a Sophie, que hasta ese momento sonreía orgullosa ante su futuro trabajo.

—Parece muy tranquila, señorita Hastings.

—¿Y no debería estarlo? Todo ha salido bien. Hemos cumplido el plazo y he conseguido los materiales que quería, recién traídos de Londres.

—Me imagino que ha sido un trabajo duro. Sería una pena que no se valorara.

—Se valorará, señor Phillipson. Estoy segura.

—Esta ciudad es reacia a ciertos cambios.

—No creo que se trate de esta ciudad, si no de ciertos habitantes que se

sienten intimidados por la llegada de nuevas ideas.

—Desde luego que tiene una lengua descarada, señorita Hastings. Pero me temo que la usa sin medir las consecuencias. —Esbozó una sonrisa lobuna y se dio la vuelta, dejándola con la boca abierta.

Sophie trató de no sentirse intimidada. Su padre la reclamó y la inmiscuyeron en una apasionante conversación sobre la última ópera estrenada en Manchester.

Pasaron dos horas y Aaron no había aparecido todavía, de modo que Sophie ya no pudo aguantar su desplante por más tiempo. Se disculpó y se encaminó a fábrica. Sabía que él estaría en su despacho, trabajando.

La puerta estaba entreabierta y a punto estuvo de empujarla cuando se dio cuenta de que Vicky estaba dentro, así que se detuvo y agudizó el oído.

—Creo que ya deberías tenerlo claro.

—No insistas, Vicky, sabes que el matrimonio no es algo para tomar a la ligera.

—Pero le has dicho a mi padre que vas a casarte algún día.

Sophie notó que el corazón se le detenía.

—Y sé que tu madre lo ha aprobado.

—Eso ha sido así desde que éramos niños. Que, dada la relación de nuestras familias, es lo más conveniente.

—Entonces ¿a qué estamos esperando? Tengo veinticinco años, Aaron.

—Vicky...

—Mi padre quiere retirarse al campo. Tú te quedarías al cargo de los dos molinos. ¿Quieres hacer cambios? Puedes hacerlos si eres poderoso. No te vencerán.

—¿Quién quiere vencerme, Vicky?

—No lo sé... Es que a veces, oigo cosas. Y después de la caída de Morgsten...

—¿Qué cosas?

—Sobre ti, sobre tus ideas. Como ese colegio. Te expones demasiado. A ti y a tu familia.

—¿Y aun así quieres casarte conmigo?

—En mi dote entra poder y cierta protección, Aaron.

En ese momento, una pelusa de algodón se metió en la nariz de Sophie. Notó un cosquilleo y después, llegaron los estornudos.

Cuando se detuvieron, sabía que la habían descubierto.

Maldita sea.

—Lady Sophie... —oyó a unos metros la voz de Aaron.

Se dio la vuelta y le enfrentó. Estaba de pie, en la puerta de su despacho. Detrás de él, Vicky se asomaba, con cara de pocos amigos.

—Señor Wright, se ve que todavía no me he acostumbrado a respirar aquí dentro. Por suerte, la escuela está lo suficientemente alejada para evitar la pelusa de su fábrica. Solo venía a decirle que le estábamos esperando. Supongo que lo ha olvidado.

—Pensaba pasarme cuando terminara de atender unos asuntos.

—No es necesario. Todos saben que usted es un hombre ocupado. Yo me marchó ya. Que pase una buena tarde en compañía de la señorita Cauldwell.

—Lo hará. Está invitado a cenar en mi casa y Aaron no declinará la invitación.

Sophie le miró a ella, luego a él, y apreció como un músculo temblaba en su mandíbula.

—Por supuesto que no lo hará.

Solo le quedó alejarse de allí a toda prisa.



Al principio, fue difícil. La idea de Sophie de impartir una hora al día para los niños del molino que tenían entre diez y catorce años se complicó porque los pequeños salían demasiado cansados y hambrientos del trabajo y, además, eran desconfiados y recelosos y Sophie no conseguía acercarse a ellos.

Las semanas pasaron y no hubo avances. A pesar de la presencia de Ivette y Ezra, a los que muchos conocían del molino o del barrio, las cosas no mejoraron: los pequeños llegaban, pasaban la hora en el aula y se marchaban, en silencio.

Así que Sophie decidió cambiar de estrategia. Lo primero que hizo fue pedirle ayuda a Gabe para que hiciera funcionar la chimenea. Luego, encargó a Henrietta que preparara uno de sus famosos consomes y que Horatio le ayudara a traerlo a la escuela. Cuando los chicos sentados en sus pupitres vieron la enorme olla humeante, sus expresiones cambiaron.

Sophie repartió la comida en platos que rebosaban y colocó uno en cada pupitre. Sus alumnos lo ingirieron con premura. Sophie se reprendió a sí misma. ¿Cómo era que no se le había ocurrido antes? Aquellos jóvenes y niños pasaban tanta hambre que no podían concentrarse...

Luego, cada uno devoró una porción de una deliciosa tarta de Cloti y una manzana.

Y por primera vez, vio algunas sonrisas.

Durante semanas, el ritual fue ese. Comían, tomaban postre y se calentaban en la chimenea. Luego, Sophie se sentaba frente a ellos y les leía un cuento.

Veía en sus rostros como disfrutaban de aquellas historias. Así que el paso siguiente llegó pronto. Sophie pudo comenzar a enseñar las letras para que ellos aprendieran a leer.

Sin embargo, Henrietta le dio una mala noticia. El dinero inicial del que

disponían se había agotado y tenía que ir a pedirle más al señor Wright.

Sophie puso los ojos en blanco. No quería verle, no quería ir a su despacho y encontrarlo con Vicky, hablando de su futura boda si es que ya habían llegado a ese punto.

Muchas mañanas antes de entrar en la escuela, se la cruzaba, vestida tan correcta y modosita como siempre. Todos los días le llevaba el almuerzo a Aaron y Sophie tenía ganas de gritar improperios y maldiciones capaces de escandalizar a toda la ciudad. Sin embargo, se quedaba callada, se daba la vuelta y entraba en el aula para preparar la clase.

No, no pensaba pedirle ayuda. Al fin y al cabo, si él no había bajado los tres pisos, recorrido los cincuenta metros que separaban la entrada principal del colegio, no debía tener demasiado interés en implicarse.

Y no tenía ganas de escuchar ninguna de esas peroratas sobre que ella no entendía de negocios y que cada penique suponía un gran esfuerzo que ella no valoraba.

Así que decidió que no necesitaba a Aaron Wright. Con este pensamiento, fue a casa de su tío, subió a su dormitorio y una vez allí, abrió el joyero que había traído con ella desde Londres.

En su interior brillaban las joyas que había heredado de su madre. Había piedras preciosas engarzadas en colgantes de oro y un broche en forma de mariposa con dos esmeraldas verdes en las alas.

Dejó escapar con un suspiro la última sensación de nostalgia y de añoranza. Su madre había muerto de cólera cuando Sophie apenas era una niña. Los recuerdos que conservaba eran difusos y se mezclaban con los sueños. Ya no sabía qué había de real o no en lo que conocía de su madre.

Había llevado esas joyas en la Temporada, a juego con los fabulosos vestidos de seda y muselina... Cuando era otra Sophie, una que se empeñaba en encajar, pero que detestaba los bailes, los cotilleos y la crueldad de la sociedad en la que se había criado y en la que las mujeres valían en función del esposo que las escogiera.

Había visto a sus amigas ser cortejadas y elegidas por sus dotes más

que por lo que las hacía únicas y ella lo había detestado.

Había discutido con su padre, que siempre le había dicho que olvidara cualquier tontería sobre casarse por amor.

Esa había sido otra mentira más que había descubierto con la repentina aparición de su hermano. Su padre había amado una vez a una joven doncella y la había dejado embarazada sin haberse casado con ella, por lo que habría arruinado sus vidas de no ser por la rápida intervención de los abuelos de Sophie y el tío Byron, que habían separado a los amantes poniendo distancia entre ellos.

Acarició con las yemas de los dedos aquellas joyas. Mentiras, hipocresía...Era lo que aquellas piezas significaban.

Por eso podía empeñarlas para sufragar los gastos de la escuela. Y con esa determinación, se encaminó al centro de la ciudad.

Sophie se sorprendía cada vez más de los logros académicos de sus pupilos. Apenas llevaban cinco meses de clase y ya reconocían las letras. Además, se sentía realizada. Había montado todo sin el apoyo del señor Wright ni de su padre. Todo marchaba a la perfección.

Henrietta cocinaba; Ivette ayudaba a menudo en las clases, cantando canciones y atendiendo a los más pequeños y repartiendo comida.

La reputación de aquel colegio se extendió por toda la ciudad con rapidez.

Y entonces comenzaron a llegar más niños, de la mano de padres desesperados y hambrientos.

Esperaba que el señor Wright viniera a verla, a echarle en cara todos los cambios que había hecho sin su consentimiento. Estaba preparada para defender su trabajo y su inversión allí.

No apareció.

El primer domingo de marzo hicieron una salida al campo, lejos de la ciudad. El doctor Byron tenía una casona a varias millas de Manchester así que organizaron una excursión con los alumnos. Viajaron en carruaje hasta allí. Sophie fue acompañada de Henrietta y de Ivette, que estaba en su sexto mes de embarazo y el doctor le aconsejó que abandonara unos días la ciudad, porque el aire estaba más irrespirable que de costumbre ya que hacía varias semanas que no llovía.

Cuando llegaron en el carruaje, conducido por Gabe, se encontraron con los muchachos de la escuela, entre los que estaba Ezra. Sophie y Henrietta dispusieron unos manteles en el suelo y de unas cestas de mimbre extrajeron una merienda a base de fruta y dulces. No llevaban ni una hora allí cuando apareció un grupo nutrido de gente entre los que Sophie vio a Lucian, al que rodeaban varias hilanderas jóvenes y risueñas.

Lucian reía de esa manera tan característica suya y que a Sophie le recordaba al sonido de un tambor. Le saludó con la mano y en cuanto él la vio, comenzó a andar en su dirección.

—Mi hermano —dijo Ivette, a su lado —...No puede evitar que sus adadoras se apunten a todos sus planes.

—He observado que tiene muchas adadoras —dijo Sophie.

—Pero pierden el tiempo.

—¿Por qué?

Ivette miró a Sophie, con un gesto dubitativo.

—¿Qué no me has contado?

—No sé si me corresponde a mí, Sophie.

—Por favor, Ivette, quiero saberlo...

Ivette miró a su hermano, que se acercaba sonriente. Llevaba una camisa gris, holgada y con los primeros botones desabrochados, unos tirantes sujetaban un pantalón oscuro, que llevaba metido dentro de unas botas que le llegaban a las pantorrillas y que estaban muy desgastadas.

—Mi hermano es viudo, Sophie.

—¿Qué?

—Perdió a su mujer durante el parto de su primer hijo. Ambos...Fallecieron. Y está solo desde entonces.

Sophie notó que el corazón se le encogía de dolor. No pudo evitar mirar a aquel hombre que se acercaba, todo fuerza y carácter, con su pelo rojo revuelto y esos ojos desconfiados que ella había aprendido a comprender. Durante aquellos meses en Manchester, habían estrechado lazos. Él se pasaba cada día a la misma hora por la escuela, con la excusa de recoger a Ezra, pero acababa quedándose a charlar un rato y siempre le pedía a Sophie que le leyera un cuento infantil. Cada día, uno diferente.

Al parecer, los niños del molino habían comentado que ella era capaz de dar vida a las palabras y Lucian se había sentido vencido por la curiosidad. Sophie le leyó cuentos de Hans Christian Andersen, de los hermanos Grimm y de Perrault. Más tarde supo que él los contaba en el barrio a los niños más pequeños que no podían ir todavía a la escuela.

La admiración que sentía por él se había vuelto cariño. Por eso no había dicho nada cuando él le había pedido las llaves de la escuela para hacer reuniones clandestinas del sindicato.

Era un hombre íntegro, defensor de los más débiles y sabía que por su carácter valiente había muchas jóvenes que suspiraban por él. Nunca se había preguntado si él correspondía a aquellas atenciones porque nunca lo había visto como otra cosa que no fuera un amigo. Además, tenía que reconocer para sí misma que él único hombre en el que solía pensar, aunque no quisiera, era Aaron Wright.

Ahora se sentía mal por no haberse interesado por su amigo, por su pasado tan trágico. No podía imaginar lo que debía haber sufrido, perdiendo a sus seres queridos a la vez. A su esposa y a su bebé no nacido...La garganta se le cerró con un nudo de angustia y notó que las lágrimas empezaban a brotar por sus ojos. Se las enjuagó con rapidez y alzó la cara, dedicándole la misma sonrisa de siempre, la que esbozaba a su lado, porque con Lucian podía ser ella misma, hablar con naturalidad y no sentirse incómoda.

—¿Estás preparada para ser derrotada?

—¿En qué?

—En juegos en los que los aristócratas suelen morder el polvo.

—Bueno, eso ya lo veremos.

Al cabo de un rato, estaban divirtiéndose jugando al pañuelo.

Era lo último que le apetecía aquel domingo, pero su madre había insistido tanto que había tenido que claudicar.

Habían abandonado la ciudad para asistir a una misa en una iglesia a las afueras de Manchester. Era un día soleado, incluso cálido y durante unos momentos, Aaron había disfrutado del paisaje verde, del aire fresco y de la luz...Llevaba meses agobiado, limitando su vida de la mina al molino, enfrascándose en las cuentas, en dar órdenes, en supervisar cada paso de la producción...Con tal de no pensar en ella. Sabía que estaba cerca, impartiendo clase en la escuela que llevaba su apellido, pero se había prometido a sí mismo no mirar por la ventana de su despacho en esa dirección. Por si la veía, con sus vestidos sencillos, arrebuñándose en sus capas de colores demasiado llamativos o lo peor de todo, por si la descubría sonriendo...Algo que provocaba demasiado en su interior.

Sin embargo, no había día en que no recordara los besos en casa de Vivien y en el carruaje...Y lo peor, las últimas palabras que ella le había dedicado: *Por supuesto que no lo hará.*

¿Había notado cierta decepción en su voz? Ella lo había descubierto con Vicky, charlando en su despacho sobre matrimonio y la mirada de Sophie había sido devastadora, porque era una mezcla de altanería, pero también dolor.

O tal vez, eso quería creer él.

¿Tan desesperado estaba que se aferraba a la idea de que ella sufriera ante la idea de que se casara con otra?

Había decidido que no podía seguir así, que debía pasar página y lo había hecho, centrándose en el trabajo.

Vicky acudía cada día a llevarle el almuerzo, intentando llamar su atención. Aaron siempre la despachaba con educación, alegando que estaba demasiado ocupado. Vicky no se daba por vencida y lamentablemente, su madre tampoco. Por eso no le extrañó verla allí, en la misa, junto a su padre Robert Cauldwell.

Tampoco se sorprendió cuando ésta se colgó de su brazo al abandonar la iglesia.

—Hace un día magnífico para dar un paseo, ¿verdad, querido? —dijo su madre sin darle opción de negarse.

Robert Cauldwell y su madre encabezaron la marcha, bordeando la iglesia hasta tomar un sendero que atravesaba una gran extensión de hierba verde.

Vicky comenzó a hablar de cosas intrascendentes, pero Aaron apenas prestó atención.

Pronto escucharon las risas.

Eran demasiado sonoras y escandalosas, así que todos miraron buscando el origen mientras se aproximaban.

Había dos grupos de jóvenes, chicos y chicas, vestidos con modestas ropas. Estaban jugando al pañuelo, un entretenimiento que Aaron recordaba de su niñez.

No tardó en distinguir a Lucian Monroe, con su inconfundible cabello rojo revuelto.

Y entonces, el corazón se le aceleró.

Sophie corría llevando un pañuelo rojo. El vestido, de color malva, estaba arrugado y sucio y del recogido escapaban mechones que cubrían gran parte de su cara.

Estuvo a punto de alcanzar la meta, pero Lucian la agarró de la cintura y

la levantó, haciéndola girar en el aire.

Y ella se echó a reír.

A pesar de los metros, la brisa trajo el sonido de su risa, como campanillas alegres que sacudieron cada célula del cuerpo de Aaron, que se quedó paralizado.

Vicky se soltó de su brazo para hablar con su madre, criticando con duras palabras aquel comportamiento tan indecoroso para ambas.

—Mírala —oyó también a Robert Cauldwell—. Retozando en pleno día con ese agitador cartista...

Aaron estaba paralizado. No podía apartar los ojos de esa escena, de ella, de su Sophie.

Pero entonces comprendió que ella no era suya.

Que había rechazado su proposición...

Y que ella buscaba a otro tipo de hombre. A alguien aguerrido y valiente, como Lucian Monroe.

—Aaron, vamos, querido...

La miró una última vez. Lucian la hizo descender al suelo, ella le miró con ternura y comenzó a apartarse los mechones de su cara.

Y en ese instante, miró en su dirección.

Al parecer, alguien les había informado de su presencia y todos aquellos jóvenes los miraban en silencio, con gesto serio.

Aaron sintió ganas de huir, pero se quedó manteniéndole la mirada. No supo interpretar si había desafío o algo más en aquellos ojos dorados.

Reemprendió la marcha cuando Vicky se colgó de su brazo y Sophie apartó la vista.

Y luego, se disculpó ante sus acompañantes y huyó. Tomó el caballo y galopó de regreso a Manchester.

No se dirigió a su hogar. Volvió al molino, subió a su despacho y cogió una llave que guardaba en el primer cajón de su escritorio.

Luego, descendió a la calle y de ahí, se dirigió a la escuela. Abrió la puerta. A la derecha, había unas velas. Encendió una de ellas y echó un vistazo a su alrededor.

Era la primera vez que entraba. El lugar estaba limpio, ordenado y olía a lilas.

Aquel era el reino de Sophie. Cerró los ojos y recordó la imagen de ella riéndose en brazos de otro.

Por primera vez en su vida, Aaron Wright comprendió que no era más que un cobarde.



Días más tarde, Sophie se quedó en la escuela preparando la lección de la jornada siguiente. Ivette se sentía muy cansada, así que Sophie la envió con Henrietta a su casa, para que reposara. Encomendó a su doncella que elaborara una de sus famosas sopas, con las que Sophie se había criado y que recuperaban a cualquiera. Ivette había trabajado muy duro los últimos años y su cuerpo había acusado el desgaste. Estaba teniendo un embarazo tranquilo, pero ni Sophie ni el doctor se fiaban, así que estaban muy pendientes de ella.

Además, Sophie disfrutaba con el trabajo. No le importaba limpiar, cocinar, ordenar ni preparar nuevas lecciones en la soledad del aula.

Cada día que pasaba en aquella escuela, se sentía más feliz. Más cerca de encontrar su lugar en el mundo.

Oyó dos golpes secos y tímidos en la puerta.

—Sophie...

Ella levantó la cara y halló a Lucian Monroe, de pie, vestido con la ropa de la fábrica. Se levantó con una sonrisa en el rostro y se acercó a él.

—Hola, Lucian.

—Me preguntaba si podías ayudarme...

—¿En qué?

Lucian miró en derredor para asegurarse de que nadie les veía y después extrajo el desgastado ejemplar en alemán que Sophie había descubierto en su casa.

—No quiero que te metas en ningún lío.

—Tranquilo —dijo ella, invitándole a entrar con un gesto de la mano, indicándole después que tomara asiento.

Sophie tomó aquel ejemplar y le echó un vistazo. Después, comenzó a

traducir el texto sobre la marcha, mientras Lucian prestaba atención. Cuando no entendía algo, preguntaba y ella se lo explicaba. A medida que avanzaban con la lectura del texto, Sophie comprendió que estaba dándole alas a su amigo, que estaba sembrando la semilla para la revolución que él quería instigar.

¿Debía seguir ayudándole? ¿Y si acababa metido en algún lío? ¿O si le mataban por sus ideas?

Lucian notó sus reticencias, porque la llamó un par de veces, pero ella no respondió, ensimismada en sus pensamientos. Le arrebató el ejemplar y tomó sus manos, haciendo así que ella le mirara.

—Sé lo que estás pensando.

—Lo dudo.

—A ver —dijo él, esbozando su sonrisa de medio lado —...Estás pensando que van a matarme por tu culpa.

El color huyó del rostro de Sophie.

—¿Cómo lo has...?

—Eres un libro abierto, que no está en alemán, para mí, Sophie.

Ella guardó silencio. Entrelazó sus dedos con los de él, que no se apartó, aunque sí que se removió un poco.

—No quiero perderte. Eres mi amigo.

—No vas a perderme. Y si eso pasara, bueno...Estoy seguro de que no estará tan mal el lugar al que voy a ir.

Ella le miró, con los ojos dorados temblando. Lucian adoró su sensibilidad, su dulzura. Alargó el brazo y acarició su mejilla con delicadeza. Sabía que sus dedos eran ásperos y estaban sucios, pero no pudo evitar rozar la piel de Sophie.

—No digas eso.

—Tiene que haber algo más, Sophie. Algo más que perder a tus seres

queridos, a tus compañeros...Uno tras otro. Tienen que estar en algún lugar esperándome. Tiene que haber algo que compense todo lo que hemos pasado aquí. Tiene que existir un lugar sin humo, sin hollín...Donde podamos oír la risa de nuestros hijos.

Sophie vio entonces una faceta de Lucian que desconocía. Era un hombre creyente, aunque tal vez fuera por desesperación. Y estaba profundamente herido. Ivette le había contado el secreto que arrastraba y desde ese momento, Sophie había intentado no mostrar compasión porque sabía que Lucian era un hombre orgulloso. Si algo había aprendido y admirado desde que había llegado a aquella ciudad, era que sus gentes eran arrogantes y tenían un corazón repleto de orgullo, a pesar de que las circunstancias les eran desfavorables.

—No pongas esa cara... —siguió diciendo él, con el atisbo de una sonrisa en sus labios—. Que no pienso morirme pronto. Tengo mucha guerra que dar en esta ciudad.

A pesar de que él intentaba animarla, Sophie no sonrió.

—Sé que te lo contó Ivette.

Sophie alzó los ojos y le miró, como si le hubieran pillado haciendo una travesura.

—Surgió el tema y ella me lo contó. Lo siento.

—No te preocupes. Lo que pasó me definió. Me dio una razón para vivir y también para morir. Estoy en paz conmigo mismo, Sophie.

—Aun así, prométeme que tendrás cuidado.

—Siempre lo tengo, querida amiga. Venga, que te acompañe a casa. Se ha hecho tarde hoy.

Cuando abandonaron la escuela, descubrieron que había dos figuras de pie, charlando en la entrada principal del molino.

Sophie reconoció al instante que una de ellas pertenecía a Aaron Wright, que llevaba un abrigo negro largo y un sombrero de copa. La otra figura, oscura y ancha, hablaba en susurros con gestos contundentes.

Cuando llegaron a la altura de una farola de gas que los iluminó, las dos figuras se giraron hacia ellos. Sophie vio la sotana oscura que llegaba a los pies de un hombre obeso.

—Lady Sophie Hastings, me imagino.

Era un hombre calvo, con una nariz aguileña cuya punta parecía rozar los labios finos, fruncidos en una eterna mueca de desaprobación.

—Así es. Soy yo.

—Soy el reverendo Abe.

Sophie miró a Aaron, que se removía con incomodidad al lado de aquel hombre de aspecto siniestro.

—He oído hablar mucho de usted, milady.

—Lo mismo digo. Tiene devotos feligreses en esta ciudad.

—Pero usted no es una de ellas. Aún no ha pisado mi iglesia, ni siquiera para confesar sus pecados.

—He estado ocupada, reverendo. La escuela Hastings-Wright ocupa todo mi tiempo.

—El piadoso Creador siempre tendrá tiempo para expiar sus pecados, le aconsejo que busque tiempo para hablar con él, a través de mí, claro.

—Me temo que ya le han informado de que soy una mujer frívola que no desea casarse... ¿Podrá perdonar esas faltas también o son demasiado graves y arderé en el Infierno?

El reverendo se envaró visiblemente.

—Por suerte para usted, el señor Wright se ha ofrecido a proteger su reputación.

—¿Mi reputación?

—Sí. Sus amistades —dijo, mirando sin disimulo a Lucian, que se había apoyado con aire distraído en la pared, pero que tenía el gesto serio, con la mandíbula en tensión —...No son apropiadas para alguien de su posición.

—Creía que todos los humanos somos iguales a los ojos de Nuestro Señor.

—Es cierto, pero una dama que se precie de serlo no puede vulnerar las leyes de los hombres.

Sophie sentía que la rabia llenaba su pecho. ¿Pero qué se pensaban? ¿Con qué derecho podían decidir sobre su vida?

—Mi carruaje está ahí —habló Aaron, señalando en una dirección detrás de ellos en la oscuridad y al agudizar el oído, Sophie escuchó el relinchar nervioso de un caballo —. Voy a llevar a la señorita Hastings a su hogar. Es demasiado tarde y deben de estar esperándola para cenar.

—Lucian me está acompañando.

Ella miró a su amigo, que ahora estaba de pie, a su lado, sacando pecho, dispuesto a enfrentarse a aquellos hombres tan poderosos.

—El señor Monroe acudirá mañana a mi despacho por la tarde, después de su jornada laboral, para tratar un asunto muy importante. Así que le aconsejo que se retire ya.

—Me parece que eso no va a suceder —respondió Lucian.

—Solicitó una reunión hace meses para hablar sobre las mejoras de sus camaradas, ¿verdad? Será mañana a las siete. Si ahora se comporta civilizadamente y se marcha.

Sophie apretó los puños. ¿Cómo podía ser tan vil y manipular la situación para salirse con la suya? Acababa de colocar a Lucian en una posición muy delicada, entre ella y sus creencias.

—Está bien. Acompañeme a casa, señor Wright —dijo Sophie, alzando el mentón —. Buenas noches, reverendo Abe.

—Buenas noches, señorita Hastings. La espero este domingo en la misa

de la mañana.

Miró a Lucian, que estaba dedicando una mirada hostil a Aaron.

—Nos vemos mañana. Buenas noches.

Y echó a caminar hacia el carruaje.



No le miró durante el trayecto. Él se había sentado frente a ella, y había intentado establecer contacto visual, como si eso le diera permiso para hablar con ella, para explicarse o para justificar el último de sus desmanes. Se sentía enojada y humillada.

El carruaje se detuvo. Sophie abrió la puerta sin esperar al conductor y bajó con tanta brusquedad que a punto estuvo de caerse.

Y entonces comprendió que no estaba en su casa. El carruaje se había detenido frente a la casa de Aaron. Se giró, dispuesta a pedirle explicaciones y justo en ese momento, él descendió del carruaje.

—¿Qué hacemos aquí?

—Vas a entrar y vamos a hablar.

—No.

—Por una vez en tu vida, Sophie, obedéceme.

—He dicho que no.

—Solo voy a pedirte esto, Sophie. Luego, seguiré apartándome de ti como he hecho hasta ahora. Entra en mi casa, por favor.

Sophie sintió que la furia que la embargaba se quedaba congelada, puesto que Aaron acababa de confirmarle lo que ella había creído todos esos meses, que él la había estado evitando.

—De acuerdo. Y luego desaparecerás de mi vida.

Él la miró, provocando más sensaciones de las que ella deseaba admitir y añadió.

—Por supuesto.

La casa de Aaron estaba prácticamente a oscuras, y el mayordomo que los recibió era un hombre mayor, que andaba con el cuerpo encorvadísimo, como si hubiese trabajado durante muchos años en algún empleo que había deformado sus extremidades.

—Lazarus, acompaña a la señorita a la biblioteca.

—¿Quiere que les lleve té?

Aaron miró a Sophie, que negó rotundamente con la cabeza.

—Yo voy en un momento —dijo Aaron, escabulléndose por el pasillo.

El enfado que Sophie sentía no disminuyó a lo largo de los minutos en los que se encontró sola en una biblioteca enorme, con altos zócalos de madera, unas paredes bellamente pintadas con murales representando escenas clásicas. En las paredes había estanterías que llegaban hasta el techo, llenas de libros, con bellas ediciones en cuero. Sobre la repisa de la chimenea había más libros y algunas figuras de madera que Sophie imaginó que habían venido de África.

El fuego de la chimenea estaba encendido cuando ella entró, así que imaginó que esa era la estancia en la que Aaron pasaba más tiempo después del trabajo. Sophie se quitó la capa y la dejó sobre un diván.

Cuando él entró y cerró la puerta, Sophie se giró, con la fuerza de un gato callejero a punto de atacar.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo has podido humillarme delante de ese reverendo? ¿Quién eres tú para ...? —Sophie le gritó y le increpó mientras él esperaba a su lado, mirándola en completo silencio—. Precisamente tú. Precisamente tú... ¿Vas a velar por mi reputación?

Y ahí fue donde él se movió.

—Sophie...

—¿O acaso has olvidado que tú me besaste... y no solo una vez?

—¡No puedo olvidarlo! ¿Crees que no lo he intentado? —la voz se le crispó.

—¡Oh, sí, estoy segura de que no has intentado hacer otra cosa, puesto que soy un inmenso error con una reputación dudosa que puede arrastrarte al infierno!

—Sophie, escúchame—Aaron avanzó hasta ella y la tomó de los hombros. Ella luchó, intentando zafarse, pero él la sujetó con más fuerza y entonces, suplicó —...Por favor.

Cuando ella le miró, sus ojos estaban vidriosos por las lágrimas que contenía con dificultad.

—El reverendo Abe se ha presentado en mi despacho para decirme que Vicky le ha comentado lo que vimos el otro día en el campo, cuando tú y Lucian jugabais con los muchachos del molino.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—¡Oh, Sophie! ¿Cómo es que no lo sabes? ¿Cómo es que no sabes lo que se espera de una dama?

—No me importa lo que se espere de mí.

—Pues debería, Sophie. No estás sola, tienes familia... ¿O crees que tus actos no afectan a tu tío? ¿Crees que las habladurías no corren aquí en Manchester?

—Bueno, aunque eso sea así...Tú no eres quien para encargarte de nada. No quiero tu ayuda. No la necesito.

—La escuela es mía, Sophie.

Ella se revolvió como si las palabras le hubieran mordido. El aliento le salió de los pulmones ruidosamente mientras se sentía traspasada por el significado de sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedes permitir que haya sombras sobre ti si quieres seguir siendo la institutriz de la escuela.

—A mis alumnos y a sus padres no les importan esas sombras.

—Pero a mi familia sí.

Ella se echó hacia atrás con violencia.

—¿A tu familia? ¿A tu madre?

—Ya sabes cómo es. Quiere que me case con Vicky y no atiende a razones, como si mi apellido no estuviese lo bastante limpio... Como si todo lo que he hecho estos años no fuera suficiente.

—Eres un cobarde, Aaron. No quería creerlo, pero lo acabas de demostrar.

—No, no lo soy —las palabras salieron a toda prisa, como un reflejo.

—Claro que sí. Estás tan empeñado en conseguir el molino Cauldwell que eres capaz de vender tu alma a quien haga falta. A tu madre, al reverendo...

—Eso no es verdad.

—Y por supuesto, eres capaz de darle tu alma a Vicky Cauldwell, como si ella pudiera valorar lo que hay realmente en tu interior y que yo he visto, por mucho que te empeñes en olvidarlo.

—Tú no has visto nada.

Ella se acercó. Se colocó frente a él.

—He visto el fuego que hay dentro de ti. He visto el deseo.

Aaron miró su boca. Sabía que lo que había dicho era cierto, que ella despertaba el deseo en él. Un deseo tan intenso y fuerte que no podía detenerlo y que había comenzado a consumirle desde que la había visto entrar en su despacho, como si todo su interior estuviera hecho de algodón y ella hubiera arrojado una cerilla. Su cuerpo ardía por ella, su mente había dejado de pensar lógicamente y su corazón... Aaron no sabía si ella era capaz de escuchar en ese mismo momento, los salvajes rugidos de su corazón.

—¿Qué quieres que te diga, Sophie, que me consume lo que me haces sentir? —Se acercó a ella, agachando la cabeza y quebrando la distancia que les separaba, hasta que apoyó su frente en la de Sophie.

Ella cerró los ojos y dejó escapar unas lágrimas que rodaron por sus mejillas. Aaron inclinó el rostro y bebió aquel llanto con dos besos dulces. Luego besó su boca. Sophie rodeó su cuello con sus brazos y se apretó contra él, abriendo los labios para saborearle. Notó la sal de sus propias lágrimas y luego el calor de la lengua de Aaron.

Los besos que compartieron fueron dulces, dubitativos, pero repletos de emociones.

Aaron rodeó su espalda y la estrechó contra él. Necesitaba sentir el calor de su cuerpo, sus formas femeninas ajustándose a él. Quería resarcirla por haberla hecho sentir mal, por haberla herido.

Sintió las manos de Sophie desanudando el pañuelo, y desabrochando el chaleco y la dejó continuar. No le importó cuando a continuación, desabrochó los botones de la camisa de lino y luego apartó los tirantes. Con un movimiento de los hombros, la ayudó a despojarle de la camisa. Era la primera vez que estaba con el torso desnudo delante de una mujer. Ella acarició su piel, el vello oscuro que cubría su pecho, donde llevaba la piedra que había traído de África.

Ella apartó su boca e impuso una distancia que Aaron sintió como dolorosa. La vio tomar entre los dedos su amuleto de la suerte. Luego alzó los ojos hasta él. Se puso de puntillas y volvió a besarle. Aaron se rindió. No podía hacer otra cosa.

Sophie no tardó en descubrir las cicatrices en su espalda y en su torso. Las acarició despacio, recorriéndolas como si visualizara la historia de lo que había sucedido tantos años atrás.

Aaron no podía soportar la intimidad de aquel contacto. Ni siquiera podía manejar el deseo que ella le hacía sentir, así que mucho menos aquel acto tan puro y sincero con el que podía llegar a su propia alma.

Se apartó.

Ella le miró. El fuego de la chimenea irradiaba una luz cálida, que les envolvía como si el resto del mundo no existiera fuera de esos escasos metros en los que la luz vencía a la oscuridad.

—Sophie, no puedo perder más de lo que ya he perdido.

—¿A qué te refieres?

—A que desde que te conozco, he perdido algunas de mis creencias, porque solía pensar que el deseo hacia una mujer era antinatural, una obra del Diablo. Haces que pierda la cordura...No hagas que pierda también el alma.

—¿Cómo puedo hacer algo así?

—Si acaricias mis cicatrices y acabo confesando por qué las merezco, te entregaré el único secreto que me ayuda a mantenerme alejado de ti.

—¿Por eso no has venido a la escuela todos estos meses? ¿Para evitarme?

—Tengo que conseguir el molino Cauldwell, Sophie. Tengo que cambiar muchas cosas. Tengo que mejorar la vida de la gente que trabaja para mí.

—Y por eso, has elegido a Vicky.

—Yo no la he elegido. Pero tú no quieres casarte conmigo, ¿verdad?

Hubo un silencio que se alargó para ambos. Para Sophie, que lo miró, esforzándose en grabar cada detalle de él sin camisa, con un rizo cayéndole sobre la frente, haciéndole hermoso y vulnerable; ese silencio sirvió para reunir el valor para responderle. Para Aaron, ese silencio sirvió para hacer que su corazón aleteara con la esperanza de que los sentimientos de Sophie hubieran cambiado.

—Nunca me casaré, Aaron. Y te pido que, por favor, sigas evitándome. Prométeme que lo harás.

Aaron tragó saliva, tratando de mostrarse ileso, ante esas palabras que lo habían destrozado.

—Te lo prometo, Sophie.



Al día siguiente, a las siete de la tarde, Lucian Monroe subió las escaleras del molino, tocó la puerta del despacho y cuando recibió la orden para entrar, obedeció.

Aaron Wright le esperaba sentado detrás de su escritorio y por su aspecto, a Lucian le pareció que no había conciliado el sueño. Tenía unas ojeras oscuras bajo los ojos y una copa de whisky sobre la mesa. Se preguntó desde cuándo bebía en el trabajo, cuando la fama que tenía era de hombre rígido y estricto con las normas.

—He aceptado verle porque quiero que hagamos un trato.

—¿Usted y yo?

—Sí. Quiero que frene la huelga, señor Monroe. Sé que han hablado de hacerla.

—No tengo ni idea de qué habla, señor Wright.

—No me tome por tonto, señor Monroe. Nos conocemos desde hace años.

—Como he dicho, no sé de qué me habla.

Aaron estaba cansado.

—Te seré claro. Robert Cauldwell me ha ofrecido su molino si me caso con su hija. Si acepto, podré mejorar las vidas de todos vosotros —habló sin formalidades, con brusquedad—. Pero no lo arruines con una huelga que sabes que encenderá las calles, traerá muertos y complicará todo. Volveréis a pasar hambre si se alarga, porque el sindicato no puede correr con tantos gastos.

—¿Está dispuesto a casarse con la señorita Cauldwell para mejorar la vida de los trabajadores? ¿Desde cuándo es tan generoso?

—Sabes que siempre he intentado hacer las cosas bien. Sabes que en mi

molino cobráis más y apliqué la Labor Act antes que los demás.

—Y ha abierto la escuela de Sophie. Todo eso lo reconozco y lo valoro. Pero aun así, todavía estamos lejos de que se nos trate con dignidad.

—Lucian, no mandes a tus camaradas a una batalla que van a perder —había una súplica en su voz—. Dame tiempo.

—No hay tiempo. ¿O es que no lo sabe?

—¿El qué no sé?

—¿Es que no sabe que el viejo Cauldwell está apostando su molino en partidas de cartas? ¿Es que no sabe que ha estado a punto de perderlo todo igual que perdió este molino?

—¿Qué has dicho?

—¿Cómo cree que el doctor Byron se hizo con la propiedad de este sitio? Robert Cauldwell lo apostó y perdió. Pero usted estaba llevando la mina y no se relacionaba con los patronos de los molinos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Se olvida de que Gabriel Newton es mi cuñado. Y él fue criado por el doctor. Además, los hombres poderosos requieren de ciertas compañías femeninas que están dispuestas a revelar información a cambio de dinero. Mis camaradas y yo tenemos ojos y oídos en todas partes.

—Por si estalla una guerra.

—Sus palabras, no las mías.

—¿Por qué me has contado todo eso? ¿Qué quieres a cambio?

—Como usted ha dicho, quiero un trato. Pero me temo que no le va a gustar.

Todo se estaba descontrolando.

Todo lo que ella creía dominar se había vuelto en su contra. Y se sentía

desbordada.

Le había contado a su padre lo que le había ocurrido con el reverendo Abe. Samuel Hastings, agitando la cabeza levemente, le respondió que era de esperar de un hombre religioso. Pero le dedicó palabras de consuelo, recordándole que su estancia en Manchester era algo temporal.

Sin embargo, eso no animó a Sophie, porque comprendió que era cierto, que se marcharía algún día, que Aaron se casaría con otra y que seguramente, el paso del tiempo les obligaría a olvidarse.

—Tenemos que centrarnos en el asesinato de mi hermano, Sophie. No lo olvides. Y tú en la escuela, que está haciendo mucho bien.

—Sí, papá, tienes razón.

Y con renovada fortaleza, regresó a la escuela.

Aquel día notó algo diferente en los ánimos de sus pupilos. Y, sobre todo, dos ausencias: las de sus dos alumnos más jóvenes, de diez años, John y Elizabeth Micael.

Esperó a que la hora de clase terminara y preguntó a Ezra, que le dijo que no habían venido al molino aquel día. Luego, cuando todos se marcharon, se quedó un rato pensando. Aunque no le apetecía, salió de la escuela, entró al molino, subió las escaleras y tocó la puerta del despacho de Aaron, que estaba cerrada.

Cuando él abrió, se dio cuenta de que estaba despeinado y con aire taciturno.

—¡Sophie! —exclamó, sorprendido.

—Discúlpeme, señor Wright —dijo ella, intentando mantenerse serena y distante después de lo que había pasado entre ellos unos días antes—. Dos de mis alumnos han faltado a mi clase y me preguntaba si le han solicitado alguna orden de ingreso.

—Esta mañana Lucian Monroe me solicitó una para los Micael, de Deansgate. No han venido a trabajar.

—¿Ninguno?

—No.

Sophie supo que aquello era una mala noticia. Debía de tratarse de algo grave cuando cuatro miembros de una familia perdían un día entero y el sueldo de esa jornada.

—De acuerdo. Gracias, señor Wright.

—¿Qué vas a hacer?

Ella no respondió. Se dio la vuelta y se alejó de él a toda prisa, bajando las escaleras con premura, algo impropio de una dama de su posición.

Entró a la escuela, cogió la capa, se la puso y cuando estaba cerrando la puerta, se dio de bruces con Aaron, que se había colocado su abrigo y su sombrero.

—No puedes ir.

—¿Por qué no?

—Porque ambos sabemos que puede tratarse de algo grave.

—Esa es la razón por la que debo ir.

Se apartó de él y comenzó a andar hacia Deansgate. Ya conocía el camino, no como el primer día que había llegado a Manchester y había acabado extraviándose. Y a diferencia de aquella ocasión, Aaron la siguió.

—No me acompañes, Aaron —siseó ella, cuando él la alcanzó.

—No irás sola a Deansgate. Es de noche. Esto no se trata de velar solo por tu reputación. Es por tu seguridad. ¿O es que acaso has olvidado...?

Ella se detuvo y lo miró.

—No. Yo no olvido nada.

—Entonces los dos tenemos mala suerte —dijo él, colocándose los guantes—. Porque parece que no poseo la capacidad de olvidar nada desde que entraste en mi despacho hace ya tantos meses.

No la miró mientras lo dijo, los dos de pie a la salida de la fábrica, mientras los últimos trabajadores que habían estado haciendo horas extras pasaban por su lado y les saludaban.

Sophie respiró hondo y comenzó a caminar. No podía contestarle. ¿Qué iba a decir? Debía mantenerse fría e imponer una distancia que le permitiera encauzarse. Lo que sentía por él amenazaba con desbordarse y podía arrastrarla hacia lugares de no retorno.

Caminaron en silencio hasta Deansgate. Se adentraron en la parte sur, que quedaba junto al canal. Era la peor parte del barrio, el suelo no estaba pavimentado y el olor era nauseabundo. Los Micael vivían en la calle Blackfriars, y el inmueble estaba al final. A medida que se acercaban, se dieron cuenta de que eran observados por los habitantes de aquel lugar. Todos los conocían. Sophie reconoció a varios padres que habían llevado a niños hambrientos a su escuela. La saludaron con discretos gestos de cabeza.

Sophie pensó que Aaron acabaría descubriendo lo que ella había hecho con la escuela y casi lo agradeció. Llevaba varios meses esperando que eso sucediera para afrontar la situación y defender su trabajo con los más desfavorecidos. En cuanto él lo descubriera y Sophie tuviera ocasión, daría las explicaciones pertinentes.

Conforme caminaban, se corrió la voz sobre su presencia allí y fueron conscientes de las ventanas que se abrían a su paso. Las viviendas eran pequeñas y oscuras y había diminutas ventanas a ras del suelo, por las que Sophie pudo distinguir sótanos que quedaban por debajo del nivel de la calle. A pesar de la oscuridad, Sophie vio caras demacradas que los observaban.

Había retretes que compartían varias familias, con lo que el olor en algunas zonas era insoportable.

Aaron estaba incómodo. No se sentía seguro atravesando esa parte de la ciudad y caminaba muy erguido, mirando a un lado y a otro con recelo.

En cuanto Sophie vio a Lucian, supo con certeza que habían llegado a su destino.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —preguntó Lucian, con brusquedad.

—Los Micael no han venido a la escuela.

A esas alturas, después de tantos meses, ya conocía a Lucian. Por eso, en cuanto vio como sus cejas se fruncían en una mueca de dolor, comprendió lo que había sucedido sin necesidad de palabras.

Se sintió destrozada.

—No, no puede ser —dio un paso hacia delante en dirección a la vivienda, pero Lucian la tomó por los antebrazos y la detuvo.

—Es mejor que no entres, Sophie. Los cuatro han muerto en dos días. Intenté que ingresaran a los pequeños, pero no ha sido posible.

Sophie bajó la cabeza y rompió a llorar. Era la primera pérdida a la que se enfrentaba desde que había llegado a la ciudad, a pesar de que la muerte era algo terriblemente común y se cebaba con los más débiles, hasta ese momento, había pasado de largo de sus seres queridos o conocidos.

—Llévesela de aquí, señor Wright.

—Yo cubriré los gastos de los sepelios, señor Monroe.

Sophie alzó el rostro hacia su amigo y vio como los tendones de su cuello se tensaban.

Lucian le mantuvo la mirada a Aaron durante largos instantes.

—No voy a oponerme esta vez, porque John Micael era mi amigo y se merecía más de lo que ha tenido en vida. Pero ya sabe lo que pienso de su caridad, señor Wright. Y ahora, acompañe a Sophie para que llegue sana y salva a casa — Colocó sus manos sobre los hombros de Sophie y ella lo miró entre lágrimas. —. Buenas noches, amiga mía. Nos vemos mañana. — Depositó un beso en la frente de Sophie y luego se alejó hacia el interior de la casa.

Sophie se quedó quieta. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Sabía que Aaron estaba detrás de ella, sin decir nada, aunque mirándola.

Cuando se sintió menos vulnerable, se limpió las lágrimas, se dio la

vuelta y le miró.

Aaron parecía desolado al verla así y su corazón hizo un movimiento extraño, emocionándose.

Pero no podía flaquear y ceder a lo que deseaba, así que alzó el mentón y echó a andar, como si él no fuera a seguirla.

No hablaron de regreso al oeste, al lujoso barrio donde se hallaban sus hogares.

Se detuvieron a unos metros de la reja del hogar Hastings, bajo una farola de gas.

—Gracias por acompañarme —dijo ella y cometió el error de volver a mirarle.

Aaron la miraba fijamente, con una expresión que aunaba dolor y cautela y algo más...Algo que ella también sentía: necesidad.

Quería abrazarle, que él la consolara con un abrazo, envolviéndola con su calor y con su olor, que ella conocía tan bien...

—¡Aaron!

La voz femenina que oyeron era inconfundible. Los dos se giraron hacia su origen. A unos metros, había un carruaje que debía de haber pasado a su lado y se había detenido al reconocerles.

Por la ventana, Vicky asomaba medio cuerpo.

—¡Mi padre y yo vamos a tu casa! No habrás olvidado la cena, ¿verdad?

La había olvidado. Por supuesto que sí. Últimamente, sus pensamientos se encadenaban solamente para dedicarse a sus sentimientos por Sophie. Incluso le costaba concentrarse en el trabajo. ¿Cómo no iba a olvidar todas las cosas nimias sobre cenas, compromisos sociales y reuniones que en realidad odiaba?

—Lo siento, Vicky. He perdido una familia de trabajadores hoy y lo había olvidado.

—Oh, vaya...Pues tu madre estará disgustada. Sé que ha preparado una gran cena para esta noche.

Sophie apartó la vista de Aaron y miró al cielo, pidiendo paciencia para no contestar lo que realmente pensaba.

—¡Sophie!

Saliendo de su casa, vio a su padre, vestido con un elegante abrigo oscuro y un sombrero de copa, lo que significaba que estaba invitado a la cena.

Cuando su padre se acercó hasta ellos, saludó a los ocupantes del carruaje y a Aaron, confirmó las peores sospechas de Sophie. Ella también estaba invitada.

Aaron fue reprendido en cuanto atravesó el hogar de su progenitora, tal y como él se imaginaba. Ni siquiera se molestó en explicar el motivo de su demora.

Saludó a sus dos hermanos pequeños, que estaban impecablemente vestidos para la ocasión y peinados como si no hubieran hecho ninguna travesura en su vida.

Su hermana Catalina le abrazó. Estaba hermosa, vestida en un color verde claro.

El resto de invitados ya estaban en el salón, esperando que comenzase la cena. Saludó a Erik Phillipson, que parecía desmejorado y Aaron pensó que se debería a alguna de sus muchas correrías nocturnas y diurnas. Jeremy Brumel se mostró maleducado y grosero y le murmuró algo sobre un posible motín en su fábrica. Aaron le prometió que lo hablarían luego.

Cada paso que daba, era seguido por Vicky, como una sombra no deseada. Aaron trató de ser cortés, pero estaba cansado.

Y entonces, al cabo de un rato, cuando ya estaban todos sentados a la

mesa, apareció el doctor Hastings y ...Sophie.

Se había cambiado de ropa y ya no llevaba el vestido con el que daba clase. Sobre su cuerpo, un precioso vestido de seda azul con brocados florales dorados, marcaba su estrecha cintura y el escote, deliciosamente pronunciado, dejaba intuir más de lo que él podía soportar.

—¡Lady Sophie! —dijo su hermana Catalina, tan maravillada como él—. ¡Qué vestido tan increíble!

Sophie sonrió, pero había tristeza en sus ojos, algo que Aaron sí que pudo captar, pero que pasó desapercibido para los demás.

—Al parecer, mi amiga la duquesa de Arlington ha encargado una docena de vestidos a la última moda después de mi última carta y Lady Rousette me ha hecho este vestido como agradecimiento.

—¡Pues déjeme que le diga que está preciosa!

—Gracias, Catalina. Es usted una joven encantadora.

En ese momento, los hermanos pequeños de Aaron pasaron corriendo junto a Sophie. John tropezó con la falda del vestido y se dio de bruces en el suelo, provocando las carcajadas de Andrew.

Antes de que Aaron pudiera reñirles, vio como Sophie se agachaba y levantaba a su hermano pequeño.

Aaron notó que se le secaba la garganta. El corazón se le aceleró cuando vio a Sophie hablar con los diablillos de sus hermanos, utilizando un tono dulce en una reprimenda que caló en los pequeños, puesto que volvieron al salón y se sentaron en las sillas, sorprendiendo a los presentes.

Luego ella le dedicó una mirada fugaz y tomó asiento al otro lado de la mesa, donde su madre había decidido colocarla. Lo más apartada posible de él, para que todas sus atenciones fueran para Vicky, sentada a su derecha, y para su padre, sentado a su izquierda.

La velada transcurrió despacio. Aaron trató de no mirar a Sophie, pero cuando lo hacía, la notaba ausente, con la mirada perdida. Apenas participó en la conversación.

No era difícil saber lo que estaba pensando. La cena que su madre había preparado era demasiado ostentosa, con faisán, carne de cordero y cremas con verduras traídas del sur. Y, sin embargo, apenas unas horas antes estaban en Deansgate, rodeados de pobreza y miseria, con miradas acusadoras a través de ventanas llenas de mugre.

En una misma ciudad, separados por apenas cinco millas, convivían la muerte y el lujo.

Ninguno de los presentes en aquel salón parecían dispuestos a cambiar el sistema injusto que a ellos los hacía ricos mientras oprimía a los trabajadores de los molinos.

Excepto, Sophie y él mismo, que estaba dispuesto a hacer un gran sacrificio personal para conseguirlo.

Miró a Vicky, que le devolvió la mirada con devoción. Se sintió mezquino y apartó los ojos, respondiendo a un comentario de Jeremy Brumel.

Tal y como Sophie le había dicho, Vicky quería algo que él no podría darle. Quería amor. Ese sentimiento que él había creído sentir por Ivette cuando no era más que un muchacho y que ahora parecía ridículo si lo comparaba con lo que Sophie provocaba en él.

Sintió lástima por Vicky. Si se casaba con ella, ¿a qué la estaba condenando? Era un peón más en su plan, una víctima colateral que no había considerado o a la que no había prestado la atención suficiente más allá de adaptarla a la función de esposa sumisa y obediente a cambio de un molino y una dote generosa.

Todo se estaba descontrolando dentro de su cabeza. Y sabía quién tenía la culpa.

—Y ahora, por favor, me gustaría que nos desplazáramos al salón de baile. Mi hija Catalina interpretará unas piezas al piano y si lo desean, pueden bailar, que mi difunto esposo no pudo disfrutar de una velada con tantos invitados queridos.

Sophie se colgó del brazo de su padre y siguió a Catalina, que les condujo a una habitación contigua, que había sido preparada para la ocasión.

En el techo, fastuosas lámparas de araña con varios brazos tenían todas las velas encendidas, iluminando una sala amplia en la que había unos sillones en las esquinas y un piano de cola de color nácar, frente al cual Catalina había tomado asiento. Su madre y Robert Cauldwell la flanquearon y unos instantes después, una pieza bellamente tocada resonaba por la sala.

Aaron Wright fue el último al acceder al salón y lo hizo acompañado de Vicky. Sophie no quiso mirar demasiado, porque de nuevo sintió esos agujones helados que parecían traspasarla. Aun así, los observó bailar, moviéndose por la sala. Aaron parecía demasiado rígido, como si no hubiera bailado nunca y Vicky se esforzaba por sonreír y parecer perfecta para él.

—¿Bailamos, Sophie?

Le costó un rato que la voz de su padre atravesara la neblina de sus pensamientos, pero cuando lo hizo, se encontró con unos ojos dorados que la miraban con ternura. Sophie se preguntó si su padre, cuya inteligencia y sagacidad le convertían en un hombre extraordinario, sabría qué clase de pensamientos poblaban su cabeza.

—Claro.

Caminaron despacio hasta un lado de la pista y tras una leve reverencia, comenzaron a bailar.

Sophie no lo había hecho desde la Temporada, en Londres. Se dejó llevar por su padre, que era un gran maestro bailarín a pesar de su maltrecha rodilla, que no tardó en flaquear.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, perfectamente, querida Sophie.

—Hacía mucho que no bailábamos.

—Es cierto.

—Algún día, que no tardará en llegar, bailarás con tu esposo, Sophie.

Ella se echó a reír ante la ocurrencia. Fue una reacción de defensa, porque se sentía vulnerable y herida, celosa y desconcertada y lo último que

necesitaba era que su padre comenzase a hablar de matrimonio...de nuevo.

—Creía que ya habíamos zanjado ese tema en Londres —dijo ella, en un susurro.

—Sí, pero eso era antes...

Su padre sonrió y ella adoró las arrugas que se formaban alrededor de sus ojos.

—¿Antes de qué?

—Señorita Hastings —oyó la voz de Aaron detrás de ella y sintió como cada músculo de su cuerpo reaccionaba. —... ¿me permite este baile?

Sophie miró a su padre, que se había detenido, y sonreía educadamente a Aaron, que estaba detrás de ella.

Le costó reunir todo el valor que conocía darse la vuelta y enfrentarse a él, que le estaba tendiendo una mano enguantada. Un rizo se había escapado y caía sobre su frente, haciendo aquella invitación más atractiva todavía.

Cuando no debía ser así, dada la promesa que había hecho de mantenerse alejado de ella y que estaba incumpliendo.

Tal y como ella pensaba recordarle.

—Me encantaría.

Instantes después, estaban bailando una nueva pieza de piano. Encajaban perfectamente. Sophie notaba la amplia mano de Aaron en su costado, sin rozar ni acariciar nada más de lo permitido, pero cada vez que él la tocaba, fuera como fuera, ella notaba el fuego en su interior. Al principio no le miró, se limitó a girar y a ejecutar los pasos como las otras decenas de veces que había bailado en Londres, pero entonces notó su mirada sobre ella y cedió a la tentación de ladear el rostro.

Los ojos de Aaron, tan extraños y hermosos, volvieron a sorprenderla por su belleza.

—Pensé que usted cumplía sus promesas, señor Wright.

Él supo en el momento a qué se refería.

—Así es. Salvo en lo que concierne a usted.

Sophie esbozó una sonrisa carente de alegría.

—Para variar, siempre acabo siendo la culpable de todos sus problemas, ¿se da cuenta?

—Y lo qué daría yo por ser el causante de los suyos, milady—susurró él.

—Tal vez ya lo es. Tal vez ya me esté complicando las cosas.

—Con mis patéticas proposiciones y mi torpeza al tratar de apartarme de usted, ¿verdad?

—No, con el deseo que despierta en mí y que no consigo apagar.

Aaron se quedó congelado durante unos segundos, pero se recompuso con facilidad y siguió bailando, conduciéndola por la pista con maestría.

—Solo esta noche, solo este baile y me apartaré, señorita Hastings.

Ella miró a su alrededor. Junto al piano, la madre de Aaron los observaba con una mueca de disgusto en el rostro, la misma que deformaba con crueldad la expresión de Robert Cauldwell.

Sophie giró un par de veces más y vio a Vicky, junto a Jeremy Brumel. La miraba con ira mal disimulada.

—Solo este baile.

—Esta noche —suplicó él.

Sophie iba a negarse, pero entonces algo llamó su atención. Erik Phillipson caía al suelo, derramando una bandeja cercana y provocando un gran estrépito.

Aaron y Sophie se separaron instintivamente y miraron en esa dirección.

El doctor Hastings se inclinó sobre aquel hombre, que convulsionaba

en el suelo.

—¡Sophie! — la llamó su padre

Ella se movió con rapidez, dando zancadas hasta el lugar. Se dejó caer junto a su padre, y observó al molinero, que no podía respirar y cuya tez estaba adquiriendo un tono cárdeno.

—¡Está envenenado!

Poco pudieron hacer para salvarle, ya que segundos después, exhaló el último aliento y murió, con un terrible ictus en el rostro que mostraba el dolor sufrido.

Se hizo un silencio que fue muy breve, porque Catalina lo quebró con un grito. Sophie miró a su padre, que estaba temblando visiblemente. Otro muerto más, igual que su tío. Igual que Cornelius Brandon, que el marido de Vivien y que...Cuando el pensamiento llegó, giró el rostro y vio a Aaron, a un escaso metro, con aire herido y tan vulnerable que ella sintió ganas de acariciarle.

—Que nadie beba ni tome nada más —dijo Aaron—. Avisaré a la policía.

Los agentes de la ley les interrogaron durante un buen rato. El doctor examinó la escena, con la última copa que había ingerido Erik Phillipson. Al parecer, el decantador no estaba contaminado, así que se llegó a la conclusión de que había sido envenenado con anterioridad. Probablemente, a lo largo de aquel día.

Conforme acabaron los interrogatorios, los invitados fueron abandonando el hogar de la señora Wright. Debido a los nervios, Catalina sufrió una crisis de asma, que obligó a Sophie a acompañarla a su dormitorio y ocuparse de ella.

—Gracias, Lady Sophie —dijo Catalina, cuando la crisis remitió—. Es cierto lo que me comentó mi hermano de que usted tiene conocimientos de

medicina.

—¿Se lo comentó su hermano?

Catalina pareció azorada al momento y bajó los ojos.

—No se ha hablado de otra cosa en esta ciudad desde que llegó.

—¿Tan interesante resultado? —bromeó Sophie.

—A mí desde luego. Me apenará el día que decida regresar a Londres.

Sophie sonrió, acarició con ternura el rostro de la muchacha y añadió:

—A mí también me entristecerá. Descanse. Volveré a verla mañana por la tarde.

Salió del dormitorio y se encontró con la señora Wright.

—¿Ya se marcha, señorita Hastings?

—Sí. Catalina se ha recuperado, pero sería conveniente que la vigilase esta noche. Volveré mañana.

—No será necesario.

Sophie alzó el mentón.

—¿Perdone?

—No se acerque a mis hijos, señorita Hastings. Su reputación es tan dudosa que ni siquiera la salva el hecho de ser hija de un conde.

—He sido debidamente informada por el reverendo Abe. Lo que no sé si sabe, señora Wright, es que su hijo se ofreció personalmente a velar por mi reputación.

Se dio la vuelta, orgullosa y apretando los puños. Había lanzado un desafío y algo le decía que aquella mujer no tardaría en devolvérselo.

Bajó al salón, donde su padre hablaba con el señor Wright. Los dos hombres la miraron y ella apreció que parecían cansados.

—Sophie, el señor Wright y yo vamos a ir a casa de Phillipson, a ver si encontramos con qué le han envenenado.

—¿Os acompaño?

—No, Sophie. Gabriel está fuera con el carruaje. Te llevará a casa.

—De acuerdo, tío. Buenas noches y ten cuidado.

Luego miró a Aaron, que hizo una leve reverencia como despedida.

Sophie no durmió. No dejaba de mirar el reloj de pared en el que cada minuto tardaba en llegar y en que otro le siguiera como si el dios Crono estuviese jugando con las manillas a su antojo.

Henrietta le preguntó si quería tomar un baño o cenar. Sophie le dijo que no necesitaba nada y se quedó en el mismo sitio, esperando.

Cuando oyó el carruaje, la sangre se le agitó en el cuerpo por la expectación.

Horatio abrió. Su padre y el señor Wright entraron a toda prisa, porque había empezado a llover y buscaron refugio frente a la chimenea de la salita donde Sophie se encontraba.

Ni siquiera se dieron cuenta de su presencia hasta que ella no habló. Los dos caballeros se dieron la vuelta y la vieron emerger de una esquina que quedaba en penumbra.

Aaron comprobó que aún no se había despojado del vestido de seda.

—¿Qué haces despierta? —preguntó su padre.

—No podía dormir sabiendo que podía ocurrirles algo —lo dijo sin mirar a Aaron, para que él no viera el alivio que había sentido al verle sano y salvo.

—Nos ha acompañado el comisario.

—Aun así, era peligroso —sentenció ella—. ¿Qué habéis descubierto?

—El veneno estaba en el decantador de su despacho. El servicio nos ha dicho que anoche encontraron una ventana abierta, pero que pensaron que alguien la había dejado así por error, así que no le dieron importancia.

—¿El envenenador entró en su casa, con todos sus criados dentro y nadie sospechó nada? —la incredulidad bañó su voz y su expresión.

—Eso me temo, Sophie.

—Ya no estamos a salvo. Ninguno de nosotros —dijo entonces Aaron—. He hablado con su tío sobre su seguridad.

Fue la ocasión propicia para mirarle.

—Claro. Habló con el reverendo Abe sobre mi reputación y ahora con mi tío sobre mi seguridad. Ya le dije una vez que domine la vida de sus trabajadores, pero no la mía.

—Sophie...

—Debería preocuparse por la seguridad de su familia y de su prometida —la palabra se aferró a su garganta como si tuviera garras, pero, aun así, la obligó a salir—. Déjeme en paz, señor Wright.

Salió de la salita dejando un suave olor a lilas tras ella, subió las escaleras y se encerró en su habitación.

No llevaba ni dos minutos ahí cuando tocaron la puerta.

Antes de que pudiera contestar que no quería ver a nadie, la madera se movió.

Para su sorpresa, al otro lado, estaba Aaron.

—Tu tío me ha dejado venir a hablar contigo. ¿Me dejas pasar, Sophie? —Había una súplica demasiado sugerente en su voz.

—No —respondió ella, tajante.

—¿Tengo que suplicarte como he hecho con tu tío para que me deje subir, a pesar de lo inapropiado e indecoroso que es esto?

—¿Le has suplicado? —Sophie alzó una ceja. —. ¿Por qué?

—Porque necesito hablar contigo, Sophie. Lo necesito, por favor...

Sophie también lo necesitaba, después de aquel largo y terrible día, donde la muerte había tenido un desgarrador papel principal.

Estaba agotada de fingir ser fuerte, cuando en realidad necesitaba un abrazo, palabras de consuelo y algo más, algo que solo él podía darle. Se dio la vuelta.

Se mordió el labio inferior conteniendo un suspiro y luego hizo un gesto para que él entrara.

—Cierra la puerta, por favor —pidió.

—Pero Sophie...Tu tío...

—Solo serán unos minutos. Si te ha dejado subir aquí, nos concederá esa intimidad sin obligarnos a casarnos.

Aaron pensó que tal vez era esa la ayuda que necesitaba. Un pequeño escándalo que acabara con una licencia y su matrimonio con Sophie.

Pero descartó la idea, porque con lo poco que conocía a Sophie, sabía que ella no le perdonaría que las circunstancias los hubiesen obligado a contraer matrimonio.

Cerró la puerta con cuidado y aguardó a que ella hablara, a que diera el primer paso.

—Tú me protegerás, ¿cómo?

—A partir de mañana, el señor Newton te llevará y traerá a la escuela. Tu tío me ha comentado que le va a encargarse la vigilancia de esta casa para que nadie pueda colarse dentro y envenenar la comida.

—¿Alguna precaución más?

—Yo, por mi parte, voy a enviar a mis hermanos a Londres, a un internado. Y a Catalina la enviaré al campo, con unos parientes de Derbyshire.

—Es una gran idea.

—¿Quieres marcharte con ella?

—¿Qué?

—A ella le caes muy bien. Puedes marcharte si lo deseas, contrataré a otra institutriz para la escuela...

—No, no voy a irme. Estoy demasiado involucrada.

—¿No puedo convencerte?

—No.

—Siempre me dices lo mismo: no a todo lo que te propongo.

—Aaron...Ha sido un día terrible, por favor...

—De acuerdo. Tienes razón. Entonces es mejor que me marche.

—¡Espera! Necesito...

Aguardó, con el corazón latiéndole demasiado fuerte, con las piernas temblándole y cuando le vio alcanzar el picaporte, confesó:

—Necesito un abrazo, un beso. No lo sé. Te necesito a ti. Para que me ayudes a sobrellevar el peso de lo que hemos vivido hoy, para que me ayudes a enfrentarme a las sombras de miedo que están por venir. Y luego, dejaré que te marches. Y que te alejes de mí y cumplas tu promesa, incluso, dejaré que cortejes a otra y que te cases con ella.

Ella había caminado y se había colocado frente a él. Se puso de puntillas y le besó. Aaron estaba mojado por la lluvia y olía a hierbas y a sudor y sabía a whisky. Compartieron una decena de besos lentos, tímidos, cautelosos. Y entonces, Aaron se apartó. Sophie creyó que se marcharía, pero lo vio mesarse el pelo con las manos, y tomar aire. Y lo siguiente fue que él la había tomado por la cintura y la había levantado, para colocarla sobre el escritorio junto a la ventana. Sophie notó los besos en el cuello, descendiendo hasta el punto de unión en las clavículas. De ahí, la boca de Aaron rodó hasta la piel del pecho de Sophie y los besos se transformaron en caricias de lengua por encima del borde del vestido. Luego volvió a besarla, mientras con una de sus manos comenzaba a subir la falda de seda, luego las enaguas y

acariciaba la pierna de Sophie, cubierta por la media. Ella se envalentonó y le empujó. Aaron se echó hacia atrás, desconcertado, porque no sabía si ella le estaba rechazando. Pero entonces, la vio desabotonar el vestido en su espalda. Con un movimiento de hombros, la seda se desplazó y dejó al descubierto una camisa y un corsé también de seda en un tono azul. La respiración de Aaron se escapó como un caballo salvaje cuando ella abrió el cierre delantero. La camisa que lucía debajo era de lino, y dejaba intuir la forma de los pechos de Sophie, que se movieron cuando ella acabó de quitarse el vestido. De repente, llevaba solo una camisa y las enaguas.

Era la primera vez que Aaron veía a una mujer así y aquello superaba todos los sueños que pudieran haberse gestado en su mente.

Se agachó frente a ella, levantó las enaguas. Debajo llevaba unos pololos con puntillas. Se los bajó despacio. Aaron tragó saliva con dificultad al descubrir la pálida desnudez de Sophie, el triángulo de vello rojizo y las piernas largas aún con las medias. Las desabrochó, se desprendieron y se resbalaron por las piernas de Sophie. Ella gimió. Aaron se colocó de pie y besó de nuevo a aquella mujer que lo estaba volviendo loco.

Con una de sus manos, comenzó a acariciar la pierna de Sophie, trazando con las yemas de sus dedos un recorrido ascendente por la piel desde la rodilla hasta la parte interna del muslo. Sophie jadeó por aquel roce que prometía demasiado.

Alguien tocó la puerta, haciendo que los dos se separasen. Le hizo un gesto a Aaron, para que se escondiese en un rincón oscuro, al otro lado de la cama.

Cuando se halló allí, Sophie se sentó en el escritorio y dijo:

—¿Sí?

—Soy Henrietta, el doctor me envía.

—Pasa.

Henrietta abrió solo un poco la puerta.

—El doctor dice que el molinero estaba aquí.

—Se ha marchado.

—¿Cuándo?

—Hace unos minutos.

—Ah, vaya. El doctor está cansado y se ha retirado a su habitación, pero antes quería asegurarse de que estabas bien. ¿A qué se refiere, Sophie?

—A que ya sabes que mi relación con el señor Wright es complicada. Siempre discutimos. Y ha subido a tratar de controlar mi vida, como siempre.

—Ya veo, ya. Será mejor que te acuestes y descanses, que mañana hay mucho que hacer.

—Lo sé. Gracias, Henrietta. Buenas noches.

Cuando la doncella desapareció y cerró la puerta, Aaron Wright salió de su escondite.

—Esto no ha estado bien, Sophie, no debemos...

Ella se quitó los botines y las medias, mientras hacía un gesto para que se callara. Luego, se acercó hasta él y lo empujó, de forma que cayó hacia atrás en el lecho de Sophie.

Ella se colocó a horcajadas sobre él, y antes de que Aaron pudiera decir nada más, tomó su cara entre sus manos y le besó.

—¿Qué haces, Sophie? —susurró él.

—Solo esta noche, Aaron. Besémonos y acariciémonos esta noche.

Volvió a besarle y él se rindió. ¿Y cómo no iba a hacerlo? Era tal el fervor en los besos de Sophie, la necesidad de él, de su boca, de su lengua...Y él comprendió lo mucho que deseaba que ella lo necesitara.

Sophie se apartó de aquella boca que correspondía a cada beso que ella entregaba y lo miró. Sus pupilas estaban dilatadas y la miraba con pasión antes de tomarla por la cintura y colocarla bajo su cuerpo. Ella lo deseaba, con menos ropa, así que le quitó el abrigo, que aún conservaba puesto. Luego sus dedos desabotonaron el chaleco y buscaron el pañuelo de seda que

envolvía su cuello. Deshizo el nudo y entonces se ocupó de los botones de la camisa, hasta que pudo ver el pecho caliente de Aaron sobre el que llevaba su colgante de África.

Volvió a besarle y él gimió su nombre y una maldición entre dientes.

El pulso se le disparó cuando Aaron desgarró la camisa de lino, dejando al descubierto sus pechos. Se quedó mirándola en silencio.

—Aaron...

Lo miró a los ojos y vio en ellos una mezcla de culpabilidad y deseo. Acto seguido, se apartó, rodando a un lado en la cama. Sophie protestó por aquella separación. Aaron se sentó en el suelo, se recostó en la pared y cerró los ojos. Sophie podía ver como respiraba con dificultad, igual que ella misma.

—No puedo, Sophie, porque si sigo, te voy a hacer el amor y voy a arruinarte. Y no puedo.

—Nadie lo sabrá.

—Salvo tú y yo. Salvo mi conciencia y mi corazón, que...Que...

Y sin decir nada más, se puso de pie, tomó su abrigo y su chaleco y salió del dormitorio de Sophie, que sintió como el deseo que la había quemado unos segundos antes se transformaba en un rechazo tan amargo como la hiel. A un lado de la cama permanecía olvidado el pañuelo de seda de Aaron. Sophie lo agarró. Olía a él.



Unos días después del último encuentro con Aaron, que aún le dolía en lo más profundo de su alma, se quedó a recoger unos libros después de las clases junto a su sobrino Ezra, cuando la puerta se abrió violentamente. Por un momento, pensó que se trataba de Aaron, que se había enterado de los cambios que ella había hecho sin su permiso y venía a pedirle explicaciones. Cuando se dio la vuelta, comprendió su error.

Había un hombre corpulento, con harapos desgastados y una máscara que cubría gran parte de su cara.

—¿Quién es usted? —preguntó Ezra.

El gigante no respondió. Se limitó a golpear cosas, a empujar y a derribar mesas, sillas y estanterías.

—¡Vete, Ezra! —gritó Sophie.

Su sobrino saltó por encima de las mesas caídas y salió por la puerta sin que el atacante pudiera alcanzarlo.

—¡Le exijo que se marche de aquí!

Él la ignoró y comenzó a destrozarse libros con lo que parecía una daga.

—¡Basta!

Sophie se dirigió hasta él y trató en vano de arrebatarse un libro. Bastó un leve empujón del gigante para que Sophie cayera, golpeándose contra el suelo. El dolor se extendió por su espalda hasta su cabeza y pronto notó la sangre. Oyó zancadas que se aproximaban. Alzó un poco la cabeza y lo vio cernirse sobre ella. Luego notó su mano, enorme y brutal, agarrando su cuello. Apretó y Sophie notó el dolor y la ausencia de aire. Golpeó con sus manos el brazo del asaltante, en el que llevaba un dibujo burdo de una daga con tinta, mientras el aire escaseaba más y más dentro de ella.

Peleó con fuerza, hasta que empezó a marearse.

—Que esto te sirva de lección, señorita Hastings. Soy la Daga de Manchester.

Fue lo último que escuchó, antes de perder la conciencia.

—¡Señor Wright!

Ezra Newton subió los tres pisos del molino pidiendo ayuda a gritos. Llegó al despacho de su jefe y empujó la puerta. Sus ojos dorados evaluaron aquella estancia, en la que nunca había estado. Pronto vio a su tío, al que no esperaba encontrar allí.

Lucian Monroe se fijó en el sudor que cubría el rostro del niño y en su cabello ensortijado y rojo cubriéndole los ojos.

—¡Ezra! ¿Qué haces aquí? —Se puso de pie.

—¡Están atacando la escuela!

Aaron Wright, que estaba hasta ese momento al otro lado del escritorio, también se levantó.

—¿Qué has dicho, chico?

—¡Están atacando la escuela y a la señorita!

Los dos hombres abandonaron a toda velocidad el despacho, seguidos por Ezra. Bajaban las escaleras cuando se cruzaron con Vicky Cauldwell, que preguntó qué sucedía.

Aaron no respondió. No podía dejar de pensar en Sophie y cada segundo que tardaba en llegar hasta el colegio, la inquietud le devoraba.

«Que esté bien, por Dios. Que esté bien.» no dejaba de pensar.

Sus esperanzas se esfumaron en cuanto sus pies cruzaron el umbral. Todo estaba en el suelo, revuelto y destrozado.

—¡Sophie! —gritó Lucian, saltando por encima de las mesas y llegando hasta la otra punta de la clase, donde ella yacía en el suelo —. ¡Sophie!

Aaron sintió que el suelo temblaba bajo sus pies, que le faltaba algo que le anclara a la tierra cuando pensó que ella estaba muerta. Tuvo que apoyarse en la pared que quedaba a su derecha.

—Aaron... —oyó la voz de Vicky, pero sonó lejos, como si estuviera dentro de una mina.

—Está viva —informó Lucian—. ¡Hay que avisar al doctor!

Lucian Monroe tomó a Sophie entre sus brazos y salió de la escuela, seguido de Ezra.

Aaron no podía moverse. Vicky permanecía a su lado, hablándole, aunque él no prestaba atención a sus palabras. Solo oía frases inconexas mientras sus ojos repasaban una y otra vez lo que había frente a ellos.

Alguien se había ensañado para enviar un mensaje. ¿Era el castigo por haber hecho un trato con Lucian Monroe? No, no era posible, puesto que nadie lo sabía todavía. Estaba seguro de que nadie lo sabía.

—¿Por qué ha pasado esto? —dijo en voz alta.

—¿Es que no lo sabes?

—¿El qué?

—Que la señorita Hastings ha acabado convirtiendo tu escuela en un comedor social para todos los niños necesitados de este o de otro molino.

—¿Qué?

—Los otros molineros, incluido mi padre, están furiosos porque esto no es lo que acordasteis. Si están alimentados, ya no son tan vulnerables. Ya no necesitan tanto un trabajo y pueden...Negociar ante la huelga de la que todo el mundo habla.

Aaron se llevó las manos al rostro. Era su culpa. Para evitar a Sophie y lo que esa mujer provocaba en él, no había supervisado lo que sucedía en la escuela y ella había obrado a sus anchas. Los otros patronos se sentían traicionados y habían enviado una advertencia.

¡Que había puesto en peligro la vida de Sophie!

Ni siquiera sabía qué alcance tenían sus heridas.

—Vamos a la casa del doctor Hastings.

—Pero Aaron...Hay una reunión de los patronos. Te están esperando. Mi padre me ha enviado para acompañarte.

—Iré después.

—No habrá después.

—Pues que no haya. —Y diciendo esto, salió del aula. Vicky le siguió y logró subir en el mismo carruaje que Aaron, al que ya no conocía.



30

El doctor Hastings estaba en su despacho cuando percibió un revuelo en su propia casa. Se asomó cuando escuchó a Henrietta, gritando el nombre de Sophie.

Lo primero que vio fue a Lucian, con su torso ancho y sus cabellos salvajes, entrando en el recibidor. Tardó unos segundos en darse cuenta de que llevaba a alguien en brazos.

Casi gritó cuando reconoció el vestido de seda morada y el cuerpo de Sophie, desmadejado en los brazos de Lucian Monroe.

—¡Vamos a ponerla en la cama! —dijo, en cuanto un resorte se activó en su interior al comprender que su hija estaba herida.

Lucian dejó con extremo cuidado a Sophie sobre el lecho de una de las habitaciones más cercanas y mientras el doctor la examinaba, narró lo que se había encontrado en el colegio.

Ivette, que apareció por allí en ese momento, casi se derrumbó de la impresión.

La cabeza de Sophie sangraba y ella parecía... Muerta.

Eso creyó también Aaron Wright, que no tardó en llegar al hogar del doctor, acompañado de Vicky.

Gabriel los acompañó al salón, y les instó a que dejaran trabajar al doctor.

—En cuanto sepa algo, se lo comunicaré, señor Wright.

Pasaron horas hasta que Sophie recuperó la conciencia. Lo primero que vieron sus ojos fue a su padre, que la abrazó con fuerza. Luego lo hizo Henrietta, que lloraba.

Ivette, con su gran barriga, estaba al otro lado de la cama, junto a su hijo Ezra y a Gabriel, mirándola como si hubiese regresado de la muerte.

Y junto a la ventana, con el rostro lleno de preocupación, estaba Lucian, cuya camisa estaba llena de sangre seca, que Sophie imaginaba que era suya.

Se palpó la herida en la parte de atrás de la cabeza. Su padre la había curado y limpiado, pero dolía.

—Estoy bien —fue lo primero que dijo, con ánimo tranquilizador.

—¿Quién ha sido, Sophie? —preguntó Lucian.

—No lo conocía. Era un tipo gigante.

—Eso ha dicho Ezra —añadió Gabriel —. Pero dinos algo más.

—Tenía una especie de dibujo con tinta en el antebrazo. Era el mismo que vi en la nota junto al cadáver del líder sindical de Cauldwell Mills.

—¿Dónde está la nota? No me habías dicho nada —Su padre frunció el ceño.

—Está en mi dormitorio, en una cajita en la cómoda.

—Voy a por ella —dijo Henrietta, saliendo de la habitación.

—Creía que estábamos juntos en esto, Sophie. Que nos contáramos todo.

—Y así es, papá —dijo ella, con ternura.

—¿Papá? —preguntó Lucian, acercándose —. ¿Qué demonios...?

Sophie miró a su padre y a su hermano. Había cometido un pequeño error, pero es que se sentía confusa, le dolía la cabeza y el cuello y no quería discutir con su padre, así que había empleado el apelativo dulce que siempre funcionaba cuando quería moldear la voluntad del doctor aprovechándose de su cariño por ella.

—Supongo que ya era hora de que te enteraras, hermano —habló Ivette, tomando la mano de Lucian.

—¿Enterarme? ¿De qué?

—De que yo no soy Byron Hastings. No soy el verdadero doctor. Soy su hermano gemelo.

—¿Y dónde está el verdadero?

—Enterrado a las afueras en una tumba poco profunda —dijo Gabriel—. En el campo, en los terrenos de su casona.

Se hizo un silencio mientras Lucian asimilaba el secreto que acababan de revelarles. Sophie le miraba, consciente de que durante el tiempo en que se había fraguado su amistad, aquella farsa había estado flotando silenciosamente entre ellos.

—Perdóname, Lucian. He querido decírtelo cientos de veces, pero no sabía...

—Por eso actuaba de manera diferente... Sabía que algo no encajaba.

—¿Crees que los demás lo han notado? —preguntó Gabriel.

—El único lo bastante perspicaz es el señor Wright. Es el único que debería preocuparnos —dijo Lucian, frotándose la barbilla con aire pensativo.

—No lo creo —dijo Sophie—. Además, está tan pendiente de sí mismo y de su molino que no creo que vea más allá.

—Pues para no estar interesado... Está abajo, Sophie. Y quiere verte.

Sophie notó que una mano invisible estrujaba su corazón. ¿Aaron estaba allí?

—¿Qué quieres decir con que está aquí?

Lucian procedió a contarle todo desde que Ezra había irrumpido en el despacho del señor Wright. Ella trató de que en su rostro no se traslucieran todas las emociones que sentía.

—¿Vas a querer verle? —preguntó Gabe.

—Está despotricando como un loco —dijo Henrietta, entrando en la habitación con la nota.

Todos guardaron silencio y no tardaron en percibir el tono airado del señor Wright, plantándole cara a Horatio, exigiendo ver a Sophie.

—Le diré que tienes que descansar —dijo su padre.

—Papá —dijo Sophie, tomando aire —... No se irá hasta que me vea. Y hasta que me riña. Así que es mejor que pase y acabemos con esto.

—¿Estás segura, Sophie? —preguntó Lucian, agarrando su mano —. No tienes que doblegarte ante sus caprichos.

—Lo sé. No te preocupes. Solo serán cinco minutos.

Cuando salieron de la habitación y Sophie se encontró sola, trató de tranquilizarse. Había pasado mucho miedo durante el ataque y, sin embargo, la idea de enfrentarse a Aaron Wright hacía que las manos le temblaran. Las escondió debajo de la manta y suspiró.

Los minutos se eternizaron y cuando ya creía que su padre lo había disuadido, escuchó su voz:

—¿Puedes contarme qué ha pasado?

Ella le miró, tomó aire y habló.

—Antes de que digas nada, que sepas que lo he hecho para defender todo lo que esa escuela significa.

Aaron comprendió lo que decía: había opuesto resistencia al ataque.

Sintió que la ira se apoderaba de él. Su pecho se llenó de aire, se dio la vuelta y golpeó un vaso con agua, lanzándolo contra la pared. Vicky chilló.

Respiró un par de veces con violencia, llenando su nariz y sus pulmones de aire. Se sentía descontrolado, exudando furia. Se giró hacia ella.

—Cada vez eres más imprudente, Sophie. ¿Cuándo vas a darte cuenta?

—¿Qué querías que hiciera?

—¡Venir a mi despacho y avisarme, maldición!

Ella bajó de la cama, impulsada por un valor desconocido y se plantó frente a él.

—¿Qué pasa, Aaron? ¿Estás furioso porque no acudí a ti como una damisela en apuros?

—No. Lo que me cabrea es que hagas lo que quieras y no midas las consecuencias. ¿Por qué crees que ha pasado esto? Tenías que dar una hora de clase al día. ¡Solo una! A los niños de *mí* molino. Pero tú lo has convertido en un comedor social y en la mayor escuela de Manchester. ¡Y sin consultarme!

—Siento no haberte obedecido, pero, ¿qué querías que hiciera? Se presentaban en la puerta padres con niños hambrientos.

—Intento protegerte.

—¿Y eso justifica que esas criaturas pasen hambre?

—No podemos cambiar las cosas. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Y por cierto, ¿cómo lo has costeado?

—No con tu dinero, por supuesto.

—¿Entonces?

—Empeñando unos diamantes que me dejó mi madre. Sabía que no lo aprobarías, así que no te pedí ayuda.

—Claro que no lo habría apoyado, para impedir justo lo que ha pasado hoy.

—Me imagino que estarás contento, ¿no? He pagado con dolor no haberte consultado.

—¿Es que no entiendes nada, Sophie? ¿Es que disfrutas poniéndote en peligro?

—Claro que no. Pero no podía decirles que no. Venían desesperados y hambrientos y...

—Hay que aprender que no somos buenos samaritanos. No, si alguien nos va a castigar por ello.

—Yo acepto las consecuencias de mis actos.

—Porque eres una niña egoísta.

—¿Egoísta?

—¡Sí! No piensas en la gente que te aprecia, en aquellos a los que les importas. Podrían haberte matado hoy.

—No soy tan ingenua como para ignorarlo, Aaron.

—Entonces, ¿por qué le has plantado cara? ¿Es que no sabes que las cosas materiales pueden reponerse? ¿Que te compraría de nuevo todo lo perdido? ¿Que levantaría de nuevo esa escuela...? Pero no podría... Yo no podría... Aguantar otra muerte sobre mi conciencia. Por eso voy a recomendarle encarecidamente a tu tío que regreses a Londres.

—¿Qué? ¡No! No puedes hacer eso. No tienes derecho.

La cabeza le dolía con un aullido sordo. La visión empezó a nublársele. Se venció hacia atrás, pero Aaron la sujetó contra él.

—No me has dejado otra opción, Sophie.



31

Poseído por la rabia y el desconcierto, Aaron bajó a la cocina de aquella casa y se sirvió un vaso de agua, aunque su cuerpo le pedía algo más fuerte, que saciaría su tempestad interior cuando regresara a su hogar y encontrara refugio frente a la chimenea de su biblioteca.

Ni siquiera era consciente de que Vicky le había seguido por toda la casa. De hecho, cuando escuchó su voz, se sorprendió.

—¿Desde cuándo os tratáis así?

—¿Perdona? —preguntó él, dándose la vuelta para mirarla.

—Os llamáis por vuestro nombre de pila —Ella trató de que su voz no se quebrara. No lo consiguió—. ¿Por qué, Aaron?

—Tú y yo también lo hacemos, Vicky.

—Porque nos conocemos desde niños, pero ella...

—¿Qué importa eso ahora?

—Nunca te había visto perder el control así. Ni siquiera cuando murió tu padre. ¿Debo preocuparme?

—¿De qué?

—De ella.

—No.

—No ha sonado convincente.

—¿Qué quieres que diga, Vicky? —su tono sonaba cansado y demasiado vulnerable. El frío Aaron Wright parecía humano, preocupado por otra mujer. —. Estoy demasiado agotado para estas conversaciones —añadió, frotándose los ojos.

—Te estoy pidiendo que me elijas. A mí. No a ella.

—¿Por qué piensas que he elegido a Sophie?

—Porque a mí nunca me has mirado así.

—Vicky... ¿No estás contenta con lo que acordé con tu padre, con que te esté cortejando públicamente?

—¿A lo que hiciste la noche del teatro hace meses lo llamas cortejar? En el concierto, ella te deslumbró y te afectó de un modo más que evidente. Y te fuiste con ella en el carruaje...

—La acompañé porque iba sola. Tu ibas con tu padre y con mi madre.

—¡Pero con quien quería ir era contigo! No he deseado otra cosa en toda mi vida. Y ahora viene ella, con su arrogancia, su independencia y su aire de...

—Cuidado, Vicky.

—¿Lo ves? No puedo ni insultarla en tu presencia. Pues ¿qué crees que dice tu madre de ella? Desde que la vio en la modista, con ese vestido rojo, piensa que es una fulana. ¿Y sabes qué? Yo también lo creo. ¿O no la viste retozar en el campo con esa basura irlandesa de Lucian Monroe?

—Estás perdiendo los papeles.

—No. ¿O qué piensas que es una mujer que rechaza proposiciones de duques y reniega de la sagrada institución del matrimonio?

—Pues pienso que es... —Aaron suspiró sonoramente, bajando los ojos.
—Una mujer valiente que sabe lo que quiere...

—¿Valiente? ¿Desde cuándo es eso algo deseable en una mujer? La mujer ha de ser sumisa, callada, y debe saber cuál es su lugar en la sociedad y ante un hombre... ¿No era eso lo que tú decías? ¿Lo que tú querías?

Aaron alzó los ojos hacia la mujer con la que había compartido la infancia. Vicky notó que el aliento se le detenía cuando contempló el brillo en los ojos de Aaron.

—Estaba equivocado, Vicky. Las mujeres os merecéis algo más que ser nuestras esclavas. Os merecéis un futuro, vuestra propia opinión y algo más

que bordar cojines y llevar un hogar.

—Pero...—Las lágrimas inundaron el rostro de Vicky —Eso no es lo que yo quiero... No es lo que me han enseñado. No es para lo que me han formado.

—Vales más de lo que tú te crees, Vicky.

—Pero no para ti, ¿verdad?

—Te tengo en alta estima.

—Para mí no es suficiente, pero no voy a darme por vencida.

—Vicky...

Ella le miró una vez más y se marchó.

Una vez que estuvo solo, Aaron dejó que los nervios, el miedo que había pasado y los sentimientos que Sophie despertaba en él, le envolvieran y le superaran. Se cubrió el rostro con las manos. Un acceso de sollozos le invadió y dejó que le poseyera durante unos instantes. No había llorado desde que había estado en África, cuando había despertado en el hospital militar, después de aquella paliza que casi le costó la vida.

Se sentía cansado de ser fuerte y distante, de ser frío e inalcanzable. La idea de perder a Sophie, de que hubiera muerto, había destrozado su coraza y ahora parecía que nunca podría volver a mantenerse alejado.

Se secó las lágrimas y respiró hondo. No quería que nadie lo viera así.

Escuchó un sonido y comprendió que no estaba solo.

Se giró y se encontró con Ivette, que estaba en la despensa. Ella apareció tímidamente, con gesto cabizbajo.

—Buenas noches, señor Wright.

—Buenas noches, señora Newton. Y enhorabuena por su estado de buena esperanza...

—Gracias.

No habían hablado desde que eran unos adolescentes, cuando él se le había declarado con torpeza y arrogancia, como si ella debiera estarle agradecida porque alguien como él se hubiera fijado en una muchacha humilde del servicio.

—Estaba buscando galletas de jengibre para Sophie. Son sus favoritas.

Aaron la miró. Ella se aproximó con cautela y dejó unas galletas frente a él.

—Nuestra Sophie dice que son como un abrazo reconfortante cuando tiene un mal día. El abrazo de un amigo.

—Los dos sabemos que yo no tengo amigos, señora Newton. Ni nadie que me consuele en días malos, como el de hoy. Y reconozco que me gustaría que ella fuera mi Sophie.

—Tiempo al tiempo, señor Wright.

—No tengo ese tiempo, porque hay que poner a salvo a Sophie, y lo mejor para ella es regresar a Londres, aunque eso me duela.

—Lo que hace Sophie es valiente, señor Wright —dijo Lucian, entrando en la cocina—. Es una mujer soltera que ha invertido en una escuela para que las generaciones del mañana tengan un futuro.

—¿Desde cuándo es el defensor de la señorita Hastings?

—Desde que sé lo valioso que es lo que hace.

—Claro. Le encanta que le lea cuentos a solas en la escuela, ¿verdad?

—¿Y usted cree que no me he dado cuenta de cómo la mira? He escuchado la conversación. Sé lo mucho que ella le importa. No será todo un ataque de celos, ¿verdad?

—No.

—Claro que no... Porque ella no es lo bastante buena para usted.

—Yo no he dicho eso. Nunca lo diría.

—Además, mentiría si lo hiciera. Sophie es mil veces mejor que usted.

Por eso lo tiene tan asustado.

—No. Y también me doy cuenta de lo que usted siente por ella, señor Monroe.

—Pero yo no puedo aspirar a alguien como Sophie. Aunque sea lo que más desee. Por eso le he pedido que me enseñe a leer. No quiero que me vea como a un ignorante.

—Le aseguro que yo sé leer y también me ve como a un ignorante.

—Y le importa su opinión.

—A estas alturas, ya no engaño a nadie. Me importa su opinión y su seguridad. Por eso es mejor que regrese a Londres...

—No está en su mano decidir algo así. Y si quiere protegerla, piense en otra manera de conseguirlo. Pero no la envíe lejos por el miedo a los sentimientos que ella está despertando en usted.

—Yo no soy un cobarde.

Lucian le hizo un gesto a Ivette, para que abandonara la cocina.

Ella obedeció, con la caja de galletas entre las manos.

—Siga diciéndoselo cuanto quiera, señor Wright. Eso no hará que sea menos cierto.



¿Cobarde? No lo era. Era un hombre sensato, con una vida ordenada y unos propósitos que debía cumplir para mejorar la vida de sus trabajadores y expiar los pecados del pasado. Por eso, no podía seguir ahogándose en la pasión que Sophie despertaba en él y tampoco podía arriesgarse a que ella muriera. No podría soportarlo.

Sin embargo, una parte de él agonizaba ante la idea de que se marchara a Londres. Estaría viva y a salvo, pero ¿qué sucedería? ¿Volvería a su vida social de aristócrata con bailes y proposiciones de duques? ¿Y si llegaba un día en que Sophie aceptaba? ¿Y si encontraba a alguien que no hiciera torpes propuestas de matrimonio para salvar su alma?

Podía imaginarla: feliz, radiante... ¿Con otro? Si ese era el precio por mantenerla a salvo, podía asumirlo.

Miró por la cristalera de su despacho. El colegio estaba abriendo sus puertas. No podía creerlo.

«Seguro que ella no está», se dijo, pegando más el rostro al cristal.

Sus deseos se esfumaron en cuanto la distinguió, enfundada en un vestido ocre, como una moneda de oro en mitad de un charco de plomo.

Sonreía a Henrietta y a Ivette.

La admiró más de lo que pudo soportar. La habían atacado el día anterior y ella había vuelto allí, acompañada de su servicio, para recolocar lo que el salvaje había derribado y reponer lo destrozado mientras que él era un cobarde, que no podía permitirse mirarla por más tiempo, porque lo que su cuerpo y su corazón le pedían era bajar al aula, arrodillarse frente a ella y susurrar una declaración de amor.

Había mucho trabajo que hacer, porque el bárbaro que la había atacado había destrozado prácticamente todo.

Sophie tuvo ganas de llorar cuando vio el estado de los libros que había traído de Londres. Ni siquiera sabía por dónde empezar. Por suerte, Henrietta era eficiente, la decisión hecha persona, así que empezó a levantar pupitres, lo que hizo que Sophie despertara de su trance y la ayudara.

Sabía que tardarían una semana en poner todo en su sitio, contando con reponer el material más urgente. Sophie tomó nota de todos los libros destrozados, para pedirle a su amiga la duquesa de Arlington que le enviara unos nuevos.

—¿Por qué no vas a la biblioteca Chetham? El librero Thomas Jones ha doblado el tamaño de la colección. Seguro que él puede ayudarte —comentó Ivette—. Mi hermano es muy aficionado a ir allí. Puede acompañarte.

—Es una idea genial. Gracias.

—Pues voy a hablar con él. Estará en el molino.

Cuando acabó la jornada laboral, Lucian se acercó a la escuela. Su hermana le había comentado el plan y a él le había encantado. A pesar de que apenas sabía leer y escribir, la biblioteca de la ciudad era uno de sus lugares preferidos. Solía reunirse allí con algunos de sus camaradas, que le hablaban de capital y de economía, para que él pudiera liderar su revolución particular. Sabía que hacía más de diez años, Engels y Marx se habían conocido en aquella biblioteca, por lo que consideraba que era un punto especial, un enclave para fomentar su lucha.

Estaba entusiasmado con la idea de llevar allí a Sophie. La reacción que ella tuvo al descubrir el lugar fue maravillosa.

El edificio era de la época medieval y su interior era fascinante. Tanto las estanterías como las vigas del techo eran de madera oscura, olía a cuero, a tinta, a barniz... Sophie lo contempló todo con los ojos muy abiertos, recorriendo en silencio los pasillos. Lucian, caminaba detrás de ella, contemplando como el vestido ocre destacaba sobre el suelo oscuro. La vio despojarse de los guantes para acariciar el lomo y las cubiertas de algunos libros, al tiempo que leía los títulos en voz alta, maravillada por la antigüedad de algunos ejemplares.

Le gustó observarla, elegante y delicada, con los movimientos tan etéreos que parecía una criatura de la mitología de su querida Irlanda. Lo único que demostraba su mortalidad era el sonido de sus tacones sobre la madera y el frufú de las faldas de su vestido. Cerró los ojos cuando ella comenzó a leer un antiguo poema. Su aroma a lilas lo embriagaba. Lo había notado la primera vez que la vio, en la entrada del molino, después del incidente con los caballos. Al abrir los ojos, se había encontrado con ella, con el cabello rojo demasiado despeinado para ser la hija de un conde, un vestido demasiado brillante y limpio para el suelo de Manchester y unos ojos que se preocupaban por alguien como él, que se había dedicado a llenar las calles y los corazones de pólvora a punto de estallar porque se consideraba muerto por dentro.

—Lucian... ¿Me estás escuchando?

—Sí, claro.

Ella sonrió y Lucian notó un calambre en el corazón, como una punzada que despertó en su interior algo parecido a un recuerdo feliz.

Sophie bajó los ojos, hizo un movimiento gracioso con la punta de la nariz y Lucian tuvo que apartarse, de tantas ganas que sintió de acariciarla.

—Señor Monroe —una vocecilla le llamó y le arrancó de ese momento inapropiado. —...Señorita Hastings...

Sophie vio a uno de los niños que acudían recientemente a su clase. Era un pequeño del molino Cauldwell, se llamaba Aiden Turner y tenía diez años.

Lucian lo conocía porque su padre era un asiduo a las reuniones del sindicato.

—Hola, Aiden —Sophie se agachó para mirarle a los ojos.—. ¿Qué te trae por aquí?

—Sé quién la atacó, señorita. Y sé dónde puede encontrarle.

Sophie miró a Lucian, sorprendida por la revelación que acaba de escuchar.

Unas horas después, Sophie, Gabriel y Lucian tenían una ubicación y un plan, tan arriesgado, que decidieron no contárselo al doctor.

Aaron no dejaba de decirse a sí mismo que solo era una visita de cortesía para ver cómo estaba Sophie.

Y, sobre todo, que no estaba motivada por los celos. Porque nada había tenido que ver en su decisión, haber visto a Sophie salir de la escuela con Lucian Monroe. Ni que él los hubiera seguido hasta la biblioteca Chetham, donde los había visto entrar. Sophie, tan risueña como siempre y Monroe, quitándose la gorra y tratando de arreglar sus cabellos revueltos antes de acceder al interior.

Se acicalaba para ella, para estar en su compañía. Aaron lo sabía. Conocía sus sentimientos hacia ella. ¿Cómo no iba a tenerlos si con él se sentía segura, no era juzgada y podía reír todo el tiempo?

El sonido de la risa de Sophie en el campo aún perseguía a Aaron, como un fantasma que disfrutaba hurgando en su herida. *Porque no ríe para ti y nunca conseguirás que lo haga.*

Era cobarde y egoísta y una parte de él, anhelaba la idea de que su tío Byron estuviera decidido a alejarla del peligro y subirla en el primer tren a Londres. Con la intención de darle argumentos convincentes, se apresuró a la dirección del doctor.

Vio a Gabriel Newton, que estaba a las puertas de la mansión, preparando a los caballos. Aaron se acercó a él.

—Buenas noches, señor Wright. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Busco al doctor.

—No está aquí. Ha salido a atender a la hija mayor del matrimonio Danvers. Tardará en regresar.

—De acuerdo —dijo él, contrariado.

—¿Algo más?

—He... —Aaron estaba nervioso. Cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, cruzó los brazos sobre el pecho y miró a su alrededor. —... Observado que su esposa y usted son cercanos a Sophie.

—Sí, así es.

—Me gustaría que me ayudaran con algo.

—Dígame, señor Wright —respondió Gabe, acariciando el morro del caballo.

—Quiero proteger a Sophie, y a pesar de mis intentos, ella corre directamente hacia el peligro.

—Es correcto. Y me temo que no ha elegido la mejor noche para visitarnos.

—¿Por qué?

En ese momento, la puerta se abrió y Aaron distinguió una figura que creyó masculina, con ropa de terciopelo y franela. Sin embargo, al agudizar la vista, se dio cuenta de que debajo del sombrero y detrás de unas gafas redondas, estaba Sophie.

¡Vestida de hombre, con las prendas del doctor Hastings!

Ella se quedó de piedra al encontrarle allí de pie, junto a su hermano.

—¿Qué hace vestida así? —Miró a Gabriel y luego caminó hacia Sophie.
—. ¿Es que estás buscando tu ruina? Vuelve adentro ahora mismo.

—No... Y no —soltó ella con tranquilidad.

—¿Y qué haces vestida así?

—Vamos a un sitio.

—¿A dónde?

—No es Londres.

—Sophie...

Aaron estaba preocupado. Y si Sophie no hubiera estado tan enfadada, podría haber apreciado el gesto, pero no podía perdonarle que él quisiera enviarla de vuelta a Londres.

Se apartó en dirección al carruaje. Subió al interior de un salto, agradeciendo la comodidad que otorgaban las prendas masculinas. Antes de que pudiera cerrar la puerta, vio la figura de Aaron.

—¿Dónde vas así, Sophie?

—No es de tu incumbencia.

—Después de todo lo que hemos vivido, después de que casi te mataran en mi escuela, ¿no puedes confiar en mí?

Ella sintió el dolor enroscándose en cada palabra de Aaron. Sufría por ella. Sophie estaba decidida a descubrir la verdad aquella misma noche, porque sentía que todo lo concerniente a aquel hombre había escapado de su control.

Tenía que descubrir quién era el asesino, quién pagaba a la Daga de Manchester.

Esa era la misión que la había llevado a aquella ciudad y era en lo que debía centrarse. Luego, regresaría a Londres. O quizá se alistara como enfermera para partir a la Guerra de Crimea.

El tiempo y un nuevo propósito la ayudarían a olvidar a Aaron Wright, el dueño de su deseo, de su desconcierto y del bello caos que su mirada extraña provocaba en su interior.

—¿Confías tú en mí, Aaron?

La pregunta dolía porque no confiaba en ella, porque su valentía o su irresponsabilidad la habían metido en muchos líos desde su llegada. No era capaz de cuidar de sí misma, porque parecía sentir el impulso irracional de arriesgar su vida.

—Tu silencio es la mejor respuesta.

—Entonces, déjame ir contigo para que pueda cuidar de ti.

Ella lo meditó.

—Si esta noche las cosas salen bien, ya no tendrás que cuidar de mí y tal vez, cumpla tu deseo y regrese a Londres.

Las palabras tan enigmáticas surtieron un efecto contrario en Aaron. Deberían alegrarle porque suponían el fin de todos sus quebraderos de cabeza. Sin embargo, significaban que iba a perderla para siempre. En el instante en que lo comprendió, se impulsó hacia delante y entró en el carruaje. Se sentó frente a ella.

No la tocó. No la miró. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, tratando de controlar todas las emociones que lo embargaban cuando ella estaba cerca, tan cerca...

Después de varias millas en marcha, el carruaje se detuvo.

Aaron abrió los ojos. Ella le miraba.

Lucian abrió la puerta y se sorprendió al ver al señor Wright, acompañando a su amiga.

Exigió una explicación con la mirada.

—Se ha empeñado en venir.

—Ni siquiera sé dónde estamos —añadió Aaron.

Lucian se hizo a un lado y cuando Aaron bajó y miró a su alrededor, comprendió la locura que estaban a punto de cometer. Estaban dispuestos a entrar en el slum más peligroso de toda la ciudad: Angel Meadow.

Se giró con violencia hacia Sophie, que había descendido del carruaje y se estaba ajustando el sombrero para que el cabello no se le escapara.

—No —fue todo lo que dijo Aaron.

Ella alzó la cara y con una fría serenidad, explicó:

—La Daga de Manchester está en un combate de boxeo esta noche...Aquí.

—¿Cómo lo sabéis?

—Un niño del molino Cauldwell me lo ha dicho.

—¿Y lo crees?

—Claro que sí.

—De acuerdo, pues envía a Lucian y a Gabriel, pero tú vuelve a casa.

—Yo soy la única que lo ha visto. Puedo reconocerle.

—Pero Sophie...

El plan tenía lógica y Aaron trató de rebatirlo, pero se dio contra el muro de la férrea determinación de Sophie.

—Lo que no es conveniente es que usted venga, señor Wright —dijo Lucian—. Todos le conocen. No suele frecuentar sitios así. Van a asaltarle y no puedo garantizar su seguridad.

—Pues no voy a quedarme aquí a esperar —Se quitó el sombrero, el abrigo y el chaleco. Se sacó la camisa de los pantalones; se soltó el lazo que mantenía su cabello sujeto en una pequeña coleta. Se lo alborotó, de manera que los caracoles se arracimaron entorno a su cara. Sophie se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía así, sin el aspecto perfecto y pulcro que le caracterizaba. Podría rememorar esa imagen de él y extrapolarla a sus fantasías más secretas en las que él era el dueño de su deseo, a oscuras en su habitación, cuando ella no podía dejar de pensar en él y en sus caricias después de que Aaron hubiera estado allí.

—Pues vayamos.

Esa zona de la ciudad inspiraba temor incluso en Lucian, que estaba acostumbrado a frecuentarla con algunas de sus amistades cartistas. Angel Meadow era un barrio de inmigrantes irlandeses, que habían ido a parar allí huyendo de la hambruna de la patata que había assolado su país de origen, pero, aun así, ese territorio de treinta y tres acres se había vuelto un suburbio sórdido y peligroso. Por la disposición de la colina, entre el río Irk, Rochdale Road y Gould Sheet, era una zona ennegrecida, cuya única terminal de ferrocarril había sido abandonada. Conforme se adentraban, percibieron el hedor que resultaba de la confluencia de la curtiduría, la tintorería, una

fundición de hierro cercana, la fábrica de cerveza y los vegetales podridos que sobraban del mercado de Smithfield.

Sophie sintió arcadas y se tuvo que cubrir el rostro con el pañuelo de su padre. La oscuridad que los rodeaba tan solo era profanada por la presencia de un par de fuegos en la calle, alrededor de los cuales se arremolinaban niños harapientos, prostitutas medio desnudas y ratas gigantescas. El miedo que Sophie sentía fue remplazado por la desolación. Había mujeres demacradas con bebés en brazos que lloraban de hambre.

Cuando estuvo a punto de acercarse, notó una mano que la sujetaba por el antebrazo. Era Aaron, con el rostro embargado por la piedad. Ella tragó saliva, tratando de deshacer el nudo que oprimía su garganta y siguió avanzando, flanqueada por su hermano y Aaron.

—No os separéis. No miréis a nadie y no habléis —esto último lo dijo Lucian mirando al señor Wright, que se limitó a asentir.

Caminaron unos minutos más, soportando el hedor, pisando un suelo sin pavimentar en el que el agua se estancaba. Sophie notó que los pies se le hundían y que en ocasiones le costaba avanzar al ritmo de aquellos hombres que la acompañaban.

Pronto percibieron voces que jaleaban. Giraron una esquina y vieron varios fuegos que iluminaban un callejón que daba al río. Allí, a las orillas, se estaba produciendo el combate de boxeo.

—Vamos —le dijo Gabriel, mirándola porque, al parecer, el miedo había hecho que se detuviera—. Cuando lo reconozcas, avisa.

Ella asintió. El corazón comenzó a latirle tan fuerte que le dolía el pecho. Impelida por el pánico, avanzó despacio. Vio prostitutas, que hablaban con hombres ebrios y oyó gemidos provenientes de rincones. No quiso mirar.

Contó más de cincuenta personas contemplando la pelea. Los gritos parecían los de una jauría. El acento irlandés era tan pronunciado que Sophie apenas podía entender lo que decían. Se puso de puntillas y miró a los combatientes. Peleaban sin camiseta, con pantalones y descalzos.

Los cuerpos estaban cubiertos de sangre, mugre y hollín.

A su alrededor olía a alcohol y a sudor. Se fijó con más atención porque los combatientes eran muy parecidos físicamente, corpulentos y de torso amplio. Necesitaba acercarse, así que se coló entre un par de muchachos que eran demasiado jóvenes para estar tan ebrios.

Uno de los boxeadores quedó de cara a ella, mientras danzaba para recalibrar el siguiente golpe. Un fogonazo de reconocimiento cruzó la mente de Sophie. Era él.

El que la había atacado. El asesino de su tío, del padre de Aaron y de tantos otros...

La Daga de Manchester.

Le observó. No llevaba la máscara, pero las facciones encajaban con la imagen que ella recordaba del ataque: el ojo blanco, la nariz ancha, la frente despejada, las cicatrices.

Sophie se giró y se encontró con Aaron, que en algún momento se había colocado justo detrás.

—Es él —susurró.

Aaron alzó el rostro y miró por encima de su cabeza. Sophie vio cómo su rostro mostraba una tristeza aplastante. Al fin estaba frente al asesino de su padre, después de tantos años de dudas, pistas vacías...

Por fin lo había encontrado.

Sophie sintió que todos los acontecimientos de su vida la habían llevado allí.

El dolor asoló los bellos ojos de Aaron.

—Échate a un lado, con Newton.

Ella no le entendió, pero pronto él la había apartado, arrastrándola, sacándola del bullicio a la oscuridad junto a la orilla.

—Monroe y yo nos ocupamos.

Una sombra se deslizó a su derecha. Sophie reconoció a su hermano.

—¿Qué vais a hacer? —su voz sonó confusa, ribeteada de pánico.

—Vamos a esperar a que acabe el combate. Tú te puedes quedar aquí.

—Prefiero que usted se quede con ella —dijo Gabriel—. Esto es algo personal para mí.

—¿Y crees que no lo es para mí? Mató a mi padre.

—Puedo quedarme sola. No me meteré en ningún lío.

—Ni hablar —sentenció Aaron—. Si se dan cuenta de quién eres, si te reconocen...

—¿Y si le reconocen a usted? —preguntó Gabriel—. Aquí hemos venido con un objetivo. Ella le ha reconocido. Lucian y yo nos ocupamos que usted no entraba en el plan desde el principio.

—Pero...

—Tendrá su oportunidad de venganza si lo hacemos bien. Se lo prometo. Cuídela —susurró.

Gabe les dio la espalda y se alejó sin darles opción a ir con él. Aaron hizo un gesto con la cabeza para que se desplazaran unos metros, en dirección a otro fuego alrededor del cual, no había nadie.

Una vez allí, Sophie se acercó para calentarse. La noche era húmeda, y la sensación era mucho más intensa en aquella orilla. Notaba el frío en la piel, como si pudiera atravesar la ropa de su padre. Por su cabeza se cruzó la idea de que lo que en realidad sentía era miedo. Lo que había visto al cruzar ese barrio, reconocer al que la había atacado...Solo de pensarlo notaba una caricia helada en la piel que le hacía estremecerse.

Miró a su lado, donde Aaron estaba de pie, pero con la atención puesta en el combate.

Como si percibiera su mirada, giró la cabeza hacia ella.

—Estarás deseando que esto termine.

—Sí...Sophie —tardó un poco en continuar y ella le animó con un gesto

de las manos —. ¿De verdad volverás a Londres si descubrimos quién le paga?

—Sí.

—¿Por qué?

—Aquí no hay nada para mí.

—¿Nada?

Sophie apartó la mirada.

—Está el colegio, en el que soy feliz, pero...Una amiga me ha escrito. Hay mujeres viajando a la Guerra de Crimea, para trabajar como enfermeras.

—¿A Crimea?

—Al parecer, los hombres de nuestro ejército están mal atendidos y una conocida, la señorita Florence Nightingale está haciendo una gran labor en Scutari...

—¿Lo estás pensando...en serio?

—Sí. Mi sueño siempre ha sido ser enfermera. ¿Por qué no hacerlo ahora? Si ese hombre confiesa, si tú te vas a casar con otra...Yo...

—¿Y si yo no me casara con otra? ¿Te quedarías...?

—Pues...

Escucharon un revuelo distinto. Miraron hacia la pelea, que había finalizado. La gente se fue apartando, en dirección a la taberna más cercana. Sophie distinguió las figuras de su hermano y de Lucian acercándose a la Daga, que se había quedado momentáneamente solo. Hubo palabras y golpes. Aquel gigante golpeó a Lucian, luego a Gabe y los hizo caer al suelo. Más tarde corría, por la orilla, en dirección a Sophie y Aaron.

Sophie contempló la escena con algo parecido a la incredulidad. Lo vio pasar por su lado, con el pesado cuerpo moviéndose rápido, pero con torpeza, con los miembros abigarrados tras la pelea. Luego, vio como Aaron echaba a correr detrás de él.

Miró a su alrededor. Su hermano y Lucian se retorcían de dolor en el suelo mientras alguien se acercaba a auxiliarles o a robarles, no sabía qué podía suceder.

Vio la espalda de Aaron, con la camisa blanca moviéndose en medio de toda la oscuridad reinante, demasiado limpia, como un faro en aquella parte de la ciudad.

Así que ella también echó a correr, siguiéndole. Agradeció la comodidad de los zapatos de su padre, aunque tropezó un par de veces y a punto estuvo de caer al suelo. La camisa blanca giró hacia la izquierda, tomando un callejón y Sophie la siguió, como si la vida le fuera en ello.

No tardó en perderse.

El miedo se instaló en su cuerpo, como algo conocido, casi familiar, pero al mismo tiempo, aterrador.

Si se perdía en aquel barrio, si la descubrían...Respiró hondo, cerró los ojos. Tenía que tranquilizarse. Y entonces oyó las voces. Reconoció a Aaron. Miró hacia arriba. Las voces venían de alguna azotea. Agudizó el oído. Oyó maldiciones y golpes.

—¿Quién te paga? ¡Dímelo! ¡Dímelo!

De repente el aire hizo un ruido extraño, como si algo lo atravesara. Algo, pesado e informe, cayó al río.

Sophie se cubrió la boca para no gritar.

«Aaron, no, Aaron, no...»

«Que no sea él, por favor, que no sea él...»

Sophie trató de volver sobre sus pasos, luego trató de caminar hacia el río, pero el hedor era muy intenso, ya que esa zona estaba rodeada de curtidurías que vertían residuos y animales muertos en el agua y se sintió mareada.

Hubo un momento en que pensó que se había perdido y que lo mejor que podía hacer era ocultarse en algún rincón hasta que amaneciera, pero

entonces vio una silueta que se acercaba.

Lo habría reconocido en cualquier parte. Por la forma de caminar, por la anchura de los hombros, por la cadencia de sus pasos.

Por la camisa blanca.

—Sophie...



Salieron de Angel Meadow y no encontraron a Lucian ni a Gabe por ningún lado. Se apresuraron a llegar a una zona más segura, tomaron el primer carruaje que vieron y éste los llevó a la mansión de Aaron.

Sophie debía haber protestado, e incluso exigido que la llevara de regreso a casa, por su reputación, porque estaban agotados y nerviosos, pero por todo eso, lo único que quería era estar con Aaron, que la había abrazado cuando la había encontrado, solo para reñirle después y preguntarle si estaba mal de la cabeza.

Ella le había respondido que no y le había preguntado qué había sucedido.

Aaron había guardado silencio.

Igual que en el carruaje, donde se había mantenido distante, taciturno y con gesto ausente. A pesar de la oscuridad, Sophie había visto que tenía heridas en la cara, en los nudillos y sangre roja manchando la immaculada camisa de algodón.

Lazarus, el mayordomo, los recibió y Aaron le dio indicaciones sobre enviar un mensaje al hogar Hastings de inmediato para que recogieran a Sophie. Luego, se disculpó y subió la escalinata de mármol dando zancadas que abarcaban dos escalones cada vez.

Sophie se quedó de pie sin saber muy bien qué hacer ni qué decir. El mayordomo se había escabullido para cumplir las órdenes de su jefe y la había dejado ahí sola, sin una triste invitación a un té caliente o algo para los nervios.

Y tampoco entendía el propósito de Aaron de llevarla hasta allí para después abandonarla.

Esperó pacientemente. Cinco, diez minutos. Quizá más.

El mayordomo regresó. Había enviado un mensaje a su hogar. Pronto

vendrían a por ella.

—De acuerdo, gracias. ¿Puede decirme si el señor Wright va a bajar a despedirme?

—Me temo que se encuentra indispuesto.

Sophie no se lo esperaba. Sorprendida, asimiló las palabras y trazó un nuevo plan.

—Entonces, yo me despediré de él. ¿Me indica dónde está su dormitorio?

—Señorita...

—Mire, Lazarus, como usted comprenderá, voy vestida de caballero, lo que solo puede significar que ha sido un día complicado y largo y ya ha visto en qué estado ha regresado Aaron, así que, por favor, dígame dónde está, me despido y me marcho...No causaré más problemas y usted se librará de mi pronto.

El hombre, que a todas luces era demasiado anciano para aquellas aventuras nocturnas, le explicó de manera apresurada que la habitación de su señor estaba al fondo del pasillo a la derecha, en la segunda planta. Sophie lo agradeció y subió la escalinata. Había encendidos algunos candelabros en el pasillo, lo que le permitió ver donde se dirigía e intuir el tamaño de aquella mansión, mucho más grande que el hogar de su tío.

Empujó la puerta, que estaba entreabierta y entró.

Aaron estaba tumbado sobre su enorme lecho, una estructura de madera de la que caía un dosel de terciopelo rojo. Sophie se quitó los zapatos y avanzó descalza para no hacer ruido.

Se arrodilló junto a la cama y le llamó. Él se giró y Sophie se dio cuenta de que llevaba la camisa abierta hasta mitad del pecho, lo que dejaba al descubierto su vello, que ascendía hasta las clavículas.

—Sophie...

—Antes de que me digas que me vaya, dime qué ha sucedido. No has dicho ni una palabra desde que nos hemos encontrado... ¿Qué ha pasado?

—Ya lo has visto —dijo él, después de tragar saliva.

—No.

—Lo he dejado caer.

—¿Por qué?

Aaron dudó. ¿Debía decirle la verdad? Ella pareció notar sus reticencias, porque añadió:

—A estas alturas, ya sabes que puedes confiar en mí.

—Lo sé.

—¿Te has enfadado porque te he seguido? Sé que no debería haberlo hecho, pero no te imaginas el miedo que he pasado cuando creía que eras tú el que ha caído al río y...

—Sophie...

Ella lo miró.

Había dolor en su expresión. Parecía desvalido y frágil...Pero resultaba tan bello...

El lado izquierdo de su rostro estaba ligeramente hinchado y tenía una herida en su frente que había teñido de rojo las hebras blancas de su sien. Sophie sacó un pañuelo de seda del bolsillo del pantalón y limpió la sangre con delicadeza.

—Ya está.

Aaron se incorporó apoyándose en un codo. La besó. Y volvió a besarla, una y otra vez, sin que apenas pudiera respirar. Sophie colocó su mano en la nuca de él, sobre el cabello ondulado y le devolvió con fervor religioso cada beso. Notó las manos de Aaron en su espalda. La levantó sin dejar de besarla y la colocó sobre su lecho. Pronto, sintió aquel cuerpo masculino sobre ella. Los besos eran intensos y profundos; exploraciones llenas de devoción y confianza. Sophie quería tocarle, así que hundió las manos por debajo del tejido de la camisa de calicó de él, acariciando un hombro, el brazo y la espalda.

Aaron besó su cuello, al tiempo que desabrochaba el chaleco y luego la camisa de Sophie.

—No llevas nada debajo... —murmuró él, apartando la boca de su piel y contemplando su pecho desnudo.

—No... —Estaba ruborizada, pero se sentía poderosa. Tenía los brazos de Aaron a ambos lados de sus hombros, en tensión, aguantando el peso de su cuerpo, separándolo de ella... ¡Con lo que Sophie deseaba sentir su calor! —. No me parecía la mejor idea llevar un corsé si iba disfrazada de hombre...

Aaron la contempló extasiado y después, volvió a tomar su boca.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Apoyó su frente sobre la de ella. Su aliento rozó la boca de Sophie, que gimió.

—De momento, lo que quieras...

—No me digas eso —suplicó él, inclinando su cara, de forma que rozó la punta de la nariz de Sophie con la suya —...Que no tengo fuerza de voluntad esta noche.

—Yo tampoco tengo.

Aaron besó su boca, luego su barbilla, la línea de su cuello y siguió descendiendo hasta sus senos. La piel de Sophie se erizó con el roce de la barba y de la boca de Aaron. Cerró los ojos en cuanto notó la lengua dibujando trazos en su piel. Gimió. Hundió las manos en los tirabuzones de su cabello y se arqueó hacia él, demandando más.

Cuando sintió que la boca de Aaron ya no jugueteaba con su pecho, abrió los ojos. No tardó en encontrarse con los de Aaron, que estaba de nuevo sobre ella, esta vez dejando que su peso cayera, por lo que notaba la fuerza de su deseo.

—No podemos seguir, Sophie.

—Pero tú quieres seguir...

Aaron cerró los ojos y apretó los dientes. Ella hizo descender su mano por su espalda, notando su inclinación y las curvas de la musculatura.

La lujuria le estaba cegando. Quería y anhelaba sentirlo contra su cuerpo y luego, deseaba sentirlo dentro de ella. No podía pensar con claridad. Solo sentía el calor que el cuerpo de aquel hombre desprendía; los músculos tensos y su masculinidad contra el escaso tejido de los pantalones de franela.

—No es cuestión de querer...Es cuestión de deber, Sophie —murmuró él, junto a su oreja, al mismo tiempo que rodaba a un lado.

Ella se quedó decepcionada. Miró a Aaron con ojos suplicantes.

—No esta noche, no aquí... —dijo ella, al tiempo que tomaba el rostro de Aaron entre sus manos y volvía a besarlo.

Pensó que se negaría, pero los besos volvieron y de manera irrefrenable. Las manos de Sophie recorrieron la espalda de Aaron, arañándola. La boca de él mordía los labios de Sophie, mientras gemía y luchaba contra sí mismo. Una de las manos de Aaron acarició el pecho de Sophie y luego, comenzó a descender por el estómago hasta el borde del pantalón. Se coló debajo del tejido. Ella llevaba unos pantalones de lino debajo. La miró, pidiendo permiso y ella dijo que sí, puesto que deseaba seguir experimentando esas cálidas sensaciones tan aterradoras como excitantes. Jadeó cuando él sumergió los dedos en ese lugar en el que todas esas emociones parecían originarse.

—Enséñame, Sophie. Enséñame qué debo hacer.

Ella le obedeció. Le dio instrucciones susurradas en su oído, hasta que los gemidos fueron sustituyendo las palabras. Y él habló, junto a su boca, diciéndole que era preciosa, que se dejara llevar...

Y ella estalló de placer con su nombre en los labios. Aaron la contempló, extasiado, maravillado.

Estaba tan hermosa, con los cabellos rojos sueltos, cubriendo la almohada, con la piel desnuda y sonrojada, cubierta de un brillo perlado.

Su boca, entreabierta, estaba enrojecida por el rastro de los besos que se habían dado.

—Ahora me tienes que decir que sí.

Ella abrió mucho los ojos y parpadeó, confusa. ¿Qué había dicho? Se dedicó a mirarle. Aaron tenía una sonrisa de medio lado y los ojos brillantes. Un tirabuzón caía sobre su frente. La camisa, totalmente abierta, mostraba su torso cubierto de vello y su estómago firme. Era tan hermoso, masculino y deseable...

—Cásate conmigo, Sophie.

—Aaron, no...

—Hoy he vuelto a comprometerte. Y el deber exige...

Sophie cerró los ojos y suspiró. Se sentía frustrada. ¡Acababa de estar en el cielo y ahora él la arrojaba a la realidad! ¡Qué injusto!

Se cubrió el pecho con la camisa y cuando abrió los ojos, estaba dispuesta a pelear.

—No sigas, por favor —Se incorporó y bajó del lecho. Las piernas le temblaban.

—¿Qué tengo que hacer para que valores mi oferta? —Aaron estaba sentado en el borde de la cama y la miraba, aparentemente confuso.

—Para empezar, no me trates como si fuera mercancía dañada que necesita de tu compasión.

Ella le dio la espalda y comenzó a abotonar su camisa.

—No es mi intención que te sientas así.

—Pues deja de pedirme matrimonio cada vez que nos besamos. —Sabía que estaba introduciendo botones por ojales que no correspondían, pero se sentía nerviosa y quería escapar.

—Hoy han sido más que besos, Sophie. Tú...

Ella negó con la cabeza violentamente. Se había enojado. Y mucho.

—Solo trato de enmendar mi error.

Cuando ella se dio la vuelta, él contempló su aspecto. Llevaba la camisa mal abotonada, el cabello enmarañado, la boca hinchada y las mejillas

coloreadas por el placer experimentado.

—Tú mismo lo has dicho. Somos un error.

—Yo no...

—Lo somos, Aaron —le cortó ella—. Cada vez que nos quedamos a solas y surge esto...Esta forma de ahogarnos el uno en el otro, cometemos un error. Dejémoslo ahí.

—No puedo. No puedo.

—¡Tú precisamente ya tienes a alguien! ¿O ya te has olvidado?

—No, claro que no. Pero es que eso no es algo que yo haya elegido.

—¿Y esto? —la voz le tembló, pero no iba a llorar, pese a que sentía un nudo en la garganta—. ¿Casarte con la mercancía que tú crees haber dañado?

—Tal vez sí... Tal vez es lo que yo...

—¡Pues yo no! ¡No es lo que quiero!

Aaron se puso en pie y caminó hacia ella.

—Mientes, Sophie.

—No —dijo ella, retrocediendo sin mirarle.

—Pues te demostraré que sí lo deseas. No dejaré que te marches a la Guerra de Crimea. Te demostraré que tu sitio está aquí.

—Entonces, que tengas suerte —Y echó a correr.

Por suerte, su hermano, que estaba sano y salvo, aunque dolorido, ya estaba esperándola en la puerta de atrás con el carruaje. Ella tuvo la precaución de colocar y abotonar cada prenda correctamente antes de que él la viera, pero no pudo hacer nada con sus ojos vidriosos.

Gabe la ayudó a subir y cerró la puerta. Cuando llegaron a la casa del doctor, ella había estado llorando en la soledad del carruaje.

Su hermano sabía que no era por lo que había sucedido en Angel Meadow, porque Sophie era una mujer fuerte y valiente, que se había

enfrentado a todos los peligros sin amilanarse. Así que cuando estuvieron en la cocina, donde Lucian se bebía una copa de whisky mientras Henrietta e Ivette preparaban té y hervían gasas para desinfectarle las heridas, Gabe no pudo aguantarse más y abordó a su hermana.

—¿Qué demonios te ha pasado con el señor Wright?

Todos la miraron. Ella, que estaba perdida en sus pensamientos, se vio sorprendida por la atención generada.

—Nada.

—¡Has llorado! —dijo Henrietta, con el rubicundo rostro sorprendido—. ¿Qué ha hecho ese patán para que mi niñita llore?

—Llorar es normal... —se defendió ella.

—En ti, no.

Esa revelación la dejaba más en evidencia. Ivette, que conocía la atracción que sentía por Aaron Wright, la miraba con ternura. Sophie bajó los ojos y rompió a llorar otra vez.

—Si te ha hecho algo, lo mataré —afirmó Gabe.

Su esposa le hizo un gesto sutil para que se tranquilizara.

—¿Qué ha pasado, Sophie? —preguntó Lucian, tratando de disimular el dolor que le provocaban sus pensamientos.

—Nada. De verdad... —Se secó las lágrimas, pero volvieron a aparecer una y otra vez. Se le escapó un suspiro tembloroso. —Es que... Es un idiota que no deja de pedirme matrimonio.

Salvo Ivette, que conocía los sentimientos del señor Wright, nadie esperaba algo así. La fama de hombre frío y distante de Aaron era bien conocida en Manchester e incluso Henrietta, había sido debidamente informada del carácter y del comportamiento del molinero. Por ello, habló, rompiendo el silencio de incredulidad que se había impuesto en la cocina.

—Mi niña, ¿qué clase de proposición sale de la boca de alguien tan frío? ¿Ha herido tus sentimientos? Seguro que no te considera a su nivel, el muy

arrogante...

—No, no es así, Henrietta.

—¿Entonces? —habló Gabe, frunciendo el ceño — .¿Cómo se comporta contigo? Perdona que lo diga, hermanita, pero era condescendiente y distante incluso con Ivette...Y todos sabemos que decía estar enamorado de ella.

—Yo no lo sabía —apuntó Henrietta.

—Él no es así. Al menos, no conmigo cuando estamos a solas.

—¿Y cómo es, Sophie?

—Es —Ella bajó los ojos y aunque habló en voz baja, todos la oyeron decir —...Es cálido. Pasional, tempestuoso y hace...Que me ahogue en algo que no comprendo.

Se hizo un silencio, que se alargó tanto que obligó a Sophie a levantar los ojos y a mirar a sus interlocutores.

Henrietta se había llevado las manos a la cabeza; Ivette sonreía; Gabe tenía la mandíbula desencajada y no había ningún músculo en Lucian que no estuviera tenso.

—Te has enamorado, muchacha —dijo Henrietta.

Sophie negó con la cabeza.

—Si lloras por él, si lo defines así... ¡Eso es amor, Sophie!

—No. ¡Y no quiero que volvamos a hablar de esto! —Sacó las gasas del agua, las dejó enfriar, luego las escurrió y se acercó a Lucian.

Todos permanecían callados, ensimismados en sus pensamientos, que giraban en torno a Sophie y al señor Wright.

—Lucian —Ella llamó a su amigo, que parecía ausente —... Tus heridas.

Él volvió al presente, alzó la cara y centró sus ojos en Sophie. Era un hombre fuerte, pero aun así ella pudo ver el dolor en su mirada. Y no era por los cortes ni por las lesiones en sus manos.

—Os dejamos solos —dijo Ivette y los tres salieron de la cocina sin añadir nada más. Sophie comenzó a limpiar las heridas, centrándose en la tarea, ignorando que él se iba poniendo tenso y se removía incómodamente sobre la silla. En un determinado momento, aprovechando que ella había abandonado las gasas ensangrentadas para tomar otras limpias, Lucian la llamó.

Ella se quedó quieta, expectante. Había leído sus ojos y eso podía ignorarlo, sin embargo, si él hablaba... Las palabras ya no podían desdecirse. Solían enraizarse en lo más profundo con una irrevocabilidad que perduraba en el tiempo y cambiaba las relaciones.

—Sophie —volvió a decir él —... Contéstame a una cosa.

Ella se dio la vuelta y asintió. Lucian vio como entrelazaba las manos sobre su regazo, tratando de combatir el nerviosismo.

—¿Estás enamorada de él?

—No.

Lo que Lucian notaba roto dentro de él desde que había muerto Lara, se revolvió y mordió. Porque Sophie acababa de mentir y porque él se había enamorado otra vez.

—¡Maldición! —Se levantó violentamente, ignorando el dolor de sus heridas. —. ¡Maldito sea el infierno bajo mis pies y el cielo sobre mi cabeza, Sophie!

—Lucian, ¿qué pasa?

—Aaron Wright es lo que pasa.

—Pero, ¿qué demonios estás diciendo? —Si él creía que ella no sabía blasfemar, estaba equivocado.

—¡Que te has enamorado de ese *eejit!* Y yo...Yo...

Ella le miraba, con los ojos enormes y hermosos.

—Y yo no me puedo creer que hayas sido tan tonta...

—Pero ¿qué es lo que os ha dado con que me he enamorado de él?

—Cuánto más lo niegas, más evidente es.

—Si eso fuera cierto, no le habría rechazado —dijo ella, alzando el mentón.

—Los dos sabemos por qué le has rechazado.

—¿Sí? ¿Lo sabes?

—Le has rechazado porque consideras el matrimonio como una obligación social y no como algo que eliges libremente y la chica independiente y fuerte que vino de Londres, proclamando a los cuatro vientos que el matrimonio no era para ella, no puede contradecirse, ¿verdad?

Sophie apretó los dientes. ¿Cómo podía mirar a través de ella y leer su interior? Eso era lo que se había estado diciendo a sí misma, cuando a solas en el carruaje, lloraba.

¿Tendrían también razón Lucian y Henrietta y se había enamorado de Aaron Wright? No. Solo era atracción física... Y después de lo que él le había hecho sentir en su dormitorio...

«Solo es eso. Nada de sentimientos. Nada de amor.»

—Lo he rechazado porque no me quiero casar con él. Y no estoy enamorada. Solo es que él me confunde. Eso es todo.

Había sonado convincente. Al menos, para ella misma. Pero a Lucian Monroe no podía engañarle con tanta facilidad. Se dio la vuelta, agarró la camisa y salió de la cocina.

Paró en una taberna y empinó el codo. No dejaba de pensar en ella, en sus sentimientos. Él se había enamorado. ¿Cómo no iba a hacerlo? Sophie arrasaba, conmocionaba. Tenía una fuerza que era vibrante y contagiosa, ideales definidos y además, era hermosa. Pero lloraba por otro. Un idiota de tomo y lomo, que no la merecía.

Animado por las copas de más, se dirigió a la mansión del señor Wright. Una vez allí, aporreó la puerta, maldiciendo.

El mayordomo, el mismo que había trabajado en la casa donde Lucian e Ivette se habían criado, abrió y se mostró horrorizado. Su aspecto no era para menos: estaba sucio, magullado, sus ropas estaban acartonándose a medida que la sangre se secaba y apestaba a alcohol barato.

—¡Quiero ver a tu jefe! ¡Salga, señor Wright! ¡Dé la cara! ¡Salga, patrono!

Unos instantes después, Aaron Wright, ataviado con una bata anudada a la cintura, le invitaba a pasar, ante el desconcierto del servicio doméstico.

Le condujo a una biblioteca, donde un fuego permanecía encendido. Lucian se encaminó y se colocó enfrente, agradeciendo el calor de las llamas.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Monroe?

Lucian se giró. Se fijó en su jefe.

—¿Qué demonios le has hecho a Sophie? —dijo, tuteándole.

Aaron palideció visiblemente.

—Ha estado llorando por su culpa.

Aaron sintió que se atragantaba con su propio corazón. ¿Ella, que parecía invencible, había llorado?

Después de lo que había sucedido, de la intimidad mágica entre ellos, de como él le había visto alcanzar el éxtasis entre sus brazos...Luego...

—Le he pedido matrimonio.

—Sí. Eso ha dicho.

—¿Se lo ha contado?

Lucian cruzó los brazos sobre el pecho y miró al señor Wright. ¿Dónde estaba el hombre altanero, disciplinado y autoritario?

Al parecer, Sophie lo había ablandado.

—Lo ha comentado a su círculo más cercano. En el que tengo la suerte de encontrarme.

Aaron deambuló erráticamente por la estancia. Luego se detuvo frente al aparador y sacó dos copas y una botella de whisky. Uno realmente caro. Hizo un gesto con el vaso a Lucian, preguntando sin palabras. Éste asintió, aceptando la invitación. Poco después, ambos bebían en silencio.

—¿Puedo saber qué ha dicho? —preguntó Aaron, al tiempo que giraba distraídamente la copa, donde el líquido ambarino bailaba.

Lucian sonrió, pero no había alegría en su expresión.

—Le ha definido de una forma que nos ha dejado boquiabiertos.

Ante lo que vio en el rostro de Aaron, Lucian continuó diciendo:

—Dice que usted es cálido, tempestuoso y pasional.

Aaron trató de que la sonrisa no se le formara en la cara. No lo logró.

—Y que la hace ahogarse en algo que *no* comprende —dijo Lucian, enfatizando la palabra.

—Ella también hace que me ahogue, que me caiga, que me hunda, que me quede sin aliento. Por eso quiero que se case conmigo.

—¿Y qué hay de Vicky Cauldwell? Tenía entendido que la cortejaba.

—Y así se supone que es, pero he tomado una determinación.

Aaron bajó los ojos. Se bebió los últimos sorbos de la copa y dijo:

—Que si no es con Sophie, no voy a casarme.

El fuego crepitaba, iluminando la biblioteca. Lucian se fijó en la estancia. Las estanterías se combaban por el peso de la cantidad de libros acumulados.

Sophie amaría ese lugar.

—¿Otra copa?

Lucian asintió, tendiéndole la vacía. Aaron rellenó las dos y regresó junto al líder del sindicato de su molino.

—No es la primera vez que me rechaza.

—No me sorprende viniendo de Sophie.

—Yo no quería herirla. No pretendía hacerla llorar.

—Creo que lloraba porque está...

¿Debía decírselo? Miró a su patrono, que parecía congelado, esperando sus palabras.

—Porque creo que está enamorada de usted, señor Wright.

Aaron esbozó una sonrisa triunfal, justo antes de abrazar a Lucian, que no se lo esperaba.

Aquello sí que era inaudito. El hombre más frío de Manchester, con el que había crecido y al que había visto convertirse en un patrono poderoso y exigente con el que nunca podría ponerse de acuerdo... Le abrazaba.

Y todo era por Sophie Hastings. ¡Que Dios se apiadara de él!



Sophie miró a sus alumnos, que estaban sentados formalmente y con aire concentrado.

—Venga, chicos, seguro que sabéis la respuesta a la adivinanza...

Les encantaban los acertijos y Sophie tenía un gran repertorio gracias a Henrietta, que era una fuente inagotable de saber popular.

—¿No se os ocurre nada?

—¡Es un pato! —dijo Lucy Sheeran, una alumna muy despierta, que trabajaba en el molino Hastings.

—Parecido. Sigue intentándolo...

La puerta del aula se abrió con violencia y Sophie se sobresaltó, pues tenía el ataque muy reciente en su memoria. La respiración se le escapó en un jadeo sonoro y el corazón se le alborotó.

Solo cuando descubrió de quién se trataba, se relajó un poco.

Era Vicky Cauldwell, que entró con un ímpetu desmedido y el mentón alzado.

—Buenas tardes, señorita Cauldwell. ¿A qué debemos el placer de su compañía?

La barbilla de Vicky tembló en un puchero.

—Estarás contenta, ¿no?

Sophie se encogió de hombros.

—Ha decidido acabar con el cortejo público. Por tu culpa. Me ha arruinado. Pero no voy a caer sola. Te lo aseguro.

Por un momento, Sophie olvidó donde se encontraba. Olvidó a sus alumnos, que se habían quedado boquiabiertos o hablaban en susurros sobre

lo sucedido.

Se sintió encendida de excitación, de felicidad.

Aaron había decidido romper el cortejo, lo que significaba que no iba a casarse con Vicky.

Sintió un extraño deseo, informe, burdo e irracional.

—Señorita Hastings, ¿por qué dice la hija del patrón que es su culpa? —preguntó Lucy.

—Pues...

—Porque se va a casar con el señor Wright —dijo Jenny, una coqueta niña irlandesa—. ¿Es que no has oído los rumores?

—¿Rumores? —preguntó Sophie, poniendo los brazos en jarras.

—Sí, señorita. Dicen que ha cambiado al señor Wright. Que ahora es más humano.

—Eso no es cierto. Nada de eso es cierto. Y ahora, a seguir con la adivinanza. ¿Ya sabéis la respuesta?

A las siete y diez minutos, Sophie entró en el despacho sin llamar a la puerta, porque a esas alturas, ya sobraban ciertas formalidades. Sus ojos repararon en que Aaron estaba sentado detrás del escritorio, concentrado en unas anotaciones matemáticas en lo que era sin duda un cuaderno con la contabilidad del molino.

—Sea lo que sea, no tengo tiempo, Vicky. Creo que fui bastante claro...

Pero él percibió el aroma de las lilas y se interrumpió, alzando la vista con determinación.

La halló junto a la puerta, vestida de verde y con una mirada que demandaba en silencio una explicación. Aaron tuvo miedo a que ella hubiera descubierto el secreto que él se había afanado en ocultar y que lo tenía

enfascado en la revisión de antiguos libros de contabilidad como el que tenía enfrente. Cerró el cuaderno discretamente y la miró.

—¿Qué sucede?

—¿Qué le has dicho a Vicky?

Aaron relajó los hombros.

—¿Sobre qué?

—Se ha presentado en la escuela y me ha gritado delante de mis alumnos.

—¿Eso ha hecho?

—Cree que has dejado de cortejarla por mi culpa.

—Y así es.

Sophie sintió que las piernas le fallaban. ¿Era cierto lo que Vicky le había dicho? ¿Que ya no se iban a casar?

Sophie tuvo ganas de saltar de felicidad. ¡Sí, sí, sí! Pero en lugar de eso, se mantuvo con los pies en la tierra y frunció el ceño.

—¿Y por qué has hecho que crea esa solemne tontería?

Le resultaba difícil mantenerse distante cuando lo que anhelaba era correr hacia él y besarle.

—Te dije que te demostraría que quieres casarte conmigo.

—¡Ja! —Rio ella, con fingida falsedad.—. No vas a conseguir algo así. Te has equivocado. Conmigo y con ella.

Aaron se puso de pie y Sophie se sintió nerviosa. Sus ojos le observaron, sin perderle de vista. Lo vieron caminar, pasar por su lado hasta la puerta, que cerró. Desde dentro.

Sophie tragó saliva.

Aaron se colocó frente a ella, alto, fuerte, poderoso. Capaz de despertar en ella el deseo, el hambre, el miedo, la sed, el frío, la tempestad y la esperanza con una única mirada.

Como la que ahora le dedicaba.

—¿Cuándo vas a darte por vencida?

—¿A qué te refieres?

—Sé que estás fingiendo. Con esa actitud inventada. Jugando a ser indiferente. A mostrarte incluso ofendida, pero has venido corriendo hasta aquí para asegurarte de que es cierto que he roto con ella.

—He venido aquí —dijo ella, notando que de repente le faltaba el aliento —...porque se ha presentado en una clase abarrotada de alumnos para gritarme y te agradecería que ya que es una escuela en la que tú también estás implicado, que no volviera a suceder.

—Haré todo lo que esté en mi mano —La miró, intenso y cautivador y Sophie sintió que sus ojos veían su alma. Retrocedió, bajando la cabeza y apartándose.

—Espero que sea así —pero su voz sonó débil, tanto que ni ella misma se reconocía —. Buenas noches, señor Wright.

Se dio la vuelta, dispuesta a abandonar su despacho, pero él la tomó de la mano, piel con piel, ambos sin guantes, y la hizo detenerse.

—Sophie...

¿Por qué tenía que pronunciar su nombre de ese modo, como si las consonantes y las vocales le perteneciesen? Igual que el corazón de Sophie, que luchaba contra sí mismo, en una batalla desgarradora.

—¿Por qué no me miras?

Ella volteó el rostro, que estaba serio y que pretendía mostrar la misma arrogancia de siempre. No lo consiguió en cuanto él habló.

—Estás flaqueando, Sophie. Lo veo, lo noto... Todo ha cambiado desde la otra noche... —A medida que hablaba, fue tirando de ella, acercándola, mientras él retrocedía y se sentaba sobre el escritorio. Abrió las piernas y encerró entre ellas a Sophie, que había bajado de nuevo los ojos y se sentía sonrojada. Con la mano que le quedaba libre, Aaron levantó el rostro de

Sophie por la barbilla obligándola a mirarle. —Yo tampoco puedo olvidarlo. Como nos besamos, como adoré tu piel...Como...

—Basta —suplicó ella, sin demasiado ímpetu. Aun así, Aaron calló. —. No quiero recordarlo.

—¿Por qué no?

—Porque...

—Sé sincera, Sophie. Conmigo y contigo misma.

—¿Por qué te estás comportando así?

—¿Así?

—Tan dulce... Tú y yo somos opuestos. Pensamos diferente. Así que pelea. Dime que te arrastré al infierno o cualquier otra cosa que habrías dicho antes.

—Nunca he pensado eso.

—Pues di que no estuvo bien, y recuérdame todas esas pamplinas del reverendo Abe sobre los placeres mundanos.

—Tú lo has dicho: son pamplinas.

—¡Aaron! —Ella se apartó, liberándose de la cárcel que él había construido alrededor de sus caderas con sus piernas —. ¡Te he dicho que pelees!

—¿Por qué quieres discutir conmigo?

—Porque es lo que se supone que tú y yo tenemos que hacer. ¡Es lo que hemos hecho desde que entré en este despacho!

—Pero hemos hecho más cosas, Sophie. Ese es el problema.

—¿Ves? Tú mismo lo has dicho. Es un problema. Un error. Como dijiste la otra noche.

—Y quiero enmendarlo. Quiero...

—¡No! ¡No vuelvas a decirlo!

—¿Por qué?

Ella cuadró los hombros y alzó la cara.

—Porque te diré que no.

—¿Estás segura? —Aaron alzó una ceja con petulancia.

—Tanto como de que nuestra reina se llama Victoria.

—Está bien —Aaron alcanzó un papel del escritorio y comenzó a hojearlo distraídamente —. Buenas noches, milady.

Sophie se dio la vuelta y se encaminó a la puerta, pero antes de alcanzarla, le oyó musitar una palabra:

—Cobarde...

Se quedó congelada. Había acertado. Era cierto. Era una cobarde que se negaba a aceptar todos sus sentimientos porque no podía admitir que la proposición de Aaron era atrayente.

—¿Qué has dicho? —dijo, por encima de su hombro.

—Que eres una cobarde, Sophie Hastings —dijo, con los ojos fijos en el papel, como si estuviera leyendo algo sin importancia —. Que prefieres salir huyendo a enfrentarte a mí.

—Puedo enfrentarme a ti y vencerte, Aaron —Ella se giró y se plantó frente a aquel hombre —. Como he hecho hasta ahora.

Aaron se rio. Sophie sintió que la furia le embargaba.

—¿Te estás riendo de mí?

Él dejó la hoja y la miró.

—Sí. Me río de tu patético intento de negar todo. De salir victoriosa aun cuando ya has perdido.

—Eres.. ¡Insoportable...! —comenzó a soltar una retahíla de improperios y maldiciones que habrían hecho santiguarse al reverendo Abe y a toda su parroquia.

¡Estaba tan enfadada! Él parecía tan fresco, tan tranquilo y ella sentía que su mundo se derrumbaba. Cuando Vicky le había dicho que Aaron había roto con ella, se había alegrado desde lo más profundo de su corazón.

Porque la idea de que ese hombre al que admiraba y deseaba, fuese para otra, estaba carcomiéndola y le arrebatava el sueño.

—...Y ahora me voy. Y te ruego encarecidamente que no te acerques más a mí, salvo para asuntos que tengan que ver con el colegio.

—Lo siento, Sophie, pero no voy a hacerte caso.

—¿Por qué?

—Por tu comportamiento de hoy. Me has demostrado que estás cayendo... —Aaron se puso en pie y quebró la distancia que les separaba. Antes de que ella pudiera reaccionar, la besó en los labios.

El cuerpo de Sophie estaba tenso, pero en cuanto notó aquella boca, exigente y dura, contra la suya, se relajó. Dejó que la besara, que se impusiera por una vez.

Estaba cansada de luchar, de mantenerse inaccesible, pero al mismo tiempo, necesitaba provocarle, saber que él caería en sus brazos porque era lo que los unía: la pasión.

Era lo único en lo que ella se sentía a la vez poderosa y débil, como dos fuerzas antagónicas que se despertaban en su interior y batallaban sin control.

Poderosa por como le afectaba, por como era capaz de poner a ese hombre tan orgulloso de rodillas.

Y débil, porque ella le había mostrado su lado más íntimo y empezaba a notar los estragos de la dependencia emocional.

Sí, estaba cayendo...Y cuando él la alzó y la sentó sobre el escritorio, se dio cuenta de que precipitarse con él a aquel abismo de caricias era inevitable.

Se besaron con desenfreno. ¿Dónde estaba el hombre rígido y autoritario que había conocido en aquel despacho?

¡Cómo había cambiado! Se había vuelto dulce cuando hablaban, pero pasional cuando estaban solos. Ejercía un magnetismo sobre el cuerpo de Sophie con su boca exigente, sus manos suaves y amplias, su aroma de hierbas y madera y su lengua que era juguetona, peligrosa y que Sophie deseaba recorriendo cada centímetro de su cuerpo.

Aaron Wright no podía contenerse. Había estado pensando en ella cada hora desde que había visto el placer en su rostro. Era una tortura. Haberla tenido así, entregada como no la había tenido otro hombre y haberla perdido después... Por ello, había estado meditando. ¿Cómo podía conquistarla? Lo primero era alejarse de Vicky Cauldwell porque ya no quería casarse con ella. No quería condenarla a un matrimonio sin amor.

Aaron comenzó a besarle el cuello mientras sus manos buscaban la espalda de Sophie, dispuesto a desabrochar el corsé que cerraba el vestido. Pero ella se apartó y buscó su mirada.

—No. Te deseo, pero... —Sophie bajó los ojos y Aaron vio el rubor en sus mejillas.

—¿Qué sucede, Sophie?

Ella le besó. Aaron se mantuvo quieto, expectante. En cuanto ella apartó su boca, volvió a preguntar.

—¿Qué pasa?

Sophie quiso decirle tantas cosas. Quiso decirle quién era su padre, qué hacía en Manchester... Pero cuando estaba a punto de hacerlo, golpes urgentes contra la puerta los interrumpieron.

—¿Señor Wright?

Sophie reconoció la voz de su sobrino Ezra.

—¡Abra, por favor! ¡Hay un incendio!

Aaron actuó en cuanto escuchó aquella palabra, que en los molinos era sinónimo de destrucción y muerte. Con rapidez, corrió hacia la puerta y la abrió. El pequeño Ezra estaba pálido y asustado.

—¡Hay un incendio en el molino de Jeremy Brumel! Mi tío y los demás están dentro.

Aaron sabía a quiénes se refería el pequeño. A Lucian y al resto de líderes sindicales, que habían quedado para votar una huelga.

Cuando miró a Sophie, ella vio el miedo en sus ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó sin entender.

Aaron se limitó a tender la mano hacia ella mientras pronunciaba solo un nombre.

—Lucian....



El almacén del molino de Brumel estaba situado a unas cuantas calles, así que llegaron corriendo. El humo se elevaba, mezclándose con el cielo; oscuridad enroscándose en más oscuridad. Las lenguas de fuego eran un espectáculo trágico de luces y calor que iluminaban aquella parte de la ciudad.

Se abrieron paso entre los curiosos. Sophie sintió el abrazo del pánico. Los gritos la envolvieron. Había gente que pedía ayuda; gente que corría en todas direcciones. Alguien la golpeó al pasar, pero ella apenas lo notó. Tenía la vista clavada en las ventanas enrejadas del almacén. Aquel lugar era una trampa mortal. Y Lucian estaba dentro.

Lucian, su amigo, valiente y lleno de ideales, iba a tener una muerte horrible.

Buscó a Ezra. Su sobrino había caído de rodillas al suelo y tenía los ojos a punto de salirse de las órbitas. Se había llevado las manos a la cabeza ante la magnitud que estaba adquiriendo ese incendio. Luego, buscó al señor Wright. Lo vio hablar con un par de hombres, dando instrucciones, como poniendo en marcha un mecanismo de engranajes antes de echar a correr hacia la parte sur del almacén. Sophie le siguió. El humo estaba bajando, cubriéndolo todo. Tosió, pero continuó avanzando.

En ese momento, notó las primeras gotas de lluvia cayendo sobre ella.

—Gracias —musitó, mirando al cielo. Las gotas salpicaron su frente y sus mejillas.

Cuando retomó la marcha, vio a Aaron que se dirigía a una figura que había de pie junto a un portón.

Era Jeremy Brumel.

—¡Abre aquí! —exclamó Aaron.

—No se puede —respondió éste, con frialdad.

—¡Hay una veintena de hombres en tu almacén! ¡Abre la jodida puerta!

—¡No!

Aaron se abalanzó sobre él. La trifulca fue salvaje, llena de golpes brutales, que pronto dejaron a Jeremy Brumel en el suelo, cubierto de sangre.

Sophie se acercó a la carrera. La lluvia se había intensificado. Rugidos de truenos surcaban y partían el cielo.

Vio como Aaron arrancaba algo del cuello de Jeremy y se encaminaba hacia el portón.

—¡Aaron!

Él la miró, sorprendido de encontrarla allí. Sophie vio que llevaba un manojo de llaves en la mano. Lo vio buscar una en concreto, meterla en la cerradura y girarla. El portón se abrió.

—¡Quédate aquí, Sophie!

—No.

—No puedes entrar.

—Pero ¿y si necesitas ayuda?

—¿Y si no puedo hacer nada?

—No quiero perderte...

Él la miró un segundo, conmovido por la sinceridad en las palabras de Sophie. Suspiró. No sabía qué iba a encontrarse ahí dentro. Las probabilidades de salir con vida eran escasas. Le dolió tener que despedirse de ella.

—Saldré —trató de sonar convincente —y te lo volveré a pedir. — Empujó el portón y se escabulló en su interior.

—¡Aaron!

La oyó detrás de él, pero reunió todo su valor y su fuerza de voluntad para seguir adelante, atravesando el almacén. A medida que se aproximaba a

la zona del incendio, notaba el calor.

—¡Lucian! ¡Lucian!

Aguardó unos segundos, agudizó el oído y no tardó en escuchar golpes.

—¡Estamos aquí!

Aaron comprendió que los habían encerrado en la parte más alejada de las balas de algodón, pero, aun así, en cuanto el fuego escapara de esa zona, el incendio sería devastador.

Ya se preguntaría qué había llevado al canalla de Jeremy a hacer algo así. En cuanto tocó la puerta, sintió el calor que irradiaba del otro lado. Trató de abrirla, pero no cedía, así que se lanzó con todas sus fuerzas. Notó como el hombro se desencajaba, pero no cejó en su empeño hasta que la puerta se abrió un poco. De una patada, la abrió del todo.

El humo escapó, como una masa caliente y gris que le dejó ciego. Avanzó. El humo se le metió en la nariz y en la boca; los ojos le lloraban. El fuego, hambriento e incontrolable, se extendía a su alrededor.

Entre las lágrimas que inundaban sus ojos, vio los primeros cuerpos. Pensó con horror que había llegado tarde.

Una mano le cogió de la pernera del pantalón, agarrándose a la vida.

Distinguió los cabellos rojos de Lucian Monroe. Se agachó y lo incorporó, para después levantarlo y cargarlo sobre sus hombros. Con un último esfuerzo, luchando contra el humo que empezaba a asfixiarle, desanduvo los pasos que lo habían llevado a aquella ratonera.

La lluvia le recibió en el exterior.

—¡Lucian!

El grito de Sophie le desgarró el alma. Ella llegó hasta él, le ayudó a dejar a Lucian en el suelo con cuidado. La lluvia, que arrastraba el hollín con ella, comenzó a bañar el cuerpo de Lucian Monroe.

Sophie se dejó caer de rodillas junto a su amigo.

—¡Lucian! ¡Lucian! —La desesperación salía en forma de gritos —. ¡No me dejes! ¡No me dejes!

Sophie lloró, zarandeando el cuerpo de Lucian. La lluvia se había vuelto una cortina de agua que los empapaba. Aaron no podía moverse, de pie, contemplando la escena.

—Por favor, Lucian... —Sophie se inclinó sobre su torso. Pensó que estaba muerto. Colocó la cara sobre el pecho, buscando el latido de su corazón. No podía oírlo, por el traqueteo de las máquinas del molino cercano, la constante caída de lluvia y su propio corazón, vibrando de pánico y dolor.

Entonces el irlandés abrió los ojos y la respiración se abrió paso entre sus labios con violencia. Tardó en ubicarse. Apenas podía notar las manos de Sophie sobre su cara, apartándole los mechones rojos. Sentía como si aún lo envolvieran capas de humo. La voz de Sophie no le llegaba. Se sentía desorientado y confuso. Cuando comprendió lo sucedido y rememoró los últimos instantes antes de perder la consciencia, se incorporó.

—Mis camaradas...

Sophie negó con la cabeza. Miró los ojos dorados de aquella mujer, enrojecidos por el llanto, que no podía distinguirse de la lluvia que los bañaba.

Lucian se vio asaltado por el dolor del descubrimiento y se le heló la sangre. Miró al almacén. Las llamas parecían bocanadas de fuego que desafiaban al cielo, como si el infierno se hubiera abierto y estuviera enfrentándose con Dios.

Rompió a llorar.

No recordaba haber llorado desde que era niño, desde que habían muerto sus padres. Ni siquiera había llorado cuando murieron Lara y su bebé, porque el dolor había sido tan intenso que lo había insensibilizado, instalándolo en una fría calma con la que transitaba por aquello que llamaba vida, pero que no era más que una sucesión de desgracias, hambre, injusticias y miseria.

Había visto niños morir en las fábricas, debajo de las máquinas; a otros perecer por las fiebres, retorciéndose hasta que el sufrimiento había cesado y

se habían convertido en carcasas vacías. Había visto tanto...Que pensaba que nada podía afectarle. Que no volvería a llorar.

Se equivocaba.

Notó los brazos de Sophie envolviéndolo y el llanto se volvió descontrolado. La garganta aún le quemaba, le costaba respirar y sentía la piel tirante en algunas partes del cuerpo, pero todo eso parecía irrelevante comparado con el dolor de la pérdida de sus amigos.

Estaba roto, abierto en canal y nunca se repondría.

Lucian Monroe estaba derramando las lágrimas que había contenido durante los últimos años. Lloraba por Lara, por aquel bebé que no había llegado a abrir los ojos, por todo el sufrimiento que había visto y ante el que había apretado los puños hasta que le sangraban.

Dejó que Sophie le abrazara un buen rato, pero en el fondo de su corazón sabía que no había consuelo para su tristeza.

Tal y como temían, no hubo supervivientes. Los bomberos tuvieron la ayuda providencial de la lluvia y consiguieron derrotar a las llamas tras una larga batalla que se alargó hasta el amanecer.

Fue en ese momento cuando Aaron acompañó a Sophie a su casa.

Lucian había sido trasladado al hospital, pese a sus muchas objeciones. Había sido Sophie la que había insistido para que él cediera y lo había conseguido.

—¿Quieres pasar a tomar un té, un chocolate o un whisky? Me imagino que estarán todos despiertos. Las noticias vuelan en esta ciudad.

—Me encantaría, Sophie. Además, quisiera hablar con el doctor.

—De acuerdo.

En cuanto Sophie vio a Horatio, comprendió que algo sucedía.

—Señorita Hastings, por fin está aquí.

—¿Qué pasa?

—Ivette está dando a luz.

Sophie corrió a la habitación de su hermano. Él estaba en el pasillo, sentado en el suelo, con aspecto agotado.

—Gabe, ¿qué pasa?

—Se está complicando —musitó él—. No viene de cabeza.

Sophie no esperó ni un segundo más. Empujó la puerta y entró. Henrietta sujetaba la cabeza de Ivette, que estaba tumbada y cubierta de sudor, gritando. Su padre estaba a los pies de la cama. La sangre manchaba las sábanas. Sophie pensó en un primer momento que era demasiada sangre para un cuerpo tan frágil como el de Ivette.

—Por fin estás aquí, hija.

Su padre le dio indicaciones que ella siguió con exactitud.

Una hora más tarde, el llanto de un bebé traía alegría y una nueva esperanza. La llamaron Lara, en honor a la difunta esposa de Lucian.

Gracias a los avanzados conocimientos de medicina del doctor Byron, Ivette se recuperaría, aunque necesitaba reposo absoluto y muchos cuidados.

Sophie se quedó con ella hasta que cayó dormida. Gabriel entró en la habitación, abrazó a su hermana, y con emoción en la voz y en los ojos, le dijo que ya se ocupaba él, que descansara un poco.

Sophie se despidió con un beso en la mejilla y salió de allí. Oyó el llanto de la recién nacida y sus pasos la condujeron por la casa, buscándola. El doctor se la había llevado para comprobar que se encontraba perfectamente y sabía que Cloti había salido a buscar una nodriza, para amamantar a Lara si Ivette tardaba en reponerse.

Los llantos procedían de la habitación de invitados. Sophie alcanzó el picaporte. Escuchó la voz de Henrietta. Los llantos cesaron y Sophie imaginó que su doncella ya había conseguido calmar a la criatura.

Esa idea dominaba su mente cuando atravesó el umbral.

Vio a Henrietta, sonriente, mirando a un lado de la estancia. Sophie también miró.

El corazón se le encogió en el pecho.

Aaron Wright acunaba a la recién nacida, envuelta en una manta rosa. Era un pequeño bultito entre sus brazos fuertes y su torso ancho. Aaron la sujetaba con delicadeza y temor, como si sujetase el tesoro más frágil y valioso del mundo.

—¿Lo ve? ¿Ve como no era tan difícil? —dijo Henrietta—. Además, ya no llora. Algún día, será un gran padre.

—No lo sé, Henrietta. No lo sé...

Pero Sophie sí que lo sabía. En ese instante, en aquella habitación, tuvo la certeza de que ese hombre sería un gran esposo y un excelente padre. Y se dio cuenta de que para ella solo había existido él.

Solo él. Desde que entró en su despacho.

Y que a veces, los sueños podían colarse en la realidad cuando una menos los esperaba.



36

Cuando las cosas volvieron a la normalidad y Lucian abandonó el hospital e Ivette se recuperó del parto, el doctor los congregó en la salita para hablar de los últimos descubrimientos, puesto que Gabe le había contado la peligrosa excursión a Angel Meadow y el infructífero encuentro con la Daga.

—Teníamos una pista y la perdimos, Samuel —dijo Gabe, con el ceño fruncido.

—Cayó en el río Irk—dijo Lucian.

El doctor Samuel dio un par de vueltas por la habitación y se plantó frente a la chimenea. Después de unos minutos ensimismado en sus pensamientos, miró a su hija.

—Todavía tenemos una última oportunidad, Sophie. Tu cumpleaños será la ocasión para reunir a los últimos sospechosos. Sólo quedan los Danvers, los Cauldwell y los Wright.

Todas las miradas se dirigieron entonces a Sophie, que se removió incómoda.

—¿Qué?

—Tal vez descartamos muy pronto a tu señor Wright —dijo Gabe, con una hostilidad que sorprendió a Sophie.

—¿Crees que sería capaz de haber asesinado a su padre?

—¿Por qué se marchó a África? —siguió diciendo su hermano—. ¿Y si lo hizo movido por la culpa?

—Yo creo que lo hizo por desamor. Estaba enamorado de Ivette.

—No—dijo la aludida—. Sólo era un encaprichamiento de un joven consentido. No era amor.

—Aun así. Mataron a Abraham Wright y al señor Bradsheet y él se marchó.

—Yo creo en él, en su inocencia —Sophie alzó el mentón.

—¿Y si te ha engañado, Sophie? ¿Y si sabe que el doctor no es quien dice ser porque él estuvo implicado en su muerte? ¿Y si acercarse a ti ha sido parte de una estrategia?

—¿Estrategia?

—Seducirte.

Sophie dejó escapar una carcajada.

—Más bien, ha sido al contrario.

—¿Tú eres la que lo ha seducido?

—El plan era acercarse a ellos, ¿no? —dijo Sophie, sin amilanarse—. A todos. Pero he acabado acercándome más a él. Lo reconozco y lo lamento. No he sabido ceñirme al plan.

Aaron Wright le había complicado las cosas y ella había sido incapaz de controlar sus deseos y sus emociones cuando estaba cerca de él.

—Sophie, te has puesto en peligro en innumerables ocasiones —habló el doctor—. Más de las que yo habría debido consentir como padre. ¿Que fuisteis a Angel Meadow en plena noche? ¡Menuda locura! No debí consentirlo. Pero es que la muerte de mi hermano despertó en mí un sentimiento de culpa que ha nublado mi razón. He querido hacer justicia, pero al final, después de veinte años, mi hermano y yo éramos tan desconocidos el uno para el otro, que yo no he podido descifrar las pistas que me dejó. Y no dejo de preguntarme si todo esto en lo que nos hemos embarcado no ha sido más que un sinsentido.

—Bueno, papá, hemos perdido, pero también hemos ganado. Nuestra familia es más amplia —dijo Sophie, tratando de animar a su padre.

—En efecto. Y en eso he estado pensando. Gabriel, voy a dejarte mi título de conde. Quisiera reconocerte como hijo y legarte mis propiedades aquí y en Londres.

—Samuel... —Gabriel se quedó boquiabierto ante aquella declaración.

—No quiero que a tus hijos les falte de nada. Ni a tu maravillosa esposa... Quiero compensar el error que cometí marchándome cuando aún no habías nacido. Sé que eres un hombre muy orgulloso y que no te gusta que te regalen nada, pero te aseguro que un título conlleva mucho trabajo, si deseas aceptarlo. Piénsalo, por favor.

—Lo pensaré.

—Y en cuanto a ti, Sophie, te dejaré una asignación, pero sigo pensando que deberías casarte.

—Papá... —Sophie puso los ojos en blanco.

Su padre se acercó a ella y la tomó de las manos, construyendo un espacio íntimo entre los dos, como hacía desde que ella era pequeña y el doctor deseaba hacerla entrar en razón.

—Mi pequeña hija cabezota...Solo quiero que lo pienses. Que mires en tu corazón y decidas lo que deseas de verdad. Si quieres marcharte a Londres o a Crimea, de acuerdo. Pero si hay alguien que te importa, no lo pierdas como hice yo. Hay errores que nunca acabamos de perdonarnos. Y ahora, si me disculpáis, me retiro. Preparad las invitaciones.

El doctor se retiró y los dejó a solas en la salita. Ivette y Gabe también se retiraron, ya que Henrietta estaba cuidando del bebé y no querían abusar más de su confianza, aunque en realidad la doncella estaba más que encantada.

Sophie se encontró a solas con Lucian, que se disponía a marcharse también, pero ella se lo impidió, al preguntarle:

—¿Tú también crees que Aaron puede ser culpable?

Lucian se pasó una mano por el cabello y luego se acarició la barba, en un gesto pensativo.

—Por lo que he conocido a ese hombre en los últimos meses, no lo creo, Sophie.

—Pero Gabe...No sé. ¿Ha pasado algo que yo deba saber?

—No, pero es que hemos hablado de lo que pasó en Angel Meadow. De

lo que nos contaste. Lo dejó caer de la azotea. Y eso puede ser sospechoso.

—Yo creo en él.

—Pues entonces —dijo Lucian, señalando con un gesto de la mano los diarios de Byron —...Busca al culpable, Sophie.

Ella asintió, con una nueva decisión prendiendo fuego a sus músculos, instándola a actuar. Se movió hacia la mesa y abrió el primer cuaderno, dispuesta a encontrar pistas que se le hubieran pasado por alto a su padre.

—Sophie —oyó a Lucian, detrás de ella —...Si eso no lo haces por amor, ya me dirás por qué lo haces.

—Por justicia —respondió ella con rapidez.

Lucian se rio detrás de ella, soltando una carcajada que contenía una dosis de sarcasmo que no trató de ocultar.

—Buenas noches, Sophie.

Una vez que se quedó a solas, comenzó a leer los textos de su tío, pero las palabras de Lucian invadían su cabeza. ¿Amor? Pero, ¿qué decía? Ella no estaba enamorada de Aaron Wright. Lo había dejado claro, explicandoselo a Henrietta y a Ivette e incluso a su padre, que le insistía para que aceptara sus sentimientos.

¿Qué sabían ellos de lo que Sophie sentía? Si defendía a Aaron era porque había llegado a conocerle y lo había visto sufrir por la muerte de su padre. Sabía que era inocente. y se había propuesto demostrarlo.

Abrió un archivador de su tío y extrajo papeles. Eran informes de muertes y de nacimientos de sus pacientes. Buscó el de Abraham Wright. Había fallecido el 27 de agosto de 1842.

Sophie revisó los datos, la causa de la muerte, los síntomas. Leyó cada palabra.

Luego hojeó el de Hugh Bradsheet, que era el marido de Vivien. Había fallecido un mes después y los síntomas eran los mismos. Envenenamiento y daga en el corazón.

Leyó por encima el apellido Wright en otro papel y lo observó. Era una partida de nacimiento de los hermanos gemelos de Aaron. Sophie revisó el documento y entonces se dio cuenta de que la fecha del nacimiento estaba subrayada.

13 de julio de 1843.

Si Abraham Wright había fallecido el 27 de agosto del año de antes...Sophie contó los meses. No concordaban. ¿Era posible que su tío se hubiera equivocado? No parecía viable, puesto que era un hombre concienzudo y metódico y aquellos diarios eran la prueba de su mente perfeccionista. Lo que entonces solo podía significar una cosa...Que los pequeños John y Andrew no fueran hijos de Abraham Wright. Pero entonces, ¿quién era el padre? ¿Y si esa verdad era una razón para matar?

Sophie corrió al dormitorio de su padre para contárselo.



Todos los invitados al vigesimoprimer cumpleaños de Sophie asistieron puntuales. En cuanto entraron al comedor, Sophie no pudo evitar recordar la primera cena que habían organizado en aquel mismo lugar con los seis molineros más poderosos de Manchester y sus familias.

Poco a poco, a lo largo de aquellos meses, la investigación y las circunstancias habían hecho que Morgsten fuera detenido por tratar de envenenar a su esposa, que Phillipson muriera y que Jeremy Brumel acabara entre rejas por el asesinato de varios sindicalistas.

Solo quedaban los Cauldwell, los Wright y los Danvers, que ahora tomaban asiento para disfrutar de la succulenta cena elaborada por Henrietta y Cloti.

Aaron fue el último en llegar, cuando ya habían terminado los postres. Venía directamente del molino y parecía cansado.

Sophie se preguntó si debía decirle a Aaron lo que había descubierto sobre sus hermanos. Su padre le había dicho que esperara hasta tener más pistas, pero ella ya sentía que todo lo que le estaba ocultando pesaba demasiado. Se había convertido en una carga que necesitaba liberar. ¿Cómo se lo tomaría él cuando descubriera toda la verdad sobre lo que había llevado a Sophie a aquella ciudad? Por primera vez, la idea de perderle le dolió en lo más profundo.

Los últimos acontecimientos y (¿para qué engañarse?) haberlo visto acunando a la pequeña Lara habían ablandado a Sophie, que en ese momento no podía dejar de mirar a Aaron, sentado a la otra punta de la mesa, elegante y hermoso, con los hombros rectos, voluminosos y fuertes que hacían que cualquier camisa y cualquier chaleco le quedaran bien.

Él alzó los ojos y la miró, haciendo un leve gesto con la cabeza. Ella lo imitó.

—¡Es hora de abrir los regalos! —exclamó Henrietta, que se acercaba

cargada con un montón de cajas.

Sophie se puso en pie y abrió todos los paquetes. Los Danvers le regalaron libros, los Cauldwell unos pendientes discretos y un hermoso sombrero. Helena Wright le regaló un broche. Su padre, una novela gótica de Mary Shelley. Incluso Ivette y Gabe le regalaron una pulsera.

—Muchas gracias a todos.

—Espera, Sophie, falta uno —dijo Cloti, con un gran paquete azul—. Lo hemos olvidado en la alacena. Llegó esta mañana. Es de la modista.

Cloti lo dejó sobre la mesa, delante de Sophie, que no tardó en deshacer el lazo que envolvía la caja. Quitó la tapa y ante sus ojos apareció seda roja.

Con manos temblorosas, desplegó el vestido.

Su corazón dio un vuelco.

Era el vestido rojo que se había probado en la modista, durante aquella tarde que parecía tan lejana...

Acarició con delicadeza el tejido, recorriendo las costuras, la textura, casi con fervor religioso.

—¡Es el vestido que vimos en la modista! —dijo Anna Danvers—. ¿Os acordáis?

—Es precioso, Sophie —murmuró Cloti, maravillada.

—¿De quién es el regalo? —preguntó Henrietta—. No venía con remitente.

—Tal vez es de Lady Rousette, la modista...

—No —dijo una voz masculina que Sophie conocía muy bien.

Alzó la cara y miró a Aaron, que la observaba.

—Es mío, Sophie —dijo, con los ojos fijos en ella y una expresión que hizo que a Sophie le temblaran las piernas—. Feliz cumpleaños.

—Gracias —dijo ella, con un hilo de voz.

Se hizo un silencio tan profundo que Sophie pensó que los invitados que la rodeaban serían capaces de oír el latido de su corazón, que se había vuelto loco y latía sin control.

—Sé que tal vez no es el momento, pero Aaron y yo —La voz de Vicky quebró el silencio —...Dimos un paso muy importante.

Sophie miró a Aaron, con la interrogación en la mirada.

—¿Un paso muy importante? —preguntó la madre de Aaron, que parecía aliviada y a la vez desesperada.

—No, Vicky —la voz de Aaron sonó áspera como la lija, en una advertencia que hirió a la joven Cauldwell pero que no sirvió para detenerla.

—Sé que querías que lo mantuviéramos en secreto, pero, ¿para qué?

—Vicky... —Aaron se puso en pie y dio un paso hacia ella, que retrocedió para ocultarse tras el cuerpo de su padre —. No lo hagas.

Sophie notó los nervios en el estómago. Aaron estaba reaccionando de manera educada pero contundente, así que imaginaba cuál era el plan de Vicky. Y el de la señora Wright.

—Aaron Wright y yo vamos a casarnos.

—No es verdad —respondió Aaron.

Hubo desconcierto entre los presentes. Helena Wright hizo un aspaviento indefinible, miró al señor Cauldwell, como instándole a intervenir. Y lo hizo.

—Todos saben que estabas cortejando públicamente a mi hija. Que me pediste permiso.

No. No podía estar pasando. No podía estar perdiéndole de ese modo.

No podía casarse con otra. Ya no solo era la admiración o el deseo que sentía hacia él, o ese sentimiento de "reconocimiento". Había algo más profundo que había anidado en el corazón de Sophie.

Por primera vez en toda su vida, a Sophie le importaba un hombre. Y era él. Solo él.

—Sí, sí, lo hizo. Y estaba decidido a dar el paso. ¿A qué sí, hijo mío?

Sophie miraba el vestido que él le había regalado, mientras lo acariciaba con esmero con la punta de los dedos.

Aaron la miró. Cuando ella alzó los ojos, sus miradas colisionaron. En medio del salón de su tío, en el que el aire parecía haberse esfumado, sustituido por un frío silencio lleno de tensión; la mirada entre ambos lo decía todo.

—Hijo mío, di algo.

Aaron miró a su madre. Luego a Vicky.

—Sabes que rompí contigo el día del incendio en el almacén de Brumel.

—Estás mintiendo —dijo ella, con lágrimas en los ojos.

—No, Vicky. Y tú lo sabes tan bien como yo.

—Pero...

—¡Mi hija está diciendo la verdad! Me pediste su mano hace ocho días, mientras cenabas con nosotros.

Sophie miró a Gabe, que estaba junto a la chimenea. Este carraspeó sin disimulo. Sabía lo que significaba ese gesto, lo que quería que hiciera.

Que dijera la verdad, donde había estado Aaron.

Y con quién.

Consciente del significado de ese carraspeo, Aaron también miró a Sophie.

—No es cierto, Robert. Hace ocho noches estuve aquí.

—¿Aquí? —preguntó Helena.

—En el nacimiento de mi hija —dijo Gabe—. Yo soy testigo de que su hijo estuvo aquí. Con el doctor y con Sophie.

Todos la miraron. Pero ella solo se fijó en Aaron, en el que encontró una súplica asomando en sus orgullosos ojos de hombre de Manchester.

—Es cierto. Estuvo aquí. Salvó a Lucian Monroe del incendio y luego vinimos aquí. Ivette se puso de parto y su hijo estuvo en esta casa hasta la madrugada —intervino Sophie.

—Así que tu compañía es ahora la de un cartista agitador que no merecía salvarse... —la voz de Helena era helada como una puñalada —...Y su sucia hermana irlandesa que estaba pariendo escoria...

—¿Cómo se atreve? —la interrumpió Sophie.

—Me atrevo porque soy su madre. Y debo enmendar los errores de mi hijo. Toda esta compañía...Todas sus ideas desde que volvió de África no han sido más que una concatenación de errores. Y, sobre todo, desde que usted llegó a esta ciudad, su comportamiento indecoroso ha acabado arrastrando a mi hijo, que hasta ese momento había sido íntegro y decente.

—Sigue sienta íntegro y decente. Su hijo es un hombre valiente y honesto, que se ha ganado cada libra de su fortuna —saltó Sophie—. No hace mucho que, en este mismo salón, usted y la señorita Cauldwell ensalzaban sus cualidades. Nada de eso ha cambiado.

—Salvo por su absurdo encaprichamiento con usted, que es más que evidente.

—Bueno, pues para su desgracia, ese encaprichamiento es mutuo —dijo Sophie, poniendo los brazos en jarras.

—¿Eso qué significa?

Sophie miró a Aaron. Sus ojos extraños, que al principio consideraba insondables, la miraban con una mezcla de expectación y fervor.

—Significa que le he pedido que nos casemos. Y si él me acepta, estoy dispuesta a ser su esposa.

Todos parecían más o menos conmocionados por la noticia, pero a Sophie poco le importaba. Buscó a Aaron y lo que vio en su mirada: una mezcla de emociones que iban desde la gratitud hasta el anhelo, hicieron que su corazón se llenara de alegría.

—Acepto —se apresuró a decir él—. Quiero casarme contigo, Sophie.

Las palabras ocuparon cada parte del corazón de Sophie, llenándolo con algo desconocido.

—Pues dadas las circunstancias —dijo el doctor, con una voz neutra, que trataba de disimular su sorpresa —...Tengo que tratar unos asuntos con el señor Wright y con mi sobrina en privado. Henrietta y el señor Newton les acompañarán a la salida.

Los invitados abandonaron el salón con diversas reacciones. La señora Wright ni siquiera se despidió de su hijo y salió alzando la cabeza, como si abandonara el lugar más infame de la Tierra.

Vicky sollozaba, colgada del brazo de su padre.

La familia Danvers se despidió cordialmente, deseosos de contribuir a que la noticia corriera por todo Manchester.

—Al despacho, ahora —dijo el doctor, señalando a Sophie y después a Aaron.

Ambos le siguieron sin decir nada.

El doctor encendió varias velas en las esquinas y avivó el fuego de la chimenea.

Aaron nunca había estado en esa parte de la casa. Lo primero en lo que se fijó fue en los cuadernos de cuero sobre el escritorio. Luego, miró a Sophie, que estaba cerca de él, pendiente de los movimientos del doctor.

Todavía no podía creerse lo que acababa de suceder. Se sentía flotando en un sueño. Tan cerca de lo que realmente deseaba, de lo que llevaba meses y meses anhelando en secreto...

—Bueno, Sophie, me gustaría que me explicaras en detalle qué hay entre vosotros.

Sophie miró a Aaron, al tiempo que entrelazaba las manos sobre su regazo, en un gesto que delataba su nerviosismo.

—Es evidente que hay algo.

—Debe haberlo si públicamente has dicho que os vais a casar.

—Si él quiere, estoy dispuesta.

—¿Por qué, Sophie? —preguntó Aaron, mirándola con una intensidad que la hacía derretirse —. ¿Por qué quieres casarte conmigo ahora? ¿Por qué has dicho que me pediste matrimonio?

—¿No es cierto? —preguntó el doctor.

—Su sobrina me ha rechazado tres veces.

—No me sorprende viniendo de Sophie. Sin embargo, ahora, ¿qué ha cambiado?

—No era justo para él. Vicky y su padre estaban mintiendo. ¡No podía consentir que lo acorralaran así!

—Muy noble por tu parte, pero aun así...Estás hablando de matrimonio, Sophie.

—Lo sé —respondió ella.

—Un matrimonio no puede deshacerse.

—Lo sé.

—Un matrimonio debe empezar con buen pie. Diciendo la verdad.

Sophie también sabía que su padre tenía razón. Ladeó el rostro y miró a Aaron, que no dejaba de observarla ni un segundo.

Ahí estaba la oportunidad de liberar la carga pesada que la estaba oprimiendo.

—¿Qué verdad, Sophie? —preguntó Aaron.

—Tal vez ya no quieras casarte conmigo.

—Os dejo a solas —dijo el doctor.

Cuando abandonó el despacho y cerró la puerta, Aaron se acercó a Sophie, que estaba muy nerviosa.

—¿Qué verdad?

Ella alzó los ojos. La cautela brillaba en ellos.

—Él no es mi tío.

—¿Y quién es?

—Mi padre. Y también es el padre de Gabriel.

—¿Qué?

—El verdadero doctor Hastings fue asesinado. Envenenado durante semanas en las que comprendió que era tarde e ideó un plan, aprovechando que él y mi padre eran gemelos. Por eso vinimos aquí, para encontrar a su asesino. Al mismo que envenenó a tu padre y al marido de Vivien y al líder sindical de Cauldwell Mill. Queríamos encontrar a la persona que paga a la Daga de Manchester para asesinar a moribundos y enviar un mensaje. Por eso hice tantas locuras y por eso hemos intentado estar cerca de los sospechosos.

Aaron palideció.

—¿Los sospechosos?

Sophie caminó hasta el escritorio y acarició los cuadernos.

—Mi tío fue muy meticuloso. Registraba sus visitas, sus opiniones, sus diagnósticos... Incluso sus sospechas sobre las seis familias a las que atendía —Bajó los ojos, buscando las palabras para continuar—. Cuando perdimos a La Daga, casi toda la investigación se estancó.

—¿No has descubierto nada más? —preguntó el, con un hilo de voz.

Sophie se mordió el labio inferior. Había descubierto algo más, pero no sabía si debía contárselo aún.

—Y ahora te ves obligado a casarte conmigo.

—¿Obligado? —preguntó él, con una sonrisa.

—Sé que no soy lo que tú quieres como esposa.

—Te he pedido matrimonio tres veces desde que te conozco.

—¡Sí, pero para enmendar errores!

—¿Y por qué has dicho esta noche que te casarías conmigo? ¿También ha sido para enmendar algo?

—No. Solo es que...No soportaba la idea de que te casaras con otra.

Aaron sonrió de nuevo. Notó el cambio en Sophie. Estaba inquieta, expectante.

—¿Por qué?

—Porque sé que no habrías sido feliz —dijo ella, apoyándose en la mesa del escritorio.

—¿Eso es todo?

—Yo tampoco habría sido feliz.

—¿Por qué?

Sophie bajó la cabeza. Notaba el corazón tan acelerado que se preguntó si él no podría escucharlo a medida que se iba aproximando hasta acunar su cara entre sus manos y besar la punta de su nariz.

—Porque me importas demasiado.



Trece días para la boda. Trece días que transcurrieron rápido, mientras Sophie pensaba en subirse en el primer tren de regreso a Londres; apenas dormía por los nervios y enviaba invitaciones a sus amigas sonriendo mientras imaginaba las reacciones que tendrían.

¡La que tanto había renegado del matrimonio, por fin se casaba!

Y lo peor de todo, es que lo deseaba del mismo modo que la idea la aterraba.

Henrietta la sorprendió atiborrándose a galletas de jengibre.

—Vamos a ver, Sophie —dijo, apartando el plato—. Vas a ir a una mansión en esta misma calle, tu vida será un poco distinta, pero no es como si te fueras a la Guerra de Crimea...Relájate un poco.

—¿Entonces, no me vas a echar de menos?

—Por suerte para mí, ahora tenemos un bebé al que malcriar.

El día antes de la boda, llegó un paquete enorme de parte de la modista. Era un precioso vestido de novia confeccionado en seda, con un corte simple y poco ostentoso. Era perfecto, como si la mismísima Sophie lo hubiera diseñado.

Al alzar los ojos, se encontró con su padre. Había ternura en su expresión y algo más profundo, un ramalazo de orgullo que no podía ocultar.

—Al final parece que me voy a casar.

—Sí, eso parece —El doctor dio un par de pasos cojeando y se sentó en el borde de la cama. Sophie se sentó a su lado.

—Tú le has dicho a la modista cómo hacer el vestido.

—¿Y lo he hecho bien?

—Se nota que me conoces —dijo ella, sonriente.

—Por eso sabía que te casarías con Aaron Wright. Lo supe desde que os vi por primera vez, cuando él te trajo a casa la noche que te extraviaste y los dos me mentisteis descaradamente.

—Te protegimos de la verdad. Eso es lo que se hace con los seres queridos.

—Sophie... —Su padre la tomó de las manos con dulzura. —Espero que recuerdes esas palabras algún día no muy lejano.

—¿Qué quieres decir, papá?

—Nada. Ya sabes, consejos de padre. —Se inclinó y besó su frente—. Te diría que descanses, pero tenemos visita.

—¿De quién?

—Tus amigas y sus esposos están aquí.

Sophie bajó las escaleras a la carrera. En el recibidor, elegantes y refinadas, sus tres mejores amigas y sus esposos, grandes aristócratas londinenses, charlaban en voz comedida. Hasta que la vieron.

—¡Sophie!

Se abrazaron, chillaron y dieron saltitos de alegría.

—¿Qué hacéis aquí?

—¿De verdad pensabas que nos perderíamos tu boda? —dijo la duquesa de Arlington.

—¿Dónde os alojáis?

—En un hotel del centro —respondió la condesa de Rockford.

—¿Habéis cenado?

—Todavía no, pero Henrietta se ha puesto manos a la obra. ¡Ya sabes que adoro sus sopas! —añadió la marquesa de Grafton.

—Pues vamos al salón —dijo Sophie, que no podía dejar de sonreír.

Disfrutaron de una velada amena, en la que charlaron, rieron y cenaron

copiosamente.

—Bueno, bueno, pues creo que ha llegado el momento de que nos hables de él.

—¿Él? —preguntó Sophie, haciéndose la ingenua.

—El afortunado que ha conseguido doblegarte.

—Pues...

Sophie estaba pensando qué podía decir de él cuando Horatio entró al salón.

—Disculpen, pero el señor Aaron Wright está aquí.

Sophie notó una emoción envolviéndola. Se puso de pie como impulsada por un resorte. Aaron entró, con el abrigo marrón abierto, dejando entrever que debajo llevaba pantalones oscuros y un chaleco granate. El dije de su reloj de bolsillo colgaba a un lado.

Ella lo analizó a conciencia, como si lo mirara por primera vez, como hacían sus amigas.

Se quitó el sombrero, hizo una reverencia y sonrió.

Pero había algo en él. Como si ya pudiera leer en su interior, supo que estaba preocupado. ¿Tal vez era por la boda? ¿Se arrepentía?

—Señor Wright, mis amigas de Londres han venido para nuestra boda —trató de que su voz sonara tranquila.

—Encantado.

Pronto sus amigas y sus esposos estaban de pie, saludándole, invitándole a sentarse. Aaron se vio absorbido por su entusiasmo, por su amabilidad.

Le hicieron decenas de preguntas que él respondió con soltura. Sonreía, halagado, cuando sus amigas se referían a él como "el elegido" o "el afortunado" y aceptaba con un leve asentimiento y un discreto sonrojo, los descarados piropos de Carla, que le dijo que era muy apuesto.

Él miraba a Sophie sin cesar, con una expresión cálida que la traspasaba.

Al día siguiente, a aquella misma hora, ya serían marido y mujer. Luchó contra la idea, tratando de alejarla de su mente.

Y llegó el momento en que sus amigas se despidieron para regresar al hotel. Y eso condujo al instante en que se quedó a solas con Aaron.

—Ven, vamos a la salita de mi padre.

Se sentía feliz con que él supiera la verdad por fin. La siguió en silencio por el pasillo oscuro, hasta que Sophie alcanzó un pequeño quinqué y lo encendió.

Lo dejó sobre el escritorio y se apartó a un lado.

—¿A qué has venido? ¿A cancelar la boda? —preguntó ella en un susurro, ahora de espaldas a él.

Aaron alargó su mano hasta el pelo de Sophie, le quitó con suavidad las horquillas que lo mantenían sujeto en un moño y el cabello se derramó en una marea roja. Ella no se movió, ocultando tras su silencio el tumulto que agitaba su interior. Suavemente, Aaron deslizó una mano hacia su nuca, apartando el cabello a un lado para acariciar esa parte de la anatomía de Sophie, que inclinó la cabeza hacia delante. Los dedos de Aaron le hicieron cosquillas en el nacimiento del cabello y luego se movieron por el hombro, para después descender por el brazo hasta los dedos de Sophie y envolverlos. Con la otra mano, la rodeó por la cintura y la estrechó contra él. Sus cuerpos se ajustaban y Sophie notó el aliento de Aaron en su cuello. Escondió el rostro entre el cuello y el hombro de ella, que notó el roce de su barba y luego los labios, depositando un suave beso.

—Sophie, Sophie...

Ella colocó sus brazos sobre el que rodeaba su cintura.

—¿A qué has venido? —suspiró ella.

Aaron guardó silencio.

Una palabra gritaba en su interior. Cobarde, cobarde, cobarde. Permanecieron largo rato así, quietos, al contrario que sus corazones, que se movían desenfundados como si trataran de latir al unísono.

Y entonces, Aaron se apartó, haciendo que Sophie notara el frío que dejaba la ausencia de su cuerpo.

—Hasta mañana, Sophie.

Aaron abandonó el hogar de Sophie con el dolor aferrándose a su alma. No se había atrevido a confesarle lo que sabía por si ella se echaba atrás y anulaba el enlace. Era un egoísta, un cobarde, un auténtico miserable.

Sus amistades londinenses eran aristócratas refinados y elegantes, con un afectado acento que indicaba que descendían de una larga estirpe de seres nacidos en el lado favorecido de la vida. Sin embargo, habían sido amables con él, tratándolo de igual a igual porque iba a casarse con Sophie, como si él la mereciera.

Había tratado de superar la muerte de su padre marchándose a África y lo que había vivido allí y el sentimiento de culpa posterior lo habían vuelto frío y distante, con un propósito que había ido cumpliendo poco a poco. Hasta que ella había llegado. Sophie le había hecho despertar la conciencia y acelerar las cosas porque deseaba ser mejor hombre. Por eso había abierto la escuela, a pesar de la presión y de las amenazas. Se había obcecado con tener más poder para ser intocable, para cambiar las cosas desde su pedestal y por eso había llegado a plantearse el matrimonio con Vicky. Por eso había tratado de alejarse de Sophie, hasta que comprendió que no podía vivir sin ella.

Por eso le había ocultado la confesión que había sacado a golpes al asesino de su padre.

Tal vez, cuando reuniera el valor, se lo contaría.



La boda transcurrió rápido. Para Sophie fue como un sueño del que te despiertas y luego apenas puedes recordarlo. Flotaba en una sensación irreal, con su vestido blanco de seda, del brazo de su padre. La iglesia de San Lucas era de estilo gótico y estaba situada en la esquina de Cheetham Hill Road y Smedley Lane.

De parte de Aaron, nadie de su familia asistió, aunque la familia Danvers estuvo al completo y no faltó tampoco Vivien Bradsheet. En los bancos de la derecha, no había un solo hueco libre. Estaban ocupados por los alumnos de Sophie y por los trabajadores del molino que se habían puesto sus mejores galas para aquel acontecimiento. En la primera fila estaban Gabe e Ivette con sus dos hijos; Henrietta, Cloti, Horatio y todo el servicio. Pero no estaba Lucian. Sophie buscó su melena desordenada y roja, pero no la encontró.

Aaron esperaba en el altar, con el cabello recogido y un elegante traje negro.

Prometió ser fiel en la salud y en la enfermedad y repitió palabras que el reverendo Abe leía, pero toda su atención estaba en el rostro de Aaron, que la miraba fijamente, bello y emocionado.

Y el día pasó rápido, con fogonazos de momentos, risas y emociones que se solapaban.

Llegó la noche y de repente, Sophie estaba en un carruaje con Aaron, de camino a su nuevo hogar, el que hasta ese momento había pertenecido solo a él.

—¿Estás nerviosa?

—Sí. Ha sido un día intenso.

—Sí.

Él tomó su mano. Ambos llevaban los guantes, pero, aun así, al entrelazar los dedos, Sophie notó un cosquilleo que recorrió su cuerpo.

Estaban casados y se dirigían al hogar de Aaron...En su noche de bodas. Por un momento, le faltó el aire.

Cuando llegaron, Aaron le dijo que subiera a su habitación, que él tenía que hablar con Lazarus y el servicio sobre los cambios que iban a haber a partir de la mañana siguiente.

Sophie conocía la ubicación del dormitorio de Aaron y subió hasta allí con las piernas temblorosas.

Se sorprendió al ver la ventana abierta. La brisa de la noche movía las cortinas. Había una figura de pie en el balcón.

Sophie se sobresaltó en un principio, en lo que sus ojos tardaron en reconocerle.

—¡Lucian! ¿Qué haces aquí?

Lucian entró en el dormitorio, estrujando el gorro de lana entre las manos.

—No has venido a la boda. ¿Por qué?

—Por lo que he descubierto.

—¿Qué?

—He encontrado a la Daga, Sophie. Estaba en un fumadero de opio en Ancoats. Un amigo irlandés me ha llevado hasta allí. He conseguido que me dijera quién le pagaba.

—¿Y por qué me lo dices hoy? ¿Ahora?

—Cuando he llegado a la iglesia, ya os habíais marchado.

—¿Qué te ha dicho?

—Que le pagaba el señor Wright, Sophie. Aaron...Era su benefactor.

Sophie tuvo que sentarse frente al tocador porque le parecía que iba a desmayarse. Su cabeza comenzó a especular con rapidez. Sintió el rostro rígido, como una máscara.

No quería llorar. La respiración se abrió paso entre sus labios en lo que pareció un sollozo, que conmovió tanto a Lucian, que no se atrevió a volver a mirarla.

—No puede ser.

—Me ha dicho que se lo dijo a Aaron, Sophie. Y que por eso lo dejó caer al río.

No, no podía ser. Aaron no le podía haber ocultado algo así, no cuando ella le había confesado su verdad, la razón por la que había llegado a Manchester...

—¿Sophie? —dijo Aaron, entrando en la habitación.

Sintió un sobresalto al oír su voz, mezclado con incredulidad y rencor. Se puso de pie, aún con su vestido de novia.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Aaron.

Sophie tenía los puños apretados como piedras. Todo su cuerpo se tensó al ver a Aaron después de lo que Lucian acababa de contarle.

—¿Quién pagaba a la Daga?

—Sophie... —El rostro de Aaron se convirtió en una máscara de angustia.

Ella respiraba de manera entrecortada, como si estuviera a punto de gritar hasta perder la voz.

—Te he preguntado que quién pagaba a la Daga.

Aaron la miró con una mezcla de horror, de miedo y de amor.

—Sé que lo sabes. Dímelo. —la voz de Sophie estuvo a punto de convertirse en un sollozo—. Lucian encontró a la Daga y le confesó el nombre de su benefactor.

—Deja que te lo explique —dijo Aaron con voz entrecortada—A solas.

Lucian bajó la cabeza y salió del dormitorio. Cuando se hallaron solos, Sophie notó que su rostro estaba húmedo, salado y caliente, las piernas le

temblaban y se sentía invadida por un dolor que se transformaba con velocidad en ira.

—Dijo que el dinero venía de parte mía. Pero no es cierto.

—¿Y tengo que creerte?

Las palabras de Sophie resonaron en el silencio, horribles, llenas de angustia y de dolor.

—Nunca te he mentado— La aflicción que él sentía era evidente. Y demasiado real, pero eso no podía influir en Sophie, que se sentía engañada y se carcajeó, pero sonó como algo que se rompía.

—Me ocultaste lo que te dijo.

—No quería que te alejaras de mí. No quería que me considerases culpable.

Aaron avanzó. Sophie tuvo que luchar consigo misma, contra sus sentimientos por él. Retrocedió. Bajó la cabeza para no verle, para no mirar su figura que tan bien conocía, con sus hombros anchos y el contorno de su pecho insinuándose bajo la camisa blanca abierta, ni el cabello suelto y los ojos tan extraños y peculiares. No podía mirarle.

—Sophie, no puedes pensar que yo pagué para que asesinaran a mi padre, a tu tío...

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Aaron calló.

—¿A quién proteges?

—A nadie.

Mentía. La mentira les distanciaba como un abismo invisible.

—¿Sabes quién pagaba a la Daga?

—No.

—¿Sospechas de alguien?

Aaron apartó la vista y ese hecho fue toda la confesión que Sophie necesitaba.

—¿De quién sospechas?

—No puedo decírtelo, Sophie.

Ella sintió una furia renovada, prendiendo fuego a sus músculos. Se movió hacia él.

—Si no me lo dices es porque no confías en mí.

—No es verdad. Pero....

—Pero ¿qué? Me he casado contigo. Te he salvado de un matrimonio con otra.

—¿Me has salvado? ¿Ahora soy tu obra de caridad, Sophie?

—¿Querías casarte con Vicky después de todo?

—¡No! Pero tampoco quiero ese reproche. Me dijiste que te importaba, que por eso te casabas conmigo.

—Porque confiaba en ti. ¿Qué tengo que hacer ahora si no quieres decirme la verdad?

—Dame tiempo. Es lo único que te pido.

—Me has engañado.

—¡Y tú a mí! Desde el principio, además.

—Pero yo te lo conté todo. ¿Por qué tú a mí no?

—Porque es complicado.

—Inténtalo. Ahora.

Él se calló. Sophie notó que el corazón aleteaba con esperanza ante esa oportunidad que ella le había brindado. Tomó aire, aspirando la leve ilusión de que él confesara la verdad.

«No. No va a empezar tan mal nuestro matrimonio».

Pero Aaron se dio la vuelta.

—Dormiré en la habitación de invitados.

—Pero, Aaron... ¿así es como va a empezar esto?

—Sí. Me temo que sí.

Salió del dormitorio. La puerta se cerró tras él. Llegó el silencio. Sophie sintió que todas las fuerzas, todos los nervios del día, de los preparativos, de la boda, la derrotaban. Se dejó caer sobre la banqueta frente al tocador. En el reflejo del espejo, vio las lágrimas.

Aaron se escondió en la biblioteca, en silencio, bebiendo whisky y observando el fuego que devoraba incesantemente la leña. El estallido de las llamas se asemejaba a lo que sentía en su interior: toda una tormenta de emociones, de dolor. E impotencia.

Estaba protegiendo a sus seres queridos y perdiendo a Sophie. La verdad estaba en el molino, en uno de los cajones de su escritorio. La verdad que le condenaba y le salvaba al mismo tiempo. Debería habérselo dicho. Pero no había encontrado la ocasión ni las palabras y cuando ella confesó su verdad, que el doctor Byron estaba muerto, asesinado, el miedo a la venganza, la necesidad de justicia le hizo callarse. ¿Qué iba a ser de su hermana Catalina, de sus hermanos? El escándalo arrasaría con todo, con sus vidas, con su apellido, con su legado. Y Sophie no se habría casado con él. Había sido egoísta y el castigo por ello estaba a punto de empezar.

Sophie esperó. Él no volvió. Tampoco desayunó con ella. El servicio le informó de que se había marchado al molino al amanecer. Así que ella se marchó al colegio, como si nada hubiera pasado, como si no se hubiera casado el día anterior. Arregló la clase, organizó los libros y preparó la lección.

Y no lloró.

El mundo siguió en sus quehaceres. El traqueteo de la fábrica, el ruido de los cascos de los caballos, el vocerío de los trabajadores...

La ciudad gris y monstruosa seguía rugiendo y moviéndose, ajena a la alianza en el dedo de Sophie y a su corazón roto.



Y así pasaron diez largos días, en los que hicieron vidas separadas, como si estuvieran en esferas que los mantenían alejados.

Ella iba y volvía del colegio como siempre y Aaron pasaba el tiempo en el despacho o tomaba el caballo y salía de la ciudad hasta la mina, en Staffordshire.

Entonces, aquella jornada, se dio cuenta de que algo no estaba bien.

Agudizó el oído. El traqueteo lejano que se colaba en las clases y que al principio le molestaba, había cesado. Miró el reloj. Eran las diez y a esa hora, sus alumnos ya llevaban un rato armando revuelo cerca de la escuela.

Pero ahora, todo era silencio.

¿Y si se había declarado una huelga? ¿No debería habérselo dicho alguien? Aaron no lo había hecho, desde luego, porque desde su "no" noche de bodas no había vuelto a cruzarse con él, pero ¿y Lucian? Repasó la última conversación entre ellos. No, definitivamente no le había dicho nada. Habían transcurrido cinco días desde entonces y en esa ciudad, que todo se movía y se gestaba a toda velocidad, podría haberse organizado una huelga y ella no se había ni enterado. Se había dedicado a compadecerse como una tonta por haberse casado con Aaron...que le había mentido.

Había estado navegando entre el rencor y la tristeza y se había preguntado por qué le había afectado tanto. ¿Y si tal y como todos decían, se había enamorado?

¿Por eso le dolía lo que había descubierto? ¿Por eso le consumía la idea de ser su esposa y no poder tocarle?

Él mismo había impuesto la distancia, trabajando más horas y durmiendo en la habitación de invitados.

Ni siquiera había subido hasta su despacho en los últimos quince días porque no sabía cómo enfrentarse a él.

¿Era eso amor? ¿Toda esa mezcla de miedo, nervios, ganas y recelo? Había estado tan ensimismada en sus pensamientos, que había ignorado el mundo exterior.

Tal vez Manchester estaba a punto de arder y ella solo deseaba ver a una persona...

—Sophie...

...Que acababa de decir su nombre.

Sophie alzó la cara y miró hacia la puerta. Allí, con gesto preocupado, estaba Aaron. El corazón de Sophie se volvió un animal salvaje, revolviéndose de emoción en su pecho.

—No me digas que nadie te ha avisado.

Sophie ignoró sus propios sentimientos y analizó el gesto de alarma en él.

—¿De qué?

—Mandé al capataz a que te avisara. ¡Maldición! Tenía que llevarte a casa.

—Pero ¿por qué?

—Por la huelga, Sophie. Esto no es seguro.

—A mí no me harían daño.

—No vas a quedarte a comprobarlo. Nos vamos.

Ella iba a rechistar, pero entonces el extraño silencio que había en el exterior fue remplazado por gritos y voces.

—Ya han empezado.

—¿El qué?

—Las revueltas.

Sophie recordó las palabras de Lucian, sobre la huelga de 1842, en la que había habido tantos muertos.

—Nos vamos. ¡Ya!

Sophie se puso en pie y se acercó a él, que la agarró de la mano con fuerza.

Era la primera vez que la tocaba desde la boda y ella comprendió lo mucho que había añorado (y esperado) ese contacto.

Salieron al exterior. Tomaron varias calles y se dieron de bruces con la turba.

Aaron se detuvo en seco y cuando miró a Sophie, un estremecimiento de pánico la recorrió.

—¡Que no se escapen! —gritó alguien al reconocerles.

Trataron de escapar, pero pronto los alcanzaron. A Sophie la retuvieron por la cintura, alzándola del suelo. Ella gritó mientras buscaba con la mirada a Aaron. A él lo habían obligado a arrodillarse y un tipo grande y mugriento, el mismo que la había atacado en Deansgate, lo tenía agarrado por el cuello. Con un solo gesto, podía matarlo.

—¡Aaron!

Ella gritó su nombre con el terror en cada letra y él la miró, con una fría serenidad que la hizo sentir orgullosa.

—¡He aquí un opresor! ¡El más poderoso de todo Manchester! —dijo un hombre.

Sophie lo miró. Lo había visto aquella noche en Angel Meadow, el que combatía contra La Daga.

—Pero hasta los más ricos caen de rodillas.

—¡Basta! —grito Sophie, revolviéndose.

—¡Dejadla en paz! —dijo Aaron—. ¡Ella no ha hecho nada malo! Dejad que se marche.

—¡No! ¡Aaron!

—Ella ha sido la profesora de muchos de vuestros hijos, los ha

alimentado, ha cargado sus bolsillos con comida para vuestros hogares. ¿O no es cierto? Olson, sé que tus hijos, Lionel y Lucy, son muy buenos estudiantes...

Sophie se preguntó cómo era que él sabía todo eso. ¿A quién le había preguntado?

—Todo es gracias a ella. Les está dando un futuro a vuestros hijos, que os están ayudando a llevar las cuentas...Dejad que la señorita Sophie se vaya. Yo me quedo.

—¡No!

—¡Dejad a la señorita! —Lucy y Lionel Sheeran, que iban a la clase de Sophie aparecieron con gesto nervioso —. ¡Papá, déjala!

Se armó un revuelo. Sophie solo podía mirar a Aaron, que tampoco apartaba los ojos de ella.

Había tanto que quería decirle...

—¡Ella es su esposa! ¡Es como él!

—Ella nunca ha sido como yo —dijo Aaron, con una tristeza que conmovió el corazón de Sophie.

—¡Cállate, sucio perro opresor! —gritó el que sujetaba a Aaron—. ¡Tú me echaste de la mina!

—Porque ibas a violarla, cabrón.

El revuelo creció. Sophie notaba que los ojos se le habían anegado por el llanto. Apenas podía respirar por el miedo.

—¡No le hagáis daño! —suplicó.

—Dejad que ella se vaya y haced conmigo lo que queráis.

—Aaron...

—¿Qué demonios estáis haciendo?

Entre las lágrimas, Sophie vio a Lucian, que se abría paso entre la gente

con violentos empujones.

—¡Marcus! ¡Sheeran! ¿Qué hacéis?

Lucian miró a Sophie y vio el terror inundando sus ojos, su expresión.

—¿Qué pretendéis hacer? —miró a los que parecían encabezar aquella turba.

—Ellos tienen que pagar por oprimirnos, por matarnos de hambre.

—Lucian, llévate a Sophie —suplicó Aaron.

—¡Callaos! —dijo Lucian, dirigiéndose al gentío—. ¿Qué creéis que pasará si matamos al señor Wright y a su esposa?

—¡Que sabrán que somos algo más que corderos a los que someter!

—¡No! Muchos de aquí trabajáis en el molino Hastings-Wright. ¿Quién creéis que llevará el molino si él muere? ¡Nadie! ¡Nadie lo hará! ¡Y os quedareis en la calle! O peor aún...Tendréis que ir a suplicarle al viejo Cauldwell para que os dé trabajo y ya sabéis lo que paga y cómo se las gasta. Moriréis de hambre o en su molino entre sus máquinas y a él le dará igual.

—Pero podemos darles una lección.

—¿A los únicos que se han preocupado por nosotros? ¿Al que mejoró las condiciones, subió nuestros sueldos y contrató más hombres y menos niños? ¿O a su esposa, que abrió un colegio, dio a vuestros hijos y sobrinos de comer y les enseñó a leer, a escribir y a contar? Hagamos una huelga limpia y fuerte. Para que el resto de los molineros pongan las mismas mejoras que este caballero de aquí. Para que, a la larga, todos ganemos.

Se hizo un silencio, solo interrumpido por algún murmullo.

—Dejad que se marchen y vayámonos a casa, antes de que llegue la policía.

Lucian se acercó a Sophie y el que la sujetaba se la pasó, como si no fuera más que un saco de algodón. Lucian la cogió al vuelo y la dejó con cuidado en el suelo. Ella abrió los ojos y lo miró, agradeciéndoselo en silencio.

—Marcus, deja al señor Wright. ¡Ahora!

El tipo enorme y desaliñado apretó el cuello de Aaron unas décimas de segundo.

—¡Marcus!

Lo soltó. Aaron se volcó hacia delante, dando bocanadas de aire y tosiendo.

—¡Aaron!

—¡Venga, marchaos!

Aaron se puso en pie. Estaba pálido y sudoroso. Se llevó la mano al cuello y tragó saliva. Luego le dio las gracias a Lucian, que se alejaba con la gente.

Le tendió la mano a Sophie, que la tomó con rapidez.

—Aaron...

—Ahora no, Sophie.

No le dirigió la palabra mientras corrían a casa. Una vez allí, el mayordomo Lazarus salió a recibirles y Aaron dijo:

—Prepárame un baño. Y que la señora haga lo que desee.

Y se escabulló a la habitación de invitados, dejando a Sophie sola con Lazarus y sin entender nada.

¿Qué le pasaba? Había sido tan valiente, anteponiéndola a ella en todo momento y ¿ahora...Ni la miraba?

¿Por qué había actuado así? Ella no entendía su reacción, pero sí había descubierto algo sobre sí misma. Aaron Wright le importaba. La sola idea de que le hubieran hecho daño... ¡La inconcebible idea de verle morir!

Sophie subió las escaleras y se fue a la habitación principal. Estuvo dando vueltas, con la cabeza repleta de pensamientos. ¿Qué debía hacer? ¿Qué podía decir?

Así que tomó una decisión que aceleró su corazón.



Aaron estaba en la bañera, con los brazos a ambos lados y la cabeza hacia atrás. Sus ojos permanecían cerrados. Tenía la respiración acelerada y su corazón descontrolado.

Era lo más cerca que había estado de ella desde que se había casado. Su esposa, su Sophie, gritando su nombre... ¿Había sufrido por él? ¿Había esperanza para ellos?

No sabía qué hacer. ¿Y si se sentaba y hablaba con ella?

En ese momento, oyó el clic de la puerta abriéndose. Miró y la vio. Sophie entraba con decisión, vestida solo con una bata.

—Sophie... —articuló él, incorporándose para mirarla.

Entonces vio como dejaba caer la prenda a sus pies. Sus ojos se deleitaron con la vista del cuerpo de Sophie, con la piel desnuda y blanca como la nata.

Quiso decir algo, pero ella ya estaba entrando en la bañera, sin importar que el agua se derramara por el suelo. Sintió sus labios sobre los suyos y sus pequeñas manos agarrando su cara.

—Yo nunca te habría dejado solo. ¿Está claro? —murmuró junto a su boca entre beso y beso.

Aaron estaba atónito y no le devolvía los besos. Sophie comenzó a sentirse rechazada. Estaba desnuda, dispuesta a entregarse a él y Aaron parecía una estatua.

—Aaron... —se le escapó su nombre en un susurro y miró sus ojos, que la observaban con seriedad—. Nunca te habría abandonado.

Primero notó las manos de Aaron en su espalda y luego sus labios silenciando el resto de palabras. Cerró los ojos y se dejó llevar. Se besaron, se mordieron. Aaron la apretaba contra él, como si no fuera a dejarla escapar

nunca más. Cuando ese pensamiento llegó, Sophie se sintió plena.

No quería escapar, ni alejarse de él, ni perderle. Los besos siguieron y siguieron hasta que el agua se enfrió.

—Señor Wright, el agua está helada —dijo ella con una sonrisa.

—El fuego en la chimenea está encendido —Aaron esbozó una sonrisa entre las palabras.

—Pues me parece un buen lugar para continuar con esto.

Aaron la tomó en brazos y la sacó del agua, como si apenas pesara. Ella se agarró a su cuello y se rio, dejando que su risa llenara el corazón de Aaron. Nunca la había escuchado reír así para él.

Cuando la depositó en el suelo, Sophie notó el suave tacto de la alfombra bajo sus pies mojados. A su espalda, el fuego de la chimenea lanzaba un calor constante y agradable, que resultaba escaso comparado el calor que latía en el interior de Sophie. Alzó los ojos y miró a Aaron. Estaba frente a ella, desnudo, con el cuerpo fibroso cubierto de agua. Se fijó en los músculos de sus hombros, en la forma del pecho cuadrado y compacto, cubierto de un vello espeso que se difuminaba a la altura de las clavículas.

El estómago plano era duro y también tenía vello, desde el ombligo hasta...

Sophie se mordió el labio. Cuando miró a Aaron, la intensidad de sus ojos sobre ella, sobre su cuerpo desnudo, algo que parecía haber olvidado, la hizo temblar de nuevo.

Sophie alzó el mentón. Se sentía insegura y un poco asustada, pero no iba a dejar que él lo percibiera. Se puso de puntillas y recorrió su labio inferior con la lengua. Aaron casi enloqueció.

—Sophie —gruñó él —...si sigues jugando conmigo de esa manera no voy a poder controlarme.

—¿Y quién te ha pedido que te controles?

—Me lo he pedido yo mismo —su voz era intensa, ronca y aunque

trataba de controlarse, sus ojos le traicionaban y buscaban el cuerpo de Sophie, para contemplar su desnudez.

—¿Por qué?

—Nuestro matrimonio no empezó de manera convencional...

Ella se apartó de él y fue consciente de que aquellos ojos extraños seguían su cuerpo; cada gesto; cada movimiento de la respiración. Nada escapaba a su atención. Se sintió poderosa, deseada y caprichosa. Aaron apenas podían mantenerse quieto. Se le notaba en todo el cuerpo rígido, en la postura impostada.

—Nada de lo que ha pasado entre nosotros ha sido convencional...Ni aburrido —dijo ella, echándose el cabello hacia atrás, mostrando sus pechos y alzando la cara hacia él, con mirada pícara —. ¿Va a hacer que lo sea ahora, señor Wright?

Aaron se dio cuenta de que cuando se había planteado cuál sería la perfecta representación del pecado, se había quedado corto, pues la forma en la que Sophie le miraba y le hablaba en ese momento era lo que siempre había deseado.

Pero no iba a ceder tan fácilmente. Había ido tras ella casi desde que la había conocido. Y ahora estaba dispuesto a hacerla sufrir un poquito. Aaron se movió, alejándose. Se escurrió el agua que llevaba en los cabellos y se los echó hacia atrás. Luego ante el desconcierto de Sophie, que trató de disimularlo sin mucho éxito, se colocó de pie frente a la chimenea. Ella contempló la espalda, cada músculo, las cicatrices, la curva hasta el final...

Tragó saliva. ¿Esa actitud significaba que la estaba rechazando? ¿O que quería hablar? ¿Ahora...? ¿De verdad?

—Aaron...

Él no se giró. Sophie entrelazó las manos con nerviosismo.

—¿Qué soy yo para ti, Sophie? —le oyó decir, sin girarse.

—¿Qué?

—¿Qué significo para ti?

—¿Tenemos que hablar de eso ahora...? ¿No podemos simplemente...?

—¿Simplemente qué?

—Hacer el amor hasta que no nos tengamos de pie.

—¿Es eso lo que deseas? —dijo él, haciendo que los latidos del corazón de Sophie se desbocaran.

—Sí. Eso es lo que deseo. ¿Tú no?

Aaron apartó los ojos de ella y guardó silencio. El fuego crepitaba en la chimenea. ¿Es que no veía que ella también ardía? ¿Que se quemaba de ganas de él?

—¿Que soy para ti, Sophie? Dímelo.

—¿Es que no te lo he demostrado antes...cuando creía que iba a perderte?

—Solo quiero oírlo de tu boca. Entonces, haremos el amor.

—Todo esto es por las veces que te he rechazado, ¿verdad? Esta es tu manera de darme una lección. De hacerme pagar con la misma moneda.

Él volvió a mirarla. Apreció que estaba nerviosa. Por primera vez desde que la conocía, su fachada de superioridad y altanería se estaba desmoronando. La tomó de la mano y la acercó a él. Sophie no se atrevió a mirarle.

—Después de todo lo que nos dijimos en la noche de nuestra boda y ahora, ¿qué esperas, Sophie?

Ella sabía que había sido cruel innecesariamente, porque en realidad no sentía nada de lo que le había dicho.

—¿Quieres que lo olvide todo? ¿Que olvide que te sentiste engañada...?

Sus palabras, el cruel reproche, era doloroso, pero ella solo podía mirar su mano, cogiendo la suya. Tan diferentes, pero tan perfectas...

—Dime, Sophie... ¿Qué es lo que quieres?

—Lo único que he querido desde que entré en tu despacho, Aaron. Que me pertenezcas.

—¿El qué? ¿Mi cuerpo o mi corazón?

—¿Qué puedes darme?

—¡Oh, Sophie! —dijo él, alejándose de nuevo, con el ceño fruncido—. ¿Es que no entiendes que ya lo tienes todo? ¿Que ya te lo di? Soy tuyo. Y lo seré hasta el último día de mi vida. Y solo quiero que tú sientas lo mismo. No puedo hacer el amor contigo si albergó la duda de que esto, este matrimonio, no es lo que quieres. Así que contéstame mirándome a los ojos. ¿Es esto lo que quieres? Porque antes de que hagamos el amor, te doy la oportunidad de irte. Me da igual mi vida, mi reputación. Me da igual todo. Si quieres marcharte a Londres, no te lo impediré. Así que dímelo, Sophie.

Se plantó delante de ella y le levantó la cara por la barbilla.

—¿Qué es lo que quieres?

Sophie alzó la mirada y sus ojos conectaron.

—La primera vez que te vi...En tu despacho, me imaginé que algún día llegaría a un hogar en que tú estarías, sin el chaleco, con la camisa abierta y arremangado. Solo para mí. Salí de allí temblando, como ahora. Como cada vez que hemos estado a solas desde ese día...No he querido nada más que temblar una y otra vez contigo, para siempre...

Aaron la miró durante casi cien latidos de su corazón.

—Me parece que nada de lo que suceda a continuación va a ser aburrido. ¿Preparada para temblar, señora Wright?

Él la besó. Sophie se dio cuenta de que había estado condenada desde el principio, que él había sido el único y que siempre lo sería. La tomó por la cintura y la levantó. Ella lo envolvió con sus piernas mientras se besaban. Sophie se aferró a sus hombros y se dejó llevar. Por eso pronto se vio tumbada sobre la alfombra. Abrió los ojos. Aaron se colocó sobre ella, que lo recibió con abrazos y besos ansiosos. Él presionó su longitud contra el centro de Sophie y tuvo que recurrir a todo su autocontrol. Pero Sophie se arqueó

contra él, invitándole sin palabras.

Aaron se inclinó más sobre ella.

—Te quiero, Sophie.

Ella se quedó sin respiración al oír esas palabras, pero antes de que pudiera añadir nada, él se coló despacio en ella. Poco a poco, fue llenándola.

—Aaron... —el nombre fue una súplica. Quería más, mucho más. Sin demora.

—No te escondas de mi —dijo él—. Me has mirado a los ojos desde que nos conocimos. Hazlo también ahora.

Cuando ella obedeció, mirándole con la misma valentía que siempre, él se movió un poco más. Sophie gimió. Aaron volvió a besarla, acariciándole los labios de una manera lenta e íntima.

Luego la miró. Estaba inmóvil sobre ella, con los brazos, los hombros y el cuello en tensión.

—Quiero más, Aaron.

Y él se hundió en ella. Sophie movió las caderas para recibirle. Los movimientos se acompasaron y los gemidos fueron naciendo, componiendo la música del placer.

—Voy a perderme...

—Lo sé, Sophie. Yo también.

—Quiero perderme, contigo...

La tensión que sentían se liberó al unísono en un éxtasis perfecto.

Aaron se hizo a un lado y miró a su esposa. Vio en ella la piel ruborizada, cubierta de agua y de sudor y una sonrisa maravillosa en su rostro.

—No sé si quiero saber lo que estás pensando, Sophie.

Ella le miró, con la sonrisa amplificándose.

—Que no ha sido nada aburrido.

Aaron se echó a reír y su risa, ronca y sincera, llenó la habitación y el alma de Sophie.

—¿Algo más que añadir? —La miró, con ojos risueños.

Sophie se ladeó y se abrazó a él. Colocó la cabeza sobre su pecho y dijo en voz baja:

—Me has hecho temblar.

—Y tú a mí, Sophie.



Pasaron los días siguientes haciendo el amor, hablando hasta las tantas y riéndose. Construyeron un reino diminuto en aquel dormitorio, ajenos a todo lo que acontecía en la ciudad.

Aaron deseó que aquel sueño, porque lo era, después de todo lo que había anhelado estar con Sophie. Apenas podía creerse lo que vivía. La miraba, con la piel blanca como el algodón, el cabello rojo, largo y suelto, y las curvas voluptuosas de su cuerpo, que lo volvían loco. No se cansaba de acariciarla, de que ella lo acariciara sin miedo y sin reservas; curiosa y tímida a la vez. Dejó que la boca de Sophie recorriera e indagara por su cuerpo y luego él hizo lo mismo, con la sensación de que nunca podía saciarse de ella, de su sabor, de la suavidad de su piel.

Pero sabía que el sueño cambiaría. Todavía había algo que no se había resuelto. Cuando Sophie cayó dormida, Aaron la observó, en silencio.

La amaba más de lo que había creído que era posible y por eso le debía la verdad.

Se levantó de la cama, lamentando cada paso que lo apartaba de ella, que lo alejaba del reino de placer y risas que habían construido. Salió del dormitorio y buscó a Lazarus. Le dio unas instrucciones precisas sobre enviar un mensaje.

Ahora, solo quedaba esperar a que el infierno se desatara.

A Sophie la despertó una canción que se colaba por la ventana. Sonaba como un rumor bajo, armonioso y grave. Tardó unos instantes en comprender que no era solo una voz cantando, sino decenas, que al unísono cantaban una letra que ella no reconocía.

Se incorporó en el lecho. Estaba sola. Miró a su alrededor. La chimenea

estaba encendida, pero Aaron no estaba allí. Bajó del lecho, se colocó la bata y salió del dormitorio.

Sabía dónde le encontraría, así que dirigió sus pasos hasta la biblioteca. Empujó la puerta y entró sin hacer ruido. Pronto distinguió su figura, recortándose contra la ventana. Se acercó y rodeó su cintura, apoyando su rostro contra la piel caliente de su espalda. Aaron colocó sus manos sobre las de Sophie.

—¿Qué cantan?

—El lamento de los hilanderos.

Sophie agudizó el oído y percibió la letra:

You friends of the poor, both high and low,
come listen to our tale of woe
for hard is our lot, and sad is our fate,
Our families are in a starving state;
We've struggled hard a long time, but in vain,
and honest livelihood to gain;
but now on you we solely depend;
depending on charity and our friends.
Oh! The poor spinners, we.
Hundreds of souls now pace the road,
Depending of charity and God:
Our trade is now in a deplorable state

—Cantan para los que quedamos en pie. Para los que aún controlamos sus vidas —dijo Aaron, con tristeza.

—Creía que deseabas a toda costa evitar la huelga.

—Y así es, pero que Brumel prendiera fuego al almacén con los

sindicalistas dentro y lo que ha hecho Robert Cauldwell ha sido lo que ha hecho prender la mecha.

—¿Robert Cauldwell? —preguntó Sophie, sin entender—. ¿Qué ha pasado?

—Robert ha perdido mucho dinero en partidas de cartas y por eso ha despedido a muchos trabajadores y ha bajado el sueldo a los pocos que quedan. Por lo que he averiguado gracias a Lucian, se hizo con el molino de Brumel y por eso éste quemó el almacén, para cobrar el dinero del seguro y no quedarse sin nada. Además, fui a verle a prisión y me lo contó todo. Y me dijo cuándo tendrá lugar la siguiente partida de cartas. A la que voy a asistir.

—¿Por qué?

—Porque voy a apostar y a intentar ganar el molino Cauldwell para salvar esos empleos —Aaron se dio la vuelta y se colocó frente a Sophie. —. He intentado comprárselo, pero no quiere. Me ha retado a una partida. Quiere lo que da más dinero que este molino, Sophie. Quiere la mina.

—Pero no puedes ir a jugar.

—Lucian me ha estado enseñando. Soy hábil. Puedo ganar, lo sé.

—Todo ese empeño es por lo que te pasó en África, ¿verdad?

—Sí. Verás, Sophie —Él agachó la cabeza. —... Cuando llegué, huyendo de la muerte de mi padre y de mis sentimientos, tan infantiles, por Ivette, tardé un tiempo en adaptarme. Creo que fui con mi mentalidad altanera y estúpida, creyéndome mejor que los demás. Primero amé el clima, luego el lugar y luego, a sus gentes. Conocí a un muchacho. Se llamaba Kenyi y tenía ocho años. Comenzó a seguirme a todas partes. Un día le pregunté por qué lo hacía y me dijo que era por mis ojos. Tan extraños. —Aaron sonrió al recordar.—. Nos hicimos amigos a pesar de lo diferentes que éramos y me presentó a sus padres, Dosu y Akanke, que habían dejado atrás un pasado de terrible esclavitud. Llevaba más de un año allí cuando Kenyi me dio un diamante. Lo había encontrado, pero nunca me dijo dónde. Cometí el error de confiar en unos soldados ingleses con los que había coincidido en el viaje desde Londres. Se lo conté, casi como una anécdota. Pero eran avariciosos.

Atacaron a mis amigos tratando de sonsacarles la ubicación y prendieron fuego a una barriada entera para ocultar que habían asesinado a Dosu y a Akanke. Intervine y salvé a Kenyi, pero me dieron una paliza que casi me mata. No volví a ver a Kenyi, pero cuando desperté, tenía esta piedra en la mano. Creo que él la puso ahí para que no me olvidara de lo que había pasado por mi culpa.

—No fue tu culpa —respondió Sophie, emocionada ante el descubrimiento del secreto que motivaba a Aaron.

—Sí que lo fue. Dosu y su familia se merecían algo más. Algo mejor. Así que me propuse ser mejor persona, hacer las cosas bien. Llevar la mina y el molino con decencia aun cuando lo más fácil era ser insensible y tratar a los trabajadores como piezas reemplazables. Hubo un tiempo en que me perdí y pensé que no podía hacer nada más, pero entonces apareciste tú y al hablar con tu padre, me surgió la idea de abrir el colegio. Quise ser mejor para ti, Sophie. Pero al final, te oculté lo que descubrí la noche que entramos en Angel Meadow. Pero ya no hay más secretos entre nosotros, Sophie. Te voy a contar lo que sé y te dejaré marchar si así lo deseas, antes de que el escándalo lo arrase todo.

Sophie aguardó, expectante.

—Me dijo que recibía dinero en mi nombre. Repasé las cuentas del molino y de la mina y no encontré nada. Entonces se me ocurrió mirar en las cuentas de mi padre, de la constructora. Antes de que muriera, hubo un desembolso extraño. Diez libras, sin justificar. Y lo más curioso es que comprobé las cuentas de mi madre. Y desde entonces, desaparecen diez libras al mes.

—Es mucho dinero —dijo ella, sorprendida.

—Sí. Y no es para comida, ni para gastos de mis hermanos. Lo he revisado todo. Cada penique. Y ese dinero, desaparece.

—¿Crees...? —Sophie no sabía cómo decirlo. — ¿Crees que tu madre paga a la Daga? ¿Por qué?

—He llegado a pensar que ella le encargó que matara a mi padre. Y creo

que el resto de muertes tienen que ver con la primera muerte. Hugh Bradsheet era cercano a mi padre. Tu tío debió descubrir algo, pero no sé el qué...

—Yo sí que creo que lo sé. Antes de mi cumpleaños, revisé los diarios que dejó mi tío. Se me había pasado por alto algo. No es gran cosa, pero me llamó la atención. Tu padre murió en el 42, ¿verdad? Pues tus hermanos nacieron en el 43, once meses después. Según mi tío, que la asistió en el parto, porque la comadrona no estaba disponible, las fechas no cuadraban.

—¿Y quién es el padre?

—No lo sé. Pensaba que tú... Lo sabrías.

—Yo estaba en África, Sophie. Cuando recibí la noticia, no me planteé nada. Y cuando regresé, ya tenían dos años y me hice con la mina y ya no pensé en nada más. Pero bueno, pronto sabremos quién es el padre.

—¿Qué quieres decir?

—Señor Wright, señora Wright — dijo Lazarus, entrando en la biblioteca —. Tienen visita.

—Que pase.

Un instante después, Helena Wright entraba en la estancia, vestida de color blanco. Se sorprendió al ver a su hijo con el torso desnudo y a Sophie, vestida con la bata y apartó la mirada.

—Buenos días, madre.

—Hola, querido. Pensaba que estarías molesto porque rechacé la invitación a tu boda, pero después de lo que le has hecho a la pobre Vicky, por una mujer como...

—Ya basta —la cortó Aaron—. Te he hecho llamar para informarte de que te retiro la asignación, madre. Tendrás que pasar con lo que te queda de mi padre.

—¿Qué?

—Yo me encargaré de todos los gastos de mis hermanos, no te preocupes, pero si necesitas dinero, tendrás que pedirme cada penique.

—Preferiría mantener esta conversación sin que ella esté delante.

—Ella es mi esposa y ya no hay secretos entre nosotros.

—Aaron, ¿qué te ha hecho? —dijo Helena, con la voz rota—. Te ha vuelto en contra de tu propia madre. Eso es antinatural, una obra del Demonio.

—¡Basta! Ya se te acabó encargar asesinatos, madre. Sé que has estado pagando a la Daga de Manchester con diez libras al mes desde que mi padre fue asesinado.

—Ese dinero ha sido para un amigo que lo ha necesitado. Una obra de caridad —dijo ella, alzando la cara con orgullo.

—¿Tu amigo es el padre de mis hermanos? Sé lo que descubrió el doctor.

Helena palideció antes de abalanzarse sobre Sophie. Aaron interpuso su cuerpo delante del suyo y cogió a su madre por los hombros. Sophie retrocedió, poniéndose a salvo.

—¡Todo es tu culpa! Si no hubieses venido, todo habría salido bien. ¡Aaron se habría casado con Vicky y Robert y yo seríamos felices!

Aaron la empujó hacia atrás y Helena Wright cayó al suelo.

—Es él, ¿no? —La repugnancia que Aaron sintió fue como si un millar de gusanos se movieran en su estómago. Tuvo ganas de vomitar—. Él es el padre de mis hermanos. ¡Dímelo!

Sentía la sangre agitada, el rostro rígido, deformado en una expresión airada.

—Por eso matasteis a mi padre.

—No, yo no tuve nada que ver. Solo le dejé a Robert un dinero para saldar las deudas del negocio de su familia. Siempre ha tenido debilidad por las cartas, ése es su único defecto... Me enamoré de él porque era devoto y me amaba desde que yo era una cría. Te fuiste a África y me dejaste sola. Con tu patético egoísmo, te olvidaste de que yo necesitaba un hombre que nos cuidara a tu hermana y a mí. Y apareció él.

—¡Solo tú conseguirías culparme de eso! —Aaron estaba dolido—. Desde que volví de África no os ha faltado de nada. Tu casa, tus vestidos, tus joyas, los mejores colegios para Catalina y los gemelos. ¡Todo lo he costeado yo!

—Y ahora se lo ha quedado ella.

—¿Eso es todo lo que te importa? Bien. Pues a ver cómo aprendes a pedir cada vez que necesites algo. Tendrás que venir aquí, a esta casa y pedirle a mi esposa el dinero. Y Sophie decidirá si te lo da o no.

—¡Aaron! ¡Por favor! —imploró su madre.

—Márchate, madre. O llamaré al Comisario y le explicaré mi teoría.

Helena se puso en pie y se recompuso, arreglándose la falda y el pelo. Miró una última vez a su hijo, luego a Sophie, que sintió la sangre congelándose en las venas por el miedo que los ojos de aquella mujer infundieron en ella.

No pudo moverse hasta que pasaron unos minutos y Helena había abandonado la biblioteca. Entonces caminó hasta Aaron y se colocó frente a él, que estaba cabizbajo y tenso.

—Por eso me lo ocultaste...Porque creías que era ella.

—Lo sospechaba.

—¿Y qué vas a hacer?

—Esta noche, Robert Cauldwell perderá su molino y lo que le queda de su fortuna. Se lo voy a arrebatarse todo y lo haré con la baza que mi madre me ha dado.

—Pero puede ser peligroso. Déjame ayudarte.

—Es una partida de cartas en un club de caballeros. No me puedes acompañar ni disfrazada de caballero y no dejaré que te pongas en peligro.

—¿Y qué pretendes? ¿Que me quede aquí, esperando?

—Sé que es mucho pedirte, pero sí.

—Pero Aaron ¿y si...?

—Todo irá bien. Lucian me acompañará y me esperará fuera. Si algo pasa, tiene instrucciones de hacerle llegar al comisario toda mi investigación. Tú tienes que aportar tu parte, Sophie, los diarios de tu tío, todo lo que habéis descubierto. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Prométemelo.

Sophie bajó los ojos. No, no podía prometerlo. No deseaba hacerlo. Durante apenas unos segundos, su mente buscó las palabras para convencer a Aaron de que no era buena idea, porque era demasiado peligroso. Necesitaba decirle lo mucho que le importaba. Notó las manos de Aaron sujetando su cara, alzándola para que le mirara.

—Prométemelo, Sophie.

La besó, una, dos, tres veces. Cuando sus labios se separaban, él repetía la frase:

Pométemelo, Sophie, pométemelo.

Ella se perdía, intoxicada por sus besos, por el calor que desprendía. Tenía que impedirlo, decirle lo que sentía por él.

Pronto estaban desnudos. Aaron se sentó en el diván y Sophie se colocó a horcajadas sobre él. Aaron se quitó el colgante, su amuleto de la suerte, y lo colgó al cuello de Sophie, que sintió emoción y miedo y amor y tantas cosas que no podía expresar. Él volvió a tomar su cara entre sus manos, la besó y apoyó su frente sobre la de Sophie.

—Me dirás que me quieres cuando regrese, Sophie.

—Aaron...

—Guárdalo para cuando esté de nuevo en casa —La besó sin titubeos, con exigencia y Sophie devolvió cada beso. No tardaron en hacer el amor con urgencia, con una intensidad salvaje, con la sensación de que cada caricia, cada beso era trascendental, casi místico.

Porque ambos temían una verdad que no se habían atrevido a verbalizar.

¿Y si el plan de Aaron no salía como él pensaba?



Sophie le observó marchar. Iba impecable como siempre: el cabello recogido, una camisa blanca bajo el chaleco y unos pantalones en color índigo, al igual que la levita. En cuanto perdió de vista el carruaje, entró de nuevo en casa, subió al dormitorio y se vistió. Pidió a Lazarus que enviara una nota al hogar de su padre, solicitando el carruaje.

Más de una hora después, el carruaje con su hermano Gabe subido al pescante se detenía en la puerta. Sophie corrió hasta él, con los nervios apoderándose de ella.

—Vamos a casa. Tengo que hablar con nuestro padre. Sé quién es el asesino.

El doctor Samuel escuchó todo el relato de Sophie, todas las pistas que había logrado encajar. Estaban en la salita, aquel improvisado "cuartel general" en el que los diarios de su tío habían permanecido esperando a ser desentrañados.

—Es él. Es Robert Cauldwell. Es el padre de los gemelos. Helena comentó que hace años él tenía un negocio con deudas —Abrió el cuaderno de cuero que hablaba de los Cauldwell y pasó las páginas. —. Lo pasamos por alto. Debe aparecer en algún lado.

Sophie buscaba ávidamente las hojas con el pasado de Robert Cauldwell. Algo en concreto sobre su negocio familiar.

Lo encontró: *Boticario*.

—Su padre...Su padre era boticario. Tenía una farmacia en la calle King. Así que está familiarizado con venenos. Mira, papá.

“Perdió su negocio familiar y lo acosaban los acreedores. Salió a flote gracias a la caridad de amigos. Con el tiempo y tras un golpe de suerte, se hizo con el molino de Stevenson”.

—¿Stevenson? —preguntó Gabe—. Murió hace muchos años, cuando yo

era un chaval. Fue un molinero muy rico.

—¿De qué murió? ¿Te acuerdas?

—Se dijo que se volvió loco, y luego murió de fiebres, pero no lo sé. También escuché algo sobre que consumía opio.

—¿Y si Robert Cauldwell tuvo algo que ver? ¿Y si le envenenó también?

—Todo encaja, desde luego —dijo el doctor.

—Hay que llevar esto al comisario.

—Yo lo haré —dijo Samuel—. Vosotros...

En ese momento, Lucian entró en la salita, con todo un lado de la cara cubierto de sangre y el pelo apelmazado y pegado.

—¡Lucian!

—Lo siento, Sophie. Se lo ha llevado. Robert se ha llevado a Aaron. Me golpearon por detrás y perdí el conocimiento. Al despertar, he entrado y ya se habían marchado. Una chica de compañía me ha dicho que se han llevado a Aaron inconsciente. Lo siento.

Se hizo un silencio.

—Hay que ir a buscarle.

—Pero no sabemos dónde está.

—Le preguntaremos a su hija —dijo Gabe—. Ella tiene que saber algo.

—No —dijo Sophie—. Vamos a ver a Helena Wright.

—¡Helena! ¡Abra la puerta!

El mayordomo abrió, Lucian le empujó con violencia y los tres entraron en el vestíbulo.

—¡Helena! ¡Da la cara!

La madre de Aaron descendió por las escaleras.

—¿Qué hacéis en mi casa?

—¿Dónde está Aaron?

—No lo sé.

—Robert se lo ha llevado. Quiero saber dónde. ¿O vas a permitir que lo envenene también o lo mate?

—Mamá... —Catalina apareció por un pasillo lateral—. ¿Qué está pasando? Lady Sophie...

—Cat, vuelve a tu habitación.

—¡No hasta que me digas qué pasa! ¿Aaron ha desaparecido?

Sophie miró a Helena.

—Si no me dices dónde está, enviaré cartas a todos los periódicos de Londres y de Manchester contando lo que ha estado pasando aquí. Lo que tú y Robert habéis hecho. No te olvides que tengo influencias poderosas entre mis amistades. ¿Qué quedará de ti, de tus hijos, si el escándalo sale a la luz?

—No te atreverás.

—Dime dónde lo tiene, Helena. No sabes de lo que soy capaz por tu hijo.

—Mamá...

—Están en la farmacia de Robert. No le hará daño si Aaron le dice dónde están los demás diamantes de África.

—Aaron solo trajo uno.

—Entonces os aconsejo que os deis prisa.

—Y yo te aconsejo que te despidas de tus hijos —dijo el doctor, acompañado por el comisario y un par de policías— Luego miró a su hija. —. Vamos a salvarle, Sophie.

Aaron abrió los ojos. Se sentía relajado, adormecido. Se le volvieron a cerrar. Cuando los abrió de nuevo, tras una veintena de intentos y cabeceos, miró a su alrededor.

Había unas velas en algunas esquinas. Olía a humedad, a polvo acumulado. Estaba atado a una silla desvencijada que crujía con sus movimientos y sus cambios de peso. La parte iluminada mostraba una alacena que ocupaba toda la pared. Tenía huecos con botellas, frascos y cajones entreabiertos. Vio bandejas, balanzas y morteros. Algunas zonas estaban cubiertas de polvo y telarañas, pero otras no. En algunos frascos podían leerse nombres como *arsenicum*, *belladonna*, *aconitum* y... Adormidera.

Antes de desvanecerse, recordaba haber ganado el molino, aunque en la última mano de cartas se sentía torpe, con pensamientos lentos. Robert había enloquecido. Luego se había tratado de poner en pie para regresar a casa con Sophie y las piernas le habían fallado. Sintió un cosquilleo y luego todo se volvió negro.

—¿Ya has despertado?

Dirigió los ojos a la voz. Robert Cauldwell emergía de la penumbra. Llevaba el cabello blanco despeinado, la camisa abierta y el pañuelo del cuello suelto a ambos lados.

—¿Qué me has hecho?

—Mi padre tenía esta farmacia. Aprendí de joven muchas cosas. A base de equivocarme, por supuesto.

Aaron comprendió con horror que Robert Cauldwell era el envenenador que había estado detrás de todas las muertes.

—¿Por qué envenenaste a mi padre?

—Porque se interponía entre Helena y yo. He amado a tu madre desde que era una joven que venía a comprar aquí. Nos casamos con otras personas, pero no la olvidé. Tuve que conseguir el molino de Stevenson para que ella se fijara de nuevo en mí, para entrar en su círculo. Luego, cuando volví a caer en una mala racha de cartas y me endeudé, ella me ayudó otra vez. Tu padre lo

descubrió y entonces me di cuenta de que estorbaba.

—¿Y Hugh Bradsheet?

—Era gran amigo de tu padre y no sé si supo algo o no. Tenía que asegurarme. Tuve que adaptarme a los planes nuevos. Cuando regresaste y te hiciste rico, te necesitábamos para que te casaras con mi hija. Lo teníamos todo organizado. Cornelius Brandon nos escuchó hablar a tu madre y a mí de unos pagos que nos exigía La Daga por su silencio y tuve que deshacerme de él.

—La Daga... ¿cómo llegaste a conocerle?

—Por el opio. El negocio más rentable y que nunca se viene abajo. Los molinos pasan malas temporadas. Los vendedores de opio nunca. No quería volver a contratarle, pero pensamos que si le temías, si temías que fuera a por ti o a por tus seres queridos, entrarías en razón y te tendríamos controlado, para que no aplicaras todas esas ideas honradas con las que volviste de África. Tus ideas nos costaban dinero.

—Era mi dinero. Podía invertirlo en lo que quisiera.

—Era el de todos. Porque nos exponías a las huelgas y a las revueltas. En dos años, solo dos malditos años, desde que te quedaste ese molino, aplicaste la ley, pusiste ruedas y luego, abriste el colegio.

Aaron se tensó. Sentía la sangre lenta en las venas por el efecto del narcótico, pero aun así se movió con brusquedad. La silla crujió.

—A ella no la metas en esto — gruñó.

—Ella, tu zorra aristócrata, tiene la culpa de todo. No sé cómo su tío sigue vivo. Me aseguré de envenenarle porque era un estorbo en mis planes para ti y Vicky. Quería que te quedaras con su parte del molino. Y además me dijo que sabía que yo soy el padre de los gemelos. No podía consentir que eso se supiera.

—¿Y Phillipson?

—Estaba a punto de confesar todo. Hicimos un pacto de caballeros entre el resto de molineros para seguir siendo ricos y mantenerte a raya.

Organizamos que te dieran una paliza en los muelles, pero te escapaste.

—He estado tan ciego... —dijo Aaron, desolado.

—Y ahora, después de esta charla, te doy la oportunidad de vivir. Dime dónde están los diamantes que trajiste de África para que me vaya con Helena de la ciudad.

—Solo vine con uno. Ya te lo dije.

—No me lo creo. Y voy a conseguir que me digas la verdad.

En la mano de Robert, brilló el filo de un cuchillo.

Un rato después, el comisario y una decena de policías echaron la puerta abajo.

—¡Al suelo, señor Cauldwell! ¡De rodillas!

Cuando Sophie entró a la farmacia abandonada, Aaron estaba en la silla, con la cabeza vencida hacia delante.

—¡No!

Su padre lo desató y entre los dos lo dejaron en el suelo con delicadeza. Sophie se inclinó sobre él. Tenía cortes en los brazos y en el abdomen. Olía a sangre.

Acarició su cara, su pelo rizado. Zarandeó su rostro. Inclinó su cabeza sobre su pecho para ver si su corazón latía, pero no podía oír nada debido a sus nervios. Colocó la mejilla sobre su nariz y comprobó que respiraba.

—Está vivo—le dijo a su padre con los ojos anegados en llanto—. Aaron, Aaron, aguanta. — Besó su boca, inclinándose sobre él —. Te quiero, te quiero.



Las heridas no eran graves, pero se infectaron y trajeron fiebre. Los días pasaron y Sophie no se separó de Aaron, que se debatía entre la vida y la muerte en el hospital Saint Mary's.

Sophie apenas comía y sus horas consistían en limpiar las heridas y pasarle paños con agua para bajar la fiebre.

Y así, un día, otro, otro... Hasta que perdió la noción del tiempo.

En algún momento, llegó el malestar. Sophie sentía náuseas e incluso se mareaba. Pero siguió junto a Aaron, que la llamaba en los desvaríos de la fiebre.

Una de aquellas interminables tardes, Lucian fue a hacerle una visita. Se apiadó de ella en cuanto la vio, más delgada, agotada y pálida, sentada junto a la cama de Aaron Wright, cuyo aspecto evidenciaba lo que la fiebre hacía en su interior. A pesar de eso, quiso animarla.

—Saldrá adelante, Sophie. No te va a dejar. Ese *eejit* sabe que, si se muere, no perderé la oportunidad de casarme contigo. Y créeme, no lo va a consentir.

—Lucian —dijo ella, entre lágrimas, porque había tratado de mostrarse fuerte delante de su padre y de Henrietta, pero la confianza que sentía junto a su amigo la hizo desmoronarse—... ¿Esto que tanto duele es amor?

—Ya te dije que te habías enamorado.

—Es verdad —dijo ella, sorbiendo por la nariz, con la voz rota—. ¿Qué voy a hacer si no sobrevive?

—Lo haré, Sophie. Sólo un tonto te dejaría sola. Despertará y viviréis un amor inmenso, que es lo que os merecéis.

¿Amor? La palabra era extraña y a la vez familiar. Sí, era eso lo que sentía, lo que la invadía como si se llenara de humo. ¿Desde cuándo se sentía

así? Siempre había extrapolado sus sentimientos -la necesidad, el miedo, las ganas de verle, de provocarle- a otras cosas, al deseo, a los celos, a la soledad...

Había luchado contra sí misma porque no quería sentir nada como lo que la inundaba ante la idea de que Aaron muriera. Ahora comprendía que lo que su padre siempre le había dicho sobre no enamorarse no era porque se tratara de sueños infantiles alejados de la realidad. La había advertido porque el amor podía doler, si se perdía.

Durante aquellos días y noches en el hospital, la muerte había estado rondando a Aaron y Sophie había sentido un dolor tan inmenso ante la idea de perderle, que sentía que su mundo se desmoronaba. Porque Aaron se había convertido en su todo.

Él la había amado por sí misma, a pesar de sus peligrosas aventuras, de sus discusiones, de lo poco que Sophie se había comportado como una dama y de las muchas veces en las que le había retado y desafiado. Él había sabido ver más allá de todo eso y la había amado por sí misma, por lo que Sophie realmente.

Y ella se había estado protegiendo, tratando de no aceptar la verdad sobre lo que sentía.

Y lo peor de todo era que no había sido capaz de expresarle en voz alta esos sentimientos. No le había dicho "te quiero" hasta que lo había encontrado herido y torturado y él no había podido escuchar sus palabras.

—No puedes dejarme. Tienes que escuchar lo mucho que te quiero... — dijo Sophie, aquella misma noche, después de la marcha de Lucian. Se quitó el colgante de África, que llevaba al cuello desde que Aaron se lo había dejado y se lo colocó a él —. Te lo devuelvo, mi amor. Pero con la condición de que despiertes y vuelvas conmigo...

Sophie volvió a sentirse mal. Habían pasado tres semanas y las náuseas se transformaron en vómitos. Se sentía tan débil que pensó que había contraído alguna enfermedad en aquel hospital y al parecer, Lucian había visto lo deplorable de su estado y había alertado a su padre, que acababa de entrar en la habitación del hospital, con gesto serio.

—Ve a casa y descansa, Sophie —le dijo su padre—. Yo me quedaré.

—No, no puedo. Quiero estar con él. Le he devuelto su amuleto de la suerte y estoy segura de que va a despertar. Estoy bien, solo es que algo me habrá sentado mal... O estoy enfermando, no sé.

—Sophie —dijo su padre, tomándola de las manos con delicadeza —... hay algo que quiero preguntarte.

Al día siguiente, Aaron abrió los ojos. Se sentía abigarrado y entumecido. Tenía la boca seca y en la garganta parecía tener cristales incrustados. Miró a su alrededor y vio una cristalera. No reconocía el lugar. En un lado, hecha un ovillo en un camastro, estaba Sophie, con el mismo vestido que llevaba el día que la conoció. El moño estaba deshecho. Mechones rojos cubrían su bello rostro, cuyas facciones estaban más afiladas, como si hubiera perdido mucho peso.

—Sophie... — la llamó, con apenas un hilo de voz.

Ella abrió los ojos con rapidez. ¡Aaron la llamaba y tenía los ojos abiertos! El amuleto de la suerte había funcionado.

—¡Aaron! — Se levantó y se acercó, colocándose junto al borde de la cama.

—¿Dónde estoy? —La voz de Aaron era áspera. Llevaba demasiados días sin hablar, salvo en los desvaríos de la fiebre.

—En el hospital Saint Mary's. Llevas aquí un más de un mes.

—¿Qué?

—Las heridas se infectaron y se complicó todo por la fiebre. Habías perdido mucha sangre porque Robert había puesto matarratas en el filo del cuchillo y no podíamos detener la sangre. Si no hubiera sido por mi padre, no lo habrías contado.

—¿Qué ha sido de mi madre? —preguntó él, con dolor.

—La detuvieron. Pero Robert la exculpó de todo en su declaración. Se

marchó a vuestra casa del campo para huir del escándalo.

—¿Y mis hermanos?

—Catalina está en la casa de mi padre. Los pequeños, en un internado en Londres. Y si me vas a preguntar por el molino y la mina, mi hermano y Lucian se están ocupando. Tienes nuevos capataces, designados por mí. Mi padre está llevando la contabilidad. Ivette está ocupándose del colegio hasta que yo pueda regresar. Todo está bien. No te preocupes ahora por eso y descansa. Es...Es un alivio que estés vivo.

Él la miró, con ternura.

—Aún me acuerdo de lo que me debes —Aaron sonrió. Estaba vivo. Sano y salvo.

—¿Qué?

En la sonrisa que le dedicaba, en sus ojos extraños, estaba Aaron. Su Aaron.

Sophie sintió que la sonrisa y la felicidad que irradiaba la llenaban, vertiginosamente y de manera irrevocable.

Le miró, a pesar del infierno de la fiebre, a pesar de que había perdido peso, le pareció tan hermoso como siempre, con un mechón rizado cayendo sobre su frente y sus ojos de colores diferentes, mirándola como habían hecho desde que se conocieron.

—Venga aquí, milady...

Ella subió a la cama y se acurrucó a su lado, que la envolvió con sus brazos. Sophie se sintió en casa, en su hogar, sintiendo su calor y su aroma.

—Te quiero, Aaron. Te quiero.

—Sophie, mi Sophie...He soñado cada día contigo. Desde que entraste en mi despacho como si te enviara la mismísima reina. He deseado que te enamorasas de mí, que me dijeras que me querías, con tanta intensidad...

—Bueno, pues espero que hayas deseado más cosas, porque tengo algo que contarte.

—¿En serio? A ver, ¿el qué? —dijo él, mirándola con ojos risueños.

—Creo que vamos a tener un bebé.

Aaron parpadeó, asimilando la noticia.

—¿Estás segura?

—Después de una charla con mi padre sobre mis síntomas, creo que sí.

Aaron se echó a reír, abrazando a Sophie, olvidando el dolor que aún le causaban sus heridas.

—¡Oh, Sophie, estoy temblando!

—Yo también, Aaron. Y lo que nos queda...

FIN

Curiosidades

Angel Meadow se convirtió en el barrio más peligroso de Manchester en esa época, con la tasa de criminalidad más alta de Inglaterra. Friedrich Engels lo llamó 'Infierno sobre la Tierra'.

La biblioteca Chetham es la biblioteca de referencia pública gratuita más antigua del Reino Unido. Tiene más de 100,000 volúmenes de libros impresos, de los cuales 60,000 se publicaron antes de 1851. Incluyen colecciones de trabajos impresos de los siglos XVI y XVII, publicaciones periódicas y revistas, fuentes de historia local y folletos.

El cartismo fue un movimiento de masas, entre 1838 y 1848, que se proponía conseguir los derechos políticos para los trabajadores. En el año 1838, la Asociación de Trabajadores de Londres elaboró la Carta del Pueblo, en la que reclamaban el sufragio para todos los varones mayores de veintiún años, el voto secreto y otras medidas. El Parlamento británico rechazó en tres ocasiones las peticiones y el gobierno reprimió con dureza las huelgas de los sectores más radicales del cartismo. El movimiento terminó por debilitarse sin conseguir sus objetivos, pero, a largo plazo, consiguió grandes mejoras para los trabajadores y anticipó las grandes luchas políticas y sociales de los obreros demostrando la capacidad de organización de los obreros para la mejora de sus condiciones a través de la lucha política. Fue la semilla de la lucha obrera.

Las broadside ballads como “El lamento de los hilanderos” eran versos o canciones descriptivas o narrativas, comúnmente en forma de baladas simples, sobre temas populares, cantadas o recitadas en lugares públicos o impresas para la venta en las calles.

Sobre la autora

Natalia Sánchez Diana (Valencia, 1983) licenciada en Publicidad, es una diseñadora e ilustradora freelance. Desde pequeña, su verdadera pasión ha sido la literatura, lo que le ha llevado a ganar diversos premios.

En 2016, da el paso hacia la autoedición, con su primera novela a la venta en Amazon. En 2017, la editorial Sar Alejandría publica su primera novela: "La colisión de nuestros destinos".

En 2018, publica su primera novela romántica histórica.

Para más información:

<http://nataliasanchezdiana.com>

<https://www.facebook.com/nataliasanchezescritora>

@natscritora (Twitter)

<https://elbosquedelaspalabrasblog.wordpress.com>

